

# narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 50  
Julio-Septiembre 2018

ISSN 1886-2519  
Depósito Legal: Z-729-2006

## • Ensayo

*Una visión de escritores españoles suicidas*, por Fernando Mansilla Izquierdo  
*Martín Fierro: bajo el peso de la ley*, por Daniela Pistelli

## • Relato

- Excursiones*, por Silvia Fernández Díaz  
*El espejo de Precioso*, por Homero Carvalho Oliva  
*Dos relatos*, por Marta Aragón  
*Cinco cuentos*, por Jorge Carrasco  
*Nuria*, por José Vaccaro Ruiz  
*Una conversación*, por Sergio Borao Llop  
*Minificciones*, por Karla Barajas  
*Astracanada con esvásticas*, por Lisardo Suárez  
*Big Data*, por José Luis Díaz Marcos  
*Chaquetas rojas*, por Jerónimo García Tomás  
*Ficcionario*, por Ricardo Bugarín  
*Buena vida*, por Gisela Vanesa Mancuso  
*John Oulton-Cadwell (1942-1975)*, por J.A. Santos  
*El nómada de hierro*, por Antonio Castro Balbuena  
*Redacción escolar*, por Colectivo Indomables  
*El dolor de tus nudillos*, por Rafael López Vilas  
*Las cartas de sanatorio de la señora Ágata*, por Daniel Romero Vargas
- Un torpe fantasma de navidad*, por Juan José Sánchez González  
*Jaque a la Reina*, por Domingo Alberto Martínez  
*La estudiante de Eber*, por Ivanna Zambrano  
*La forma de la resistencia*, por Francisco Astiazarán  
*El solar de los Caballitos del Diablo*, por Frak Torres Vergel  
*El pintor que quería pintar a la mariposa sin el gato*, por Rodolfo Ruiz Vázquez  
*La habitación oscura*, por Ramón Araiza Quiroz  
*Azules para ella*, por Ramón Zarragoitia  
*La frialdad*, por Adán Echeverría  
*Rastros de amor*, por Jonathan Alexander España Eraso y Augusto Enrique Lozada Lince  
*Metáfora de muerte*, por Nechi Dorado  
«Despreciar lo cercano por preferir lo distante»  
o «El síndrome de deslucer por prelodis», por Edgardo Hernández Mejía

## • Aniversarios

*El Principito cumple 75 años*, por Pedro M. Domene

## • Miradas

*Las calientes lunas de Mempo Giardinelli*, por Adán Echeverría  
*José Rizal, una utopía prematura*, por Jesús Greus

## • Reseñas

- "El criadero"* de Gustavo E. Abrevaya, por José Luis Muñoz  
*"Ummo. Tras sus huellas"* de Xavier Penelas Guerrero y Quintín García Muñoz, por Francisco Javier Aguirre  
*"Travesías"* de Jonathan Alexander España Eraso, por Wilson Josué Segura  
*"A plomo"* de Manuel Sánchez García, por Jerónimo García Tomás
- "Makoko"* de José María García Sánchez, por Jerónimo García Tomás y Carlos Manzano  
*"La uruguayaya"* de Pedro Mairal, por Antonio Tejedor García  
*"Extraños testimonios"* de Daina Chaviano, por Oscar Bazán Rodríguez  
*"El cuaderno dorado"* de Doris Lessing, por María Dubón  
*"El ruiseñor"* de Kristin Hannah, por M. Dubón

## • Novedades editoriales

**C**on el n.º 50, *Narrativas* llega a su fin. Todos los números editados hasta el momento seguirán estando disponibles para su descarga en la página correspondiente; de igual manera, ejemplares de cada número han sido depositados convenientemente en la Biblioteca Nacional de España y en el Depósito Legal, donde podrán ser consultados durante un largo periodo. Pero más allá del número 50 no habrá nuevas publicaciones de *Narrativas*. Por lo demás, la vida sigue. Nuevas propuestas vendrán a sustituir a las viejas, nuevos escritores vendrán a relevar a los ya reconocidos, y miles de nuevos autores inéditos tratarán de hacerse su hueco en la selva editorial actual; nada que no hayamos visto desde hace muchos años en este planeta. Si en todo ello esta revista electrónica ha jugado un pequeño papel, por irrelevante que sea, nos damos por satisfechos. No era otro el objetivo que, allá por el año 2006, nos llevó a poner el pie el n.º 1 de *Narrativas*, que subtitulamos como "revista de narrativa contemporánea en castellano". Gracias a todos.

**SUMARIO - núm. 50**

<i>Una visión de escritores españoles suicidas</i> , por Fernando Mansilla Izquierdo .....	3	<i>to</i> , por Rodolfo Ruiz Vázquez .....	129
<i>Martín Fierro: bajo el peso de la ley</i> , por Daniela Pistelli .....	10	<i>La habitación oscura</i> , por Ramón Araiza Quiroz .....	133
<i>Excursiones</i> , por Silvia Fernández Díaz .....	13	<i>Azules para ella</i> , por Ramón Zarragoitia .....	136
<i>El espejo de Precioso</i> , por Homero Carvalho Oliva .....	16	<i>La frialdad</i> , por Adán Echeverría .....	138
<i>Dos relatos</i> , por Marta Aragón .....	21	<i>Rastros de amor</i> , por Jonathan Alexander España Eraso y Augusto Enrique Lozada Lince ..	143
<i>Cinco cuentos</i> , por Jorge Carrasco .....	25	<i>Metáfora de muerte</i> , por Nechi Dorado .....	145
<i>Nuria</i> , por José Vaccaro Ruiz .....	45	«Despreciar lo cercano por preferir lo distante» o «El síndrome de deslucer por prelodis», por Edgardo Hernández Mejía .....	147
<i>Una conversación</i> , por Sergio Borao Llop .....	50	<i>Aniversarios: El Principito cumple 75 años</i> , por Pedro M. Domene .....	151
<i>Minificciones</i> , por Karla Barajas .....	53	<i>Las calientes lunas de Mempo Giardinelli</i> , por Adán Echeverría .....	155
<i>Astracanada con esvásticas</i> , por Lisardo Suárez ..	54	<i>José Rizal, una utopía prematura</i> , por Jesús Greus ..	157
<i>Big Data</i> , por José Luis Díaz Marcos .....	57	<i>"El criadero" de Gustavo E. Abrevaya</i> , por José Luis Muñoz .....	163
<i>Chaquetas rojas</i> , por Jerónimo García Tomás ..	60	<i>"Umno. Tras sus huellas" de Xavier Penelas Guerrero y Quintín García Muñoz</i> , por Francisco Javier Aguirre .....	164
<i>Ficcionario</i> , por Ricardo Bugarín .....	67	<i>"Travesías" de Jonathan Alexander España Eraso</i> , por Wilson Josué Segura .....	165
<i>Buena vida</i> , por Gisela Vanesa Mancuso .....	69	<i>"A plomo" de Manuel Sánchez García</i> , por Jerónimo García Tomás .....	168
<i>John Oulton-Cadwell (1942-1975)</i> , por J.A. Santos .....	71	<i>"Makoko" de José María García Sánchez</i> , por Jerónimo García Tomás y Carlos Manzano ..	169
<i>El nómada de hierro</i> , por Antonio Castro Balbuena .....	77	<i>"La uruguayana" de Pedro Mairal</i> , por Antonio Tejedor García .....	170
<i>Redacción escolar</i> , por Colectivo Indomables .....	89	<i>"Extraños testimonios" de Daina Chaviano</i> , por Oscar Bazán Rodríguez .....	171
<i>El dolor de tus nudillos</i> , por Rafael López Vilas ..	90	<i>"El cuaderno dorado" de Doris Lessing</i> , por María Dubón .....	172
<i>Las cartas de sanatorio de la señora Agata</i> , por Daniel Romero Vargas .....	94	<i>"El ruiseñor" de Kristin Hannah</i> , por María Dubón .....	174
<i>Un torpe fantasma de navidad</i> , por Juan José Sánchez González .....	105	Novedades editoriales .....	176
<i>Jaque a la Reina</i> , por Domingo Alberto Martínez .....	111		
<i>La estudiante de Eber</i> , por Ivanna Zambrano ..	120		
<i>La forma de la resistencia</i> , por Francisco Astiazarán .....	124		
<i>El solar de los Caballitos del Diablo</i> , por Frak Torres Vergel .....	127		
<i>El pintor que quería pintar a la mariposa sin el ga-</i>			

## UNA VISIÓN DE ESCRITORES ESPAÑOLES SUICIDAS

por Fernando Mansilla Izquierdo

Tiene sentido reflexionar sobre el suicidio porque el problema filosófico más importante es si la vida merece o no la pena vivirla, como dijo Albert Camus, y escribió *El Mito de Sísifo* para explicarlo.

Se han asociado trastornos psicológicos con los intentos suicidas como el fracaso en la resolución de problemas interpersonales, los altos niveles de desesperanza con respecto al futuro y una mala regulación del afecto (Sidley, 2001). En la mayoría de las ocasiones, la persona que realiza un acto suicida pone en juego su vida para que ésta cambie, pretendiendo conseguir que sea otra, porque la vida está llena de un sufrimiento inaguantable.

Para otros, la ideación suicida surge como una expresión extrema de un deseo de escapar de problemas o situaciones que la persona concibe como intolerables, insostenibles e irresolubles. La persona puede llegar a verse a sí mismo como una carga inútil, por lo que piensa que lo mejor para los demás y para sí mismo sería estar muerto (Beck y otros, 1993).

También se han estudiado algunos rasgos de personalidad que indiquen tendencia suicida como el aislamiento social, una baja autoestima, falta de autoeficacia, pobre autoconcepto, sentimiento de abandono y desesperanza, visión negativa de uno mismo y del entorno o alto nivel de impulsividad (Vallejo Ruiloba, 2005). Así, se ha relacionado el suicidio con aspectos como la rumiación de ideas, el aislamiento social, anhedonia y ansiedad intensa, y sobre todo, desesperanza (Gracia Marco y otros, 2001).

Para Freud (1983), en *Duelo y Melancolía* (escrito en 1917), lo más importante en lo psicodinámico del suicidio es la agresión y hostilidad hacia sí mismo al no poder ser exteriorizada. Es fundamental la ambivalencia amor-odio presente en lo psicodinámico de todo suicida, así como el suicidio como manifestación de la pulsión de muerte existente en toda persona. Considera los impulsos hacia el suicidio como impulsos homicidas, orientados anteriormente hacia otras personas y dirigido hacia el objeto amado previamente introyectado. De modo que puede considerarse que el suicidio es un homicidio contra uno mismo, en el que la agresividad que se siente hacia el entorno es dirigida hacia uno mismo.

Hendin (1951) piensa que las fantasías inconscientes contribuyen al acto suicida en forma de deseos de escapar, de ser castigado, de venganza, de masoquismo o de ser rescatado.

Dentro de los aspectos más destacados de lo psicodinámico de los suicidas se encuentran: venganza, poder, castigo, reparación sacrificio, restitución, evasión, rescate, renacimiento, reunión con los muertos y vida nueva.

La probabilidad de que el acto suicida se realice se incrementa cuando se sufre la pérdida de un objeto querido y cuando se experimentan afectos abrumadores de furia o ira o se interioriza la culpa (Teraiza y Meza, 2009).

Se ha afirmado que el poder terapéutico de la escritura ha quedado demostrado en una serie de investigaciones rigurosas llevadas a cabo por James (Pennebaker, 2004) (Pennebaker y Seagal, 1999) y se ha propugnado la inclusión del proceso de escritura en la psicoterapia, mostrando cómo esta se potenciaba (Lanza Castelli, 2006). También se ha subrayado que la escritura emocional determina que, en su esfuerzo por dar un sentido a su vida, las personas se enfrenten con la tarea de organizar su experiencia vital en un relato coherente de sí mismas y del mundo que las rodea. La narración brinda a las personas un sentido de continuidad y significado a sus vidas, que les permite usarla como apoyo para ordenar la cotidianeidad e interpretar las experiencias (Ponciano-Rodríguez y Morales-Ruiz, 2007).

Aunque la escritura sea una técnica utilizada en psicoterapia, que favorezca la organización de pensamientos y emociones para la búsqueda de afrontamientos y soluciones de problemas, no parece que esto haya protegido a algunos escritores de la ideación suicida, por lo que habría que concluir que la escritura sea en prosa o en poesía no impide el acto suicida.

El acto suicida es un acontecimiento personal, un acto privado, pero cuando quien decide quitarse la vida es una persona famosa o conocida, el halo protector que cubre el acto suicida desaparece y ese hecho se transforma en un hecho público, susceptible de publicidad. Por eso el suicidio de una persona conocida como un artista o un escritor hace correr ríos de tinta.

Los estudios realizados en atención primaria revelan que un 90% de las personas que se suicidan sufren enfermedad mental (Isometsa, 2001) (sobre todo depresión y esquizofrenia) o consumen alcohol o cocaína (Hawton y Van Hearing, 2009). El 80% presentan sintomatología depresiva (Urzúa y Caqueo-Urizar, 2011), y de éstos, un 29% se asocia al trastorno bipolar (Chen y Dilsaver, 1996). También se da una relación entre la conducta suicida y los trastornos de personalidad, en especial con el trastorno límite de la personalidad (American Psychiatric Association, 2014).

Tradicionalmente se ha creído que había una relación directa entre el suicidio y la literatura y que el genio artístico se encuentra contaminado por alguna forma de desequilibrio mental.

Algunos han defendido una asociación entre la creatividad o genialidad y la enfermedad mental, sobre todo los trastornos afectivos, a pesar de haberse objetado que los diferentes estudios adolecen de una escasa claridad conceptual y una metodología cuestionable (De la Gándara y García, 2005).

A pesar de ello, se ha puesto en relación el ser escritor y la enfermedad mental, para lo cual se estudiaron por medio de entrevistas estructuradas las tasas de enfermedad mental en treinta escritores y se concluyó que el 80% de los estos padecía un trastorno afectivo (43% bipolares y 37% depresivos mayores) y el 30% alcoholismo (Andreasen, 1987).

También se ha realizado un estudio con cien escritores (poetas, novelistas y dramaturgos americanos y británicos) y se encontraron rasgos anómalos de personalidad en el 91% de los escritores (predominando en los poetas los rasgos ansiosodepresivos), psicopatología afectiva en el 80% de los poetas y en el 87,5% de los dramaturgos, un 8% de suicidios (seis de los ocho eran poetas) y altas tasas de alcoholismo (31% de los poetas y 54% de los dramaturgos) (Post, 1996).

De ahí que se haya podido decir de los poetas que el proceso depresivo y autodestructivo era también muchas veces motivo de su genialidad (Fernández Moyano, 2009).

Lester (1990) examinó las vidas de trece famosos escritores que cometieron suicidio el siglo pasado y encontró evidencia de trastornos afectivos en siete y en los seis restantes la depresión estaba también presente, pero no tan grave como para considerarla enfermedad psiquiátrica. Cinco abusaban de alcohol y drogas. Parece claro que la depresión pudo influir en prácticamente todos los suicidios y el consumo de alcohol pudiera ser una estrategia para sobrellevarla.

De la Gándara y otros (2004) realizaron un estudio descriptivo de las características de 67 poetas de la época contemporánea que cometieron suicidio. Treinta y tres estaban en tratamiento psiquiátrico o padecían una enfermedad depresiva o psicótica documentada, y en 23 pudiera presumirse un trastorno mental o de la personalidad. Es decir, en total 56 poetas sufrían problemas psiquiátricos.

Pero, es muy atrevido afirmar como se ha sugerido que los hombres crean porque se saben incompletos e inventan para llenar esa carencia. Y los más radicales, los que se atreven a meter el pie en la hoguera y removerla, tienen un riesgo mayor (Rojo, 20014).

No es posible afirmar que la lista de escritores que han llegado a suicidarse en diferentes épocas, lugares y de los modos más diversos sea excesiva, ya que no hay estadísticas fiables que lo sostengan. Y tampoco puede decirse que los poetas tienen más riesgo de intentos de suicidio o de morir de esta manera que la población general (De la Gándara, Alvarez Alvarez Monteserin, y García Mayoral, 2004); aunque Juan Manuel Roca (1993) señalara que en el abismo que es el oficio del poeta, el suicidio se presenta como opción, como tentación desde el más irrompible silencio.

Se intenta realizar un análisis cualitativo de los datos biográficos de cinco escritores españoles que

se han suicidado, explorando procesos de pensamiento, emociones, sentimientos, motivaciones y vivencias.

Y se valoran las biografías y los videos de internet que abordan la vida y obra de cinco escritores.

**José Agustín Goytisolo** (Barcelona, 1928-1999) le había dicho, en su último cumpleaños, a sus amigos «si tuviera que volver a vivir todo lo que he vivido, preferiría no volver a vivirlo», confesaba que se sentía cansado. Murió a los 70 años en la tarde de un viernes al arrojarse por la ventana de un tercer piso de su domicilio de Barcelona. Aunque se desconocen las causas por las que lo hizo, algunos amigos reconocen que en el momento del fallecimiento se encontraba muy deprimido, la versión de la familia es que estaba mejor y que murió arreglando la persiana de una ventana (Janin, 2009).

Era conocido su enfermedad depresiva, que quizá viniera de lejos: en uno de sus poemas dice «Cuando yo era pequeño/ estaba siempre triste». Pero su diagnóstico era de trastorno bipolar. En sus fases maníacas se corría juergas sin descanso en las que nadie era capaz de seguirle (Rojo, 2014). Es posible que también desplegara con frecuencia ansiedad y abusara de diversas sustancias o alcohol y en la fase depresiva era cuando tenía un mayor riesgo de suicidio (Post, 2005)

Algunos piensan que su muerte fue un suicidio, salvo su familia, que lo consideró un accidente (García Posada, 2002). Sin que querer polemizar con la familia, habría que decir que a pesar de que Goytisolo se encontrase mejor y con más energía, la intencionalidad suicida se mantiene y por lo tanto podría consolidarla. Quizá tenía claro que «La gente se muere igual que un geranio», como declaró en una ocasión y que «A mí me gustaría morir con la cabeza clara y sin dolor».

José Agustín Goytisolo se vio profundamente impactado por la muerte de su madre Julia, víctima de un **bombardeo aéreo del bando franquista sobre la ciudad de Barcelona en 1938**. Este hecho dramático afectó a todos los hermanos, pero especialmente a José Agustín. La muerte de su madre y su ausencia le dañó toda su vida y ni sus versos le ayudaron, o quizá sí, a superar su desaparición.

Con sus hermanos Luis y Juan, también escritores, mantuvo una relación tensa y competitiva que se ventilaba tanto en la familia como en el plano literario. Su hermano Juan decía que José Agustín fue una especie de hijo destronado por su padre, ya que al morir, el primogénito Antonio, a causa de una meningitis, su padre jamás trató a José Agustín como hermano mayor (Dalmau, 1999). Quizá la falta de la madre y la relación con el padre devino en un frágil vínculo desorganizado con los hermanos.

José Agustín puso a su hija el nombre de la madre perdida, que en «**Palabras para Julia**», uno de sus más célebres poemas une voluntariamente, en amor y deseo, a las dos mujeres.

**Gabriel Ferrater i Soler** (Reus, 1922-San Cugat del Vallés, 1972). Decían sus amigos que Gabriel tenía pocas relaciones, aunque era atractivo y seductor. Sin embargo, también han dicho que este poeta, traductor y crítico literario tenía mucho éxito con las mujeres (le gustaban siempre más jóvenes que él). Pero lo que de verdad le gustaba era armar escándalos, como por ejemplo importunar a las prostitutas de la Rambla, a las que solicitaba sus servicios y una vez obtenidos se negaba a pagar aduciendo no tener dinero. Era un excelente conversador (de voz algo gangosa) y bebedor.

Dice de él Jaime Salinas, editor, que no quería vivir más de cincuenta años, porque se es viejo, se habla mal y se huele mal. Había dicho «me mataré antes de cumplir los 50», y lo anunciaba con pasmosa serenidad a sus amigos. Y justificaba esta decisión, porque a esa edad habría hecho todo lo que tenía que hacer.

Quizá influyó en su vida ser bebedor excesivo y alguna pareja inestable con problemas mentales y con tendencia suicida. Además de sintomatología psíquica; decía que tomaba psicofármacos como ansiolíticos y antidepresivos: Valium, Librium y Tryptizol (Rojo, 2014).

El **veintisiete de abril de 1972**, pocos días antes de celebrar su 50 cumpleaños, cuando se encuentra solo en su apartamento de Sant Cugat, toma una mezcla de barbitúricos que ingiere con bastante alcohol, después introduce su cabeza en una bolsa de plástico y muere asfixiado. De esto, Ferrater tenía experiencia. Catorce años antes su padre, consejero del consulado en Burdeos, había hecho lo mismo (Gomis, 1998). Su madre también se suicidó y también su hermano Joan ya en plena vejez.

Da la impresión que, por lo que dicen los que le conocieron que no era de este mundo, que era excesivo para todo. Y tenía dificultades para arreglarse en el día a día: casa, sueldo, comida y su mujer norteamericana le abandonó por ello. Era una especie de niño desamparado y había que estar pres-tándole auxilio o ayuda para las cosas cotidianas que cualquiera puede manejar.

**Javier Egea** (Granada, 1952-1999) o Francisco Javier Antonio Roberto Egea Martínez, que era como se llamaba, era conocido por sus cercanos como «Quisquete», busca en sus versos la estética y el compromiso social. Siempre sostuvo su compromiso político y el literario.

El relativo éxito de su obra corrió paralelo a diferentes episodios depresivos que le llevaban a menudo a aislarse por completo, lo que a sus amigos les hacía temer lo peor.

En sus últimos poemas fueron escritos en los noventa, en una época en la que sus compañeros de lucha y de ideología o bien se habían suicidado o bien se habían vendido al poder (Janin 2009). En alguno de sus versos se nos descubre a un ser humano enfrentándose, desde su soledad, al difícil oficio de vivir, como dice en uno de poemas «En un barrio de muertos me trajeron al mundo./ Esta noche canalla no respondo de mí».

El alcohol, la soledad y la desazón de vivir en un mundo abocado al capitalismo fueron, entre otros, aspectos determinantes para su suicidio, además de una profunda depresión, generadora de un enorme vacío (Alcaraz, 2010). Javier Egea renunció a la seguridad y apostó su vida a crear y terminó viviendo en la precariedad.

El exceso de alcohol, una ruptura amorosa y la muerte de su madre que le hizo más vulnerable, le llevó a una de sus crisis más profundas, que le condujo a escribir quizá sus mejores versos. Dice su hermano que buscaba en las mujeres alguien que le cuidara, una sustituta de su madre. El profesor Juan Carlos Rodríguez dice que la pasión por su madre es un complejo de Edipo.

José Luis Alcántara (2010) dice que estaba convencido de la ridiculez de vivir. Seguramente había perdido lo que Freud denomina el goce de vivir, por lo que pudiera estar cerca el paso al acto o a la conducta suicida.

Con 47 años, el jueves 29 de julio del 1999 hastiado quizá de la vida se suicida, disparándose en la cabeza con su escopeta de caza, dejando cartas a su familia y cómo se debía disponer de su obra. Consciente de su inminente muerte, preparó una antología de toda su obra que tituló Soledades Y quizá como una profecía autocumplida, probablemente su último poema: «Me desperté de nuevo entre dos sombras...».

**Mariano José de Larra y Sánchez de Castro** (Madrid, 1809-1837) tuvo motivos en su vida para sentirse deprimido. Hijo único, con cuatro años de edad sufrió la experiencia del exilio, pues empujó a los afrancesados como su padre a seguir al rey francés fuera del territorio español. El niño Mariano José estuvo en un internado de Burdeos y en otro de París. El exilio duró cinco años.

De vuelta a España, Larra fue siguiendo a su padre en los destinos que iba ocupando en distintos puntos de la misma, sin el calor de una vida estable y familiar.

Acabó en Madrid y comenzó a peregrinar de pensión en pensión. Con 16 años se enamoró de una mujer mucho mayor que él, que resultó ser la amante de su padre.

Se casó con veinte años con una chica de su edad. Esa decisión precipitada de la que se arrepintió, le trajo un matrimonio desgraciado y acabó separándose dos años después. De sus tres hijos acabó haciéndose cargo él más que ella (Rojo, 2014).

Larra tuvo una relación tormentosa con una mujer casada, Dolores Armijo, a pesar de seguir casado con la madre de sus tres hijos, cuyas vidas tampoco le ofrecieron ningún refugio afectivo.

Una noche de febrero, Dolores Armijo, acompañada de su cuñada, fue a verle a su casa para recuperar unas cartas, comunicándole además que no quería continuar su relación con él. Apenas habían salido las dos mujeres de la casa, cuando Larra decidió poner fin a su vida suicidándose a la edad de veintisiete años. La desesperanzadora evolución del país cuya regeneración había preconizado desde sus artículos se vino a sumar a una dura situación personal. Larra, que había puesto fin a su matrimonio hacía años, intentó retomar una antigua relación amorosa con Dolores Armijo. Desesperado,

se pegó un tiro en la sien (Zúñiga, 1999).

Además, unos días antes de su suicidio escribe un artículo sobre la obra de teatro *Los amantes de Teruel* de Harzenbusch donde justifica y elogia, como amante desesperado que era, el desenlace de la obra que otros muchos críticos menospreciaban por la inverosimilitud del mismo (Janin, 2009).

**Ángel Ganivet García** (Granada, 1865-Riga, 1898) tiene en su mente la idea de suicidio muy joven y a menudo hace referencia en cartas o escritos. Tenía pesimismo congénito y filosófico que debió verse agravado por razones médicas y sentimentales. De no haberse lanzado al agua, dado su creciente ascetismo lindante en la anorexia, hubiera constituido un buen ejemplo de suicidio crónico (Janin, 2009).

Este precursor de la generación de 98, no era católico y carecía de creencias religiosas, según su propia confesión.

Su padre murió cuando Ganivet tenía nueve años. Y un año más tarde tuvo un accidente por el que estuvo a punto de perder una pierna. El periodo de recuperación fue largo.

Ganivet en 1892, conoció a Amelia Roldán (una valenciana de origen cubano) con la que mantuvo una relación tormentosa, nunca legalizada, de la que nació un hijo, reconocido legítimamente por el padre y una hija, que murió al poco tiempo. Con ella pasaba largas temporadas en las distintas ciudades europeas donde estuvo destinado.

Desde su llegada al consulado de Riga (Rusia) se mostraba nervioso, tuvo una crisis espiritual, sin su mujer, solo, tras las pérdidas de las **últimas colonias de España**, entristecido por la grave situación de su nación, enfermo de sífilis, cayó en una profunda **depresión**. Estudió ruso, apenas comía, fumaba veinticinco puros diarios y comenzó a padecer insomnio y manías persecutorias. Poco antes de cumplir los treinta y tres años, precisamente la mañana del día que había salido de casa para recibir a su amante Amalia Roldán que había llegado para pasar una temporada, salta del vapor que toma todos los días para acudir al consulado, tirándose al **río Dvina**, en Riga. Tras haber sido salvado en una vez, el 29 de noviembre de 1898, se lanza al río de nuevo sin que en esta ocasión pueda ser salvado y muere ahogado o congelado (Gallego Morell, 1997).

Puede decirse que su suicidio fue fatalista, es decir, el que se da cuando el individuo decide quitarse la vida como consecuencia de una sociedad con normas excesivamente rígidas o que la persona no puede soportar la situación que vive, y él no podía soportar la situación de la nación española.

Los factores que motivan el suicidio entre escritores son semejantes a los de cualquier otra persona, lo único que cambia es su repercusión social, ya que al abordar las relaciones existentes entre las conductas autodestructivas y la creación literaria hay que comenzar estableciendo, aunque no sea de forma categórica que no existe una mayor incidencia de suicidios entre los escritores que en otras profesiones. De hecho, no es la de escritor una profesión de riesgo sino otros grupos profesionales como los psiquiatras, oftalmólogos y anestesiólogos tienen un riesgo mayor de suicidio. También los músicos, odontólogos, agentes de policía y de seguros y abogados (Huergo Lora y Ocio León, 2009). Por eso hay que poner en duda el vínculo entre la escritura y el suicidio y, además, no hay estadísticas fiables que lo justifiquen.

Los escritores atentan contra su vida de igual modo que los que no son escritores, cuando todo a su alrededor no tiene sentido y el desánimo y la desesperanza se apoderan de su vida, por eso habría que concluir que el suicidio entre los escritores se suele magnificar en exceso.

Quizá lo que ocurra es que el suicidio de un escritor tiene bastante resonancia en los medios de comunicación y además se tiende a idealizar y a fantasear con un fin último altruista o elevado.

Se ha afirmado que la personalidad de los suicidas indica de un modo u otro problemas de salud mental, en tanto que no poseen un adecuado nivel de expresión de sus capacidades, intereses y cualidades acordes con los valores sociales de referencia en su entorno (Quintanilla, Valadez, Valencia y González, 2005), pero los escritores españoles que se han suicidado han sufrido acontecimientos vitales estresantes, padecido adicciones, problemas relacionales, antecedentes familiares de suicidio y personalidades proclives a la depresión y trastornos mentales como depresión o trastorno bipolar. Hay una cuota de escritores con trastorno bipolar (manía-depresión) que llegaron al suicidio (Barrita

López, 2014).

El comportamiento social de los suicidas se podría asociar a la falta de elaboración de conflictos no resueltos que se unen a sucesos o experiencias relacionadas con la estructura de personalidad y situaciones estresantes (De Bedout Hoyos, 2008). En los escritores como en el resto de las personas acaban por determinar la conducta suicida la predisposición biológica y familiar, los trastornos mentales, los rasgos de personalidad, los factores psicosociales, los ambientales y las circunstancias vitales. Estos parecen ser algunos de los factores de riesgos de estos escritores.

La valoración subjetiva que los escritores hacen de su depresión y de las situaciones estresantes, así como los conceptos de soledad y dolor psíquico parecen tener gran influencia en la conducta suicida. Lo que es compatible con el sufrimiento psíquico que padecen los escritores españoles que se han suicidado.

La obra de los escritores españoles que optaron por un desenlace fatal parece estar marcada por un fuerte tono de angustia, de dolor por la pérdida, de desamor, de un sufrimiento incurable o están impregnadas de un tono satírico y hasta humorístico.

© Fernando Mansilla Izquierdo

\* \* \*

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Alcántara, J.L. (2010). Homenaje a Javier Egea (Historia de una antología). En VVAA, Actas de las II Jornadas de Literatura y Marxismo. *Revista de crítica literaria marxista*, 3, 90-93. Madrid: FIM,
- Alcaraz, F. (2010). *La conjura de los poetas*. Córdoba: Almuzara.
- Andreasen, N.C. (1987) Creativity and mental illness: prevalence rates in writers and their first-degree relatives, *Am J Psychiatry*, 144, 10, 1288- 92.
- American Psychiatric Association (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-V)*. Madrid: Panamericana.
- Barrita López, F.A. (2014). Trastorno Bipolar. *Revista Visión criminológica. Criminalística*, 5, 2, 28-69.
- Beck, AT; Steer, RA; Beck, JS; Newman, CF (1993). Hopelessness, depresión, suicidal ideation and clinical diagnosis of depresión. *Suicide Life Threat Behavior*, 23, 4, 139-145.
- Chen, Y., Dilsaver, S. (1996). Lifetime rates of suicide attempts among subjects with bipolar and unipolar disorders relative to subjects with other Axis I disorders. *Biological Psychiatry*, 39, 10, 896-899.
- Dalmau, M. (1999). *Los Goytisolo*, Barcelona: Anagrama.
- De Bedout Hoyos, A (2008). Panorama actual del suicidio: Análisis psicológico y psicoanalítico. *International Journal of Psychological Research*, 1, 2, 53-63.
- De la Gándara JJ, García V (2005). Tratamientos psiquiátricos y creatividad, *Anales de Psiquiatría*, 2005, 5,21, 211-214.
- De la Gándara, J. J., Álvarez Álvarez Monteserín, M.T.; García Mayoral, V. (2004). *Poesía y suicidio*. Psiquiatría.com. Revista Electrónica de psiquiatría.
- Freud, S. (1983). *Obras completas. Tomo VI*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fernández Moyano, R. (2009). *Poetas Suicidas. Sensibilidad o supervivencia*. Zaragoza: Editorial Olifante colección Papeles de Tramo.
- Gallego Morell, A. (1997). *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*. Comares: Granada.
- García Posada, M. (2002). *Las ramas de oro. Memorias III*. Barcelona: Ediciones Península.
- Gomis, R. (1998). *El Gabriel Ferrater de Reus*. Barcelona. Proa,



- Gracia Marco, R; Cejas Méndez, MR; Ros Montalbán, S (2001). Suicidio: ¿Una entidad nosológica independiente? En P. Pichot (Ed.). *Diagnóstico diferencial y racionalización del tratamiento psicofarmacológico*. Madrid: Aula Médica. 457-482.
- Hawton, K; Van Hearing, K (2009). Suicide. *The Lancet*, 373, 1372-1381.
- Hendin, H (1951). Psychodynamic motivational factors in suicide. *Psych. Quaterly*, 25, 672-678.
- Huerga Lora, C; Ocio León, S (2009). Suicidio: factores de riesgo. *Interpsiquis*. <http://www.psiquiatria.com>
- Isometsa, E.T. (2001). Psychological autopsy studies-a review. *Eur Psychiatry*, 16, 7, 379-85.
- Janin, C. (2009). *Diccionario del Suicidio*. Pamplona: Editorial Laetoli.
- Lanza Castelli, G. (2006). El trabajo de escritura entre sesiones en la psicoterapia psicoanalítica. *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 9, 155-176.
- Lester D (1990). An analysis of poets and novelists who completed suicide. *Activitas nervosa superior*, 1, 32, 6-11.
- Pennebaker, J.W., Seagal, J.D., (1999). Forming a Story: The Health Benefits of Narrative. *Journal of Clinical Psychology*, 55, 10, 1243-1254.
- Pennebaker, J.W., (2004). *Writing to Heal. A Guided Journal for Recovering from Trauma and Emotional Upheaval*. Oakland, California: New Harbinger Publications.
- Ponciano-Rodríguez, G., Morales-Ruíz, MSc. (2007). La escritura emocional como una herramienta para el tratamiento psicológico del tabaquismo. *Salud Pública Méx*, 49, supl. 2 enero. Cuernavaca.
- Post, F. (1996). Verbal creativity, depression and alcoholism. An investigation of one hundred American and British writers. *Br J Psychiatry*, 168, 5, 545-555.
- Post, R. (2005). The impact of bipolar depression. *Journal of Clinical Psychiatry*, 66, 5, 5-10.
- Quintanilla, R., Valadez, I., Valencia, S., González, J. (2005). Estrategias de afrontamiento en pacientes con tentativa suicida. *Investigación en Salud*, 7, 2, 112-116.
- Roca, J.M. (1993). *Cerrar la puerta. Muestra de poetas suicidas*. Medellín: Ediciones Horde-lin.
- Rojo, P. (2014). *Escritores suicidas*. Great Britain: Amazon: Editorial UNO.
- Sidley, LG (2001). Parasuicide. In *Treating Complex Cases. The Cognitive Behavioural Therapy Approach*. Tarrrier Nicholas, Wells Adrian, Haddock Gillian. (eds.) Wiley, 272-275.
- Teraiza, E; Meza, R (2009). Factores psicosocioculturales y neurobiológicos de la conducta suicida. Artículo de revisión. <http://www.psiquiatria.com>, 13, 3.
- Urzúa, MA; Caqueo-Urizar, A. (2011). Construcción y evaluación psicométrica de una escala para pesquisar factores vinculados al comportamiento suicida en adolescentes chilenos. *Universitas Psychologica*, 10, 3, 721-734.
- Vallejo Ruiloba, J (2005). *Psiquiatría en atención primaria*. Barcelona: Ars Médica.
- Zúñiga, J E (1999). *Flores de Plomo*. Madrid: Alfab.

---

**Fernando Mansilla Izquierdo** nació en Puertollano (Ciudad-Real). Es psicólogo. Especialista en psicología clínica y en psicoterapia. Ha publicado artículos, capítulos de libros y libros sobre su área profesional. Es autor de los libros de poesía: *Poemario ensoñado* (Editorial Ayuso, 1987), *Gotas de tiempo* (Editorial Endymion, 1993), *Tejido de mimbre* (Editorial Endymion, 2003) y *Complejo tapiz* (Editorial Endymion, 2013). También ha publicado los libros de relatos: *Cualquier viernes y otros relatos* (Editorial Orígenes, 1989) y *Doce tristes cuentos* (Ediciones Albores, 2017).

## MARTÍN FIERRO: BAJO EL PESO DE LA LEY

por Daniela Pistelli

El «Martín Fierro» es una de las obras más representativas del sentimiento y el carácter nacionales dentro de la literatura argentina del siglo XIX (y hasta nuestros días), que cuenta las andanzas de un gaucho cantor que nos relata sus desventuras acompañado de su guitarra, porque al «... *hombre que lo desvela / una pena estrordinaria, / como la ave solitaria / con el cantar se consuela*»<sup>1</sup>.

José Hernández (1834-1886), en este poema, logró retratar una de las etapas más conflictivas de nuestra historia, marcada «a fuego» por la división entre la «civilización» y la «barbarie», entre Buenos Aires y el «interior», entre los argentinos y extranjeros de las principales ciudades argentinas, los habitantes nativos y el gaucho. En resumidas cuentas, logró plasmar en su obra la división —siempre presente— entre los dominantes y los dominados.

Para ello, tomó a una de las figuras más complejas y emblemáticas de la sociedad argentina: el gaucho; y junto con él, sus costumbres y sus modos de hablar para ensamblar de un modo único el discurso ideológico y el literario imperante en su época.

La historia comienza con Fierro recordando su vida sencilla, pero feliz, junto con su mujer y sus dos hijos, hasta que es arrancado de «sus pagos» para ir a servir en la frontera, en la lucha contra el indio. A su regreso, después de tres años de servicio, encuentra su tierra y hacienda vendidas, su familia dispersa y con paradero desconocido, y el rancho convertido en tapera. Sin propiedad y sin «libreta de trabajo», se lo considera «vago» y «resertor»<sup>2</sup>, por lo que es perseguido por la justicia.

De esta manera, comienza una vida plagada de adversidades, que será (y aún es) un ícono incuestionable de la identidad artística y cultural de nuestro pueblo hasta el presente.

Si bien, a lo largo de la historia, la palabra gaucho se aplicó para denominar al criollo o mestizo de sangre española e indígena, más que una raza señala un modus vivendi, una filosofía de vida.

Desde el siglo XVII, los gauchos recorrían libres la llanura, dedicados a la caza del ganado cimarrón. Su sistema económico no pasaba por el dinero, ya que la pampa puede, a quien sabe aprovecharla, proporcionar vivienda, comida y abrigo. La libertad —lema innato a su espíritu— y la abundancia lo hacen altivo, hospitalario y leal: «*mi gloria es vivir tan libre / como el pájaro del cielo; / no hago nido en este suelo / ande hay tanto que sufrir, / y naides me ha de seguir / cuando yo remuento el vuelo*»<sup>3</sup>.

Sin embargo, hacia el año 1880, con el afianzamiento del nuevo modelo económico, progresista y liberal impulsado por el gobierno de Buenos Aires, la suerte del gaucho sufrió un duro revés. Comenzó a ser catalogado —por la alta sociedad de la época— como jugador, haragán y pendenciero, que huía de la disciplina, que es desertor y delincuente: «*él anda siempre juyendo, / siempre pobre y perseguido; / no tiene cueva ni nido, / como si fuera maldito; / porque el ser gaucho... ¡barajo! / el ser gaucho es un delito*»<sup>4</sup>.

El gaucho simbolizaba un elemento de atraso, contrario a la civilización, por lo que se produce un avasallamiento de sus usos y costumbres. Con la consolidación de la propiedad de la tierra, se con-

<sup>1</sup> Hernández, José. (1993). *El gaucho Martín Fierro*. "Canto I (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires.

<sup>2</sup> "Volví al cabo de tres años / de tanto sufrir al ñudo, / resertor, pobre y desnudo / a procurar suerte nueva, / y la mesmo que el peludo / enderecé pa la cueva" (Fragmento canto VI de "El gaucho Martín Fierro").

<sup>3</sup> Hernández, José. (1993). *El gaucho Martín Fierro*. "Canto I (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires. Pág. 69.

<sup>4</sup> Hernández, José. (1993). *El gaucho Martín Fierro*. "Canto VIII (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires. Pág. 103.

fiscaron los bienes de los pequeños propietarios para que éstos trabajaran como peones y dependientes. De esta manera, los pacíficos ocupantes de las pampas —que podían incluirse en la categoría social de propietarios— quedaron, de buenas a primeras, desposeídos y considerados como simples peones: *«tuve en mi pago en un tiempo / hijos, hacienda y mujer, / pero empecé a padecer, / me echaron a la frontera / ¡y qué iba a encontrar al volver! / tan sólo hallé la tapera»*<sup>5</sup>.

A partir de ese momento, el gaucho dejó de ser un hombre libre, su naturaleza fue doblegada y su cuerpo se transformó en «objeto», que respondía a las necesidades «de uso» del poder político como mano de obra, ya sea para los ejércitos, como para los hacendados.

Debido a la «Ley de Leva» —o también conocida como «Ley de vagos»— que se sancionó con el objetivo de combatir el nomadismo, el vagabundeo y la delincuencia rural, el gaucho llegó a ser una especie de esclavo. Dicha ley establecía que todo varón de entre dieciocho y cuarenta años que no tuviera propiedad, careciera de domicilio fijo o que no pudiera demostrar ocupación alguna<sup>6</sup>, sería detenido, puesto a disposición de las autoridades y destinado al desarrollo de obras públicas o a cumplir servicio militar en la frontera con el indio; al menos que se alzara como «gaucho matrero»: *«... el Juez de Paz / se presentó, y ahí no más / hizo una arriada en montón / juyeron los más matreiros / y lograron escapar / yo no quise disparar (...) / y así me dejé agarrar»*<sup>7</sup>.

Ésta era una realidad angustiosa y trágica para el gaucho Martín Fierro, quien no comprendió ni toleró la explotación del hombre por el hombre. La dura experiencia le mostró los vicios de un mundo corrupto: *«la ley es tela de araña (...) / no la tema el hombre rico, / nunca la tema el que mande, / pues la rumpen el bicho grande / y sólo enrieda a los chicos»*<sup>8</sup>.

El autor, en este fragmento del poema, nos muestra cómo la ley puede ser utilizada como medio o instrumento del ejercicio del poder para ejercer la dominación sobre los marginales y lograr —así— beneficios económicos, en concordancia con lo que sostiene Karl MARX (1818-1883) en su teoría del conflicto social<sup>9</sup>, desarrollada a mediados del siglo XIX y posteriormente ampliada por numerosos sociólogos a lo largo de la historia.

Dicha teoría nos intenta demostrar que el delito responde a múltiples desigualdades sociales (sean éstas raciales, étnicas o de clase), y que lo que calificamos como conducta desviada depende —en gran medida— de cómo esté distribuido el poder en la sociedad.

Según la teoría del conflicto, poder y desviación no son instancias aisladas o independientes. En primer lugar, porque la ley (así como el resto de las instituciones del Estado) no es neutral, sino que sirve para proteger los intereses de las clases sociales privilegiadas: *«Le suelen llamar espada / y el nombre le viene bien; / los que la gobiernan ven / a dónde han de dar el tajo: / le cai al que se halla abajo / y corta sin ver a quien»*<sup>10</sup>.

En segundo lugar, porque si un miembro de la clase privilegiada se ve en un aprieto, cuenta con más recursos para evitar su condena, sea ésta simbólica —por medio de la imposición de etiquetas— o real —ante los tribunales de justicia—: *«Hay muchos que son doctores, / y de su cencia no dudo; / mas yo soy un negro rudo, / y, aunque de esto poco entiendo, / estoy diariamente viendo / que aplican la del embudo»*<sup>11</sup>.

---

<sup>5</sup> Hernández, José. (1993). *El gaucho Martín Fierro*. "Canto III (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires. Pág. 75.

<sup>6</sup> Los gauchos podían demostrar su ocupación a través de un documento llamado "papeleta de conchabo", emitido por el patrón, que certificaba su relación de dependencia.

<sup>7</sup> Hernández, José. (1993). *El gaucho Martín Fierro*. "Canto III (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires. Págs. 75-76.

<sup>8</sup> Hernández, José. (1993). *La vuelta del gaucho Martín Fierro*. "Canto XXX (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires. Pág. 264.

<sup>9</sup> Scarponetti, Patricia. *Sociología del derecho*. Capítulo II: "El contexto social e intelectual de las obras de los clásicos".

<sup>10</sup> Hernández, José. (1993). *La vuelta del gaucho Martín Fierro*. "Canto XXX (fragmento)". Colección Clásicos Huemul, Buenos Aires. Pág. 264.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

Podemos decir, entonces, que el poema no se limita al ámbito estricto de la ficción, no es la historia de un gaucho hipotético; es la historia de un gaucho real perteneciente a las clases desheredadas del siglo XIX, contra la oligarquía y sus aparatos ideológicos-represivos.

Hernández, en su obra, le da voz a una parte de la identidad argentina silenciada. Lo hace como un grito de denuncia o un pedido, que es lamento en boca de Fierro, mientras que en la palabra del autor adquiere la fuerza de un reclamo de justicia para los más necesitados. Justicia en el sentido de dar a cada uno lo que merece de acuerdo con su respeto por las leyes y su participación en la comunidad, y no por su posición social y económica.

© **Daniela Pistelli**

---

**Daniela Pistelli.** Abogada recibida de la Universidad Blas Pascal de la ciudad de Córdoba, Argentina, nació el día 04 de MARZO del año 1993 en una pequeña localidad de las sierras cordobesas, llamada Los Cóndores. Comenzó sus estudios, en el año 2011, en IDES Río Tercero, donde se graduó con título de Técnico Superior En Ciencias Jurídicas, en el 2014. Posteriormente, continuó su formación en la Universidad Blas Pascal hasta el año 2016. Actualmente cursa el cuarto año del Profesorado de Lengua y Literatura en el Instituto Diocesano Doctor Alexis Carrel de la ciudad de Río Tercero, Provincia de Córdoba, Argentina.

## EXCURSIONES <sup>1</sup>

por Silvia Fernández Díaz

Habría un antes y un después de la Humber. En cuanto la tuviera, no sentiría los golpes. Nunca más. El ruido de los herrajes de mi bota contra las baldosas del cuarto se esfumaría para siempre. Y ya no tendría que aprovechar la luz del ventanal del dormitorio, aquella claridad que moteaba las páginas de mi cuaderno descolorido. Ni derrumbarme en la silla después de haber visto a mis compañeros desaparecer en tropel con sus bicicletas en dirección al castillo. O al lago Cole Mere, que, según contaban, parecía un espejo enorme a los pies de la montaña. A solas, me imaginaba aquel lago, pero no era igual, ni mucho menos. Imaginar no es lo mismo que ver. Y mi única visión, desde hacía tres meses, la formaban mis compañeros de internado, que pasaban la semana organizando sus correrías: en la entrada del refectorio, en los pasillos. Susurraban su próximo destino en la alcoba, sus voces cuchicheando sobre mi cama. Y yo me había convertido en mensajero entre dos chicos cuyos nombres he olvidado. Pero de sus bicicletas sí que me acuerdo: una era una Raleigh y la otra una The Mister roja cromada.

No era fácil darme la vuelta en la cama sabiendo que el sábado irían a lanzar fuegos artificiales desde la torre del castillo o montarían una acampada en el lago. ¿A qué hora salimos?, preguntaba el de la Raleigh. Su bici tenía bocina. Una bocina en forma de pera que sonaba más que ninguna en el internado. Y, aunque ellos no lo supieran, yo tenía que esforzarme al responderles, como si necesitase cambiar de postura en la cama para hablar con ambos.

A menudo me dolía la pierna. Sobre todo cuando tenía que contestar al de la bicicleta cromada. Se acostaba a mi derecha y la derecha era mi pierna mala, la que llevaba sujeta con los tornillos. Entreveía su sombra en la oscuridad del cuarto. Tardaba un buen rato en decirle a uno los planes del otro; no era sencillo hacer de intermediario. A menudo, un tendón de la pierna se me agarrotaba y me entraban ganas de gritar. Así era el dolor de mi pierna, pero disimulaba. Era consciente de que gritando no desaparecería. Los calambres tensaban mis articulaciones. Sin emitir un quejido, me agarraba el gemelo de la pierna con las dos manos y, sin dejar de masajear con la presión de los dedos, podía girarme en la cama.

---

*A menudo me dolía la pierna. Sobre todo cuando tenía que contestar al de la bicicleta cromada. Se acostaba a mi derecha y la derecha era mi pierna mala, la que llevaba sujeta con los tornillos.*

---

Con frecuencia oía sus risas. Cuando era incapaz de moverme en ningún sentido, me llegaban sus carcajadas encubiertas bajo las sábanas. Quería hablarles. Me hubiera gustado sentarme en la cama y conversar con normalidad. Decirles que, cuando fuera a visitar a mi abuela, me compraría una Humber. O preguntarles directamente de qué se reían. Pero me faltaban las fuerzas. Como cuando escondían mi bota en uno de sus armarios. O detrás del radiador. Lo único que lograba era gritar sus nombres, repetirlos una y otra vez, hasta recuperar mi calzado y abrazarlo con tanto alivio que, al pretender averiguar sus razones, advertía que estaba solo en el cuarto.

Los fines de semana eran distintos. Dormía solo y, a pesar del dolor, intentaba incorporarme. Era preferible caminar que seguir tumbado. Recorría varias veces la habitación, de un extremo a otro, y vuelta a empezar, hasta que los pinchazos desde la rodilla al tobillo iban disminuyendo y, como temía tumbarme otra vez, sentado ante la mesa redonda, trazaba mi plan.

Para comprar la Humber necesitaba dinero. Lo escribía en el cuaderno descolorido. Y la única opción era coger prestados los billetes que mi abuela guardaba, sujetos con una goma elástica, en el azucarero. Escribía todo lo que pasaba por mi cabeza. No tenía otra cosa que hacer, salvo contar el tiempo que aún me faltaba para la próxima visita. Entonces aguardaría a que cerrase el portón de su

---

<sup>1</sup> Relato perteneciente al libro *Solo con hielo* (Talentura, 2014).

casa excavada en la roca. Aprovecharía su ausencia. La cocina era su refugio. Nada más verla salir de la cueva con el barreño de mi ropa sucia hacia el lavadero, me levantaría del banquillo. Era el único momento en que abandonaba permanentemente la cocina. Si recogía leña, la acarreaba a la cocina; siempre tenía cacharros que bruñir en el fregadero, los frotaba con un estropajo y tierra batida, hasta que el fondo de las ollas relucía tanto que mirarse daba miedo. Solo ese rato desaparecería de mi vista: cuando almidonaba los cuellos de mis camisas y ponía la ropa a secar, todos mis trapos tendidos en las cuerdas de la solana. Igual que si yo mismo estuviera colgado al sol. Era el único instante en que tendría la seguridad de que, si me atrevía a abrir el tarro de azúcar, no iba a cazarme con el dinero entre las manos.

Entonces seré feliz. También lo escribí en mi libreta. Fantaseaba con la Humber como si fuese posible que me hiciera olvidar la pierna. Quería creer que, al pedalear, mi pierna mejoraría. Para ello tendría que abandonar los escrúpulos, no preguntarme jamás para qué precisaba aquellos billetes mi abuela. Era necesario que los dedos dejaran de temblarme cuando alcanzaran el azucarero. Pero mis manos se agitaban incluso al escribirlo. En el silencio del cuarto, del cuarto del internado, la letra se deformaba. Y para tranquilizar mis dedos y que volvieran a recorrer con firmeza la textura del cuaderno, escribía que lo haría por ella. Si tuviese la Humber, iría más veces a visitarla. Solo tomaría prestados uno o dos billetes. Los escondería en un saquito enganchado con un imperdible al forro de mi pantalón y, con tiento, enrollaría los billetes que no me podía quedar, sujetándolos de nuevo con la goma, con lástima de dejarlos. Si me los llevaba todos, podía comprar la bicicleta sin tener que esperar más tiempo. Pero entonces la abuela descubriría el tarro vacío y no quería disgustarla tanto. Solo un poco en cada visita para que no se diera cuenta de nada. Yo sabía bien cómo hacerlo, y dentro de poco montaría en la Humber. Me animaba cerrando el bote con dos cerezas rojas en el cristal. Nunca comprendí por qué el azucarero era un bote con cerezas, pero así era. Y, en mis líneas, lo devolvía a su sitio exacto, en el fondo de la alacena inferior. Mi caligrafía adolescente volvía a recobrar su pulso cuando me quedaba mirando los rescoldos de carbón de la chimenea, hasta que ella volvía fatigada de su labor en la solana y, sin sentarse un segundo a tomar resuello, arrancaba el fuelle de la pared y se ponía a calentar la estancia.

---

*Ahora lo sé. Con los años entiende uno ciertas cosas que antes se ignoraban. Alborotando con su revuelo juvenil el internado, que había quedado desierto el fin de semana.*

---

Con mis compañeros no. Con ellos en la habitación no podía ponerme a escribir mis pensamientos. Tenía que recuperarme en la cama. ¿A qué hora salimos?, preguntaba de nuevo el de la cocina mientras yo hacía giros absurdos con el pie, flexionaba los dedos en el aire. Al cabo de un rato, lo conseguía. Es un triunfo que mi pierna obedezca, me decía, mientras ellos esperaban mi respuesta en silencio, sin darse cuenta de nada. Yo le contestaba al The Mister que a las diez; sin hablar nunca de mi pierna, no les importaba. Me habrían hecho callar, como al referirme a las visitas a mi abuela. Si hubiera sido todas las semanas lo entendería; pero solamente era una vez, una ocasión cada mes en que yo tenía algo que contar. Pero

no, no parecía interesarles lo más mínimo, me daban la espalda sin consideración y, por eso, no mencionaba mi dolor ni a mi abuela, y los ayudaba a concretar la excursión en la que no participaría, aunque fingía estar interesado, y me enteraba del destino del viaje, en ocasiones a Castle Combe, otras al lago. A veces se aventuraban a ir más lejos y se perdían por lugares improvisados.

Regresaban el domingo antes de cenar con caras saludables, unas caras resplandecientes por el aire. Ahora lo sé. Con los años entiende uno ciertas cosas que antes se ignoraban. Alborotando con su revuelo juvenil el internado, que había quedado desierto el fin de semana. Un territorio que los sábados y los domingos me pertenecía solo a mí. De nuevo pensaba en la Humber como en un objeto material, dejaba de ser la fantasía que rellenaba las páginas, mientras me ensordecía el arrastrar de sus botas polvorientas por el pasillo, el vaivén de las puertas al abrirse y al cerrarse, otra vez la Humber por una semana más, y luego otra, y otra más; semanas que se acumulaban como las hojas de mi cuaderno. Si lo abría a escondidas, cuando ellos estaban presentes, tan solo interpretaba borrones temblorosos pese a haberlos escrito a la luz del día. Y no me aventuraba a seguir haciéndolo con ellos allí. Solo cuando no me veían, y no me veían porque no estaban; quizá era preciso que salieran con las bicicletas para que yo estuviera allí, escribiendo, emborronando páginas de un cua-

dero desteñido, mientras los sabía camino del lago o del castillo. Y no era que me olvidase de ella. No era que los fines de semana no pensase en la Humber, ni mucho menos. Pero permanecía en mi habitación para no escuchar los golpes del hierro que oprimía mi bota. Si todo estaba en silencio, me asustaba de mis propios pasos, y me quedaba todo el tiempo permitido en mi alcoba. Solo salía para las comidas, no me quedaba más remedio, igual que al regresar los domingos, deseosos de una cena que a mí se me atragantaba, y escribía sobre la Humber, sin plantearme si podría montar en ella, y daba por supuesto que sí, que la pierna no me fallaría al empujar el pedal y a veces me situaba en la cabeza del pelotón. Una vez lo conseguí, sí, lo escribí, con letra escarpada, como si estuviera pedaleando de verdad por los terraplenes, y me lo llegué a creer. Yo era el primero que llegaba al lago, al menos una vez, y los esperé a todos saludando con el pañuelo de lino que mi abuela me había regalado.

Cuando regresaban de sus excursiones, asaltando el dormitorio que hasta ayer solo era mío, lo contaban todo. Aquel domingo volvieron más alterados que de costumbre. Sentados en sus camas respectivas, se quejaban de lo mal que lo habían pasado. El comentario me extrañó. Por eso les presté tanta atención. Además, me sentía inquieto. Solo me faltaba una semana para ir a visitar a la abuela y la pierna me dolía más que nunca. A veces me sucedía, que llevaba un mes esperando la visita y al final no podía acudir. Tenía que transcurrir otro mes de nuevo, como si mi dolor fuera un castigo, el tiempo una penitencia. Me acomodé entre las sábanas desapacibles y les escuché decir que se habían desviado del camino. Sin pretenderlo, llegaron a las cuevas de la montaña, cerca de Kinver. Estuve a punto de gritar de alegría: al fin hablaban de un lugar que yo conocía. Un sitio del que yo podía opinar sin invenciones. Me puse tan contento con la casualidad que no sabía qué hacer; comencé a arrugar las sábanas para calmar el impulso de interrumpirlos, me parecía muy importante que ellos supieran que era allí donde me dirigía cuando visitaba a mi abuela. Si otra vez regresaban, podrían llevarle un recado mío. Si habían llegado a Kinver, seguro que habían pasado por delante de la casa. Que en realidad no era una casa, sino una cueva. Y estuve a punto de confesarlo así, pero el de la Raleigh se me adelantó y se echó a reír, con malicia, una risa nerviosa interrumpida por la tos del The Mister, la risa y la tos, la tos y la risa, y yo no sabía a qué atender, por eso me quedé inmóvil, tanto tiempo inmóvil y bocarriba que el dolor de la pierna se fue extendiendo por la cintura y por la cadera. No sabes el miedo que hemos pasado, chaval. Imagínate un desierto de rocas y cuevas. ¿Quién puede vivir allí? Allí solo debe habitar una tribu de la época del Cromañón, unos tipos peludos armados con hachas y garrotes. Estoy convencido, decía el Raleigh ahogado en risas. Y yo también. La tos del The Mister se agudizaba al recordar los perros, que ladraban como lobos. No, no eran ladridos normales, te lo juro, chaval, eran aullidos temibles. Y lo último que alcancé a oír, mientras gritaba sin voz intentando en vano alcanzar mi pierna, es que tuvieron que acelerar sus bicicletas y pedalear sin respiro hasta vislumbrar la orilla del lago.

El peso de las sábanas era molesto. Insoportable. Las aparté y sin decir una palabra, me incorporé en la penumbra cojeando sin disimulo. Creí que desfallecería antes de alcanzar el armario. Pero logré abrirlo y buscar a tientas el cuaderno. Sin responder a sus preguntas, ignorándolos, pasé por alto lo escrito sobre la Humber. Podía arrancar las páginas, pero sospechaba que debían perdurar. Que mi abuela y el azucarero sobrevivirían en la libreta descolorida mientras yo siguiera escribiendo sin descanso en la oscuridad hasta el momento en que aprendiese a convivir con mi dolor. Y, solo cuando amaneciera, conseguiría olvidar sus nombres para siempre.

© **Silvia Fernández Díaz**

---

**Silvia Fernández Díaz** (Madrid, 1967) es Diplomada en Profesorado de E.G.B. Desde 2004, compagina el trabajo administrativo en la Comunidad de Madrid con la escritura. Ha formado parte de la Segunda promoción del *Máster de Narrativa* de Escuela de Escritores (2010-2012). Ha obtenido diversos premios y menciones en concursos literarios, como el VII Concurso Antonio Villalba de Cartas de Amor o en el II Concurso de Microrrelatos convocado por el Hotel Montreal de Benicàssim, en febrero de 2017, con el relato «En el pretil del puente». También ha participado en diversas publicaciones. En solitario, *El reflejo del eclipse*, libro inédito de cuentos, fue finalista en el Premio Caja España, 2010. Con *Solo con hielo* (Talentura, 2014), su primer libro publicado, fue finalista del XII Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en 2015. Acaba de publicar *La mirada de los pájaros* (Talentura, 2017).

## EL ESPEJO DE PRECIOSO

por Homero Carvalho Oliva

Zenobia ya lo sabía. El espíritu de su abuela paterna le había anunciado que tendría un hijo, que sería grande entre los grandes, apuesto, famoso y muy querido, tanto por las mujeres y los niños, como por el pueblo.

Así que no le importó que su embarazo fuera el resultado de una violación.

Cogida enteramente por sorpresa, evocó el sueño y pensó en el malhadado azar como un atajo imprevisible de la vida; se dispuso al sacrificio y supuso que el jovencuelo borracho que la agredió podría ser quien hiciera realidad su sueño; los caminos del Señor son tan misteriosos, pensó y dejó que el hijo de los patrones le bajara el calzón con figuras de la Caperucita Roja, le abriera las piernas y la penetrara sin misericordia. El cuerpo del mozalbete cayó pesadamente sobre ella y la hizo deslizarse al vacío de la noche.

Cumplida la inmolación, supo desde su interior que la promesa que encerraban las palabras de la abuela, se había hecho evidente, y se dispuso a cumplirla sin condiciones.

Meses después, al confirmar su incipiente preñez, el júbilo deseado se mezcló con el temor que recorrió su delgado cuerpo de adolescente, empujándola a buscar los consejos de su madre; ésta la miró intentando no mostrar sorpresa, porque pensaba que la fealdad de su hija le impediría tener pareja y por consiguiente hijos, así que tomó la desgracia como un premio consuelo y con resignada ironía le dijo: Así es la vida.

---

*Meses después, al confirmar su incipiente preñez, el júbilo deseado se mezcló con el temor que recorrió su delgado cuerpo de adolescente, empujándola a buscar los consejos de su madre.*

---

Ante la afectada indiferencia de su madre, Zenobia se condenó a la conformidad; la aceptación le produjo cierta paz y alejó los imprecisos temores que pudo haber sentido hasta entonces. La esperanza la protegió de la depravación del mal que se repetía cada semana, los días viernes a la medianoche con el joven verdugo. Sentía miedo y asco, pero estaba segura que era la condena que tenía que pagar por su sueño; ningún sueño viene gratis, le había advertido también la abuela. Así sea, se dijo y suspiró emocionada.

Durante los meses siguientes, Zenobia pronunciaba la palabra «Hijo», mientras se acariciaba el vientre que crecía cada semana y la convertía vertiginosamente en una pequeña mujer, sin más amparo que su terquedad por vivir para su heredero.

Un día, cuando la tarde fracasaba en la noche y agotada de la jornada que le imponían sus patrones, soñó despierta, imaginó que luego de dar a luz a su criatura en el hospital de la ciudad y todavía sufriendo los malestares postparto, percibió el descomunal revuelo que se armó entre las enfermeras y los médicos, el instante que se llevaron al recién nacido para bañarlo y, también, de alguna manera, supo que todas las pacientes se enteraron que ella, Zenobia Hurtado, había parido a un hermoso niño.

Ella estaba segura que su hijo sería como le había anunciado su abuela que, a veces, parecía un fantasma dentro de ella..., una sombra interior que le hablaba, le daba consejos y la reconfortaba cuando era necesario.

Deliró después del parto y de que la criatura llorara por primera vez, para que todo el mundo supiera que ya había llegado a la tierra, todas las parturientas, llevadas por una extraña intuición, rezaron el rosario para que sus hijos se parecieran al recién nacido. El nacimiento del hijo de Zenobia dispuso la fiesta y en una ciudad farandulera como Santa Cruz de la Sierra, el festejo duró hasta la madrugada.



da. Todos hablaban del niño de la Zenobia, hasta las malas lenguas... ¡Un prodigio!

Muy pronto la fama del niño contaminó las conversaciones de las jugadoras de loba, de las cofradías religiosas, de las comparsas, de las fraternidades, de los sindicatos —incluso de los lustrabotas—, de las logias secretas que controlan la economía de la ciudad y hasta de los librecambistas de la Plaza 24 de septiembre; así como también inundó las charlas de los cafés, de los bares y de los lupanares de la ciudad.

Antes de la siesta, la gente hablaba del fenómeno y se corrió la voz de su nacimiento, más allá de los barrios de la capital del departamento, llegando a las provincias y traspasando las fronteras regionales. No faltó quien, recordando el milagro, afirmara que desde las alturas de la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, sede de gobierno, había llegado la Primera Dama de la nación a conocerlo personalmente y dar fe de la maravilla, para luego contar el prodigio ante las señoras que brindaban su caridad a los niños trabajadores de la calle, sacrificando su tiempo en una cena anual para recaudar fondos para comprarles juguetes en Navidad... Zenobia imaginaba y sonreía en silencio, ilusionada.

\* \* \*

Al contemplar a su hijo, Zenobia comprendería que su vida cobraría un nuevo significado y se sentiría tan orgullosa de la belleza de su vástago, que decidiría nombrarlo Precioso; sin embargo, como era muy creyente, para la fecha de parto, llevaría en su maletín, que había preparado y que guardaba debajo su cama, el Almanaque Bristol para buscar también un nombre pertinente con el santoral católico.

---

*En otra de sus fantasías recurrentes, lo vio como un joven gallardo, alto, de espaldas anchas y de brazos y piernas firmes como horcones de cuchi.*

---

En el Registro Civil inscribiría al niño con los nombres elegidos, le impondría un supuesto apellido español que reemplazaría al verdadero paterno, el mismo que sonaría como una campanada en una tarde tranquila, y, huyendo del violador, se buscaría un nuevo trabajo como empleada de una familia generosa que, conmovida por el niño, quisiera recibirla en su casa y apoyarla en la crianza de Precioso.

Por las noches, después de haber cumplido con sus labores de lavar, planchar, barrer, tender las camas, acomodar los cuartos y cocinar, Zenobia soñaba con el brillante futuro de su hijo, cuya bisabuela le había augurado, sería una gran eminencia. En las noches de insomnio,

Zenobia imaginaba a su primogénito, y minuciosamente planificaba su futuro. Lo veía entrando al kínder, con su impecable uniforme, ningún otro niño resistiría la comparación con la inigualable belleza del suyo y le contaban que las envidiosas madres hablaban mal de Precioso.

Se imaginaba llevándolo a la escuela primaria y lo veía ingresar por la puerta, orgulloso y seguro de sí mismo —con una altísima autoestima—; en tanto otros niños de su misma edad lloraban y se aferraban a las piernas de sus padres para que no los abandonaran en el establecimiento.

Sus sueños lo proyectaban en la secundaria, como un alumno destacado y portaestandarte del colegio en todos los desfiles cívicos de las efemérides municipales, departamentales y nacionales; todos los años figuraría en los cuadros de honor, y siempre estaría rodeado de las muchachas más bonitas del colegio, que se disputarían el honor de que él las invitara a bailar en las fiestas vecinales y cívicas. Entonces, soñándolo como un buen bailarín, Zenobia supo que tendría que inscribirlo en una academia de danza..., elegiría la más afamada escuela de ballet; ella quería que su hijo fuera como los bailarines rusos que alguna vez había visto en unas revistas, en la residencia de sus primeros patrones. Soñaba Zenobia y soñaba en grande.

En otra de sus fantasías recurrentes, lo vio como un joven gallardo, alto, de espaldas anchas y de brazos y piernas firmes como horcones de cuchi. Los años irían acrecentando la belleza de Precioso y su fama sería legendaria...al punto de tener una legión de amigos que lo seguiría a todos lados, para beneficiarse de su apostura y de su evidente éxito con las muchachas.

Una fría noche, después de que el jovencuelo violador saciara sus bajos instintos, Zenobia tuvo una visión: vio la graduación de bachiller con honores y su deslumbrante ingreso a la Universidad. ¡Su

hijo en la universidad! El primero de su familia en llegar a ser profesional. Eso sí sería algo digno de destacarse, pensaba Zenobia y cantaba mientras trapeaba el piso, apagando sus quimeras con el agua sucia de las baldosas.

Precioso no sería como el resto de los niños, Zenobia lo criaría de forma diferente para que no tuviera nada en común con sus parientes, y tampoco con los hijos de los vecinos del humilde barrio donde ella había nacido; Precioso sería un hombre *distinguido*. Sería como esos elegantes señores que ella veía por la calle: siempre vestidos de terno, a pesar del imponente calor. Algunos vestían trajes de blanco lino y otros de telas oscuras. Señores de rancio linaje, pensaba Zenobia... Su hijo sería uno de ellos, ostentaría el título de Señor y vestiría trajes encargados a medida, no como los que usaba su padre biológico, que era un petiso cabezón, que usaba ternos que parecían de su hermano mayor y siempre andaba con poleras sucias debajo de unas camisas percutidas, que alguna vez fueron blancas. Ella trabajaría toda su vida para que sus ilusiones se hicieran realidad. No le haría faltar nunca nada, era una mujer menuda pero muy fuerte, trabajaría incansablemente para que su hijo tuviera lo que los demás niños tenían. Nunca dejaría que su hijo fuera opacado por la riqueza o la belleza de sus compañeros o la de los hijos de los otros patrones. Y para que lo protegiera de toda la maldad del mundo, ella le prendería en la polera blanca —que llevaría debajo de la camisa blanca— un escapulario con la Virgen de Guadalupe. ¡Precioso sería grande entre los grandes!, como le había augurado la abuela que, cuando estaba viva nunca se había equivocado en sus vaticinios.

\* \* \*

¡Grande entre los grandes!, se repetía entretanto le cambiaría los pañales de tela, cagados por el infante de prometedor futuro. Zenobia sabía que los más grandes no eran los comerciantes y ganaderos ricos: los más grandes eran los políticos, porque a ellos los veneraba el pueblo y los medios de comunicación competían por una entrevista o alguna declaración al paso.

Ella había escuchado en la calle y en el mercado, que los nombres de los políticos se repetían en los atardeceres cuando iba a comprar cuñapés, tamales y roscas de maíz, y en las madrugadas, al ir por pan recién salido del horno y carne y verduras para el almuerzo, se repetían en los noticieros, donde confirmaban lo que la gente ya sabía de sus líderes. Precioso sería Concejal, Diputado, Senador, ¡con mayúsculas!, y por fin, ¡Presidente de la República!... Y lo invitarían a todos los eventos sociales más importantes de la ciudad, a las fiestas de gala por el Aniversario Cívico de Santa Cruz, a las inauguraciones anuales de la Feria Exposición; así como a las recepciones de las embajadas y a los aniversarios cívicos de los países. Y ella, ¡ella, Zenobia, sería la madre del Gran líder, del Gran Timonel!, como había escuchado que, en un documental de la televisión, le decían a un tal Mao, en la China comunista. ¡El Gran Timonel, el Gran Guía de la Nueva República Global, qué título más hermoso y glorioso!, pensaba Zenobia, quien apenas había terminado la primaria. Su hijo la vengaría de todo el escarnio sufrido en su infancia por la crueldad de los niños y niñas que se habían hecho la burla por su fealdad y flacura. Ella sería la madre del Padre de la patria, del Primer mandatario, y ella también sería la suegra de la Primera Dama de la Nación, la más hermosa mujer que se hubiera visto el país: ¡una Miss Bolivia que casi logra el título de Miss Universo!, su hijo no se casaría con una flacu-chenta cualquiera, buena para nada y maquillada como una flauta. Ella sería la abuela de los niños más hermosos que jamás mujer alguna hubiera parido.

Zenobia soñaba con una parejita de nietos: hombrecito y mujercita. La hembra se llamaría Fabiola y el hombrecito Adolfo, como el líder de ese país europeo del que ella había escuchado hablar en la casa de sus antiguos patrones. Adolfo, el nieto sería tan brillante como su padre, tan hermoso e inteligente como él y sería un digno heredero de su poder y riqueza sin par.

\* \* \*

Sin embargo, así como el día engendra la noche, si existen los sueños, también existen las pesadillas y en ellas el llanto de su heredero la despertaría para recordarle que necesitaba la leche que sus pequeños y áridos senos no podían darle. El niño de sus emponzoñados sueños tenía un hambre atroz y no había maderas que saciaran su feroz apetito. Nada importaba, Zenobia quería creer que inclu-

so las pesadillas eran una buena señal, pues los niños gorditos son sanos...

Zenobia despertaba asustada y luego se reponía, pues mientras llegaba la hora del parto, Zenobia seguiría inventando la vida de su hijo.

Zenobia soñaba y en sus sueños soñaba que soñaba con su hijo Precioso.

Por fin, cuando el niño quiso salir de su vientre y llegar al mundo, fue un primero de junio, tomó el Bristol y buscó la fecha. Eligió Justino como segundo nombre, porque el otro santo del calendario cristiano, Simeón, le pareció que remitía a un niño meón y lo haría blanco de las burlas. Justino le pareció sobrio y aristocrático, digno nombre para su hijo. Precioso Justino ¡Dios te bendiga, hijo mío!

Después del parto, que tuvo que ser por cesárea, porque la enorme cabeza del niño casi le rompe la vagina uniéndola con el ano, se armó el revuelo que Zenobia había soñado, y médicos y enfermeras se empujaban entre ellos para ver al recién nacido, al «hermoso bebé de la Zenobia».

El vidrio protector de la sala de recién nacidos se empañó tanto, con las entrometidas respiraciones de los curiosos agolpados, que ya no pudieron seguir mirando, asombrándose con el neonato, y tuvieron que retirarse a comentar por los pasillos del nosocomio la «buena nueva». La más vieja de las enfermeras aseguró que nunca había visto algo parecido en sus cuarenta años de trabajo. El portero del hospital, un anciano longevo que tenía una runfla de hijos fuertes y sanos, aseveró que, en casi un siglo de vida, tampoco había visto ni oído cosa tal. Pronto lo supieron las otras parturientas y se armó el grotesco griterío: ¿Cómo era posible que hubiera nacido un niño así?

Nadie lo creía. Naturalmente que Zenobia tampoco.

Cuando las enfermeras le llevaron al bebé, la primera impresión la desconcertó y en los ojos de su rostro de adolescente confundida, se encendió una lucecita, producto de la emoción; sus ojos se abrieron hasta el infinito y su mirada fue más allá: dio la vuelta al mundo y volvió a su corazón de madre.

Enfrecida por el parto y la incertidumbre, en un segundo consumió todos los meses de expectativa acumulados desde que soñó con su abuela. A solas con su hijo, en la semioscuridad de la habitación, apenas separada de las otras madres por cortinas de ordinarias telas, las lágrimas estremecieron su cuerpo hasta sacudirlo en un sollozo.

---

*Cuando las enfermeras le llevaron al bebé, la primera impresión la desconcertó y en los ojos de su rostro de adolescente confundida, se encendió una lucecita, producto de la emoción.*

---

El día del nacimiento de Precioso, atentos a este tipo de noticias sensacionalistas los medios de comunicación invadieron el Hospital Materno Infantil; camarógrafos, fotógrafos y reporteros lidiaron por la primicia. Viendo y oyendo tal zafarrancho, Zenobia confirmó que su abuela no se había equivocado: había parido a un hijo que sería famoso, y los canales de televisión, los periódicos y las radios lo anunciarían para que el mundo entero lo conociera, y cuando Precioso creciera sería el invitado de honor en los mejores programas de entrevistas. ¡Es más, Precioso sería tan inteligente que llegaría a tener su propio programa!, como ese brillante periodista de lentes y barba espesa, que después de muchos años de entrevistar de cerca a gente importante, llegó a ser Presidente de Bolivia. Ya sea que Precioso tuviera su propio programa o fuera el invitado especial, como analista político o para opinar de economía, sociología o cultura, vestiría de frac, llevaría anudada en el cuello una grande y colorida corbata de moño y con una astucia y perspicacia nata, acorralaría a políticos, artistas, intelectuales y se pelearía con todos ellos, haciéndoles morder el polvo de la derrota con su evidente sapiencia, así como también aprovecharía el tiempo necesario para hablar de los ensayos que escribiría acerca de la realidad regional, nacional y mundial. ¿Le habrán avisado a la Primera dama?, se preguntó Zenobia.

Una vez que los medios lograron captar las imágenes suficientes para crear la farsa del espectáculo, exigido cotidianamente por la colectividad (que glorifica las apariencias), se retiraron zumbando como moscardones.

Tras la salida de los periodistas, Zenobia quedó satisfecha, porque ella ya lo sabía: ¡Precioso era noticia!

\* \* \*

Al día siguiente, pagó la cuenta del hospital con sus ahorros y desapareció en la inhóspita ciudad que se hundía en la noche, porque tuvo miedo de que los patrones, sospechando que el niño pudiera ser semilla del crápula de su hijo, se lo arrebataran al enterarse de que era increíblemente hermoso. Sonó con que esa noche Santa Cruz de la Sierra celebraría el acontecimiento, sintió una inmensa felicidad, y se dijo a sí misma que ese sería el primero de los homenajes a su hijo, sin importar ahora que este durmiera a pierna suelta, como el niño Precioso que era y aún no tuviera la menor idea de su destino.

Precioso crecería y todas las fiestas serían suyas.

—Y ahora, con ustedes, Precioso... El «enano cabezón», el «Rey de los payasos».

© Homero Carvalho Oliva

---

**Homero Carvalho Oliva** (Bolivia, 1957). Escritor y poeta, ha obtenido varios premios de cuento a nivel nacional e internacional como el Premio latinoamericano de cuento en México, 1981 y el Latin American Writer's de New York, 1998; dos veces el Premio Nacional de Novela con *Memoria de los espejos* (1995) y *La maquinaria de los secretos* (2008). Su obra literaria ha sido publicada en otros países, traducida a otros idiomas y figura en más de treinta antologías nacionales e internacionales como *Antología del cuento boliviano contemporáneo* e internacionales como *El nuevo cuento latinoamericano*, de Julio Ortega, México; *Profundidad de la memoria* de Monte Ávila, Venezuela; *Antología del microrelato*, España y *Se habla español*, México. En poesía está incluido en *Nueva Poesía Hispanoamericana*, España; *Memoria del XX Festival Internacional de Poesía de Medellín* y *Festival de Poesía de Lima*. Entre sus poemarios se destacan *Los Reinos Dorados*, *El cazador de sueños* y *Quipus*. El año 2012 obtuvo el Premio Nacional de Poesía con *Inventario Nocturno* y es autor de la *Antología de poesía del siglo XX en Bolivia*, publicada por la prestigiosa editorial Visor de España. Premio Feria Internacional del Libro 2016 de Santa Cruz, Bolivia. En el 2017, Editorial El ángel, de Ecuador, publicó su poemario *¿De qué día es esta noche?*

## DOS RELATOS

por Marta Aragón

### CALDO DE POLLO PARA UN HOMBRE HAMBRIENTO.

*para mi hijo Björn Erik Meling Aragón.*

Nacho Arce miró la alacena de su destartalada cocina, en cuyos entrepaños quedaban dos paquetes de macarrón agujereados por los ratones, y una lata de tomate llena de excrementos de moscas. Era todo lo que tenía para comer. Los frijoles se habían acabado y el arroz lo tenía que compartir con la que era su tesoro máspreciado en aquellos momentos, una gallina jabada culeca. Nacho le había a puesto a su gallina la última docena de huevos que juntó aguantándose las ganas de comer huevo frito como desayuno. Mientras su gallo y dos pollos pospelacos comían lo que encontraban picoteando entre las piedras de los alrededores. La harina estaba llena de gorgojos, cacas y miados de ratón; y sólo había una embarrada de manteca en el bote.

Lo más probable era que su compañero de andanza, Urbano Murillo, anduviera borracho por San Telmo de Abajo y tardaría en regresar con provisiones a Oso Viejo, pero Arce no quiso acompañarlo. ¡Cómo iba a dejar a su gallinita echada! Sabía a la perfección que los pollitos saldrían a los veintidós días exactos, y no quería dejarla por ningún motivo. Nacho se mesó los cabellos y la barba de días. Tenía hambre y no deseaba salir a cazar alguna liebre o conejo por los cerros; apenas le quedaban unos cuantos tiros del 22 y el sol calaba fuerte. Dio un suspiro muy hondo. Miró hacia afuera de la casucha de chamizos y adobe parado, y enfocó la vista en la destartalada polveadora de madera que se reseca bajo el sol inclemente de junio, en las bandejas y el equipo con el que él y Urbano salían montados en sus burros a buscar oro por todos los sitios en los que sospecharan de su existencia, o de piedras finas, lo mismo daba.

Cuántas veredas recorridas, cuántos cañones explorados hasta aprenderlos de memoria, arroyos, placeres, túneles, vestigios de otras búsquedas en cientos de kilómetros a la redonda. El paisaje desértico y montañoso les había surcado las caras, agrietado las manos y enjutado los cuerpos. Habían agotado la juventud por los caminos de Baja California, y sus montañas, sus desiertos y sus mares, siempre en búsqueda del más precioso de los metales.

Quien ha encontrado una chispa alguna vez, queda atrapado en su brillo, en el color y la belleza, pero sobre todo en el valor; y lo seguirá buscando toda la vida. Será su pasión, lo amará más que a la mujer más bella y tal vez que hasta a su madre. Cuántos gambusinos no han sido devorados por el desierto buscando oro. Las víboras de cascabel se esconden entre los matorrales, los precipicios son traicioneros, el sol tateaba el cerebro y la sed, el hambre y los gases de las minas viejas son asesinos. Tantos peligros y sinsabores para encontrar sólo unas cuantas pepitas que daban para mal vivir y para una que otra borrachera.

---

*Quien ha encontrado una chispa alguna vez, queda atrapado en su brillo, en el color y la belleza, pero sobre todo en el valor; y lo seguirá buscando toda la vida.*

---

Cansados de su andar, Nacho y Urbano levantaron aquella casucha en Oso Viejo, al pie de la Sierra de San Pedro Mártir, con las intenciones de tener un sitio seguro para pasar los crudos inviernos. Las heladas negras que secaban todo lo verde les impedía acampar a campo raso, y las lluvias y las nevadas les provocaban intensos dolores a sus maltratados esqueletos; no era agradable dormir a la intemperie. La tierra de Oso Viejo no era de nadie. Se sabía que por allí anduvieron otros buscadores de oro en tiempos muy antiguos, pero no era de los lugares afamados y legendarios como ricos en el dorado metal, aunque había rastros de escarbaderos que apenas se notaban de tan viejos. Tal

vez de cuando anduvieron los primeros exploradores y de cuando, quizá hubo osos caminando en estas tierras, si no de dónde aquel nombre de Oso Viejo.

Las tripas de Nacho gruñían. Se sentía desganzado y con las piernas flojas. A punto de pararse a preparar un poco de macarrón vio a uno de los pollos pospelacos que picoteaba entre la tierra, más allá de la entrada, y una idea fulminante se apoderó de su atención y su voluntad: ¡No prepararía macarrones! ¡Comería caldo de pollo!

El deseo de tomarse un rico caldo le devolvió las fuerzas para perseguir y atrapar al pobre animal, que confiado seguía buscando insectos entre la tierra, y pedruzcos que le ayudaran a digerir lo que comía: semillas, gusanos o insectos.

Las pocas plumas del pollo volaban y el esquelético perro devoraba ansioso las tripas de las que Nacho apenas guardó el corazón, el hígado y la molleja. El animalillo cortado en piezas fue a dar al cazo de agua hirviendo junto a una cebolla y un diente de ajo, que habían respetado los ratones; añadió el hígado y el corazón, y por último abrió la molleja para limpiarla de restos de piedras y semillas. Al vaciar el contenido sobre la bandeja cayeron seis diminutas pepitas de oro que brillaron al sol de mediodía. Nacho volteó hacia los escarbaderos vecinos, y ya venían el gallo y el otro pollo pospelaco. Su corazón le dio un brinco de puritita alegría.

\* \* \*

### LA VIRGENCITA DE LOS REMEDIOS

Tal vez no lo sepas pero un día Encarnita, m'ija, se paró delante de nosotros con el rostro transfigurado. Mi mujer y yo la miramos sorprendidos. No comprendíamos la extraña luz que salía de sus ojos, y de toda ella; tan chiquita, tan delgadita, tan poquita cosa. Pero eso no fue todo. De su boca salieron palabras más dulces que el canto de un ceniztle o de un gorrioncillo; más dulce que el más cantarín de los pájaros.

—He visto a Dios y me dijo que ya no soy Encarnita.

Un silencio pesado, pesado, se apoderó de nuestras lenguas. Mi vieja le preguntó:

—¿Quién eres, m'ija?

—Soy la Virgencita de los Remedios, y así han de llamarme desde hoy.

—Pero m'ija —mi vieja insistió—, siempre te hemos dicho Encarnita, ¿por qué nos pides que te llamemos de otro modo?

—Dios así lo ordena, y Él es nuestro Padre, nuestro único Padre.

Cuando la escuché no pude menos que indignarme. Mi niña era mía desde que la puse en la barriga de su madre, una noche que la quise más que ninguna otra, y no pude evitar lanzarle, como si fueran dardos, estas palabras:

—Ha de querer que la pongamos en un nicho, que le prendamos veladoras e incienso; y en un descuido ha de querer hasta una vitrinita de puro cristal pa' que no le caiga ni una briznita de polvo. Usted ya no va a querer hacer nada ni ayudar a su madre a tortear las gordas ni a moler el nixtamal ni a traer leña pa' calentar la casa; y hasta se me afigura que el agua que toque va a quedar bendita. Vale más, vieja, que vayamos aareglando una rinconera pa' que su hija se esté allí de adorno; muy sentadita para que luego vengan los vecinos a rezarle el rosario, y muchas salves, y a pedirle milagros, porque no vaya siendo que ahora su hija nos resulte milagrosa. Ándale, vieja, hay que empezar a servir a la virgencita.

—No, padre, usted no ha entendido nada. No tiene que ponerme un altarcito. Dios me dijo que soy la Virgencita de los Remedios para ayudar a la gente, para darle alivio a los enfermos y aliento a los acongojados, y para que aquí mero enfrente construyamos un templo en su honor. Dios quiere un santuario para dar abrigo a todos los que lo necesitan. Padre —agregó—, tengo que trabajar mucho y

no haré nada si ustedes no me ayudan. Les recuerdo que al Padre le debemos obediencia y humildad.

—Pero m'ija, qué es lo que quiere que hagamos.

—Usted, madre, cósame un vestido blanco con un manto celeste, igualito como el que tiene la imagen de la virgencita de Santa María de las Gracias. Hágamelo exactito, madre, y que me llegue hasta los pies.

No pude entender cómo se me bajó la corajina y tampoco comprendí la razón por la que obedecí. Había algo imperioso en aquella voz como de ángeles, como de piedrecillas arrastradas por el agua, como de leña ardiendo. Había algo tan imperioso en su voz que luego, luego, me fui a traer peñascos del arroyo pa' irlos juntando pa' levantar el templo que la Virgencita de los Remedios quería.

Ahora que estamos aquí. Tú y yo. Los dos solos bajo el amparo de este cielo sin luna y sin estrellas. En esta noche en la que por fin estás a mi merced; y no puedes salir juyendo de aquí; estás amordazado y preso por estas manos mías, correosas y fuertes, que sólo te han dejado libre los oídos para que puedas escucharme. Nadie impedirá que te cuente la historia de m'ijita, ni el mismito Dios; porque Él me dio las juerzas pa' agarrarte cuando más desprevenido estabas y que de ésta no te escapes.

Desde el día que m'ijita dejó de llamarse Encarnita por órdenes del mismito Padre Eterno, se levantaba al alba y con un canasto salía a juntar yerbas del monte. Las traía húmedas de rocío, frescas y olorosas. Las molía en un metate. Allí bajo la enramada estaba la virgencita, tan pequeña que sus manitas apenas podían con la piedra. Nunca he sabido cómo la gente se enteró de la gracia de mi hija. Primero llegó un hombre con una pierna tumefacta, apenas podía andar por la hinchazón, parecía que iba a reventarle en cualquier momento; el hombre estaba en un grito de dolor.

---

*La fila de enfermos se volvió interminable. La pobre virgencita apenas tenía tiempo para comer, y se alimentaba como si fuera un pajarillo: una vez al día.*

---

Cuando la Virgencita lo vio, lo acostó enseguida en un camastro, en un rincón de la casa. Sus manitas se perdían en aquella pierna cárdena e inflamada, y con habilidad sorprendente le aplicó emplastos de yerbas y lo vendó; le dio a beber infusiones de plantas que sólo ella conocía. El hombre amaneció como si nunca hubiera tenido nada.

Ése fue el principio. La fila de enfermos se volvió interminable. La pobre virgencita apenas tenía tiempo para comer, y se alimentaba como si fuera un pajarillo: una vez al día. El resto de la jornada era para atender a los sufrientes y hacer sus abluciones al alba; porque la virgencita andaba siempre pulcra como una gota de rocío.

Para apuración de su madre, la Virgencita fue quedando peor que antes, puro pellejo y huesitos. Se le transparentaban las venas que parecían no cargar sangre sino aquella extraña luz de luna que salía de toda ella. Nomás le resaltaban los ojotes negros como norias profundas que reflejaban un cielo estrellado, en su carita de virgen de porcelana. Así de linda y milagrosa era m'ijita; mi niña a quien no le creí que era la mismita Virgen de los Remedios, pero era verdad, la purita verdad... y tú, ¿qué sabías de esto?!, ¡sí sólo eres un perro mal nacido!

El tiempo pasó, la Virgencita continuó curando a la gente, aliviando sus dolores del alma y cuerpo; y yo seguí juntando piedras para construir el templo que Dios ordenaba. Cada peregrino tenía el mandato de traer una piedra para la iglesia, peñascos que iba apilando en el sitio elegido por Dios. Así mi niña cumplió los doce y era más bonita que la misma virgen del templo de Santa María de las Gracias; y hasta ese día, lo único que aprendí de ella fue tener una querencia muy honda y muy grande por todos los animales, árboles, yerbas y flores. Pero en aquel día no pude imaginarme que iba a llenarme otra vez de odio, de odio puro, tan frío y filoso como la hoja de una daga, de un verdugillo, de un puñal.

Yo no sabía que iba a llenarme hasta el cogote con este aborrecimiento, del mismo que me empachó el alma, cuando tu padre, Donaciano Mancera, mató al mío por la espalda. Los Mancera siempre han creído ser dueños de tierras y vidas, siempre han creído tener derecho a todo, a ser los primeros.

Nomás le piden a Dios que los ponga donde hay, nomás eso. Lo mismo hacen con las mujeres, sobre todo con las virgencitas; como la mía, la que dejaste tirada al fondo del barranco de Las Ánimas.

Allí quedó desquebrajada, cubierta de sangre, como un cántaro roto en pedazos, como si fuera nada, con los ojos vacíos y el cuerpecito helado. ¡Pobrecita, mi niña, cuánto sufriría! Debe haber pasado frío y ¡cuánto extrañaría a su mamita! Tal vez nos hablaba o pediría auxilio, y nadie pudo escucharla. ¡Pobre de mi niñita, tan buena, tan linda!

Pero vas a pagarlo, Lamberto Mancera, hijo de Donaciano. El odio que te tengo no será suficiente para cobrar venganza. Voy a arrancarte la vida a cachitos. Te haré sufrir hasta que canten los gallos en la madrugada. Después, antes del alba, te enterraré agonizante, y cubriré tus despojos con las primeras piedras del cimiento del templo de Nuestra Virgencita de los Remedios, para que ella pueda al fin descansar en paz.

© Marta Aragón

---

**Marta Aragón Rodríguez** (Ensenada, Baja California, 1948). Profesora. Grabadora. Ha publicado en *e-book* la novela: *La Misión Perdida de Malaquías Verduzco* (CLD, 2017). Ha publicado cuentos en el Diario del Sureste, 4 vientos, suplemento Palabra del periódico El vigía.



## CINCO CUENTOS <sup>1</sup>

por Jorge Carrasco

### NOS ESPERABA EL VIENTO

*alguna vez  
alguna vez tal vez  
me iré sin quedarme  
me iré como quien se va*  
A Pizarnik

#### 1

En mi pueblo había un puente colgante y yo quise ser alguna vez constructor de puentes. Debajo del arco invertido, en la playa, las ráfagas desdibujaban el lugar donde las pendejas apoyaban el culo en los días soleados. Nada quise más en el mundo que estar allí, despreocupado de todo, con el mundo a mis pies, de espaldas a mi destino.

Si desesperas, comparas. Un día de mucha desesperación a papá se le ocurrió que un lugar podía ser mejor que otro. Papá estaba desesperado y supongo que nosotros también, pero no estoy muy seguro. Decía que no le daban trabajo por haber sido allendista, como si ser allendista significara ser un traidor o un antipatriota o tener sida. Mi mamá creía en Dios y les tenía un miedo atroz a las arañas y a los comunistas.

Cuando yo era chico papá usaba saco y corbata. Fue, en su mejor tiempo, secretario de la alcaldía. Usaba bigotes y su boca se le abría en una sonrisa enorme. A veces, cuando estaba feliz, a mí me daban ganas de reír, y la gente buscaba semejanzas de mi risa con la de mi padre. Cuando se buscan parecidos en la risa es porque también encuentran semejanzas en la tristeza. Yo fui el muchacho más alegre de todos, pero también el más triste. Suena raro, pero no sé explicarlo de otra manera.

---

*Allá, al otro lado de la cordillera, papá nos escribió que nos iba a trasladar a un lugar donde las manzanas y peras estaban al alcance de la mano.*

---

Apenas llegamos a la chacra me puse a comer peras hasta que me dio diarrea. Mascaba y mascaba pedazos de pera, con más rabia que hambre, y creo que eso me tranquilizó un poco. Fue una tarde de marzo, una tarde de mucho sol, y la cagadera me vino al anochecer. Me pasé buena parte de la noche sentado en el inodoro de concreto, a oscuras, con las piernas dormidas de tanto aplastarlas, y pensando que mi padre nos había dado gato por liebre.

Nos instalamos en un conventillo de ladrillo con forma de L. Allí vivían todos los peones de la chacra. Papá se vino un año antes que nosotros y después nos fue a buscar. Atravesamos la cordillera mi padre, mi madre, mi hermana Leticia, mi hermano Agenor, mi cuñada Ulda (esposa de Agenor), su guagua y yo. Leticia tenía catorce años, Ulda veinte y Agenor veintiuno. Yo tenía dieciocho. Acaba de terminar el liceo y tenía ganas de ser alguien en la vida.

Allá, al otro lado de la cordillera, papá nos escribió que nos iba a trasladar a un lugar donde las manzanas y peras estaban al alcance de la mano. Parece el mismo paraíso, dijo. Pero a poco de llegar me cabré de ver tanta fruta. Papá trajo el saco y la corbata debajo de una funda de plástico negro. Supongo que en algún lado llevaba también, escondida, su sonrisa.

Yo extrañaba mucho a Solón. Lo dejamos en casa de la abuela. Cuando llovía, torcía un poco la cabeza y me quedaba mirando. Luego se echaba con torpeza y se lamía el pus de su pichula. Mamá

---

<sup>1</sup> Relatos pertenecientes al libro *Nos esperaba el viento* (Ediciones Mis Escritos, 2016).

también miraba a papá largamente. Algunas veces con ternura y otras con rabia o miedo. Luego se rascaba la cicatriz de la cesárea. Después se rascaba otra cosa, pero eso ya no me gustaba.

## 2

No bien Solón dejaba de lamerse la pichula, dirigía su lengua hacia mi rodilla. Al principio, cuando el mundo te sonrío, a uno le da asco por todo. Después te pueden largar toneladas de mierda encima y a uno no se le mueve un pelo. Con esto quiero decir que no hay una sola manera de ser pendejo. Hay tantas como uno quiera.

Con un vaso de cerveza en la mano, papá decía que lo peor que nos hizo el dictador no fueron las muertes o la represión. Fueron las estadísticas. Un baile de números para justificar lo injustificable. Mamá lo miraba a la cara y tenía ganas de llorar. Yo creo que nunca estuvo convencida de que papá no fuera comunista. Mamá creía en todo lo malo que los demás decían de papá. Particularmente desde que las cosas empezaron a ir mal. En realidad, siempre las cosas habían empezado a andar mal. Solo que mamá no se quería dar cuenta.

Papá nunca quiso que mamá trabajara. Supongo que por machismo y vanidad. Aquí, en Argentina, aceptó que mamá trabajara de sirvienta en casa de los dueños de la chacra, y que Leticia cuidara a una anciana con Parkinson. A papá tenía que perdonarlo. No era el tipo de saco y corbata, dueño de esa tremenda sonrisa. Ese había quedado al otro lado de la cordillera. A su lado había un tipo que olía mal, eructaba ruidosamente y se sacaba con la lengua las sobras de los dientes. Antes era igual. Sólo que el saco, la corbata y su tremenda sonrisa camuflaban sus bajezas de ser humano.

Quizás no fui tan astuto como creía serlo. Si eres rebelde, hazlo saber. Nadie se dio cuenta de mi asco. El dictador trajo a los *chicago boys* y cagó de hambre a medio país. En el colegio una directora tuerta nos hacía cantar esa canción espantosa de Nino Bravo mientras nos mirábamos los zapatos rotos. *Libre, como el sol cuando amanece yo soy libre...* Bueno, a lo mejor la canción no era tan horrenda. A mamá le encantaba.

Por las noches, papá se iba a su pieza y ponía la radio bajito, muy bajito, en onda corta. Escuchábamos el programa de radio Moscú y yo siempre tuve la idea de que transmitían desde dentro de un templo oriental. *Escucha, Chile*, se llamaba. Papá subía las cejas y creía estar socavando el poder de la dictadura. Mamá lo quedaba mirando. Yo creo que lo imaginaba peludo y con muchas patas. Como una araña.

Después escuchábamos *El siniestro doctor Mortis*.

## 3

En verano me gustaba tomar mi bicicleta pistera para llegar al puente colgante. No pedaleaba fuerte porque Solón me acompañaba con la lengua afuera. Debajo del puente había una playa hermosa. Allí tomaban sol las muchachas más lindas del pueblo y los pendejos más agrandados. Me gustaba mirarlos desde arriba, como un halcón en busca de palomas heridas. Allí, en trajes de baño, las chicas se diferenciaban por sus actos. Unas se rascaban el culo todo el tiempo, otras se miraban en pequeños espejos redondos y todas se dejaban manosear. Solón se lamía la pichula y me pasaba la lengua por las pantorrillas. Un escalofrío me recorría la espalda.

Yo aún no sabía que un día de desesperación podía cambiarlo todo. Allí en la playa fumaban marihuana y se besaban todo el tiempo y yo pensaba que esos tipos no pensaban nunca en cambiar nada. El mundo les pertenecía, así como eran suyos esas camionetas y jeeps estacionados bajo los sauces. En el país moría gente, se armaban operativos truchos y todos decían que la guerra con Argentina era inminente, pero a aquellos hijos de puta no les importaba nada. ¡Nada!

Lo tenían todo. Hasta el olvido.

## 4

En el sur, en el límite entre dos países hay un canal y tres islas. Allí se concentró una buena cantidad de tropas, barcos, aviones, fragatas. De ambos bandos. Antes de partir, todo lo mirábamos por televisión. En el conventillo de la chacra no había televisión. Sólo una radio pequeña. Papá destapaba una cerveza y escuchaba, por las noches, las emisiones que venían del otro lado de la cordillera. Fumaba, vaciaba el vaso de cerveza y escuchaba radio. Mamá le pedía que le conversara y él siempre le decía que no tenía ganas. Mamá decía: ¿Y si estalla la guerra ahora? Papá decía: ¿Y qué puede pasar? ¡Que nos jodemos!

Yo los miraba y pensaba: ¿puede un lugar ser mejor que otro? Y me daban ganas de que Solón estuviera a mi lado lamiéndome los tobillos. Todos queríamos volver. Éramos chilenos y nos gustaba serlo. Fue en el tiempo en que a papá le dio por las estadísticas. Nos decía que la comunidad internacional alababa nuestra balanza comercial. Somos los regalones del FMI, decía con contradictorio orgullo. Se miraba la mugre de las uñas y los callos de las manos. Y parecía no comprender.

Yo lo miraba y pensaba: al final uno se puede amigar hasta con lo que más odia. ¿Pero entonces qué hacíamos allí? Sacaba una pera del cajón y le daba dos o tres mascadas. Después me iba a dormir. Al día siguiente teníamos que cosechar manzanas.

## 5

Cuando era chico yo pensaba que la gente se moría cuando tenía ganas de morirse. Como yo nunca iba a tener ganas de morirme, sería inmortal. Después pensé que el cuerpo decidía cuándo parar los órganos o seguir, sin consultarle al alma. Entonces me di cuenta que uno podía querer una cosa y el cuerpo otra y estar en un estado de guerra transitoria o permanente. Tonterías así.

Diez años más tarde, dentro de la oficina de Migraciones, pensaba que sólo los cuerpos tienen nacionalidad. El alma es una entidad internacional. Yo tenía que radicar mi cuerpo. Darle un número a cada uno de mis órganos. Y no, yo tampoco podía comprender.

Mi hermana Valentina se salvó de todo eso. Las esperas, las colas, la autoestima por las nubes de la burocracia argentina. ¿La muerte es también un ente supranacional? ¿No estará ella también gestionando su documento de radicación en el país sin límites del olvido o de las tinieblas?

Yo quiero morirme sin nadie al lado. Con los párpados caídos para que nadie pose su sucia mano sobre mi cara. Un número para mi cuerpo, eso es lo que pedía. Mi hermana Valentina murió de cáncer. Poco antes de internarse, mamá le pidió a papá dinero para comprar una toalla, jabón de tocador, algodón y gasa. Él dijo que no tenía plata. Mamá le pidió la plata a tía Elcira, su hermana. Un mes después mi hermana murió. Me pregunto: ¿se puede ser padre si no eres capaz de comprarle a tu hija un jabón, una toalla, un paquete de algodón y gasa para que vaya a morir en un hospital de mierda?

¿Pide ahora mi hermana, en una oficina migratoria del cielo, un número para su alma?

Una hora después de que Valentina se fuera al hospital mi padre me mandó a comprar un paquete de cigarrillos. Me dio un billete de cien pesos. Quédate con el vuelto, dijo. En lugar de comprar cigarrillos compré un paquete de algodón. Se lo llevé a mi hermana al hospital. Ya imaginarán lo que sucedió después.

## 6

Nuestra casa no era grande pero sí muy iluminada. Tenía ventanas por donde entraba el sol a importunarte a cualquier hora, así estuvieras viendo una revista porno o rascándote los sobacos. Cuando uno piensa en otra cosa la luz nunca es excesiva. Los rayos del sol rebotan en tu cuerpo como chispas de carbones.

La cordillera es un gran vidrio. Ya ni sé en cuál de los lados está la intemperie. Sé en qué lado está el miedo y la duda. De mi padre podía esperar cualquier cosa. ¿Se puede tener confianza en un padre

que no puede comprarle una toalla, jabón, algodón y gasa a una hija moribunda? Decididamente cualquier cosa era posible.

Al principio, antes de la cesantía de papá y de que egresara del secundario, la casa lucía todos sus vidrios. Era una casa alta, de madera, con techo de tejas. Estaba medio torcida en un costado, allí donde las vigas se fueron avejentando y el peso de las tejas resultó excesivo para ellas. No es que las ventanas fueran angostas. Parecían así. Se alargaban bastante hacia arriba y eso las hacía flacas y torpes. Unos feos postigos de una sola hoja, como parche de tuerto, cerraban el mundo a nuestras miradas.

Uno a uno fueron cayendo los vidrios. Un pedrazo, un forcejeo con nuestro padre (cuando llegaba borracho y se ponía violento), un ventarrón que cierra la ventana de golpe. Cuando algún frío sorprendía a papá sobrio —cosa rara— lo veía acercarse a la ventana y clavetear una madera o un pedazo de cartón allí donde antes hubo un vidrio. Por las mañanas o las tardes, en las ventanas del frente o del fondo de la casa, el sol comenzó a entrar recortado, disminuido, y nuestra vida comenzó a ser más oscura que antes. Así, en su pleno sentido.

Si la oscuridad se volvía intolerable, encendíamos el mezquino foco de 60 watts, amarillento, salpicado de cagadas de mosca, colgante del negro cielo raso de la cocina. Mientras afuera llovía, nos sentábamos en torno a un brasero y nos mirábamos. En uno de esos días nuestro padre nos habló de su rabia sin esperanzas, de un valle al otro lado de la cordillera y de un lugar donde compraban muebles viejos a precio de chatarra.

## 7

Ulda sacaba su enorme pecho y le daba de mamar a mi sobrino. Su pecho semejaba un redondo pedazo de lava volcánica cayendo sobre una ladera. Su figura me hacía recordar, con todo su poder perturbador, a una de esas vírgenes impúdicas de Caravaggio, que nuestro profesor de arte nos mostraba a escondidas de la directora. Nosotros parecíamos mendigos de Giuseppe Ribera, el españolito, o los peones inocentes de John Steinbeck, a quien, por afinidad de ambiente, leía todas las noches antes de dormirme, mientras el viento golpeaba la cortina de álamos.

A Ulda la ensuciaba su pasado. Pasó de un novio a otro antes de engancharse a mi hermano. Después de ponerse de novia con él, lo engañó varias veces. Leticia me dijo que después de juntarse con mi hermano, lo volvió a engañar. Se hace la mosca muerta, dijo. Quizás tenía razón. El problema es que, bien mirado el asunto, siempre todos tienen razón. Un mundo en el que todos tienen razón es insoportable.

## 8

Pero la guerra no estalló. Y nosotros nos fuimos al territorio del viento y del enemigo. A buscar pan. Y una casa con ventanas de vidrios para ver el sol. Ya no sería un soldado de ingenieros. La guerra y los puentes podían esperar.

Leticia, a quien no le importaba el pan, se la pasaba llorando. Yo le decía ya va a pasar, ya va a pasar. Pero yo también, cuando nadie me veía, lloraba de impotencia. Me preguntaba: ¿Qué hago aquí, entre árboles mudos, entre personas que aspiran a comer un pedazo de carne y dormir, con este recolector de manzanas en mi pecho? Yo no nací para esto. ¿Para qué habré nacido yo?

Mi padre y un peón tucumano me enseñaron a manejar la escalera y cosechar la fruta arriba de un árbol. Aprisionas la fruta, doblas la muñeca y el pedúnculo queda en la fruta, me decían. Una y otra vez. Hasta llenar el recolector en tu pecho. Las correas del recolector te apretarán el hombro, me decían. El ardor se siente sólo unos días. Después te acostumbras.

Y en invierno me enseñaron a podar. Y en primavera a limpiar acequias. Y a comienzos de verano, a guadañar maleza. Ya te acostumbrarás, me decían.

Por las noches, con mis manos sucias y callosas, contaba los pesos ahorrados. Resbalaban sobre mi piel con una suavidad de plumas. Con ellos pensaba comprar un boleto a cualquier parte.

## 9

Unos días antes de Navidad les dije: Yo me voy de aquí. Mi padre me preguntó a dónde me iba y yo le dije que eso no importaba. Cualquier lugar es mejor que éste, les dije. Él me dijo: aquí tienes pan, duermes bajo techo, tienes la compañía de tu familia. Yo le dije: justamente por eso me quiero ir.

Crucé la cordillera. Pasé la Navidad con mi abuela. En uno de esos días fui al cementerio a ver a Valentina. Mi perro tardó en reconocermé. A los pocos días ya estaba con él en el puente. Su lengua en mi pantorrilla. Mis ojos en los trastes de las pendejas.

En los días nublados, cuando la playa estaba desierta, bajaba del puente y acariciaba la arena. Pasaba mis palmas en los lugares que acogieron el cuerpo desnudo de las muchachas. Me revolcaba como un perro, oliendo, tocando los cuerpos invisibles. Solón me ladraba, saltaba, volvía a ladrar, daba unos saltos en el agua. Desde allí el mundo se veía distinto.

En uno de esos días conocí a Rocío. En un baile en el salón de Socorros Mutuos. Luego seguimos viéndonos en la plaza, en el andén de la estación abandonada y en la casa de mi abuela, cuando ella se iba a quedar unos días en la casa de tía Elcira.

Un día mi abuela nos descubrió desnudos en su cama. Esa misma tarde tiró mis cosas a la calle.

—¡No quiero ser yo la culpable de tu desgracia! —gritó antes de darme el portazo.

## 10

Crucé otra vez la cordillera. Mis padres me recibieron con los brazos abiertos. Mi madre alzó las cejas y miró a Rocío de arriba abajo. ¿Es la hija de Domingo Saravia, el zapatero remendón, la pobretona que vivía en la curva del cementerio? Estuvo una semana sin hablarnos.

Mi pieza había sido ocupada por un par de santiagueños. Uno de ellos, llamado Aquiles, estudiaba periodismo en la universidad del Comahue. Fue él quien me acercó las novelas de Steinbeck. Durante unos meses nos acomodamos con Rocío en la pieza de mis padres. Agenor y Ulda se habían ido a Neuquén y Leticia quiso irse con ellos.

Tardé un tiempo en decirle que Rocío estaba embarazada. Cuando mi padre advirtió que la había preñado en Chile, se puso como loco. Hijo de puta, me dijo. Ahora sé por qué te echó la abuela. ¡Y tuviste que regresar! Vas a tener un hijo argentino. Te quedarás aquí para siempre.

Yo le dije que ya no me importaba. Entonces él se puso a llorar y me abrazó con rabia. Ahí supe que él ya no tenía fuerzas para empezar de nuevo. Que ninguno de nosotros tenía fuerzas para empezar de nuevo. Y que el pasado comenzaba a morir, sin morir nunca realmente, aunque no nos diéramos cuenta.

\* \* \*

### EXPEDIENTE CON POEMA DE AMOR

Me veo, como si fuera hoy, pedaleando desde la chacra hacia la comisaría, la mano derecha apoyada en el manubrio y algunas hojas bailando en mi carpetita bajo el brazo izquierdo. Mientras le daba al pedal, los mocos resbalaban por mi nariz y una viva impotencia me invadía al ver que mi equilibrio en el movimiento no me permitía sacar el pañuelo para limpiármelos. Hacía frío, pero ya al costado de la comisaría, donde empecé a dejar de ahí en más mi bicicleta, tuve el cuerpo tibio de tanto pedaleo y el tiempo suficiente para salpicar mi pañuelo de mocos rebeldes, con la carpetita glauca apretada a la altura del codo contra las costillas.

Así entré a la comisaría a renovar por primera vez mi radicación, y me dirigí a esperar en el pasillo del fondo, junto a la puerta que lucía en su centro, en una cartulina amarillenta, el rótulo *Migraciones*. No fue fácil entrar porque había mucha gente: a la entrada, sentada en bancos y escalones, arimada en el patio a vehículos decomisados. Gente por todos lados.

De allí me mandaron a ponerme en la fila de una oficinita lateral, donde se compraba la estampilla para renovar la radicación. Con el sello en la mano debí esperar la firma de la autoridad pertinente, cosa que ocurrió, en esa mañana, tres o cuatro horas después, cerca del mediodía. Recuerdo que durante esas horas me senté en un escalón que daba al patio de la comisaría; abrí mi carpeta y me puse a leer unos versos de un poeta de cementerio inglés (creo que era Thomas Gray). En aquel tiempo me fascinaba todo lo que oliera a muerte, quizás porque de alguna manera yo también estaba muerto. Adelante, en el estrecho pasillo de baldosas picoteadas, la cola se iba achicando lentamente, mientras a mis espaldas se seguía estirando hasta varios metros en la calle. Los pies ya me dolían de tanto estar parado cuando estuve frente a la mujer cuadrada, que mascaba chicle con sus dientes postizos, el rostro de incipientes arrugas sin maquillaje, el pelo liso y el flequillo adolescente, delante de la máquina de escribir.

Refugiada tras la trinchera imperiosa de su oficio, la mujer nos miraba con fastidio y contrariedad, oculta tras una máscara de rudo tormento. Con su boca salivosa nos pidió la hoja de la radicación a los cuatro o cinco que estábamos al otro lado del escritorio. Esperó sin dejar sus manos quietas. Yo abrí mi carpetita verde y aparté con cierta turbación los poemas del documento. Ella se tomaba un té de boldo en el momento de recibir la hoja.

---

*Refugiada tras la trinchera imperiosa de su oficio, la mujer nos miraba con fastidio y contrariedad, oculta tras una máscara de rudo tormento.*

---

Una vez que el té quedó a medio consumir, dejó la taza a un costado de unos expedientes y se puso a escribir sobre nuestros documentos. Al llegar al mío, palpó el papel y algo le debió parecer raro porque su rostro se vio encendido por un asomo de sospecha. Frotó con sus dedos en el vértice superior de la hoja y de ella apartó otra, como un mago jugando con una baraja gigante. Comprobé que era uno de mis poemas de amor, escrito a mano con tinta verde (como Neruda lo hacía, y siguiendo el estilo de sus primeros libros, comparando lascivamente a la mujer con formas y frutos de la naturaleza). Sentí que un rubor de vergüenza me cubría la cara.

La mujer leyó el poema sin alzar la cabeza y en silencio lo guardó en la gaveta del escritorio. En ese poema, recuerdo, la mujer era una rama de manzano, llena de cavidades y turgencias y la pasión del poeta la liberaba poco a poco de sus exquisitos frutos. Cuando escribió sobre mi documento, ella ya había cambiado el chicle por un cigarrillo, y mis mejillas ya no me ardían de apocamiento. Supuse, no sé por qué, que debía de ser una mujer casada, con hijos grandes y un marido gruñón dueño quizás de unas hectáreas de chacra. Al final, puso un sello y dibujó una firma ampulosa.

No me atreví a pedirle el poema por temor a contrariarla. En ese tiempo, yo andaba con mis versos por todas partes, como con algo prohibido, sin mostrárselos a nadie, y en cualquier momento de ocio me ponía a releerlos para pulir su escritura.

Salí lo más rápido que pude de la comisaría, esquivando los cuerpos de los que aún esperaban y me subí a mi bicicleta. Me sentía alegre: volvía a casa con mi radicación renovada, apenas el permiso para estirar mi nostalgia otros tres meses sin temor a ser deportado.

Las renovaciones se fueron sucediendo una tras otra, sin novedades, a la espera de la obtención de mi ciudadanía plena. El tiempo se podía medir por los cambios en la coloración de mis carpetas, cuyos tonos hoy puedo relacionar con el influjo de ocasionales tendencias poéticas. De Neruda pasé a Gironde y de Gironde a Parra; fue como ir de Wagner a John Cage y de Cage a un Piazzolla chileno. En fin, yo me entiendo. El grupo de demandantes fue bajando a medida que pasaban los años. Los individuos ya no se apostaban en los alrededores de la comisaría y llegó un momento en que todos podían aguardar bajo techo el timbre de la funcionaria. En mi caso, debía esperar en colas cada vez menos largas y podía volver a mi piecita más temprano, contento de saber que el permiso laboral me liberaba toda la mañana y me permitía abrir las carpetas para leer al poeta de turno y escribir mis versos contaminados de su influencia.

Tras varios años de espera, me sentí atropellado por una gran desazón. La oficial, según decía siguiendo órdenes, me había mandado a completar en hospitales la ficha de exámenes médicos tres o cuatro veces y a estampar las huellas otras tantas, trámites que por desgracia volvieron rechazados. Todos los que iniciaron el despacho de sus papeles en mi tiempo recibieron su documento definitivo y dejaron de acudir a la comisaría. De esa camada, sólo yo quedaba con las manos vacías. La gente, no sin malicia y secreto placer, murmuraba sobre mi estado. Decía que en este país estaban de más los poetas, o que yo debía de padecer una enfermedad misteriosa, o simplemente que me habían descubierto un delito en alguna localidad lejana. La cosa es que nadie podía entender mi situación.

Un día de finales de septiembre, me dirigí una vez más a renovar el maldito documento. Yo había empezado a trabajar en una planta productora de jugos concentrados y con lo que ganaba podía alquilarme una piecita en un suburbio no muy lejano. Cambié mi bicicleta por una moto pequeña, algo vieja y abollada; la compré a un romaneador de Moño Azul. Estacioné mi moto a un costado de la comisaría.

Entré al edificio con una carpetita celeste bajo el brazo. En ella, además de la hoja del documento, iban dos o tres poemas cortos, bastante influidos por la antipoesía de Nicanor Parra, escritos con tinta azul. En la calle y en el pasillo no había nadie esperando. Fui a comprar la estampilla lo más rápido que pude y llegué con mi documento en la mano a la oficina de Migraciones. Allí estaba la oficial, sentada detrás del escritorio, con el cuerpo envuelto en una especie de caftán casi transparente. El cabello, ahora ondulado, salpicado de reflejos, le enmarcaba las mejillas con colorete; las cejas, mínimas, se curvaban en un arco muy pronunciado, a la manera de Sofía Loren; los labios húmedos, brillantes de carmín, se movían como guardianes inquietos de una boca implorante. Era la primera vez que la veía así, carnal y desvuelta, sin su uniforme y sin estar revisando documentos o golpeando las teclas de su máquina con fervor riguroso.

Cuando entré, me quedó mirando. Creo que advirtió mi sorpresa y turbación. Mi mano temblorosa le alargó el documento. Ella, sin mirarme, abrió la gaveta y dejó caer en la superficie libre de papeles el poema de amor escrito con tinta verde.

—Por fin solos —dijo en un tono meloso, atrocamente seductor.

\* \* \*

## JUGUETES

Cuando mamá tomó la bolsa llena de juguetes viejos para dársela a Leoncio, yo le obstruí el paso, dispuesto a hacerle frente. La mano de mamá, apretada en torno de la bolsa, se movió instintivamente hacia la parte trasera de su cuerpo para esquivar mi manotazo. Con la mano libre me tomó del hombro y me zamarreó. Quería deshacerse a toda costa de esos juguetes, arrepentida quizás de haberme los regalado en aquella infancia mía abrumada de penas y arrumacos. Pasaron ya más de cincuenta años, pero parecen recién salidas de mi boca, delgadas, agudas, desafiantes, las palabras que me atreví a decirle:

—Los juguetes son míos.

—Ya no los usás —replicó sacudiéndome otra vez—. ¿Dónde voy a meter tanta basura?

—Son míos. Yo sabré qué hacer.

—¡Correte! ¡No sos un pibe!

Los juguetes se hallaban arrumbados arriba de la losa del garaje. Mamá se empeñó en deshacerse de ellos aduciendo que en nuestra casa, con la ampliación edificada sobre la losa del garaje, no habría más lugar para cachivaches. Así dijo. Entonces le dije que yo era el único indicado para tirar mis juguetes y que si no me dejaba ir con Leoncio al basurero municipal yo no permitiría que los tiraran con los escombros como cualquier desecho. Mamá me miró rabiosa, posesiva como la más desesperada de las madres solteras, pero finalmente accedió. Subí al soporte de carga de la camioneta, puesta de cola sobre la vereda, la bolsa llena de juguetes viejos. Leoncio me dijo que los volcara sobre el cono de cascotes, pero yo me negué. A mí, y no a los albañiles, correspondía tirarlos en el basurero

municipal. Fueron íntimamente míos y yo debía eliminarlos. Como alguien que da sepultura a una mascota.

Antes de subirnos, don Genaro volcó agua en el radiador agujereado hasta llenarlo. La camioneta vieja, una Ford del año setenta y tantos, goteaba agua todo el día. Leoncio subió dos palas y un escobillón de cerdas duras y las acomodó a un costado del escombro. Mamá le pidió a don Genaro que me metiera en la cabina. Era más seguro. Yo quise ir atrás, no dentro de la cabina, era demasiado aburrido ir allí, don Genaro no hablaba ni reía. Leoncio le dijo a mi mamá que no me preocupara, él también iría atrás conmigo. Mi mamá no estuvo muy convencida de aceptar.

—Vos te hacés cargo —le dijo a Leoncio en tono de advertencia y me dio un billete de diez pesos para que me comprara un helado y me arregló el cuello de la remera.

—Cuidate, nene —me suplicó, y yo me sonrojé de vergüenza.

Leoncio me sentó en un pedazo grande de ladrillo, con la espalda pegada a la cabina de la camioneta. Para darle seguridad a mi mamá, me pasó la mano por detrás del cuello y me arrimó a su cuerpo.

—No le pasará nada —dijo sonriendo y dándome un golpecito cariñoso con su cabeza húmeda de sudor, sin mirarla, sin darle demasiada importancia al asunto—. Conmigo se hará hombre.

De los sobacos de Leoncio salía un fuerte olor a sudor. Creí por un momento que sus pulmones absorbían todo el aire que nos rodeaba y lo liberaban por cada uno de sus poros nauseabundos. Yo sonreía, invadido de una alegría inmensa, convencido de ser parte al fin de una jugarreta de adultos. La camioneta se estremeció entera cuando el motor comenzó a rugir. Inició su marcha lentamente, gimiente y agazapada, con los elásticos de la suspensión a punto de estallar por el peso excesivo. Temblaba como un cervato al nacer, a punto de desmoronarse o dar un paso vacilante, como lo había visto en los documentales de Animal Planet. Tomó por la avenida Cipolletti y en el semáforo, en el inicio del tramo poblado, dobló hacia la izquierda por un camino de tierra.

Leoncio me contó que don Genaro evitaba encontrarse con los agentes de tránsito de la municipalidad. Por eso enrumbaba por recovecos casi intransitables, llenos de charcos y baches.

---

*De los sobacos de Leoncio salía un fuerte olor a sudor. Creí por un momento que sus pulmones absorbían todo el aire que nos rodeaba y lo liberaban por cada uno de sus poros nauseabundos.*

---

—La camioneta no tiene luces —dijo divertido—. Y parece que tampoco le anda la marcha atrás.

Transitamos unos trescientos metros sobre el ripio. La amortiguación de la camioneta era nula, así que en cada bache mi trasero rebotaba duramente en el pedazo de ladrillo. Me puse de pie bajo el aún potente sol del atardecer. Leoncio me dijo que no me acercara a la orilla, temía que me cayera. El aire me daba en el rostro. Sentía deseos de gritar, de saltar, de lanzar cascotes al aire.

Leoncio permanecía fumando, con el pelo revuelto y la vista perdida en un punto que no pude distinguir. Tal vez no miraba nada y sólo estuviera examinando recuerdos alegres en su memoria. Ahora me pregunto si no sería la imagen de mi madre joven, una mujer no hermosa pero abandonada a su solitario deseo, la que absorbía sus pensamientos.

Cruzamos la ruta y las líneas del tren. Llegamos al camino del cementerio. Cuando orillamos la entrada al camposanto, Leoncio me dijo:

—Allí vamos a parar todos. Los buenos y los malos, los hombres y los no tan hombres. Que no se te olvide nunca eso.

Yo no pude entender por qué me dijo eso. Ahora sí lo entiendo.

Seguimos por el camino de tierra. El camino bajaba hasta un arroyuelo y luego ascendía. El motor rugía desesperado y el armazón de la camioneta se sacudía como un perro atormentado por las pulgas. Granjeamos la entrada, en cuyo costado se erguía una casilla, con un viejo sentado en el escalón de la puerta. Pensé que nos iba a inspeccionar. Sólo nos saludó y nos dejó pasar. La camioneta se



sacudió entera y subió penosamente hasta quedar cerca de la barda. Una lluvia de moscas nos salió al encuentro.

Leoncio tiró el pucho en el montón de escombros y saltó a tierra con las dos palas. Yo hice lo mismo por el otro costado. Ya en tierra, me limpié la suciedad de los pantalones. Leoncio se rio de mi exceso de delicadeza. Cerca de allí, a nuestras espaldas, descansaba un auto viejo, un Rambler descolorido y aplastado. Pensé que era un auto desguazado, abandonado en el basural. Pero luego advertí que tenía la puerta abierta y se podía ver a una mujer gorda, de unos cuarenta años, espatarrada junto al volante. Delante del auto, un hombre de bigotes hurgaba en la basura. Supuse, equivocadamente, que era su marido. Al lado del hombre, también hurgando en la basura y tirando piedras con una gomera, había un muchacho. Vi que la mujer gorda le habló al chico y le señaló el lugar donde Leoncio y don Genaro descargaban el escombros. El chico moreno desvió la vista hacia nosotros y comenzó a caminar. Vestía una camisa sin mangas, toda percutida y ajada, sucia, muy sucia; unos vaqueros anchos, rotos en las rodillas, y unas zapatillas enormes, que le quedaban muy grandes, como de basquetbolista. La gomera le colgaba del cuello. Se puso a mi lado y me dijo:

—¿Vos no le hacés a la pala?

—No —contesté—. No me dejan.

—Ah —dijo con burla—. Esta gente te cuida. Se ve que sos el hijo del patrón.

---

*Respiraba con dificultad. Sacó el pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó con fuerza la nariz, haciendo un gran estrépito.*

---

Lo miré de arriba abajo, como hago siempre que quiero amedrentar a alguien. El chico moreno siguió con la sonrisa desdeñosa en el rostro.

—¿De dónde sos? —pregunté para incomodarlo.

—Vivo allí, dentro de ese auto. ¿Y vos?

Le dije mi dirección. No le interesó gran cosa. Me preguntó qué tipo de basura descargaban de la camioneta.

—Escombros —dije. No quise decirle que también tiraríamos mis juguetes. Temía que se burlara de mí.

No pareció interesarle mi respuesta. El muchacho moreno caminó unos pasos hacia un costado. Cogió una piedra y se sacó la gomera por sobre la cabeza. Lanzó una piedra a unos zorzales que se pararon en una rama de alpataco, sobre la ladera. Luego se acercó y esperó.

Don Genaro dejó la pala apoyada en la carrocería de la camioneta. Respiraba con dificultad. Sacó el pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó con fuerza la nariz, haciendo un gran estrépito. El muchacho quiso coger la pala.

—Dejá eso —amenazó don Genaro—. Aquí nadie necesita de vos.

—No se enoje, abuelo —dijo el muchacho moreno.

—Abuelo las pelotas —dijo don Genaro—. Rajá de acá.

El muchacho se quedó a mi lado, inmutable. Don Genaro siguió dando palada tras palada. Leoncio se enderezó. El sudor brillaba en su frente y en el pelo húmedo de sus sienes. Miró al chico moreno con bronca, pero no le dijo nada. No necesitaba palabras para imponer su voluntad. El chico se agachó para tomar otra piedra. Esta vez la lanzó loma abajo pero sin usar la gomera. Esperó a que Leoncio siguiera descargando el escombros. Se puso a mi lado.

—Eh, ¿no te interesa ver a una piba en pelotas? —propuso en tono confidencial.

No le respondí. ¿De qué piba en pelotas hablaba? Leoncio y don Genaro seguían dando palada tras palada, sin levantar cabeza. Las moscas revoloteaban. Yo me miré la ropa. La tenía bastante sucia. Mi mamá me regañaría.

—Cinco pesos —dijo el chico moreno—. Por cinco pesos podés ver a una piba en pelotas.

Ahora me miraba arrugando la nariz, como si el sucio y maloliente fuera yo y no él. Metí la mano en el bolsillo. Ahí estaba el billete de diez pesos. Jamás había visto a una chica desnuda. El clima de

irrealidad, de novedad colaboraba para que yo accediera. Miré a Leoncio y a don Genaro. Le quedaba la mitad del escombros arriba de la camioneta y la bolsa con mis juguetes. Miré hacia el auto viejo. Una mujer gorda se asomaba por la ventanilla abierta, sentada delante del volante. Atrás, se divisaba apenas una cabeza. Cuando yo miré, la mujer gorda le dio un manotazo en la cabeza a la que estaba en el asiento trasero. La cabeza se asomó, ahora completa. El rostro de una muchacha, quizás una niña. El chico moreno movió la cabeza con autoridad. No pude o no me atreví a decirle que no.

Cuando me puse a caminar hacia el auto viejo, esperé el llamado de Leoncio o don Genaro. Nada ocurrió. Siempre, para bien o para mal, dependí demasiado de voluntades ajenas. Seguí caminando hacia el auto viejo, con el oído atento a lo que sucedía a mis espaldas. La vieja gorda se peinaba el cabello sucio con las manos y se secaba la transpiración de la cara con un pañuelo.

—Cinco pesos —dijo cuando me puse junto al auto.

Saqué el billete de diez pesos. Se lo mostré y levanté los hombros, en señal de impotencia o pesadumbre. Estiró el brazo hacia mí. Se lo di. Hizo un movimiento con la cabeza hacia el asiento trasero del auto. Ahí había una muchacha, casi una niña, envuelta en una especie de bata de levantarse vieja y percutida, tendida de espaldas. Era muy delgada, casi desnutrida, y tenía un aspecto anémico, enfermizo.

El muchacho moreno avanzó desde detrás de mis espaldas y abrió con esfuerzo la portezuela del auto. Volvió sobre sus pasos y me dijo:

—Ahí está.

Yo me acerqué con recelo al vacío que había dejado la puerta. Tenía la sensación de estar asomándome a un abismo. Apenas miré hacia la muchacha, ella abrió la bata y dejó a la vista su cuerpito desnudo, casi lampiño. Di un paso atrás, horrorizado. Las dos manos del muchacho moreno me empujaron hacia adelante.

—Podés tocarla un poco —dijo la mujer gorda—. No tengo cambio. Tocarla vale diez pesos.

---

*La chica seguía con la bata abierta y yo comencé a temblar, invadido de una especie de vértigo. No sé cuánto tiempo pasó.*

---

La chica seguía con la bata abierta y yo comencé a temblar, invadido de una especie de vértigo. No sé cuánto tiempo pasó. En ese momento sentí el silbido de Leoncio a mis espaldas.

—Me tengo que ir —dije, y largué a correr hacia la camioneta de don Genaro. Cuando llegué arriba, junto al escombros descargado, pregunté por mis juguetes. Los habían desparramado entre los escombros. Muñecas, juguetitos de té, un changuito de mimbre, costureros, tablas de planchar. Descalabrados, a medio enterrar.

Sentí ganas de vomitar, pero logré dominar las náuseas.

El sol se había ocultado tras las bardas. Don Genaro hizo andar la camioneta. Leoncio se acomodó conmigo en la carrocería, sentado de espaldas a la cabina. Yo miré hacia el auto viejo y apenas pude resistir la mirada de la niña triste detrás de la luneta mugrienta. El muchacho moreno se había acomodado frente al volante y encendía el motor. Una bocanada de humo subió del caño de escape.

—¿Qué fuiste a hacer allá? —preguntó Leoncio mientras encendía un cigarrillo.

Yo no le quise contestar, quizás porque en los ojos de Leoncio ya se dibujaba una sonrisa de piedad o burla, o de ambas cosas. En lugar de sentarme a su lado, me paré con parte de mi torso sobre la cabina, doliente y soberano como un faraón sobre un carro de guerra, mirando hacia la estación del tren, festejado por un enjambre de moscas. La camioneta, ya en marcha, siguió sin luces a unos metros del Rambler viejo, hasta la salida del recinto, y dobló hacia la izquierda, rumbo a la entrada del cementerio, lugar donde el Rambler se detuvo a un costado y nos dejó pasar. El viento, engordado por el humo deletéreo de diversas hogueras repartidas en el basural, me golpeaba el rostro y me secaba las lágrimas. Cuando ya cruzábamos las líneas férreas, volví mi cara por última vez. ¡Qué tristeza! ¡Qué infinito dolor! Atrás quedaban mis juguetes, únicos compañeros de infancia, enterrados por manos extrañas, obedientes a una voluntad traicionera, empeñadas en sepultar mi verdad entrañable. Y atrás también, bien atrás, ahora desde la perspectiva desolada de mis cincuenta y tan-

tos años, la única mujer desnuda —terrible y horrorosa en su inocencia— que conocí en toda mi vida.

\* \* \*

## DOBLE NACIONALIDAD

*Hay sólo dos países:  
el de los sanos y el de los enfermos  
por un tiempo se puede gozar de doble nacionalidad*

Enrique Lihn

No sabía qué hacía en este país y ya llevaba doce años viviendo en él. Me había casado con Lucila, una argentina dos años mayor que yo, en uno de esos días en que todo me salía mal. Trabajaba sólo la temporada y con esa plata comíamos y pagábamos los servicios durante el año. Nuestro matrimonio iba cuesta abajo y ninguno de los dos veía forma de apuntalarlo. Suerte que no tuvimos hijos.

Nunca fui un hombre de voluntad ni de vocación. Para distraerme y despistar a los demás me puse a estudiar en un instituto. Ya tenía en mis manos el título de profesor de Lengua y Literatura y sólo esperaba la carta de ciudadanía para trabajar en los colegios de la ciudad. Había pasado tanto tiempo que cuando aprisioné el documento en mis manos tuve la impresión de estar tocando algo ajeno.

Desde ese momento la casa se transformó en un lugar agradable y lleno de promesas. Le dije a mi mujer que brindáramos. Fue a la cocina y destapó una sidra.

—Por tu futuro —dijo levantando el vaso—. Te lo mereces.

---

*Nunca fui un hombre de voluntad ni de vocación. Para distraerme y despistar a los demás me puse a estudiar en un instituto.*

---

Yo hice chocar el vaso y me dejé llevar por la alegría de Lucila. Era un desahogo sincero, merecido, después de tantos años de estar atorillado a un presente insoportable. Ahora ella tendría obra social, tarjeta de crédito y plata para comprarse toda clase de ungüentos. Yo me sentía poco menos que un desertor, dándole la espalda a la patria y al pasado, y aunque quise esconder mi estado de ánimo, Lucila tardó poco en darse cuenta.

—Tu problema es que no sabes ser feliz —continuó, riendo y dando unos pasitos de baile. Ya no sería la pobretona que envidia cualquier logro ajeno. Ahora la envidiarían a ella. Así lo reconoció.

—¿Qué se sentirá que te envidien los demás, Alfonso? —me preguntó, cerrando el paso de baile con un movimiento de caderas.

Yo alcé los hombros y la vi como la niña que nunca dejó de ser. Me casé con ella por eso, porque nunca paraba de sonreír con inocencia. Ahora comenzaba a arrugarse y la alegría le daba un toque grotesco. La sidra y su charla me provocaron dolor de cabeza. En un momento de silencio, mientras miraba lo que había detrás de la ventana, me acordé de mi madre, sentí la urgencia de verla. Todo lo anterior, todo lo pasado, se burla de nosotros algún día y yo sentía que me había llegado el momento. Le dije a mi mujer:

\_Quiero ir a Cipolletti.

Lucila no dijo nada. Hacía años que no la veía. Discutimos dos o tres veces con mi hermana que la cuidaba y el resentimiento hizo su trabajo en nosotros. No nos comunicábamos ni por teléfono.

—Quiero contarle cómo me siento. Quiero decirle que voy a dar clases y que me pagarán por ello. Se sentirá orgullosa de mí.

Lucila movió la cabeza, descreída. Siempre le prometía que iríamos a verla y al final, sin causa alguna, yo desistía. Luego me miró con lástima. Las mujeres reniegan de todo pasado anterior a ellas.

Pero yo quería que mi madre ya no sufriera por mis desdichas. Le llevaría un poco de dinero, el suficiente para que advirtiera que su hijo inútil podía incluso ser generoso. Lucila llamó a una tía jubilada y le contó lo de la carta de ciudadanía. Antes de despedirse le pidió plata. La tía le dijo que esa tarde fuera a buscar la que necesitara.

Al volver, Lucila me dijo:

—Te manda saludos. Quiere que vayamos a almorzar el domingo.

—Hace casi un año que no voy a su casa. No quiero ir antes de pagarle la plata que le pedimos el año pasado para tu internación.

—Ahora cualquiera nos presta plata —dijo mi mujer, feliz y orgullosa de convertirse de la noche a la mañana en integrante de una familia confiable—. Tomá. Me dio esto para vos.

Puso en mis manos mil pesos.

—Es mucha plata —dije.

—Antes era mucha plata —dijo mi mujer—. Ahora ya no. Además, mirá lo que está afuera.

Caminé hacia la ventana y miré la calle. Allí estaba estacionado el Ford Fiesta azul de la tía de Lucila.

—¿Qué te parece? —preguntó Lucila a mis espaldas—. Le dije que iríamos a Cipolletti. Nos prestó su auto.

Al día siguiente, después de almorzar, nos subimos al auto y nos metimos a la ruta. Durante el trayecto casi no hablamos. Ella dijo que tenía sueño y cerró los ojos buena parte del camino. Dormitó con la boca abierta, dejando expuestos parte de sus dientes. Pensé en su pasado, en el tiempo en que era una mujer fresca dispuesta a hacerse querer, y me dio un poco de lástima.

Llegamos a Cipolletti, cruzamos la ruta que conducía a Neuquén y nos dirigimos a las chacras. Nos metimos por un camino lateral, ubicado al costado de lo que alguna vez fue una estación de servicio. De lejos vi los eucaliptos. Se ubicaban a uno y otro lado de la entrada y yo conduje el auto en la rotonda de lo que alguna vez fue un parque.

Paré el motor y vinieron a ladrarnos tres perros. Del costado de la casa apareció otro perro que fue directo a mear una rueda trasera. Lo acompañaba un enorme gato gris, de largo pelaje sucio y pegoteado. Lucila se asustó y bajó sólo cuando yo corrí a los cuatro perros.

Mi hermana vivía allí, sola, rodeada de animales y árboles. Trabajaba a doscientos metros de allí, en un chalet ubicado detrás de una cortina de álamos. Desde que arribó a Argentina trabajaba allí, cuidando a una anciana enferma de Parkinson. Sus patronas —dos viejas solteras, altas, lánguidas, con algo del orgullo de un pasado próspero— le habían conseguido esa casa en una chacra cercana. Perteneecía a un primo que se había ido a España en el tiempo del corralito financiero.

Mi hermana salió a recibirnos. Estaba toda despeinada; vestía ropa ajada y descolorida. Sus pies se apoyaban en los contrafuertes aplastados de unas zapatillas viejas. Nos saludó con un beso y miró un instante el auto azul. La casa del primo de sus patronas era enorme, pero se encontraba en un estado lamentable. El revoque sin pintar se estaba descascarando y en algunas partes dejaba ver el ladrillo interior. Las puertas y ventanas lucían viejas, salidas de su encuadre. Pensé que se debían cerrar y abrir con dificultad.

De las ruinas de un galpón cercano volaron palomas. Los perros lanzaron una andanada de ladridos y corrieron hasta el borde de una acequia mirando hacia el cielo, hacia los ramajes augustos de una cadena de álamos.

Entramos a la casa. Apenas di unos pasos sobre el piso de cerámicos me asaltó el olor a vajilla recién lavada. Yo quise saber dónde estaba mi madre. Atravesamos el living y después de caminar por un pasillo oscuro, llegamos a una habitación del fondo. Mi madre estaba acostada en una cama orto-

---

*Mi hermana salió a recibirnos. Estaba toda despeinada; vestía ropa ajada y descolorida. Sus pies se apoyaban en los contrafuertes aplastados de unas zapatillas viejas.*

---

pédica con la espalda apoyada en unos almohadones. Miraba fijo las imágenes de un televisor. Me puse al lado y le pasé la mano por la frente. Torció el rostro y me miró. No me reconoció.

—Soy yo —le dije—. Soy Alfonso.

Ella vivificó su rostro con una sonrisa sin significado. Podía estar delante una silla o un ventilador y ella reiría de la misma manera. Un pedazo de hielo se había posado en su corazón, en esa fuente inagotable de dulzura. Le di un beso en la frente. La sentí fría y húmeda.

Mi hermana corrió las frazadas y dejó a la vista dos piernitas flacas, oscurecidas por las várices, debajo de unas enaguas rotas. Sacó de un rincón una silla de ruedas y la puso junto a la cama. Me pidió que la ayudara. Con una mano sostuve la espalda de mi madre y pasé la otra bajo sus piernas. La trasladé a la silla de ruedas. Su mirada no se apartó de las imágenes del televisor.

Mi hermana envolvió el torso de mi madre con un chaleco de lana y las piernas con una frazada. Lucila se puso detrás de la silla y apoyó las manos en los mangos de empuje. Volvimos a la cocina escuchando el chirrido de las ruedas giratorias. Nos sentamos alrededor de una mesa de fórmica. Lucila acomodó la silla de ruedas cerca de la mesa, de espaldas a la puerta de salida.

---

*Mi hermana corrió las frazadas y dejó a la vista dos piernitas flacas, oscurecidas por las várices, debajo de unas enaguas rotas.*

---

Yo me senté al lado de mi madre. Enfrente de mí había una ventana; por ella podía ver el parque derruido y el galpón en ruinas. Mi hermana puso la pava en la hornalla y se sentó. Sacó un cigarrillo de un paquete amarillento y nos quedó mirando.

—¿Cómo está mamá? —le pregunté mirando el rostro de mi madre.

Era extraño hablar de mi madre, presente allí, como si estuviera ausente. Cuando éramos chicos mi madre resolvía todos los problemas de la casa. Ahora, con su mirada lejana, parecía un espectador cínico desmenuzando la inoperancia de los demás.

Mi hermana movió la cabeza y sonrió. Golpeó la punta del cigarrillo en la mesa y le arrimó una llama de encendedor. En su presencia yo siempre me sentí en deuda, o huérfano de algo, desligado para siempre de ese tiempo en que quizás fui feliz.

—Algunos días bien y otros no tan bien. Como siempre.

Temí que detrás de las palabras hubiera un reproche. Hacía mucho tiempo que no visitaba a mi madre. Nerviosa, Lucila se sobó las coyunturas de los dedos. Mi mujer temía al resentimiento familiar y sabía por experiencia que cuando mi hermana no era directa solía ser extremadamente ofensiva en los ambages.

—Yo la veo bien de salud —intervino mi mujer—. Se la ve rosadita.

—Ya no recuerda nada. O casi nada. A veces habla de cosas de su niñez. De cuando trabajaba en la casa de los colonos ingleses.

—A nosotros también nos pasa, ¿no es cierto, Alfonso? —dijo Lucila—. Nos olvidamos de cosas que vemos todos los días. A veces me pongo a buscar las llaves un tiempo largo y no me doy cuenta que la dejé en la cerradura. Cosas así.

No le contesté. Mi hermana la miró con fastidio. Quizás le pareció graciosa la palabra «rosadita». Incluso era la primera vez que yo la oía. Mi mujer tenía la costumbre de arrimar afecto con diminutivos. Algunas veces le salía bien. Otras, como en este caso, resultaba algo cómico.

—El otro día le agarró un ataque de asma. La internamos dos días.

—Yo también estuve internada —dijo Lucila—. Me sacaron unos cálculos de la vesícula. ¿No es cierto, Alfonso?

—Por favor, Lucila —intervine—. ¿Te puedes callar? Estamos hablando de mamá, no de ti.

Lucila me miró con rencor, apretando en su boca las palabras que no podía decir por la presencia de mi hermana. Cuatro o cinco palomas se posaron en el borde del techo del galpón. Escuché el ladrido de los perros.

Miré a mi madre. Tenía la mandíbula superior muy incrustada sobre la inferior y los ojos como recién sacados de un charco lechoso. Un flechazo de tristeza casi me cerró la garganta. Una pena profunda y breve, similar a la que me acomete luego de hacer el amor o de haber disfrutado de una fiesta agotadora. Un ramalazo de lucidez horrenda.

Estuvimos un momento en silencio. Mi hermana se paró y abrió un paquete de masitas de vainilla. El gato gris saltó sobre el regazo de mi madre. Mi hermana lo corrió con un golpe de repasador. El gato saltó al piso y se fue a echar arriba de un sillón. Yo tomé la masita y se la fui dando de a pedacitos a mamá. Ella comenzó a masticar lentamente con sus encías vacías.

—Es lindo tu auto —dijo mi hermana—. Parece que conseguiste trabajo.

—No —contesté—. Es de la tía de Lucila. Me lo prestó para venir a Cipolletti.

—¿Estás trabajando?

—No —le respondí—. Aún no.

—Una lástima haber estudiado y no poder ejercer tu profesión —dijo mi hermana—. Siempre te gustó leer libros. No serviste para otra cosa.

—Ya le llegó la ciudadanía argentina —dijo Lucila—. Puede ir a inscribirse en listado interno. En unos días podrá dar clases.

Mi hermana me miró con tristeza. Yo sabía que me consideraba un inútil. Estuvo así un rato largo, sin hablar. Parecía averiguar en mi rostro si yo era el mismo de antes. Si valía la pena que yo siguiera llamándome su hermano o algo así. Sin embargo, mi hermana tenía razón: no había vuelta atrás. No volvería jamás al lugar en que había nacido y me había criado. Ahora podría trabajar, liberarme de las miserias y los eternos enredos con la burocracia. Todo eso. Pero no había vuelta atrás. Quizás nunca haya vuelta atrás en nada.

---

*Yo escuché una vez más el ladrido de los perros. Miré hacia la ventana y pude ver las palomas en el techo del galpón viejo.*

---

—Cada uno es dueño de sus actos —dijo, misteriosa y premonitoria.

Después nos quedamos en silencio un rato largo. Mi hermana encendió otro cigarrillo, pensativa. Yo tomé otra masita de vainilla y se la fui dando de a poco a mamá, que seguía hundida en la silla de ruedas, moviendo la mandíbula lentamente. Lucila se paró, tomó el repasador y quiso sacarle las migas de las comisuras. Mamá cerró los ojos y volteó la cabeza en actitud de rechazo. Mi hermana le quitó el repasador a Lucila y le limpió la boca. Lucila me miró levantando las cejas y se sentó a mi lado, consternada.

Yo escuché una vez más el ladrido de los perros. Miré hacia la ventana y pude ver las palomas en el techo del galpón viejo. El sol ahora se derramaba en la parte alta de los álamos. Mi hermana se paró y sin decir nada se fue por el pasillo hacia las piezas interiores. Minutos después volvió. Vestía ropa limpia y zapatos de taco. Una cartera roja colgaba de su hombro derecho.

—Llévame a la ciudad —me dijo—. Tengo que comprarle pañales. ¿Podrás ir?

Yo la miré sin comprender.

—La pobre gasta más que una guagua —dijo mi hermana pellizcándole cariñosamente la mejilla a mamá—. Lucila, ¿te podrás quedar un momento con ella?

—Claro —dijo Lucila—. No hay problema.

—Es sólo un momento —dijo mi hermana—. Si te pide agua, dale un poco de jugo. Está en la heladera. No le des más comida. Anda un poco delicada de la panza.

Mi hermana salió primero y yo la seguí hasta el auto. Los perros se acercaron y me olfatearon. Mi hermana los corrió y luego se subió al auto, a mi lado. El olor de su perfume, fuerte e invasivo, se desparramó como un ramalazo. Yo encendí el motor y enrumbé hacia la ciudad. No hablamos hasta llegar a la ruta. Allí, mientras yo adelantaba a un viejo camión Bedford cargado de bines, mi hermana me dijo:

—Ahora puedes decir que tuviste razón. A ti siempre te gustó estudiar. Nosotros crecimos pensando que sólo había que trabajar. Si no lo hacíamos, el hambre nos comía vivos.

—No empieces otra vez con eso —dije yo, acelerando para llegar rápido a la ciudad—. No hace falta.

—Cansada —dijo mi hermana—. Esa es la palabra. Cansada y cabreada. Me siento vieja. Parece que alguien me tiró de golpe todos los años encima.

—Te entiendo —dije yo—. Siempre te hiciste cargo de todo. Nunca te agradecí lo suficiente.

—Cansada —repitió mi hermana—. No se trata de agradecer nada. Hice lo que tenía que hacer. Ahora creo que es tu turno.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo, sabiendo exactamente lo que me quería decir.

—Te tienes que llevar a mamá —dijo ella sin mirarme—. Ahora tendrás el dinero suficiente para mantenerla.

Tengo derecho a vivir mi vida.

Ahora tengo un compañero. Quiero vivir mis últimos años con él.

—No puedo —dije yo—. Tú sabes que no puedo.

—Claro que puedes —dijo mi hermana, implacable—. Siempre me dijiste que no tenías plata para darle lo que necesitaba. Ahora la tienes. ¿Qué excusa vas a poner ahora?

—Mamá no quiere a Lucila —dije yo.

—El Alzheimer no respeta odios, Alfonso. Mamá ya no reconoce a nadie. Dile que se quede tranquila.

—Lucila no la aceptará. Se irá de casa si la llevo.

—Entiéndeme —dijo ella—. Tengo derecho a vivir mi vida. Ahora tengo un compañero. Quiero vivir mis últimos años con él.

—¿A tu edad? —pregunté indignado—. ¿Conseguiste un novio a tu edad?

—¿Qué me quieres decir? ¿Que estoy vieja?

—No. Tú dijiste que no te ibas a casar jamás. Eso decías siempre.

—¿Es que no tengo derecho de cambiar de opinión? ¿Tú no dijiste alguna vez que no te ibas a nacionalizar jamás, que la patria no se cambia por otra? ¿Dijiste eso o yo estoy loca?

Tenía razón, pero ella y yo sabíamos que eran otros tiempos. Para mí y para ella eran otros tiempos. Adelanté un camión con acoplado y me puse en la vía derecha otra vez.

—¿Quién es? —pregunté.

—Está separado —dijo ella—. Tiene tres hijos. No es un adolescente. Ya está de vuelta de todo. Es él el que no quiere vivir con mamá.

En una rotonda doblé hacia la ciudad. Pasamos por un barrio de casas de plan. Llegamos a una avenida y avanzamos en ella cuatro cuadras. En una esquina había una farmacia. Mi hermana me pidió que detuviera el auto. Yo le miré el rostro: estaba llorando. Metí la mano en el bolsillo, saqué quinientos pesos y se los puse en la mano. Ella los tomó, se bajó del auto sin decir nada. La vi entrar a la farmacia hurgando en su cartera. Luego salió con un paquete enorme y una bolsita llena de medicamentos.

Volvimos a la chacra por el mismo camino. El sol estaba casi oculto. Encendí los faros del auto. Ahora fui yo el que continuó la conversación, muy cerca de pasar entre los eucaliptos.

—Lucila no se lleva bien con mamá. Tú sabes que si mamá vuelve a casa, ella se irá otra vez. Fue lo que hizo la vez anterior.

—Es tu problema —dijo con voz dura, antes de bajarse del auto—. Eso te pasa por haberte casado con una argentina. Creo que yo ya hice lo que tenía que hacer. Para el fin de la otra semana tendré todo listo. Conseguiré una camioneta para que se lleve la cama ortopédica y la silla de ruedas. Tú puedes venir en el auto a buscar a mamá.

Entramos juntos a la casa. Lucila estaba sentada en el sillón, casi a oscuras. Una de sus manos apretaba el aro propulsor de la silla de ruedas. La otra mano sostenía una masita de vainilla a medio incrustar en la boca de mamá.

—¿Cómo se portó? —preguntó mi hermana sin mirar a Lucila. Dejó la cartera en la mesa de fórmica y encendió la luz.

—Bien —dijo Lucila sonriendo—. Como nunca. Le pregunté si me reconocía y dijo que sí.

—Tiene momentos de lucidez —dijo mi hermana—. A veces tengo la impresión de que se hace la tonta y sabe todo lo que hace.

—No seas mala —dijo Lucila—. Está enfermita, la pobre.

Mi hermana arrastró una silla para que me sentara, pero yo le dije que no, que quería volver a Villa Regina antes del anochecer. Me despedí de mamá con un beso en la frente. Mi hermana nos acompañó hasta el auto. Nos despidió con un beso en la mejilla. Hice andar el motor y salimos al camino. Los perros salieron detrás del auto, ladrando.

—Tu mamá se puede olvidar de todo —dijo Lucila—, pero jamás se olvida del odio que me tiene.

—Por favor, cállate —dije yo—. No quiero escuchar más quejas.

—Mirá —dijo Lucila, y me mostró el lamparón verde de un escupitajo en un costado de su chaleco—. Me escupió. Se volvió hacia mí y me lanzó este gorgajo. Yo no le hice nada.

—No exageres. Se habrá babeado y tú creíste que era un escupitajo.

—No me creés —dijo Lucila—. Nunca me creés nada.

—En lugar de evitar los problemas, los agrandas. Ese es tu problema.

Lucila se quedó callada unos minutos. Luego dijo:

—Tenés razón. No vale la pena seguirla. Por suerte la venimos a ver cada muerte de obispo. Estoy segura que si ella viviera con nosotros me mataría. Nunca me quiso, y creo que yo tampoco sentí alguna vez afecto por ella. Estamos iguales.

—Cállate —dije con dureza—. No es agradable hablar de esas cosas.

—Es la verdad —dijo ella, con decisión y lejanía a la vez—. ¿Sabés? Yo no quería venir hoy. Tenía miedo de que tu hermana te culpara de ingratitud otra vez. Siempre dijo que ella se hizo cargo de todo, que vos no fuiste capaz de cuidar a tu mamá un tiempo largo. Y tenía razón. Pero yo soy su nuera, no soy su hija. Vos y tu hermana nunca supieron que entre ambas cosas hay una diferencia enorme.

—¿Vas a volver con lo mismo otra vez?

Sentí el impulso de detener el auto en la banquina y bajarla. No hay peor cosa que los sentimientos para acorralar a un hombre. Aspiré lento y profundo el tiempo en que Lucila dijo con suficiencia:

—Alfonso, sé por qué te sacó tu hermana de la casa. Quiere que nosotros nos hagamos cargo de tu mamá. ¿No es así?

---

*Tenés razón. No vale la pena seguirla. Por suerte la venimos a ver cada muerte de obispo. Estoy segura que si ella viviera con nosotros me mataría.*

---



—No —dije ya más tranquilo—. No me dijo nada de eso. Hablamos de la enfermedad de mamá. No hablamos de otra cosa.

—Dios quiera que así sea. —Se besó el pulgar con devoción—. Yo te quiero demasiado. Pasé contigo una vida de privaciones. Tampoco me importó que fueras estéril, que no pudiéramos tener hijos. No merezco soportar otros sacrificios. Si me amas, no dejarás que ella viva en nuestra casa. De lo contrario, no dudaré en irme. Esta vez será para siempre.

—Ya lo sé —dije—. No hace falta que lo repitas una y otra vez.

Era ya de noche. El velocímetro marcaba ciento veinte kilómetros por hora. A esa hora el tránsito, sin la lentitud de los camiones cargados de fruta, era más expedito. Lucila se quedó callada. Se podía oír el ruido apagado del motor y el roce de los neumáticos en el pavimento. Comenzó a dolerme la cabeza. Era un dolor que me subía hasta la frente desde las vértebras de la nuca. Una marejada capaz de adormecer a un búfalo.

Antes de llegar al cruce de la vía que conduce a Neuquén, imprevistamente, Lucila habló:

—¿No te enojarás si te digo algo?

—No. Claro que no. ¿Qué te ocurre?

—Es que a mi tía no sólo le pedí mil pesos —dijo ella abriendo su cartera-. ¡Le pedí dos mil! Mirá. Me mostró el fajo de billetes de color violeta.

—¡Estás loca! —le grité—. ¿Cómo vamos a pagar eso?

—Vas a ser profesor —dijo—. Tenemos que acostumbrarnos a la nueva vida.

—Tendré que trabajar varios meses para pagar eso —dije yo, contrariado.

—¡Amarrete! —exclamó ella con alegría.

—¿Qué quieres hacer con esa plata? —pregunté yo.

—Pasemos a Neuquén —dijo ella con inusitada soltura—. Comprémos algo de ropa y después comamos en un restaurante. Hace mucho que no me invitas a comer fuera de casa. Andá, no seas tan apretado.

Lo pensé unos segundos. Quizás Lucila tenía razón y sólo nos faltaba un momento para mirarnos a los ojos y decirnos cuánto nos queríamos. En el cruce doblé hacia la derecha y seguí por la ruta iluminada. Quinientos metros más adelante se extendía el enorme puente interprovincial y las garitas del peaje. Saqué el pie del acelerador y puse la mano sobre la palanca de cambios. La mano de Lucía se posó sobre mi mano. Juntos detuvimos el auto para darle a la empleada los cincuenta centavos.

\* \* \*

## **EL FILO EN LA CARNE**

Yo vivía con papá y con mamá. Era hijo único. Constituíamos una familia típica de clase media, tranquila, sin sobresaltos, con trabajo asegurado e ingresos medios porque mis padres eran trabajadores estatales. Un día, cuando nos dirigíamos a pasar una semana junto al mar en la camioneta doble cabina de papá, chocamos con un caballo en la ruta. El auto volcó y papá y mamá quedaron heridos. Yo sólo tuve algunos rasguños menores. A mamá le tuvieron que amputar las dos piernas y perdió un ojo. Mamá vivió el resto de sus días tumbada en la cama y luego en una silla de ruedas. Papá se quebró la pierna en múltiples partes. Desde ese momento no dejó de cojear de su pierna derecha.

Papá hizo dos años del secundario; con eso le bastó para ser el encargado del cementerio municipal. Mamá, con el secundario completo y tres o cuatro diplomas de cursos de secretaría y administración, llegó a ser funcionaria del registro civil. A mamá las consecuencias del accidente le impidieron seguir trabajando. Dos o tres años después papá le compró con sus ahorros una silla de ruedas. Yo

recuerdo que se ubicaba cerca de una ventana para mirar el patio o la calle, en silencio, con expresión de quieta desesperación. Yo tenía cinco o seis años y me gustaba corretear por toda la casa. Como mi madre se quejaba de mi tendencia a desordenar y destruir cosas (decía que mi personalidad se había estropeado por el accidente), papá le pidió permiso al alcalde para llevarme con él al trabajo. Desde entonces siempre lo acompañé al cementerio. Cuando era pequeño iba a la escuela en el turno mañana y me pasaba en el cementerio la tarde entera. Al verme deambular solo entre las tumbas papá me propuso que invitara a mis amigos, pero nadie quiso aceptar, ni siquiera Rodrigo, el más cercano a mí, para divertirnos entre los muertos. Al principio mamá se quedaba sola en la casa, pero más adelante, a instancia de sus parientes, le pidió a papá que la llevara en la camioneta a casa de mi tía o de mi abuela antes de dirigirnos al cementerio y entonces nuestra casa se quedaba deshabitada hasta que oscurecía.

Yo recuerdo que en ese tiempo mi padre era muy infeliz en casa y alegre en el cementerio. Mi madre estaba siempre de mal humor, sentada en su silla de ruedas, culpando a papá por el accidente, amenazándolo con marcharse. Mi padre con su pala y con su pico iba cavando aquí y allá dentro de los límites del alambrado para meter los ataúdes. Recuerdo que en ese tiempo se moría más o menos una persona a la semana y el tiempo le sobraba a papá. Podía suceder que hubiera un accidente o que fuera invierno y entonces el número de muertos subía. En esos días de ajeteo apretado yo le ayudaba a desmalezar las tumbas, a retirar las flores podridas y a cambiar el agua putrefacta de los floreros de los nichos. Mi padre, orgulloso, me tiraba unas monedas y me apretaba el hombro con su manaza áspera y peluda.

---

*En tiempos de la dictadura mi padre tuvo bastante trabajo. Recuerdo que a veces teníamos que ir durante la noche al cementerio.*

---

En tiempos de la dictadura mi padre tuvo bastante trabajo. Recuerdo que a veces teníamos que ir durante la noche al cementerio. Son horas extras, decía mi padre. Nos quedábamos a esperar en su garita y de pronto de camiones o ambulancias bajaban cuerpos envueltos en sábanas o plásticos ensangrentados. Los que bajaban al muerto eran uniformados, pero a veces también eran civiles de bigote y mirada recia. Mi padre los saludaba sonriente y uno de ellos estiraba la mano y le daba unos billetes con desprecio. Entonces ellos se iban y mi padre y yo trasladábamos el cuerpo a la tumba abierta. Lo dejábamos a un cos-

tado y mi padre saltaba a la fosa y daba unas cuantas paladas antes de enterrarlo.

Ya desde ese tiempo fui adquiriendo la costumbre de hundir mi espada en la carne de los muertos que no tenían ataúd. Yo aprovechaba cuando papá saltaba al hoyo a pulir el agujero. A veces le traían un cadáver sin aviso y él se tenía que poner a cavar durante horas en el día o la noche. Cuando lo veía en el hoyo, sin levantar cabeza, yo le hundía al cadáver la espada en las carnes imitando los gestos de los vengadores de películas; una y otra vez, como dando rienda suelta a un desquite intensamente esperado. A veces estaban blandos y era placentero pinchar las pantorrillas, el cuello o los ojos. En otras estaban duros como piedras. Horas después papá me pedía que arrastrara el cuerpo inerte hasta el borde del hoyo. Allí él lo tiraba hacia abajo y lo repartía entre las cuatro paredes de tierra. Luego saltaba a la superficie y se sacaba la tierra de la ropa. Finalmente le tirábamos paladas de tierra hasta dejar un túmulo panzón.

El florete me lo hizo mi padre un día en que me vio aburrido. Esperábamos un muerto durante la noche. Fuimos con una linterna al costado del cementerio y cortó con una tijera de podar una varilla de mimbre, de esas que suelen tajar para arrimar los cerdos al chiquero. Volvimos a la garita y allí con un cortaplumas le cercenó la punta flexible y le sacó la cáscara, concentrado, metódico. Poco después la varilla estaba sin corteza, rezumando savia, y sus dedos resbalaban por la superficie suave. Las astillas caían delante de mis pies (recuerdo que, al otro día, los gorriones hambrientos bajaban de las ramas a engullirlas, pero luego se daban cuenta del engaño lanzando un gorjeo de reproche). Cuando la punta lo satisfizo, cogió la mitad de una naranja despulpada que yo había comido y la incrustó unos quince centímetros por el lado más grueso, con la concavidad vuelta hacia la mano que sostenía la varilla. Cuarenta minutos se demoró en armar ante mis ojos una hermosa espada de cazoleta.

Días después, con un pedazo de papel de diario, mi padre me hizo un gorro militar. Cuando me lo puse y tiré unas estocadas al aire con mi florete, largó una carcajada y me dijo que me parecía a Napoleón. A mí no me gustó. No sabía quién era Napoleón. Parecía el nombre de un perro.

A veces, cuando mamá decidía quedarse en casa, no íbamos en camioneta y papá me llevaba de la mano al cementerio, cojeando, con una expresión de agobio en el rostro descarnado, sacándose el pañuelo de su bolsillo trasero para secarse el sudor de la frente, y yo a su lado haciendo firuletes en el aire con mi espada, pensando en el muerto que íbamos a enterrar, en el agujero que mi padre haría con un pico y una pala y yo mirándolo desde la altura, sintiendo una profunda pena por él. Ya en el cementerio, me pasaba el día merodeando entre las tumbas, viendo las fotos grises, amarillentas de los muertos, echándoles agua a los floreros. Mientras mi padre cavaba, yo perseguía a las lagartijas que se calentaban en los nichos, a las cucarachas que corrían en las baldosas, o volteaba con mi espada caracoles de las paredes descascaradas de los panteones. En ese entonces la muerte de personas me resultaba muy familiar. Extrañamente, cuando aparecía un gorrión muerto, caído de un nido, lo quedaba mirando con inusitada curiosidad. Deshecho el interés, le clavaba mi florete y lo alzaba como antaño lo hacían con las cabezas de los decapitados en lugares públicos para amedrentar a los rebeldes.

Al atardecer volvíamos a casa. Mamá se quejaba porque yo llegaba muy sucio. Mi papá me defendía y luego los dos se enfrascaban en interminables discusiones.

—Eres un monstruo —escuchaba que le decía mamá a papá, mirándolo fijamente con su ojo de vidrio.

—Ya podrás caminar otra vez —le decía papá—. Para eso estoy trabajando fuera de mi horario de trabajo. Te compraré esos aparatos de ortopedia que me pediste.

—Quiero mis piernas —respondía mi madre mirándolo con su ojo de vidrio—. No dos hierros fríos.

Mi papá asentía en silencio. La quedaba mirando enigmáticamente cuando a ella le venían esas rabieta de varios minutos, como si necesitara la energía de su odio para después mirarme y seguir moviéndose por la casa. Antes de incorporarse miraba al suelo y sonreía con indulgencia. Yo simulaba no escuchar, concentrado en derribar moscas con mi florete.

---

*Antes de incorporarse miraba al suelo y sonreía con indulgencia. Yo simulaba no escuchar, concentrado en derribar moscas con mi florete.*

---

Tiempo después cambié mi espada de varilla por un espadín de plástico. Para darles más teatralidad a mis movimientos, me forraba la mano con una manopla de cuero o un guantelete y las mangas del pulóver con brazales de cartón. Cuando tenía once años mi amigo Rodrigo me dijo que me podía conseguir una daga de rodela de verdad. La vendía un muchacho del barrio, robada de la casa del gerente de una empresa frutícola. Tenía empuñadura de madera forrada en cuero. Ahorré sin decirle nada a papá. Tardé tres meses en conseguir el dinero. Sin enterar a nadie, la daga llegó a mis manos.

Cuando nos íbamos al cementerio, yo la llevaba guardada dentro de mi casaca. La carne de los cadáveres, así fuera dura o blanda, ahora se dejaba penetrar sin dificultad por el filo brillante, alargado, como de bisturí de forense.

Pasó el tiempo y yo logré llegar al secundario. En el país estaba por arribar la democracia y papá solía decir: Se vienen tiempos malos, hijo. Hasta que una mañana de fines de septiembre o principios de octubre, papá me dijo que esa noche debíamos ir al cementerio. Teníamos que enterrar tres cuerpos, me dijo. Son tiempos duros, agregó mirándome con no menos compasión que complicidad, tratando de infundirme ánimo. Cuando anochecía, papá cargó a mamá en la camioneta y la trasladó a casa de su hermana. Una hora después me pasó a buscar. Llegamos al cementerio a eso de las once. Papá me condujo a un panteón que tenía sus puertas abiertas. Adentro había tres cuerpos envueltos en bolsas de nailon oscuro.

—Los agujeros están listos —me dijo.

Cargamos un cuerpo y lo llevamos a su tumba. Mientras mi padre saltaba al agujero, yo saqué mi daga de rodela y se la hundí en varias partes al cadáver, sin que papá se diera cuenta. Lo tiramos al

agujero y le volcamos la tierra. Llevamos al otro cadáver entre las sombras. Papá decidió tirarlo de inmediato al agujero, quizás porque ya sospechaba o pudo advertir lo que yo hacía con los muertos. También lo cubrimos de tierra.

Con los rostros brillantes de sudor volvimos por el tercero. No pesaba mucho y papá decidió cargarlo sin mi ayuda. Lo llevó casi al trote, jadeando. Yo lo seguía haciendo firuletes con mi espada. Papá dejó el cadáver en el borde del agujero y saltó adentro contrariado, mascullando maldiciones; parte del montón de tierra se había derramado hacia la cavidad. Mientras él daba una y otra palada, respirando con dificultad, yo saqué mi daga del bolsillo y comencé a hundírsela al cadáver. Se hundió sin dificultad en el torso y los hombros. Luego se la hundí en las piernas. Pero de allí sólo vino un ruido metálico.

—¿Qué estás haciendo? —me dijo papá desde la cavidad en un tono de leve reproche.

—Nada —dije yo, y quise descubrir el cadáver, pero las sombras no me dejaban ver.

Entonces, sin hacerle caso a papá, destapé la cabeza y hundí la daga en los ojos del muerto. Un temblor general se apoderó de mi torso y particularmente de mi brazo. Di varias estocadas antes de apuntar a las pequeñas cavidades. De allí también me vino un ruido opaco, como el que se produce cuando un metal choca con un pedazo de vidrio.

Papá detuvo la pala y saltó a la superficie.

—¿No estarás haciendo cagadas? —me dijo desde las sombras en un tono que además del reproche cargaba una amenaza.

—No —respondí con miedo, y lo ayudé a tirar el cuerpo a la fosa.

© Jorge Carrasco

---

**Jorge Carrasco.** Nací en Carahue, Chile, en 1964. Desde 1985 resido en Villa Regina, provincia de Río Negro, Patagonia Argentina. Soy profesor de Lengua y Literatura y ejerzo mi profesión en colegios secundarios de la zona Alto Valle Este. Tengo publicados cuatro libros de poemas (*Permanencia de aves, La huella, su andar, Mar muerto y La tarima y el florero*). En narrativa publiqué dos novelas (*Sombras en el agua y Los piojos de Rimbaud*); en cuento, edité cuatro libros (*Maldito lunes, Último carbón de invierno, Nos esperaba el viento y Los jugadores persas*). Publico, además, artículos de opinión en revistas y periódicos de Chile y Argentina. Obtuve, entre otros, los siguientes premios: Ganador de la Primera Bienal de Arte Joven de la Patagonia, género poesía, 1993; Ganador del Certamen Patagónico de Cuentos de 1998, organizado por la Fundación Banco Provincia del Neuquén; Ganador del XV premio nacional de poesía "Plaza de los Poetas José Pedroni", Santa Fe, Argentina, 1993; Mención en narrativa y poesía del Premio Federal de los años 2001 y 2003, organizado por el Consejo Federal de Inversiones (CFI) de Argentina; Ganador del concurso hispanoamericano "Cuentos Políticos", organizado por la revista literaria digital El Escriba, Buenos Aires, 2005; Ganador del concurso literario "Chile con mis ojos", en las versiones 2006, 2007 y 2008, organizado por Televisión Nacional de Chile, la Academia Chilena de la Lengua, DICOEX y la Fundación Pablo Neruda; Ganador del premio de poesía "David Aracena", organizado en el marco del XXVI Encuentro de Escritores Patagónicos, 2008; Seleccionado en narrativa para formar parte del Plan de Lectura nacional, organizado por el Ministerio de Educación de la Nación y el Consejo Provincial de Educación de Río Negro, Argentina. Año 2009; Ganador del concurso de cuentos "En mil palabras", organizado por el CINPRODH (Centro de Investigaciones y Promoción de los Derechos Humanos), Temuco, Chile, 2009; Ganador del concurso de poesía Fiesta del Inmigrante, Berisso, Argentina, 2009; Ganador del concurso de cuentos "Luis Catinari", Hurlingham, Argentina, 2011; Segundo lugar del concurso internacional de cuentos "Corralejo", Islas Canarias, España, 2011; Ganador del concurso de cuentos "Fernando Santiván", Valdivia, Chile, 2011; Finalista del IV Concurso de Cuentos Teresa Hamel, Chile, 2011; Finalista del concurso de cuentos de la revista Paula, Chile, 2011.

## NURIA

por José Vaccaro Ruiz

Embutido en una bata blanca, el sanitario saludó con un movimiento de cabeza a la mujer y al hombre que aguardaban su llegada. Él, policía, ella requerida para que identificara los cuerpos de una pareja de viejos.

Comparada con el ferragosto del exterior la temperatura de aquel lugar alicatado de suelo a techo era gélida, como mucho cinco o seis grados. Por todo mobiliario una camilla cubierta de una sábana blanca, a un lado tres sillas pegadas a la pared, y el frente opuesto a la entrada lleno de portillas de 80 x 80 centímetros con un número en su dintel que iba del 1 al 24.

La luz cenital daba una apariencia lívida y dura a los tres rostros, agravado por el parpadeo de un fluorescente que se encendía y apagaba cada tres segundos. La expresión del policía y el sanitario era indiferente, lo contrario a la de la mujer, preocupada y tensa.

El sanitario consultó el papel cargado de firmas y sellos que el policía había sacado de una carpeta, y dirigiéndose a ella:

—¿Está preparada?

Un leve movimiento de cabeza asintiendo al que siguió, cuando el enfermero giró la manija, el chasquido de la cerradura del armario número 16, en el nivel más bajo. La puerta se abrió, él tiró con fuerza de un asa haciendo salir unas guías, sobre ellas una plataforma metálica con un cadáver cubierto con una sábana.

La levantó parcialmente, debajo apareció una cabeza de anciana. Los ojos cerrados, la boca con un rictus tozudo y las sienas hundidas.

—¿La reconoce? —el policía.

—Sí, es mi madre —la mujer.

Él anotó la hora y puso una cruz en una de las casillas, la que indicaba que la identificación había sido positiva.

El ritual se repitió con el contenido del armario número 18, situado al lado.

—Sí, es mi padre.

El enfermero volvió a guardar los dos cuerpos.

—¿Hemos acabado? —ella. Sentía que apenas podía respirar, en el aire un penetrante olor a desinfectante, quizá formol, que intentaba en vano enmascarar otro aroma más denso, carnal y pútrido.

—Sí.

Una vez fuera, y tras haber añadido al formulario dos firmas más, la de ella y la del sanitario, preguntó al policía:

—¿Mañana podré enterrarlos? —cogía el avión a las nueve de la noche.

—No hasta que les hagan la autopsia —y ante el ceño fruncido de ella—: Serán tres o cuatro días. La avisarán.

---

*Sentía que apenas podía respirar, en el aire un penetrante olor a desinfectante, quizá formol, que intentaba en vano enmascarar otro aroma más denso, carnal y pútrido.*

---

¿La autopsia?, ¿pero no habían muerto por intoxicación de gas al dejarse la espita de la cocina abierta? ¡Para qué demonios hacía falta la autopsia!

—¿Es necesaria?

—Sí.

—Pero...

—Es el protocolo.

Nuria volvió a pisar la calle Casanova. En la oficina de Nueva York había dicho que estaría fuera cuatro días como máximo, incluso había cogido billete de ida y vuelta que ahora, si por asistir al sepelio posponía su salida, tendría que anularlo. ¿Y si dejaba que la funeraria se ocupara de todo? Sus padres tenían un seguro que cubría incluso el coste del nicho. Además, lo de enterrar a los muertos es de las pocas cosas que se cumple a rajatabla, estuviera ella presente o no.

Tomó la decisión. Haría la maleta, metería dentro cuatro recuerdos, cerraría aquel piso de alquiler que la vio nacer, devolvería las llaves a la portera, la señora Rosa, y listos. Y si le preguntaba qué hacía con los muebles o la ropa le diría que lo que quisiera. ¡Cualquier cosa!, que lo diera a Caritas, o a las Hermanitas de los Pobres. O que lo vendiera y se sacara un dinero. ¡Que le aprovechara!

Paró un taxi, ya estaba más animada al pensar que pronto dejaría aquella ciudad que hoy y para ella era un escenario extraño e inhóspito, donde no tenía nadie con quien verse, ir a tomar una copa o pasear. Hacía tiempo que perdió el contacto con sus antiguas amistades. Aunque, pensaba ahora, tampoco hizo nada por mantenerlas.

---

*Tomó la decisión. Haría la maleta, metería dentro cuatro recuerdos, cerraría aquel piso de alquiler que la vio nacer, devolvería las llaves a la portera, la señora Rosa, y listos.*

---

Tenía su vida montada al otro lado del Atlántico, allí se trasladó con una beca de estudios e hizo una carrera que le proporcionó su trabajo actual. En ese tiempo, diez años, una única vez vino a ver a sus padres, fue la Navidad siguiente a instalarse en Nueva York, y estuvo solo una semana. Antes y después conferencias y correos. *¿Qué tal andáis? Yo bien, gracias. Si, estoy con alguien. No, no es el mismo. ¿Casarme?, por favor mamá, eso es antiguo. ¿El trabajo?, estupendamente. Lo que hago me gusta y me pagan bien.*

Y ella, ¿les preguntaba cómo les iba, qué hacían? Ahora se da cuenta de que tenía prisa por colgar, por interrumpir la conversación. Sabía que cualquier curiosidad suya la prolongaría. De ahí: *Me alegro que*

*estéis bien. ¡Perfecto! Cuidaros mucho. Os volveré a llamar. Pero sin decir cuándo.*

Bajó del taxi y cruzó el portal.

La señora Rosa asomó su cabeza:

—¿Cómo ha ido?

¿Qué quería que le respondiera?: *Bien, parecía que estuvieran dormidos.* ¡Dormidos!, vaya una cosa decir de un cadáver. A lo que la portera respondería: *¡Qué desgracia, Dios mio!* Para de nuevo, y por enésima vez, acompañarla en el sentimiento.

—¡Ya está hecho! —le salió, y sin más le dio la espalda y se metió en el ascensor.

Otra vez la oscuridad al abrir la puerta del piso. Solo y desde el final del pasillo llegaba un atisbo de claridad procedente del ventanal que daba al patio de manzana.

Dio la luz del recibidor, del comedor, del cuarto que había sido su habitación. Allí había dormido las dos noches anteriores. Al llegar le sorprendió encontrar su cama recién hecha, las sábanas oliendo a recién lavadas, la funda del almohadón sin una mota de polvo. Era como si su madre la estuviera esperando. O tal vez había otra razón, y si era así la señora Rosa lo sabría:

—¿Mis padres tenían la habitación alquilada?

—No, ellos, ya sabe que no se encontraban demasiado bien, esperaban que cualquier día apareciera por aquí. ¡Nos dará una sorpresa!, decía don Antonio, ¡ya lo verá!

Nuria no le pidió que aclarara aquello de que *no se encontraban demasiado bien*. Era verdad que las veces que hablaban por teléfono era su padre quien focalizaba la conversación. Su madre, y como mucho, un breve saludo al principio y al final.

Puso la maleta encima de la cómoda, la abrió y metió dentro las pocas cosas que había traído: ropa de verano, un jersey y un par de zapatos, el neceser sobre la mesilla para no dejárselo olvidado. Fuera el camisón y la muda del día siguiente.

Quedaba espacio para llevarse alguna cosa. Sí, ¿pero el qué? Algunos recuerdos, el álbum de fotografías de cuando la bautizaron, de su primera comunión... Su madre lo guardaba en el armario de su habitación. Seguro que sus amigos americanos se reirían mucho al verla disfrazada de aquella manera.

Fue a buscarlo.

El espejo del ropero le devolvió su imagen. Se atusó el cabello y abrió de par en par las dos puertas. Un fuerte olor a naftalina llegó a su nariz. Delante de sus ojos los juegos de cama cuidadosamente colocados, en algunos sobresalía la puntilla que festoneaba las sábanas, si las desplegaba aparecerían las iniciales de su abuela: *Cuando te cases serán para ti. Formarán parte de tu ajuar*. ¿Cuántas veces se lo había dicho mientras le mostraba aquel encaje de bolillos que ella había tejido en cientos, tal vez miles de tardes y noches robando horas al sueño en aquel pueblo navarro de dónde emigró al acabar la guerra civil?

Quizá sí que se llevaría uno de aquellos juegos de cama. Se lo enseñaría a George. Él le diría algo divertido: *¿Todos estos arabescos para echar un polvo?, ¡vaya un lujo!*

Cogió una silla del comedor para poder llegar al altillo del armario, allí creía recordar que su madre guardaba el álbum de fotografías.

Antes de subirse al acolchado de la silla colocó un trapo. Lo hizo sin pensar, solo cuando ya estaba con los pies encima recordó sus regañinas si no protegía aquel floreado dibujo. ¡Pero qué más daba ahora!, el mobiliario acabaría en el almacén de un trapero.

Rebuscó entre las cajas de cartón: pañuelos, un par de mantillas, guantes, tres bolsos viejos, legajos de facturas. ¡Qué manía la de su padre de no tirar nada!

Hasta que lo encontró en el fondo de una de las cajas.

Lo bajó, se sentó en la cama y lo abrió.

La mayoría de las fotografías eran en blanco y negro, unas pocas viradas en sepia y con los ribetes blancos. Su bautizo, con su abuela sosteniéndola en brazos, ella rebozada en una toquilla de lana. El cura con la concha mojándole la cabeza... Seguía su primera comunión, de blanco, ¡parece una novia! Imágenes de los festivales celebrados en el colegio de las Damas Negras, en bombachos saltando el potro, ¡qué ridícula estaba! En unas colonias, cuando tenía 16 años, a su lado el noviete del momento... ¿Cómo se llamaba?: Carlos. Bueno, tampoco estaba tan mal.

Así fue pasando hasta llegar a la última. Era de su despedida en el aeropuerto, de eso hacía tanto tiempo.... Ella con unos pantalones entonces de moda, a media pierna, y aquel peinado, ¡qué horrible! Los tres, sus padres y ella, le pidieron a alguien que se la hiciera. Luego se la enviaron por correo. Pero ella no recordaba dónde la tenía.

Sí, aquel álbum también se lo llevaría. A George le haría aún más gracia que las sábanas del ajuar.

Volvió a su habitación. Cerraría la maleta y bajaría al bar a cenar algo, aún faltaban veintitrés horas para la salida del avión. Por la mañana daría una última vuelta por el barrio gótico, con una incursión en El Corte Inglés.

---

*El espejo del ropero le devolvió su imagen. Se atusó el cabello y abrió de par en par las dos puertas. Un fuerte olor a naftalina llegó a su nariz.*

---

Al encajar el álbum dentro de la Samsonite asomó el ángulo de un sobre. ¿Cómo no lo había visto?

Y en el sobre, en la letra que reconoció salida de la estilográfica de su padre: *Para Nuria*.

Levantó la pestaña y apareció un folio con la misma escritura inglesa y como firma: *Tus padres*. Y envuelto en él un fajo de dinero. Lo contó: 4.350 euros.

La fecha: una semana antes.

*Queridísima Nuria:*

*Aunque te lo he estado ocultando, durante las últimas semanas mi salud y la de tu madre ha empeorado. Ella tiene Alzheimer en grado cuatro y yo un cáncer que ha hecho metástasis en el hígado: según los médicos dos meses con suerte, y de ese tiempo una parte importante en cuidados intensivos.*

*En esas circunstancias, ¿qué podemos esperar del futuro?*

*Nada.*

*Es por eso que hemos decidido dejar este mundo. No queremos dar trabajo a los médicos y mucho menos a ti. Tienes una vida por delante, disfrútala. Nos hubiera gustado que nos hubieras dado algún nieto, pero no ha sido así, será porque no has encontrado el hombre adecuado. Pero dejando eso aparte, de ti solo hemos recibido que satisfacciones y alegrías. ¡Si supieras con qué envidia me escucha la señora Rosa cuando le explico lo bien que estás en Estados Unidos!*

*Este dinero es todo lo que nos queda de nuestro fondo de pensión, últimamente hemos tenido muchos gastos. Acéptalo como un regalo.*

*Sé feliz, y si por casualidad tienes un momento para recordarnos, desde allí donde estemos te haremos sentir nuestro agradecimiento.*

*Tus padres.*

---

*Relee la carta. Una, dos, tres veces. Siente una opresión en el pecho. ¿Por qué no me lo dijiste? La última vez que los vio con vida.*

---

Relee la carta. Una, dos, tres veces. Siente una opresión en el pecho. ¿Por qué no me lo dijiste? La última vez que los vio con vida... ¿hace siete, ocho años?, rezumaban salud.

Se levanta en busca de su bolso, lo abre, saca el billete de vuelta y llama a aquel número de teléfono.

—Quisiera hacer una anulación —da su nombre y la identificación del vuelo. Calcula: ¿cuándo puede tardar el entierro?... con la autopsia, una semana máximo, pero quiere asegurarse—: Cambiar el billete de regreso para dentro de ocho días.

Y al poco:

—Es un vuelo *low cost*, si lo anula perderá lo que ha pagado.

—¿Cuánto me costará el nuevo billete?

—275 dólares.

Se hace el silencio. Desde el otro lado la operadora, que debe de tener alguna llamada en espera, le urge:

—¿Qué decide?, ¿quiere anularlo o no?



Nuria mira alrededor: La maleta a punto de cerrar, el álbum de fotografías, el juego de cama de su abuela, la carta de despedida de sus padres que ha dejado sobre la colcha, el fajo de dinero. Y responde:

—No, mantengo el billete.

Y cuelga.

© José Vaccaro Ruiz

---

**José Vaccaro Ruiz.** Arquitecto y abogado. Es autor de las novelas *Ángeles negros* (Atlantis, 2009), *La vía láctea* (Neverland, 2010), *La granja* (Ediciones Atlantis, 2011), *Catalonia Paradis* (Neverland, 2011), *Tablas* (Neverland, 2012), *El Invitado de Nunca Jamás* (Neverland, 2014) y *La conjura Gaudí* (Ediciones Carena). Acaba de publicar *Relatos de 4 filos* (Serial Ediciones).

## UNA CONVERSACIÓN

por Sergio Borao Llop

Kafka pareció sorprenderse un poco al verme.

—Creí que seguías vivo —dijo sin preámbulos. El tuteo le salió natural, como si ya nos conociéramos de antes, como si, en cualquier otro lugar o tiempo, tal vez posibles pero inequívocamente teñidos por un aura de irrealidad, hubiésemos sido amigos.

—Anoche, al acostarme, lo estaba —respondí sin mucha convicción—. Así lo creo, al menos. Como sabes, no es tan fácil fijar con precisión los límites entre un estado y otro.

Se quedó pensativo unos instantes. Luego sonrió levemente antes de volver a hablar:

—Probablemente estás durmiendo y esto no es más que un sueño.

—Esa me parece la explicación más lógica —concedí. Él sabía o sospechaba que no era eso: sólo trataba de ser amable, permitiéndome a la vez tener algo más de tiempo para adaptarme a mi nueva circunstancia. Pensé que ese gesto exigía de mí una respuesta un poco más extensa—. Sin embargo, tampoco me atrevería a asegurar que sea yo el que sueña. Como ambos sabemos, en este mundo gelatinoso el cálculo de probabilidades no existe y nada es más cierto que su opuesto. Acaso en realidad (si es que hay realidad) se trate de tu sueño y no del mío.

—Podría ser... Aunque no recuerdo muy bien dónde leí, o escuché, que los muertos no soñamos, luego si es sueño ha de ser por fuerza tuyo, salvo que haya un tercero en todo esto y ambos no seamos más que meras formas que su delirio ha creado por motivos que jamás nos serán revelados. Imágenes, sonidos, sombras que danzan en la imaginación de un desconocido, sin esencia propia. Simples figurantes en un teatro que nos es ajeno.

—Esa descripción se asemeja bastante a lo que llamamos vida.

—Cierto. Y no obstante...

Ambos callamos durante unos segundos. Me miró sin sonreír, esperando mis palabras. *Como si todo estuviese ya escrito desde mucho tiempo antes.* Dije:

—De cualquier modo, sea sueño o no lo sea, y en el primer caso, sea uno u otro el soñador, hay dos cosas que siempre quise decirte y éste me parece el mejor momento para hacerlo. No sé si habrá otro. Quizá, después de todo, el que está soñando sea un dios sin suerte, un dios anónimo que ve llegar su hora postrera y que, como un último acto generoso, a modo de despedida, ha querido concederme este instante y estas palabras.

—Habla pues. Te escucho.

—Lo primero que he de decir es que yo, que te he leído, sé cuál fue realmente el motivo por el que ordenaste quemar tus textos. Mucho se ha escrito sobre ello, pero creo que nadie hasta ahora ha mencionado lo esencial. Puesto que ambos sabemos de qué estoy hablando y no hay aquí nadie más a quien pudiera interesar éste, nuestro pequeño secreto, me parece innecesario dedicarle una palabra más. —Hice una breve pausa, quizá algo teatral, para observar la reacción de mi interlocutor. Kafka enrojeció levemente. Después se encogió de hombros y, adoptando una pose un tanto patriarcal, dijo:

—No hay escritor que no crea saberlo. Incluso la mayoría de los lectores silenciosos. Cada uno tiene su opinión, todas igualmente respetables. Alguna de ellas, sin duda, se acercará más o menos a la verdad, lo cual tampoco importa; si lo miramos bien, verdad y mentira pueden ser sinónimos, sólo la

---

*Hice una breve  
pausa, quizá algo  
teatral, para obser-  
var la reacción de  
mi interlocutor.  
Kafka enrojeció  
levemente.*

---

perspectiva del que contempla o escucha o lee cambia. Pero siento curiosidad: ¿Qué es lo otro que deseas decirme?

—Lo segundo es que, gracias a tus obras no quemadas, pude finalmente hacer caso al impulso que desde niño me había estado empujando a escribir. No es probable que alguna vez sepamos si esto fue algo positivo para mí o, por el contrario, una más de las causas de mi desgracia, pero en uno u otro caso, así sucedió, y por ello, ahora que tengo la oportunidad de hacerlo, te doy las gracias.

—Agradécele a Max. Como ya sabes, yo había condenado a la hoguera hasta la última línea. Pero no comprendo del todo bien el motivo de tu agradecimiento. Por un lado, me parece que escribir no es algo que te haga demasiado feliz; por otro, tú mismo acabas de decir que acaso el hecho de haber-te decidido a emprender ese camino pueda estar ligado a tu propia desdicha.

—Tienes razón. Escribir no es algo que me cause una especial satisfacción. Si bien tampoco puede decirse que me resulte detestable, en ocasiones llega a molestarme un poco tener que hacerlo. Tú sabes a qué me refiero. Me alegra poder hablar de todo esto contigo, porque a casi todo el mundo le resulta extraña, incluso incoherente, la idea de que un escritor pueda no disfrutar con lo que hace. Para la mayoría, esto debería ser una especie de juego o distracción.

—Es comprensible. Sin duda, ellos no han padecido las pesadillas, la obsesión por transformar lo indefinible en términos concretos, el irrefrenable impulso de completar aquello que, aunque no lo sepamos, es, en esencia, incompleto...

Durante un larguísimo instante escuché. Ni el más leve sonido perturbaba nuestra charla. Luego respondí:

—Y, sin embargo, aunque intuyamos que hay vacíos que no se pueden llenar, no queda otra opción que seguir en el empeño.

Y, sin embargo,  
aunque intuyamos  
que hay vacíos que  
no se pueden lle-  
nar, no queda otra  
opción que seguir  
en el empeño.

—El camino en sí será suficiente... Creo que tú mismo dijiste eso o algo parecido alguna vez, en un poema.

—Es posible. Ya no me acuerdo. —Hice un gesto vago con la mano abierta—. Palabras escritas, reflejo de palabras leídas u oídas, reflejo al cabo. No tiene importancia... Pero me alegra que lo hayas leído.

—En realidad ya no recuerdo si lo leí yo mismo o alguien me habló de él. Como puedes imaginar, aquí todo resulta un poco confuso. En especial, los nombres. De hecho, no conozco el tuyo. —Hizo un leve gesto

de impaciencia—. Pero no hace falta que te molestes en pronunciarlo; lo olvidaría en pocos segundos. Importan las obras, los nombres son tan sólo una más de las muchas máscaras que solemos usar en nuestro deambular por el mundo. Aquí carecen de importancia.

—El tuyo, no obstante, ha perdurado. Incluso ha dado para acuñar un término —*kafkiano*— que mucha gente utiliza sin el menor reparo —y en muchos casos de forma arbitraria— aun desconociendo por completo tu obra.

—Mero accidente. Reflejo de la superficialidad que gobierna las cosas del mundo de los vivos. Más acentuada en tu época que en la mía, según he podido escuchar por ahí.

—Creo que así es. El culto a la apariencia nos ha llevado a valorar la forma y olvidarnos casi por completo de lo importante. Somos, en esencia, lo que aparentamos ser. Lo demás es abstracción, algo que no goza de la simpatía general.

Después de un corto silencio, Kafka preguntó:

—¿Cuál sería entonces la razón que te impulsa a escribir *contra viento y arena*, según tu propio testimonio?

Uno nunca está preparado para una pregunta como ésta, pero por alguna razón, no me incomodó. La respuesta surgió de forma natural, sin siquiera pensar lo que estaba diciendo.

—No es fácil saberlo con certeza. Yo mismo me lo he preguntado muchas veces y no me atrevo a

afirmar que conozca la respuesta. Podría inventar algunas explicaciones más o menos verosímiles, pero ninguna de ellas sería del todo cierta; como mucho servirían, quizá, para mitigar la incomodidad de algunos lectores y disimular vagamente la impenetrable verdad. Sólo puedo decir que, mientras escribo, hay momentos en que estoy fuera del tiempo. Mientras eso dura, presiento que soy inmortal, invulnerable. Aunque entonces se viniese todo abajo, el verso que acabo de terminar es único y es mío, y yo suyo. Sólo por un instante, algo trasciende, va más allá del mero devenir inconsistente de esta parodia que habito o que me habita; por un instante, o una mera fracción del mismo, hay un *resplandor*. El mundo, durante esa millonésima de segundo, parece tener un sentido. Ahora mismo...

—¿Ahora? ¿Estás, pues, escribiendo en este momento?

—En este sueño, si sueño es, escribo que tiene lugar esta conversación. Tal vez en otro seas tú quien dialoga con el fantasma de un oscuro autor no nacido. Si hay alguien más, tal vez sea ese alguien quien finalmente cuente que tú y yo, en un tiempo inconcebible, brindamos en algún lóbrego bar de una ciudad que ninguno de los dos conoció en vida.

—Sea como dices, pero ahora ¡despierta! Está amaneciendo.

© Sergio Borao Llop

---

**Sergio Borao Llop.** Narrador y poeta. Nacido en Mallén (Zaragoza, España) en 1960. Miembro de Poetas del Mundo, del directorio REMES, del movimiento internacional Los Puños de la Paloma y del Club de Cronopios. Colaborador habitual o esporádico en varias revistas y boletines electrónicos (Inventiva social, Narrativas, IslaNegra, Gaceta Virtual, Con voz propia...). Presente en diversas webs de contenido literario (Letralia, EOM, Almiar Margen Cero, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes...) así como en algunos programas radiofónicos. Fue finalista en los certámenes de poesía y relatos Ciudad de Zaragoza (1990) y durante un tiempo administró el blog *Al\_Andar*, homenaje a las voces clásicas y muestra de algunas de las voces de hoy. Actualmente se le puede seguir en el blog *DESIERTOS QUE HABITÉ*, *OASIS QUE ENTREVÍ* (<http://sergioborao2011.blogspot.com/>) y también en Facebook: <http://www.facebook.com/Sergio.Borao.Llop>.

## MINIFICIONES

por Karla Barajas

### MIEMBRO FANTASMA

Desde que perdió a su brazo derecho en un accidente, el mecánico siente movimientos dolorosos en ese lado de su cuerpo.

Consultó a sacerdotes y curanderas, no quitaron sus malestares; la sensación de que le aprietan y retuercen el brazo hasta hacerlo confesar:

—¡Antonio, fue un accidente! No quería matarte, hice lo que pude, pero el auto te arrolló porque no tenía frenos. Eras mi brazo derecho, mi mejor amigo, ¿cómo crees que te iba a pasar encima adrede?

El dolor del hombre cesa, pero Antonio, el miembro fantasma, regresa de vez en cuando para torturarlo.

\* \* \*

### LA PEOR BATALLA

*Enfrenté las peores amenazas y vencí; dos guerras, el hambre,* pensó el refugiado mientras en el puesto de la carnicería cortaban los filetes de res, la sangre de la carne exhibida en una mesa y colgada con ganchos escurría por el suelo.

—¡Regálame cinco pesos, no he comido! —decía un niño descalzo que se paró en un charco de agua y sangre jalando el pantalón del adulto con una mano y con la otra extendida pedía dinero—. Tengo hambre.

*Vencí adversidades* se repetía, en la mente, para convencerse que la más grande amenaza no es aquella evocada por la memoria. No era cierto. La pobreza del niño, su bajo peso, quizás la sangre mezclada con la tierra en sus pies le recordaron a su patria.

Corrió por el pasillo en busca de una salida, resbaló con el agua y quedó boca arriba en el piso, recordado a su país en guerra, aquel lugar donde comió el cadáver de un niño para sobrevivir.

El niño descalzo le extendió la mano para que el hombre en el suelo se pusiera de pie, no para pedir dinero. El refugiado se paró, le dio dinero al niño para recoger los tres kilos de carne que encargó al carnicero y caminó. El hombre con la camisa mojada por el agua sucia se fue tranquilamente, porque el dolor se hizo menos al pensar que ese día el niño y su familia no tendrían hambre.

© Karla Barajas

---

**Karla Barajas.** Publicó *Valentina y su amigo pegacuandopuedes* y *La noche de los muertitos malvivientes* (Editorial Imaginoteca, 2016), así como *Neurosis de los bichos* (Colección Minitauro, La Tinta del Silencio, 2017), *Esta es mi naturaleza* (Editorial Surdavoz, 2018).

## ASTRACANADA CON ESVÁSTICAS

por Lisardo Suárez

*Mira dos veces para ver lo justo. No mires  
más que una vez para ver lo bello.*

Henry F. Amiel

Al terminar, me levanto y busco cigarrillos en la chaqueta. Enciendo dos antes de volver a la cama; le paso uno a Sepp, que permanece tumbado. Me acomodo junto a él, con la cadera cerca de su hombro.

—¿Te ocurre algo?

Desde que llegó, apenas ha hablado. Los hombres en silencio son muy atractivos porque me permiten suponer sus pensamientos a mi antojo. Eso me gusta, igual que la masculinidad casi brutal que hace bello cualquier rasgo tosco. Tarda unos segundos en responder:

—Me preocupa mi jefe.

Procuro que mi rostro disimule la decepción ante esa falta de confidencias sentimentales. Disfruto el sexo vigoroso, sí, pero también me gusta sentir que se enamoran, aunque sea un poco. Doy una calada al cigarrillo mientras se incorpora hasta que la parte inferior de sus hombros, anchos y fuertes, queda apoyada contra las almohadas.

—Lo noto más pálido que de costumbre. También la esposa está preocupada. Cuando fuimos a su casa el otro día, ella dejó el salón para comentarlo conmigo en la cocina: «Está agotado. Por favor, cuídelo mucho».

Me limito a asentir con una expresión que evita cualquier compromiso por mi parte. De la posibilidad de algún brote de cariño pasamos a la realidad del estado anímico del mismísimo *Reichführer-SS* Himmler. Fantástico.

—Qué abnegada la señora Margarete. Apenas se ven porque el trabajo de su marido es demasiado importante para todos nosotros y siempre está ocupado; ni tiene tiempo para jugar con sus hijos. Somos afortunados de que alguien así cuide del futuro de Alemania.

Por mi parte, pienso en la suerte de que un pecho tan poderoso como el de Sepp frote mi espalda cuando hacemos el amor; pero él está empeñado en sacarme de la sensualidad de mis pensamientos.

—Paga un precio personal muy alto. Incluso su salud se resiente y muchas veces está exhausto. La primera vez que lo vi desfallecer fue en Madrid; sufrió un vahído mientras asistíamos a una corrida de toros. Creo que la lluvia de esa tarde le causó fiebre.

Mientras paso la mano por su bíceps izquierdo, enorme y con una vena tan gruesa como sugerente, recuerdo las miradas tan intensas de los toreros que he visto en fotos. Sepp impide que me sumerja más en esos ojos varoniles de mi imaginación porque sigue hablando.

—El calor le jugó una mala pasada en Minsk. Cuando supervisaba de cerca unas ejecuciones, a pleno sol de agosto, se mareó y casi termina caído en la fosa común. Mientras se recuperaba, apro-

---

*Mientras paso la mano por su bíceps izquierdo, enorme y con una vena tan gruesa como sugerente, recuerdo las miradas tan intensas de los toreros que he visto en fotos.*

---

veché para limpiar los restos que habían salpicado su uniforme.

Sus abdominales, esculpidos en granito, me salvan de reflexionar sobre esa imagen. Cada vez que mi dedo cae entre los relieves para volver a subir, noto una presión agradable en el estómago y más abajo.

—Siempre volcado en su labor. Que si el gas del combustible diésel es más efectivo, que si hay que hacer un consejo de guerra antes de cualquier *Aktion* contra partisanos, que si un banquete después de los tratamientos especiales. Lo primero es el trabajo; una vez acertó su masaje semanal de espalda para firmar la orden de unas ejecuciones.

Ignoro casi todas las palabras que pronuncia excepto lo del masaje. Me fijo en sus manos grandes, de uñas sin manicura pero limpias, con dedos largos y recios. La presión desciende un poco más mientras apago el cigarrillo.

—Por mucha responsabilidad que tenga, es minucioso con los detalles. Cuando analizaron la mejor manera de ahorrar sufrimientos a los pacientes del psiquiátrico de Novinki, él sopesó todas las opciones antes de autorizar la dinamita.

»O lo de aquel muchacho ante el pelotón. Mira que le preguntó si alguno de sus antepasados no era judío; y el chiquillo, erre que erre. ¡Pues claro que fue imposible ayudarlo!

---

*Al escuchar la palabra pienso en la circuncisión. He visto varias y creo que son elegantes, como las prendas de cuello vuelto de los marineros.*

---

Al escuchar la palabra pienso en la circuncisión. He visto varias y creo que son elegantes, como las prendas de cuello vuelto de los marineros. Pero la capucha de Sepp me gusta: tiene algo de verdugo; es excitante.

—Hace poco fuimos a casa de su secretaria personal, la señorita Potthast. ¿Puedes creer que, además de firmar toda la documentación pendiente, tuvo tiempo para jugar con sus dos niños?

»Esta misma noche, antes de venir a verte, le pregunté si necesitaba algo más. Miraba las estrellas con una expresión muy concentrada. Seguro que tenía mil asuntos sobre los que reflexionar, pero ¿piensas

que me despidió con un gesto? Nada de eso. Sonrió con calidez y dijo: «Puede usted retirarse, gracias».

Yo también siento calidez y también quiero jugar. Tanteo sus muslos, repletos con una musculatura que me impide abarcar siquiera uno de sus lados con ambas manos.

—Pero cada vez se le nota más agotado. Durante una ejecución, ocurrió otro desvanecimiento. El frío de diciembre es muy traicionero. Por suerte estaba sentado, terminó con la cabeza entre las rodillas y sus gafas chocaron contra el suelo; menos mal que no se rompieron.

»Ahora le han encargado comandar unidades militares y, además, dirige el Ejército de Reserva. Está más tenso, las ojeras crecen día a día. ¿Creen que ese hombre es inagotable?

Parece preocupado de verdad. Me apetecen hechos y no palabras, maldita sea, pero él quiere que lo escuche.

—Nos presionan en dos frentes. ¡Ahora es cuando Alemania más lo necesita!

Mientras acerco mi exploración a su entrepierna, bromeo con que Himmler debería tomar vitaminas. Sepp se enfada. Resulta sorprendente lo rápido que es capaz de moverse con su gran envergadura: me tira al suelo de un puñetazo.

—¡Déjate de chistes, Karl! ¡Muestra respeto por él! ¡Muestra respeto por Alemania!

Quedo frente a él, medio de rodillas, medio sentado. A la altura de mi cara dolorida, su pene; muy cerca. Pienso en Alemania. Ignoro qué piensa Sepp, pero tiene una erección que, por alguna causa que no entiendo, encaja muy bien con la furia en su rostro. Empuja y gira mi cuerpo hasta aplastarlo bocabajo. Me penetra. Siguen sus gritos. Me hace daño.

—¡Muestra respeto, Karl! ¡Muestra respeto!  
Me siento Alemania.

© Lisardo Suárez

---

**Lisardo Suárez** (Gijón, 1970) se amparaba antes en la discreción de los seudónimos para escribir, aunque ahora firma casi siempre con su verdadero nombre como en esta ocasión. Más de cincuenta de sus trabajos de narrativa breve han sido seleccionados en distintos concursos, convocatorias, antologías y revistas.



## BIG DATA

por José Luis Díaz Marcos

### 1

Sonó el timbre.

—¡Voy! —clamó Luisa avanzando por el pasillo.

—Buenos días. Su paquete —ofreció un mensajero en la puerta.

—¿Mi paquete? Lo siento, pero se equivoca: hace como dos semanas que no pido nada.

—Lo sé. No ha pedido nada desde hace exactamente... doce días —concluyó tras consultar su dispositivo electrónico—. Aun así, doña Luisa, este es su paquete: lo *pedirá* hoy mismo.

—Disculpe, pero no entiendo.

—No se preocupe: últimamente, créame, es lo habitual. Se trata de un pequeño milagro tecnológico: gracias a la información que las empresas tienen de nosotros, a eso que llaman *big data* o macrodatos, sus almacenes son capaces de *predecir* el contenido y el momento de nuestras compras. Y, hoy, aunque *todavía* lo ignore, usted *comprará*. Créame, doña Luisa.

—Eso es absurdo, con perdón.

—Y sin perdón, como Clint Eastwood<sup>1</sup>, si me permite la broma. Ya sé que suena a disparate, pero es cierto: Internet ya casi, o sin casi, nos conoce mejor que nosotros mismos. ¿Le gusta el cine? Hoy, el comercio ya opera como la policía en esa película en la que Tom Cruise detiene a los malos *antes* de infringir la ley<sup>2</sup>: nos venden cosas, ¡y las compramos!, *antes* de quererlas.

—Si usted lo dice... Gracias, pero no me interesa *mi* paquete. Buenos días.

—Tenga —propuso el correo—. Es una copia del albarán: contiene las referencias necesarias para el *seguro* reenvío. Previo pago de una penalización, me temo.

Luisa aceptó el papel antes de cerrar.

### 2

«¿Habla en serio?!», dudó Luisa sentada ante ambos escritorios, el físico de su cuarto y el virtual de su ordenador. «¿De verdad pueden saber, *antes* que yo misma, qué y cuándo voy a querer comprar?! ¡¿Tan predecibles somos?! No me lo creo. ¡Eso no lo anticipa ni el guaperas del Cruise con bola de cristal incluida!»

Abrió su tienda *online* predilecta. Como bien le había recordado el chico, llevaba exactamente doce días, «¡Doce!», sin adquirir ninguno de los ya numerosos «amores» que integraban su lista de favoritos. Y tal abstinencia compradora no se debía, precisamente, al desinterés, sino a la peor de las desgracias que puede sufrir una *fashion victim*: los números rojos. «¡Hasta el siguiente sueldo, ni unos calcetines!», lamentó.

Decidió consolarse, «¡Pues eso!», con la búsqueda y el almacenamiento virtual de aquellas novedades que, en un futuro no demasiado remoto, «¡Ojalá!», pudiera lucir. No obstante, Luisa sabía que la suya era, casi siempre, una batalla perdida de antemano: «Son tantas cosas, ¡y tan caras!, las que me gustan, que la gran mayoría no las vestiré en la vida. Y las otras, poquísimas, ya estarán demodé cuando pueda pagarlas».

---

<sup>1</sup> *Sin perdón*. Clint Eastwood. 1992.

<sup>2</sup> *Minority Report*. Steven Spielberg. 2002.

Vestidos, zapatos, complementos... «¡Ay! ¡Es todo tan... chulísimo! ¡¿Por qué no nací rica?!».

Y, de pronto, aparición soñada, lo vio en la galería de imágenes: el abrigo enfundado por todas, «Y todas son... ¡Todas!», las *celebrities* de Hollywood, la prenda también de sus sueños. Si, como el tipo aquel, Fausto, tenía que vender su alma para conseguirlo, ella la vendería. «¡O la regalo, si es menester!». Miró la ficha:

—*Talla*: «¡¿Cuándo entenderán los diseñadores que las mujeres tenemos curvas?! ¡No importa: me pongo a dieta!».

—*Precio*: «¡¿QUÉ?! ¡¿Lo cosen con hilo de oro?!».

—*Unidades disponibles*: «¡¡DOS!! ¡¡SOLO... DOS!!».

A Luisa dejó de importarle su lista de favoritos, «¡Y de cualquier otra cosa en el planeta Tierra! ¡Es él y solo él! ¡Tiene que ser mío! Pero la gran pregunta, la dichosa preguntita, es... ¡¿Cómo?! ¡El saldo de mi cuenta no compraría ni la etiqueta!».

Desesperada, barajó diversas opciones. Incluidas algunas legales. «Sí, mejor estas: el naranja Guantánamo no va con mi cutis», decidió. «A ver... En el mundo moderno, ¿cuál suele ser el mejor recurso de una mujer hecha y derecha para solucionar sus problemas?». La respuesta surgió cristalina y deprimente como ella sola: «¡¡MAMÁ!!».

No tenía mucho tiempo. De hecho, no tenía *ningún* tiempo: «¡Ahora mismo, con un simple clic, cualquiera... y yo, pobrecita de mí, no podría hacer nada para impedirlo!». Cogió el teléfono:

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ!

—¡¿Qué pasa, hija?! ¡¿Un incendio?! ¡Ay, no me digas que estás en un incendio! ¡¿Aviso a los bomberos?!

—¡¡No!! ¡Qué manía la tuya de incendiarlo todo! No tengo tiempo para explicaciones. ¡Escucha: necesito *ya* el número de tu tarjeta de crédito!

—¡Acabáramos con la urgencia! ¡Y aún te extraña que todo lo tuyo me huela a chamusquina! ¡¿Cuánto es esta vez?

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

—¡Será luego si sobrevivo al susto del palo, porque ni su importe quieres decirme!

—¡MAMÁ!

—¡Está bien, aunque esté muy mal: apunta, que ya hablaremos! ¡Vaya si hablaremos!

«¡Están todos!», se dijo Luisa con la cifra ya anotada. «¡Espero, ay, que no se haya equivocado con el cabreo... ni yo con los nervios!». Volvió a la pantalla:

—*Unidades disponibles*: «¡¡DOS!! ¡¡SIGUEN QUEDANDO DOS!!».

Rellenó el formulario con manos temblorosas y...

*Su pedido se ha tramitado correctamente.*

—¡¡YA ES MÍO!!

Eufórica, reparó en el albarán, caído a sus pies. Lo recuperó, curiosa. «No... no me lo puedo creer... ¡Todo coincide!», comprobó. «Y todo es... ¡Todo! Artículo, modelo, talla, precio... ¡Hasta... hasta la hora del pedido!».

### 3

—¡¿Qué?! ¡¿Tenía o no tenía yo razón?!

—Sí... Increíble, pero... cierto, sí.

—Como dijo alguien, el futuro es ayer: lo que hasta hace un tiempo solo existía en el cine, hoy es

verdad verdadera. Bueno, recargo mediante —recondujo el mensajero—, este es, *otra vez*, su paquete.

En el formulario *online*, el avisado sobrepeso se había añadido de manera automática, «¡No se les olvidará, no!», al sangrante *TOTAL*. «¡Pero lo vale, qué demonios! Espero que mi santa y su tarjeta puedan llegar a entenderme. Al menos, y también como en el cine, quizá en un futuro *sí* muy lejano...».

—¡Gracias! No se imagina qué ilusión...

—Lo supongo. Pero ya le *anticipo*, y no es que quiera meterme donde no me llaman, que no le va a quedar bien.

—¡¿Y usted... qué sabe?! ¡¿Será posible?!

—Lo sé. Créame. Y no se enfade: tiene su explicación. ¿La recuerda? El *big data*.

—¿C, ¿cómo...?

—Según *su* historial de compras —buscó la terminal electrónica—, en el 98% de *sus* pedidos, ¡el 98%! doña Luisa, equivoca, *siempre a la baja*, la medida de las prendas. Usted sabrá por qué, eso no lo pone. Pero la estadística, según veo, sí dice que este envío sigue la misma tónica.

»Y, esta misma tarde, como hizo ayer mismo, entrará en la web de la tienda para corregir este nuevo error.

Luisa lo miraba de hito en hito, muda.

—Se ha quedado de piedra, ¿verdad? Suele ocurrir. Pero no se preocupe: tengo la corrección abajo en la furgoneta. ¿Confía, no ya en mí, sino en el *big data* y se la subo, o prefiere que vuelva también mañana con, ya sabe, un segundo recargo?

—P, pues... ya que... ya que estamos...

—Lógico, doña Luisa. De todas formas, y para formalizar el pedido, recuerde que deberá cumplir igualmente con el formulario *online*.

Ella asintió.

—¡Ok! No se retire: enseguida vuelvo.

© José Luis Díaz Marcos

## CHAQUETAS ROJAS

por Jerónimo García Tomás

Así que nada más veo salir al viejo de detrás los arbustos con la pistola en la mano lo tengo claro.

Igual cuesta de creer, pero enseguida los conecto, a la tía y a él. Quiero decir... Ya era bastante raro, ¿no? Y no es que no me hubiese parecido sospechoso y todo eso. Que una tía tan buena, que podía llevarse a cualquiera, se me viniera a mí y me diera palique y se me pusiera todo lo tonta que se pueden poner y al final, y daba igual lo borracha que fuese, me dijera:

—Oye, has dicho que tienes la moto fuera, ¿no? Porque sé de un sitio...

Lo de saber de un sitio también se las trae, pensándolo luego, porque en medio de una jodida pinada, de no sé cuántos kilómetros cuadrados, ¿qué más dará un rincón que otro? Pero ella sabe de un sitio.

Vista desde fuera, la cosa olerá mal, vale. Pero hasta oliéndolo, notando la mosca detrás de la oreja y todo eso, ¿quién coño no se va detrás de esos shorts negros? ¿Eh?

Así que tengo los pantalones bajados, me los ha bajado ella, y se me está empezando a poner tan dura como la tenía en el *Actioner* antes de salir, cuando oigo el ruido de los arbustos y levanto la cabeza y veo el brillo del cañón y la figura negra del tío detrás con el chubasquero y me digo, ya está. Tampoco es que les valga mucho la pena. En realidad, no hubiese tenido ni para pagar una puta. Porque eso sí se me había pasado por la cabeza, que la tía fuera una puta. Así qué, si eso es de lo que va la cosa, va a ser que se han pegado un buen curro para nada. Pero estoy casi a punto de recuperar el habla y de decir que se pueden llevar la moto, si quieren, cuando el tío se me planta cerca, yo aún arrodillado en el suelo, con los putos pantalones por las pantorrillas, y suelta:

—¿Quién es este?

Entonces nadie se atreve ni a toser. Yo creo que él está esperando a que la tía conteste, y como no lo hace repite la pregunta y ella dice que cómo que quién es y entonces él sale con algo que me deja más clavado todavía.

—Este no es Remo.

Remo. Así que de eso va todo. No soy Remo.

Pero por mucho que no sea Remo, el tío no deja de apuntarme con el revólver y yo ya no dejo de temblar. Parezco un jodido martillo pilón, a punto de abrir un agujero en el suelo. La tía lo cuenta todo. Ha llegado al *Actioner* y ha preguntado por Remo a una camarera y esta la ha mandado a la barra del fondo. Cuando ella ha dicho que no lo conocía, que tenía que hablar con él para pasarle un mensaje de otra chica, la camarera le ha dicho más o menos cómo es Remo, que tiene el pelo negro rapado a los lados y engominado hacia atrás y que lleva una chaqueta roja con franjas blancas en las mangas.

Así que yo no tengo que oír más para saber lo que ha pasado. Porque justo yo me había acercado a la barra del fondo para hablar con Remo, pero al poco él había dicho que tenía que irse a pasar no sé qué, y justo entonces, dos minutos o así después, la chica había ido a por el único tío que llevaba el pelo y la cazadora como le habían dicho. O sea, yo.

—Pero ¿cómo te has podido confundir?

Al viejo le ha cambiado la voz y ahora se le nota lo viejo que es, de verdad está jodido por lo de que yo no sea Remo.

—¿Cómo has traído a otro, si te han dicho quién era y...?

---

*Vista desde fuera, la cosa olerá mal, vale. Pero hasta oliéndolo, notando la mosca detrás de la oreja y todo eso, ¿quién coño no se va detrás de esos shorts negros? ¿Eh?*

---

Y entonces es cuando voy y la cago.

Enseguida me doy cuenta, pero... Supongo que hay veces en que no me puedo callar la boca. Porque ¿qué puta necesidad tenía de decirlo? Pero lo digo:

—Remo y yo nos parecemos.

Y el viejo se me queda mirando. Y tampoco sé cómo sé que me está mirando, porque en ese claro rodeado de pinos y matorrales casi no veo más que su puta silueta envuelta en el chubasquero, pero lo sé. Y no sé quién tiembla más en ese momento, si la pistola o yo.

Así que el tío, después de un rato, suelta:

—Lo conoces.

Y yo veo que si la cosa podría haber acabado bien, eso se acaba de joder.

—No, no, no... —me pongo a balbucear como un subnormal. Como si tuviera remedio.

Pero él ya sabe que lo conozco y mira a la chica, que se ha vuelto a poner la cazadora de cuero y se agarra los brazos como si tuviera frío, y dice que lo conozco y que ahora qué van a hacer. Ella habla entonces: puede volver al *Actioner*, encontrar a Remo, el de verdad. Dice que esta vez seguro que no se equivoca. Pero el viejo le repite:

—Este lo conoce.

Y la chica no le contesta, pero por su silencio se nota que entiende.

—Si dejamos ir a este —dice el viejo—, ya no habrá forma de traer al otro.

Yo le juro que no diré nada. Se lo juro por todos mis muertos. Pero él no parece ni enterarse de que estoy hablando.

---

*Pero el revólver tiembla porque seguro que nunca ha matado a nadie y, por muchas ganas que le tenga a Remo, yo no soy Remo. Pero me tiene que matar.*

---

Así que la chica va y sale con que no hay razón para matarme.

—Una cosa es que se haga justicia por lo de tu hija. Otra, matar a un inocente. Yo no te puedo ayudar a eso.

Pero él contesta que tan inocente no puedo ser, si soy amigo suyo. Y yo me pongo a chillar, porque ahora ya me chorrean lágrimas por las mejillas y las palabras me salen así, y no podría hacer nada para mantener mi dignidad, aunque me importara una mierda mantenerla. Y chillo que no soy amigo de Remo, que solo lo conozco de vista y que no sé nada de sus historias.

Eso sí que está claro que lo ha oído, porque mueve el revólver y me da con el cañón en la cabeza.

—A mí no me engañas, cabrón. ¿Crees que no sé lo que eres? Eres igual que él. Sabes lo de mi hija, ¿verdad? Se llamaba Carla, por si se te ha olvidado. Porque no sé a cuántas habrá hecho lo mismo, ese hijo de puta. Con tu ayuda, a lo mejor.

Yo digo que nunca he ayudado a Remo a hacer nada, y él entonces me pregunta que si acaso sé quién era su hija, quién era Carla, y yo tengo que decir que sí, porque me da que si digo que no aún se va a cabrear más, y él va y suelta:

—Entonces sabes lo que ese desgraciado le hizo y te da igual. Sigues yendo con él y llamándole tu amigo. Y si ahora te mato para que no vayas a advertirle, no estoy haciendo nada malo, porque de ninguna manera estoy matando a un hombre inocente.

Y mientras, el revólver ha empezado a temblar más.

Así que me va a disparar y ya está. Pero el revólver tiembla porque seguro que nunca ha matado a nadie y, por muchas ganas que le tenga a Remo, yo no soy Remo. Pero me tiene que matar. Y por mucho que yo lloriqueo y tenga la pinta patética que seguro que tengo, con el pantalón desabrochado y todo eso, y que la tía que me ha llevado hasta allí siga pidiéndole que no lo haga y prometién-

dole que irá enseguida al *Actioner* a sacar al auténtico Remo de allí antes de que yo pueda avisarle, él me va a matar igual.

—Aunque no le consiga avisar, nos ha visto. A ti mejor que a mí. Y sabe quién soy.

—Sabe quién eres porque se lo has dicho.

—Ahora ya es tarde.

Así que me va a matar.

Esa mierda de revólver tembloroso va a escupir una bala y da igual que yo aparte la cara y me tape la cabeza y siga jurando por lo más sagrado que nunca diré nada a nadie.

Pero entonces oigo algo y tengo que mirar y resulta que la chica se ha tirado contra el viejo y le ha bajado el brazo. El revólver hace un ruido de cojones y la bala levanta tierra cerca de mi pie y eso me hace pegar un brinco. Y caigo a un lado y me meto a toda hostia entre los arbustos y corro como no he corrido en mi vida. Dos disparos más suenan detrás de mí. Del tronco de un pino saltan cachos de corteza. Uno casi se me mete en el ojo.

Pero sigo para adelante y ya no se oye ningún otro disparo. He corrido ya un huevo cuando me veo que la he vuelto a cagar. En lugar de ir a donde tengo la moto, he ido para el otro lado. O creo que para el otro lado, porque en realidad no tengo ni puta idea de dónde estoy. Y volver atrás a por mi moto es algo que no puedo hacer ni de coña, ¿no? Así que no me quedan más huevos que encontrar la carretera y echar a andar hacia el *Actioner*. Y mientras voy por entre los árboles y los putos arbustos, que se me enganchan a las mangas de la chaqueta y me arañan las manos, buscando el ruido del tráfico, que se oye lejos pero bastante claro en el silencio de la noche, empiezo a darme cuenta de otra cosa. Y es que ellos van a ver que no he cogido la moto y que voy a tardar la tira. Y van a ver también que el móvil se me ha salido del bolsillo cuando tenía los pantalones bajados. Así que no tengo manera de avisar a Remo. Y seguro que sabiendo eso lo van a intentar otra vez, van a volver a probar su numerito y ahora les va a salir bien, porque la chica de los shorts negros y la chupa de cuero no se va a equivocar dos veces.

Así que, mierda, si quiero salvar a Remo, tengo que ponerme las pilas. Y mientras me doy aire, empiezo a acordarme de la tía aquella, la hija del viejo. Remo casi va a la cárcel por aquello. Como si hubiese sido culpa suya que la tía llevase un cargamento de pastillas y farlopa en las venas. Ya era de las que se veía que iba a acabar jodida sí o sí. Le tocó a Remo igual que le podía haber tocado a otro. Y al fin y al cabo, él tenía más papeletas que ninguno, porque era a él al que la tía no paraba de dar el coñazo, para sacarle droga por la jeta y eso. Porque, como él dice, que una tía se te lleve de vez en cuando al baño y te afile la broca por unos gramos está bien, pero que empiece a buscarte todas las noches, y hasta varias veces la misma noche, al final tan colocada que no sabe ni dónde se la tiene que meter, como si fueras una máquina expendedora estropeada que lo regalase todo, al final se convierte en un coñazo, y es mejor apartarse de esa tía antes de que te complique la vida. Pero una cosa es saberlo y otra es hacerlo, y con esa el pardillo acabó siendo él. Y ¿quién coño le puede echar las culpas a nadie por darle a una tía lo que está pidiendo a todas horas?

---

*Dicen que estaba inconsciente cuando se la folló la última vez, que ya se estaba muriendo y que cualquiera, eso dicen, habría visto que la tenían que llevar al hospital cagando hostias.*

---

Dicen que estaba inconsciente cuando se la folló la última vez, que ya se estaba muriendo y que cualquiera, eso dicen, habría visto que la tenían que llevar al hospital cagando hostias. Pero con una tía así, ¿quién coño nota la diferencia, si cualquier otra noche también acaba pareciendo un puto cadáver?

Así que encuentro la carretera enseguida. Y ahora sí que me tocaría correr de verdad, ir echando el hígado para llegar antes de que la chica de los shorts negros le tire a Remo y lo líe. Y no es que no sepa que Remo no es tonto y eso, y que no se deja liar así de fácil si ve que algo huele mal. No es como yo. Pero de algunas tías es difícil pasar, hasta cuando algo huele mal. Y de todas formas, con Remo es normal. Quiero decir que las tías le entran. Unas veces para sacarse un gramo por la jeta, y

otras veces porque es Remo. Y entonces dos faros vienen hacia mí y pienso, joder, tengo que hacer que ese capullo pare y me lleve como sea. Y ya estoy plantado en mitad del carril moviendo los brazos como un histérico cuando se me pasa por la cabeza que ¿y si los del coche son ellos? Sí que haré bien el gilipollas como me vuelvan a trincar por no haberlo pensado antes. Pero el coche pega un frenazo, chirriando y derrapando en el asfalto, y veo que hay tres tíos y cuando me acerco va y resulta que son el Rivas y sus colegas. Justo venían de otra discoteca y ahora mismo iban para el *Actioner*. Así que digo de puta madre y me monto detrás y el coche arranca y yo tengo que reírles las gracias y hacer como que me lo estoy pasando de puta madre y largarles el cuento de que me había ido allí a la pinada con una tía que me ha dejado tirado después de echar un polvo y partirme el culo cuando ellos se despelotan de mi historia. Hasta tengo que callarme la puta boca cuando a uno, jodido eunuco inflado de pastillas, se le ocurre hacerse el gracioso y decir:

—Coño con el Lino, siempre el mismo pringao.

Porque ni de coña voy a contarles la verdad ni a decirles que tengo que avisar a Remo porque quiero ser yo quien avise a Remo. Después de lo que he pasado, de no haber follado con la tía de los shorts negros y haber estado a punto de diñarla y toda esa mierda, ni de coña voy a dejar que sea otro gilipollas el que se cuelgue la medalla.

Así que nada más llegar digo que me estoy meando encima y salgo pitando del coche y corro como si me ardieran los pies. El *Actioner* está más lleno que antes. La pista está apretadísima de peña fro-tándose y saltando y haciendo el subnormal, y me toca atravesar todo ese campo de capullos para llegar hasta el fondo. Remo no está en la barra. Pero, como siempre, el rincón del final, el más oscuro y apartado del *Actioner*, está reservado a él y a sus colegas. No es que esté reservado «reservado», pero todo el mundo allí sabe que ese sitio es para Remo y el que no lo sabe se entera enseguida, y pobre si no se quiere enterar.

---

*Porque ni de coña voy a contarles la verdad ni a decirles que tengo que avisar a Remo porque quiero ser yo quien avise a Remo.*

---

Así que voy hasta allí, cruzándome con dos pavas que vuelven a la pista cerrando sus monederos y riendo como retrasadas mentales, y paso por entre el grupo de colegas de Remo que nada más verme empiezan a tocarme los huevos con sus risitas y sus comentarios de «Mira, pero si es el mini-Remo», y «¿Qué crees que ha hecho, se ha llevado una foto de Remo a la peluquería y ha dicho que lo quería igual?». Las mierdas de siempre. Solo que esta vez no dejo que me toquen los huevos. Esta vez tengo algo importante que decir a Remo, algo que puede hacer que sea la última vez que me toquen los huevos y que se

tengan que empezar a callar la puta boca.

Así que después de que Remo me mire como pasando de mí y me pregunte cuánto quiero y de yo decirle que no vengo por eso, le empiezo a soltar todo de corrido. No me dejo nada, excepto, claro, la parte en que me he puesto a llorar como una nena. Y conforme lo cuento, veo que la cara de Remo va cambiando. Y si normalmente ya tiene una cara fría de cojones, la que se le va poniendo hace que se me pongan por corbata hasta a mí. Cuando acabo, veo cómo junta las manos y cómo los músculos de sus brazos se hinchan, y por no estar callado, digo:

—A lo mejor me rayo, Remo, pero yo creo que lo van a volver a intentar. Que la tía esa va a volver esta misma noche y te va a querer liar como me ha liado a mí.

Los colegas de Remo se han callado como putas. La música estaría cubriendo sus voces, de todas formas, pero yo sé que se han callado como putas.

Y entonces, viéndole la cara, que por la manera en que me mira parece hasta que la culpa de todo la tenga yo, me entra primero un poco de miedo por mí, pero luego me entra más miedo al pensar en otra cosa, y le digo que ya que se lo he contado, ya que he perdido el culo por llegar a tiempo al *Actioner* y avisarle, tiene que prometerme algo, y es que a la chica no le van a hacer nada. Lo que le hagan al hombre me da igual. Va por ahí queriendo matar a un inocente, todo porque cree que su hija era una santa y que lo que le pasó no se lo había buscado. El tipo se merece lo que se le venga encima. Pero la chica no ha hecho nada malo, aparte de ayudar al viejo. Y seguro que es culpa del viejo, que le ha comido el tarro y le ha convencido de que Remo es un mierda que de verdad merece

morir. Y al fin y al cabo, ella me ha salvado la vida. Si hubiese dejado que mataran a un inocente, si se la hubiese sudado, yo ya no estaría entre los vivos ni hubiese podido correr a avisarle. Si se piensa bien, no solo me ha salvado a mí. Nos ha salvado a los dos.

Así que solo le pido por favor que no haga daño a la chica.

Y después de decirle eso, de decírselo más de una vez de varias maneras distintas, él sigue poniendo esa cara que, por lo fría que es, no es lo que uno podría llamar la cara de un tío que está de muy mala hostia, pero de alguna manera es peor que si lo fuera. Una cara que no hace nada por dejarme tranquilo. Así que cuando al fin abre la boca y dice «No te preocupes», yo me digo que no tengo por qué y hago todo lo que puedo por no estar preocupado, pero me preocupo igual.

Y voy a decir algo más pero ya no me da tiempo, porque Remo se ha levantado y, diciendo a sus colegas que esperen allí, se va hacia la barra.

Al principio me cuesta moverme. No sé si porque no puedo o porque no acabo de querer. Como si esperara que Remo volviese y me dijese algo más o hiciese algo que me dejase más tranquilo. Pero nada de eso va a pasar, así que al final pasó otra vez por entre sus colegas, que ahora ya no dicen nada, y quedándome pegado a la pared veo a Remo en la barra. La camarera le acaba de poner una cerveza y él simplemente se queda allí bebiendo como si no tuviese otra cosa que hacer, algo un poco raro en el *Actioner*, donde quitando el apartado de Remo y sus colegas no hay un solo metro cuadrado en el que alguien pare quieto.

Y ya es una jodida casualidad. Quiero decir que ni cronometrándolo habría salido así. Porque nada más aparto la mirada de Remo y miro al montón de capullos que se restriegan como marranos en la pista cuando veo una cabeza pasar entre las demás y voy y la reconozco a pesar de lo cambiante de las luces y del mogollón y de la música de mierda que ya confunde bastante. Supongo que es porque sin darme cuenta ya la estaba esperando. Lo que me hace pensar, por estúpido que suene, que es como si tuviéramos una especie de conexión. A lo mejor es porque no hace ni a una hora que estábamos a punto de follar, o porque no dejo de darme cuenta de que si sigo fuera del hoyo es solo gracias a ella. No tengo muy claro qué me pasa pero ahora que la vuelvo a ver, y la veo acercándose a la barra igual que se había acercado antes cuando yo estaba allí, para hacer con Remo lo que había hecho conmigo, es como si lo que estaba pasando en la pinada entre ella y yo, por falso que fuera, no se hubiera acabado del todo. Como si algo en mi cabeza no acabase de entender por qué iba ella ahora a ligar con Remo y no conmigo. Y no me parece justo. Estúpido, ¿no? Y a lo mejor es porque empiezo a pensar que también ha sido así antes. Tendría que haber visto ya que era a Remo a quien buscaba. Y eso, aunque después de todo lo que ha pasado sea una completa gilipollez, hace que me sienta peor.

---

*Era Sara o Laura.  
¿Cómo me dijo que  
se llamaba? Me  
suena Sara, pero  
a lo mejor era  
Laura. No lo sé.*

---

Porque ahora la estoy viendo, cómo llega a la barra y como quien no quiere la cosa se pone a su lado y le roza con el codo como sin querer y se inclina como para llamar a la camarera cuando lo que busca es que él pueda echar un vistazo al escote en V de su camiseta, y, solo por si aún no se las ha visto bien, nada más pedir su copa, se vuelve un poco hacia él, sin mirarle, y se quita la chupa de cuero y se pasa la mano por el pelo oscuro, poniéndose un mechón detrás de la oreja. Y ahora se gira hacia la pista, y antes de que lo haga yo sé que va a apoyar los codos en la barra, porque en mi cabeza la estoy viendo hacer todas esas cosas antes de que las haga, y sé que va a quedarse ahí enseñando lo que tiene y a esperar a que la camarera le ponga la copa detrás y le diga que ya la tiene ahí y que ella va a hacer como que no oye para que Remo, tocándole el brazo, la avise de que la camarera le está hablando. Y sé y veo todo esto como si yo estuviese ahí, a lo mejor hasta olvidándome de que hace nada que he estado ahí, como si para mí poco a poco estuviese dejando de ser verdad, algo que de verdad ha pasado. Y verme ahí pero saber que no estoy de verdad ahí me jode. Me jode que tenga que ser Remo y no yo.

Así que, sin poder apartar los ojos de lo que mi cabeza ya está viendo, me pongo a pensar en ella.

Era Sara o Laura. ¿Cómo me dijo que se llamaba? Me suena Sara, pero a lo mejor era Laura. No lo sé. ¿Qué coño importa si no sé nada más de ella? Solo que le gusta llevar a tíos a la pinada, y eso,



como me tengo que recordar, es mentira, y que está ayudando al viejo a cargarse a Remo, no a mí. Pero ¿por qué lo está ayudando? De eso no tengo ni idea. Pienso que a lo mejor era amiga de la tía que murió, a lo mejor ella misma le tiene tantas ganas a Remo, como el viejo, porque era una buena amiga. Pero a lo mejor no es nada de eso. A lo mejor es solo una puta que el viejo ha pagado para que saque a Remo de allí y Remo le da tan igual como la hija del viejo porque solo quiere su pasta. A lo mejor es eso.

Pero sea como sea yo la estoy mirando, a Laura, la amiga, o a Sara, la puta, allí con Remo, y me doy cuenta de lo mucho que me gustaría estar otra vez en la pinada. Ni siquiera creo que antes lo hubiese querido tanto. Quiero decir, antes, cuando era yo y no Remo. Y ahora que es él... Joder, ahora veo lo mucho que me gustaría, veo cada cosa que hace, cada cara que pone, como cuando vas drogado y de repente lo ves todo separado y seguido al mismo tiempo. Y creo que se me puede llegar a ir la olla si sigo mirando lo que pasa en la barra. Porque ya da igual que sea todo una mentira. Esa mentira ni siquiera es para mí, porque yo no valgo ni para una mentira, y en el fondo, muy en el fondo de mi sesera, ya lo sabía, ¿no? ¿Podía no saber que en realidad era a Remo a quien se quería follar?

Y ahora que lo veo claro, que no me lo puedo negar porque lo tengo delante de mis putas narices... Joder, ahora es cuando de verdad estoy loco por ella.

Y casi llego a creer que no voy a poder aguantar tanta mierda cuando ella me coge de la mano y mirándome por encima del hombro con esa sonrisa de caliente-pollas sabelotodo se separa de la barra y lo arrastra entre la gente que se restriega bajo las luces vibrantes. Remo se deja llevar. Como lo haría yo. Como ya lo he hecho.

Por un momento, hasta me alegro de lo que le va a pasar. Solo por un momento, porque entonces me acuerdo. Y entonces casi querría, o lo querría sin el «casi», solo que no me lo quiero reconocer, casi querría no haberle dicho nada y haber dejado que Sara o Laura nos llevasen hasta el viejo y que el viejo nos hiciera lo que nos tenía hacer.

---

*Por un momento, hasta me alegro de lo que le va a pasar. Solo por un momento, porque entonces me acuerdo.*

---

Pero como digo, eso solo puede durar un momento, y ahora lo único que puedo hacer es seguir a la chica y salir al aparcamiento mal iluminado y verla tirar de mí. Solo que ahora es Remo quien tira de ella y no al revés, tira de ella como si la llevase hacia su coche, pero yo sé que no la lleva hacia su coche porque conozco el coche de Remo y sé que no está en aquel lado del aparcamiento, donde asoma la acequia por entre los cañaverales y donde hay menos luz. Así que me pongo tenso y aunque sigo caminando detrás de ella siento que mi cuerpo no me responde y que todo va mal, porque Remo ha dicho que no le iba a hacer daño, pero sin

embargo no la está llevando hacia su coche para ir a la pinada, al sitio que ella me dice, y tampoco tiene ningún sentido que los colegas de Remo aparezcan de repente junto a la acequia, como si nos estuviesen esperando. No tiene ningún sentido porque se suponía que estaban dentro y yo desde luego no los he visto salir. Claro que he estado demasiado ocupado mirando lo que había pasado en la barra como para ver ninguna otra cosa. Y ahora sí que no puedo hacer más que fijarme. Ahora sí que no tengo ojos ni cabeza para nada más.

Ya no puedo apartar los ojos cuando los colegas de Remo la están rodeando y dos la sujetan de los brazos y los demás hacen un corro como para que nadie pueda ver bien desde el aparcamiento lo que está pasando, pero el corro deja los suficientes huecos como para que yo pueda saber lo que está pasando y entrever cómo Remo, ahora enfrente de Laura, mueve el brazo adelante y atrás muy rápido, como si tirase de un cordel para poner un motor en marcha, y las piernas de Sara se aflojan y las rodillas se doblan un poco y si no cae es porque las cuatro manos la están sujetando y del corro también la golpean y acercan sus cabezas para escupir y para volver a golpear en el pecho o en la cara, que yo imagino ya llena de sangre. Y aun así las piernas se me han agarrotado y noto como un torniquete en la garganta que no me deja gritar, ni siquiera cuando entreveo la mano, que hubiese sido la mía, subir desde la cintura de Remo hasta la altura del cuello, y lo que parece la cabeza de Laura se levanta y se echa hacia atrás y se sacude una última vez y un rayo de luna se cuelga en el corro y me enseña la mancha que va creciendo hacia abajo por su camiseta y, entonces sí, la dejan caer, o mejor dicho tiran el cuerpo de Sara a la acequia, al mismo tiempo que oigo un grito enloquecido. Un

grito que podría ser el mío pero no lo es, porque de hecho mi cabeza, como la de todos los del corro, se está girando hacia el lugar de donde viene, y descubro al viejo del chubasquero en mitad del aparcamiento, justo cuando su revólver empieza escupir fuego.

Y como siguiendo las balas, mi cabeza se vuelve hacia el grupo y veo a dos de los colegas de Remo caer al suelo. Uno se retuerce, apretándose el muslo con las manos. El otro ya no hace nada. El arma sigue soltando balas y otro que se había dado la vuelta para escapar se encoge de repente y se lanza en plancha dentro de la acequia. Y aunque el viejo sigue disparando sin apuntar, a lo loco, los otros ya se han desperdigado. Los colegas que no se han comido ninguna bala corren de vuelta al *Acti-ner*, pero Remo, que es más listo y sabe que la cosa va con él, corre un trecho al borde de la acequia y toma impulso y salta los dos metros de ancho y se hunde entre las cañas.

Entonces el viejo me pasa por al lado. Veo que va detrás de Remo y sé lo que va a hacer. Ya lo estoy viendo. Porque se ve que va a querer pasar también al otro lado de la acequia pero que, como está viejo y eso, no va a poder saltar, y que va a tener que bajar y mojarse hasta las rodillas y auparse para salir, y luego entrará en el cañaveral y ni de coña va encontrar a Remo ahí dentro. Pero para entonces yo ya me puedo mover. Y dejo al viejo a lo suyo, porque yo sé mejor que él lo que hay que hacer y sé lo que piensa hacer Remo, porque es lo que yo haría. Así que, en vez de seguir al viejo o de entrar en el cañaveral, lo que hago es rodearlo, saliendo del aparcamiento por el lado de la playa y subiendo a las dunas que separan el cañaveral de la arena y del mar. Solo que antes de subir a las dunas he agarrado una buena piedra del suelo.

Y corriendo arriba y abajo por encima de las dunas puedo ver las puntas de las cañas, y veo el agitar que se va moviendo por lo alto del cañaveral, y viendo hacia donde va sé por dónde saldrá Remo a las dunas. Así que corro más deprisa y casi ni me fijo en ese otro movimiento que, por detrás del suyo, sacude también las cañas.

Y en cuanto Remo sale, el rojo de su chaqueta brillante bajo la luna, mi piedra lanzada desde arriba le da en plena cabeza. Remo aún tiene fuerzas para gritar mientras cae a la arena y para intentar defenderse cuando caigo yo encima de él. Pero ya es inútil, porque he vuelto a coger la piedra del suelo y con las dos manos la levantó y la descargo con toda la fuerza de mi mala hostia y del pecho que me quema, y la vuelvo a levantar y a descargar y a levantar y a descargar, y la cara que estoy machacando encima de la arena ya no tiene forma y brilla bajo la luna con el mismo rojo brillante de la chaqueta, mi chaqueta, y voy a volver a descargar la piedra, oyendo el borboteo quejumbroso que sale de la brillante boca roja, cuando veo algo también rojo a mi lado. Y soltando la piedra cojo la navaja que ha dejado caer, pringosa de la sangre de Laura, o Sara, y veo el cuello todavía blanco, al descubierto, bajo el balbuceo sanguinolento, y justo entonces oigo el disparo. Una ráfaga de arena salta delante de mí, en la ladera de la duna. Y casi puedo ver al viejo, ahí atrás, con su chubasquero de mierda, aún en el cañaveral pero ya lo bastante cerca como para distinguir mi espalda. Y casi ni tengo tiempo para pensar en por qué cojones no me quitaría la jodida chaqueta, porque la última imagen que llena mi cabeza es su imagen y, mientras levanto la navaja con las dos manos y la descargo hacia la garganta sintiendo el golpe que me abre la espalda y me hace estallar el pulmón, sé que da igual Laura que Sara, porque al final, definitivamente, soy yo, yo, el que acaba cumpliendo con nuestra venganza.

© Jerónimo García Tomás

---

**Jerónimo García Tomás** (Valencia, 1977). Técnico Superior en Imagen y Sonido y Licenciado en Filología Inglesa. Ha escrito para la cartelera *Turia*, haciendo crítica y análisis de series de televisión, y ha colaborado con publicaciones como *Canibaal* o *La bolsa de pipas*. En el año 2012 realizó el cortometraje *El arma*, que homenajeaba al *poliziesco* italiano y al *thriller* norteamericano de los años 70. Ha participado en diversas antologías y publicado el libro de relatos *Trama de grises* (Ediciones Contrabando, 2014) y la novela *Cautivos* (Ediciones Contrabando, 2017). Ha sido dos veces finalista del Concurso Internacional de Novela La Orilla Negra, y una del Premio "A sangre fría" de Novela Negra. Publica artículos sobre género negro en el blog *Suburbios de Poisonville*: <http://suburbiosdepoisonville.blogspot.com/>.

## **FICCIONARIO (Breve Selección)**

por Ricardo Bugarín

### **TÁCTICA PARA SALVAR UNA BALLENA**

Si se encuentra con una ballena triste, acérquesele con confianza, cuénteles una linda historia al oído y acarícielo el lomo. Si ve que comienza a los coletazos, quédese tranquilo, usted ha salvado una ballena y eso es una obra de bien.

La tristeza de una ballena es una tristeza inmensa.

### **SE ACEPTAN VOLUNTARIOS**

El camello miró el ojo de la aguja. Confrontó posibilidades, sopesó postulados, calculó causas y efectos. Tomó coraje pero, finalmente, desistió. Ahora, versícilmente sentado, aguarda con su paciencia milenaria a que aparezca el primer hombre rico en el horizonte.

### **SEMIÓTICA DEL ENGAÑO**

Insistente, bajaste el párpado izquierdo cuatro veces, te tocaste, me hiciste cuquicuqui con los dedos y, obediente, marché hacia el fondo. Sacaste el arma y me despojaste de todo mi dinero. He avisado a la policía. Todavía espero.

### **LÁMPARA**

Vi que el termómetro subía y que una especie de humito comenzó a salirle por detrás de la cabeza. Le ofrecí agua y me hizo señas que no. Le ofrecí ventilar la habitación y me hizo igual seña. Le sugerí llamar a alguien y dijo no. Cuando comenzó a reverdecer de transpiración volví a insistir con la necesidad de solicitar auxilio y se negó. Finalmente la desenchufé y la dejé ahí, aferrada a sus decisiones.

### **TRÁGICA SOBREMESA**

Ocurrió al final del almuerzo. Y fue por esa bruta ansiedad que nos caracteriza. Cuando abrimos las granadas, se nos escurrió la sangre entre las manos.

### **ACADÉMICA IGNORANCIA**

Dudábamos entre el Lineal A y el Lineal B y nos decidimos por crear un sistema nuevo. Ahora resulta que estos crápulas iletrados van diciendo, de congreso en congreso, que nuestra cultura es prealfabética.

### **CRÓNICA DE UN SEPELIO**

Llegó, saludó, lloró. Se retiró.

(Nunca supo quién había muerto).

## REPENTINO

Una araña tóxica se deslizó por mi almohada. Buscó la encubridora funda y se ocultó, quizás pensando, que no la había visto. Tomé la pared y la estrellé con todas mis fuerzas contra la almohada. Retiré el diminuto cadáver, coloqué cada cosa en su lugar y salí de mi habitación. Siempre carecí de paciencia y curiosidad entomológica

## ALICIA Y EL ESPEJO

Alicia se mira en el espejo y siente miedo. Su belleza natural no le alcanza como defensa a tantas aprensiones. Le han dicho que detrás de esa luna, de ese plano en calma, hay un mundo de torbellinos que guarda a las jovencitas para hacerlas prisioneras del azogue.

© Ricardo Bugarín

---

**Ricardo Alberto Bugarín** (General Alvear, Mendoza, Argentina, 1962). Escritor, investigador, promotor cultural. Publicó "Bagaje" (poesía, 1981). "Bonsai en compota" —microficciones— (Macedonia, Buenos Aires, 2014), "Inés se turba sola" -microficciones- (Macedonia, Buenos Aires, 2015), "Benignas Insanías" -microficciones- (Sherezade, Santiago de Chile, 2016) y "Ficcionario" —microficciones— (La tinta el silencio, México, 2017). Textos de su autoría han sido incluidos en antologías argentinas e internacionales. Diversas publicaciones periódicas y revistas especializadas han publicado trabajos suyos como es el caso de Suplemento Literario de Diario "La Prensa" de Buenos Aires, la revista "Letras de Buenos Aires" dirigida por Victoria Pueyrredón y Suplemento Cultural de Diario "Los Andes" de Mendoza, entre otras ediciones argentinas. También ha sido publicado en Ecuador, España, Italia, USA, Venezuela, México, Chile, Perú, Colombia, Bolivia, Puerto Rico y Uruguay. Textos de su libro "Bonsai en compota" han sido traducidos al francés y publicados por la Universidad de Poitiers (Francia). Integra las ediciones "Borrando Fronteras-Antología Trinacional de Microficción Argentina, Chile y Perú"; "¡Basta! Cien hombres contra la violencia de género" (edición argentina); "Antología Iberoamericana de Microcuento" (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia); "Vamos al circo. Minificción Hispanoamericana" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP, México) y "Cortocircuito. Fusiones en la Minificción" (BUAP, México). Los textos aquí seleccionados pertenecen al libro-objeto "Ficcionario" (2017).

## BUENA VIDA

por Gisela Vanesa Mancuso

No sólo pasaron inadvertidos sus andares públicos: en lo inmediato, nadie supo de su muerte.

El olor de la descomposición fue lo que alertó a los vecinos. «Un olor, como a helado derretido, a hielo podrido, a chocolate agusanado».

Con el alquiler al día, y la bolsa de tejido plástico, de tela de araña, cargada con pomelos rosados, la vieja se hamacaba, los ojos negros bien abiertos, frente a la ventana por donde los vientos del sur habían entrado a enfriarla, de acuerdo con los rituales que practicaba.

Para controlar las vicisitudes de su muerte y los hechos posteriores, noche tras noche había atraído el invierno rezando sobre escarcha; con las rodillas apoyadas sobre un altar de trozos de hielo seco, y pidió que cuando llegara el momento de partir, el cuerpo le diera tregua a su aura para que supiera agarrarse convenientemente.

Crisol Buenavida había perdido a su única familia en un accidente de tránsito del que ella salió ilesa cuando tenía 15 años: la llevaban a la primera audición para trabajar como protagonista de una novela adolescente: *Un rincón para el invierno*.

El primer velorio al que asistió fue al de sus padres y al de sus abuelos, todavía vestida para triunfar y ser conocida por todo el país y, quién sabía, por todo el mundo, a través de la televisión. Entonces fue el estreno de la bolsa lánguida de la abuela, el amuleto de las futuras excursiones funerarias.

No dejó de interesarse por el éxito de las cámaras, pero el trauma había impreso en su cara un semblante rosado y ojeras oscuras. Además, su andar era cabizbajo, propio de una incipiente jorobada. El rictus solo le daba para ser actriz del llanto.

Cuando la liberaron del orfanato, alquiló el departamento de Avenida Las Heras, donde vivió, a los 95, su noche más fría.

Subsistió con el ahorro de sus muertos y las pensiones que le correspondieron cuando devino entenada. Además de la comida —mucho no comía porque su rol exigía un aspecto demacrado—, invertía en libros sobre el viento; termómetros ambientales; anemómetros; revistas de chimentos, libros de nigromantes, helado y hielo seco.

Fue mucho el sacrificio. Ella sabía que si tenía un don como creía su familia debía ejercitarlo y no le daba el cuero para aspirar a otro papel que no fuera el de una actriz de reparto, del género dramático.

Asistió a más de 1000 velorios de famosos en la Legislatura; cientos de entierros en Chacarita; y otros tantos en cementerios privados en los que supo camuflarse, como parte de la familia del muerto, vestida de negro, con capelina y un velo de encaje y, por sobre todo, llorando: lágrimas saladas que simplemente brotaban; gritos de llanto que se inspiraban en sus pérdidas.

Conocía muy bien el olor de la muerte, incluso el día de su muerte supo que moriría por ese olor a chocolate con almendras que el viento había diseminado en todo el departamento. También, discernía el perfume de cada muerte de los protagonistas principales en las casas de sepelios o entre montículos de tierra y humo de incienso: descifraba, con el estudio previo de la vida privada del famoso muerto, la verdadera personalidad fuera de las pantallas a partir de la emanación o acercándose a olfatear al difunto. «La muerte», se decía, «no tiene el mismo olor. Todos olemos diferente al morir. No todos, también se huele, seguiremos en otra vida. No todos. No todos. No todos. Mucho menos aquellos que traicionan».

---

*Subsistió con el ahorro de sus muertos y las pensiones que le correspondieron cuando devino entenada.*

---

No logró la fama deseada, aunque la embargaba la esperanza. Trabajaba en rituales nocturnos para ser reconocida al menos por algún televidente detallista, adicto a la transmisión de las veladas de muertos. Y sucedió una mañana de domingo. El día anterior, la muerte súbita, evitable según Crisol, sopló sobre una cantante de 15 años, con mucho futuro. Fue la única vez que vio morir a alguien en vivo: el sábado a la tarde en un programa de entretenimientos la niña cantó el Ave María hasta el primer estribillo y se desvaneció sobre el mármol frío y lustroso del escenario. El domingo, Crisol lloraba sobre el vestido rosa de la pequeña que olía a azúcar y alguien la vio, la reconoció en la televisión: «Ahí está, ahí está, la vieja con la bolsa de tela de araña cargada de pomelos».

Pero Crisol, que sí sabía que esos pomelos serían los últimos que compraría, nunca se enteró de que ya era famosa. A veces, una cámara la mostraba, aunque los operadores lo quisieran evitar: Buena-vida sabía hacer muy bien su trabajo y permanecía cerca de los familiares más cercanos del famoso.

Después de cada salida de negro, practicaba en su casa las diligencias para prevenir su propia muerte y para asegurarse de que el frío la reparara tras el último latido que ella, por supuesto, identificaría. Los brebajes eran fusiones de hielo seco con jugos cítricos naturales y, en la ceremonia, que duraba una hora en punto, durante la que ella no miraba el reloj, pronunciaba palabras incomprensibles entre las cuales sólo se destacaban las que gritaba: ¡aura!, ¡alma!, ¡aura!

Cuando llegó del último velorio, el de la incipiente cantante lírica, aspiró el perfume a almendras y a chocolate y confirmó que iba a morir. Se arrodilló sobre el hielo seco, abrió la ventana, se sentó en la silla de mimbre y se hamacó hasta que el humo de frío cesó y un suspiro de aire caliente marcó el vidrio de la ventana.

Una semana después del deceso, durante la cual el sol ardió e ingresó por el gran ventanal descomponiéndola, su alma había decidido. Absorbida por los rayos ultravioletas se elevaría hacia el cielo para descender en la concepción de un varón.

Nueve meses después, el televidente visitó a su nieto recién nacido: al verlo se entumeció por el frío helado que sentía en el cuerpo.

Los años pasaron. Y también murió el único fan de Crisol. Sin embargo, el nieto del televidente, Nicolás, desde muy jovencito se especializó como sereno de cementerios hasta alcanzar una reputación que lo llevó a trabajar en el cementerio de Recoleta.

Ya a los 18, Nicolás era muy popular: lo hacía sin pretensiones de ser visto o escuchado, pero se supo. Pronto se supo y lo adoraron: con un cubito en la boca, andaba por los pasillos y, frente a cada mausoleo, les cantaba a los muertos, incorporando sus nombres a la canción. No tardó en llegar la novedad a los medios. No tardó en filmarse un documental con turistas y lugareños que lo escucharon cantar en las visitas guiadas nocturnas.

Cuando los padres de Nico murieron en un accidente de tránsito, los administradores del cementerio le donaron una casita de rejas, lindera a la de Crisol Buena-vida, instalada en el centro del pasillo principal, para que los tuviera cerca. Entonces Nico dejó de cantar. Recorría los pasillos. Ya no sacaba las telas de araña de las esculturas. Embebía una y otra vez las yemas de los dedos en aceite de almendra y chocolate para repetir la señal de la cruz frente a los panteones y mausoleos donde dejaba el beso oleoso. Lo entretenía ahora oler a los viejos muertos, especialmente a los famosos. Aunque insistía todas las noches, aspirando y aspirando, frente a la casita de Crisol no olía nada.

A los 95, sentado en el suelo entre cubos de hielo seco, murió abrazado por el viento helado de un noviembre inusual: después de muchos años le había cantado a sus padres y la voz le había llegado a Crisol para quien la muerte de los que traicionan era la instancia final y definitiva. Era, por eso, la última estadía para Nicolás. El alma, esta vez, no tuvo tiempo de elegir: a los gusanos de Recoleta les gusta el invierno.

© **Gisela Vanesa Mancuso**

---

**Gisela Vanesa Mancuso.** Técnica Superior en redacción - Escritora - Coordinadora de talleres literarios - Redactora en periódicos. <http://giselamancuso.wixsite.com/gisela-mancuso>.

## JOHN OULTON-CADWELL (1942-1975)

por J. A. Santos

Empezó llegando tarde.

El Coronel lo había concebido —con la probable asistencia de Madre— durante un permiso a principios de 1941. El general O'Connor había avanzado hasta las puertas de Trípoli, puesto el Norte de Africa en bandeja para la Commonwealth, y el alto mando permitió al Coronel ausentarse unos meses para volver a la granja en Rhodesia. La había comprado sólo unos años antes, seguro de que ese idiota de Hitler nunca se atrevería a ir más lejos: Qué locura, pensaba el Coronel, que el Huno se atreviese a otra Gran Guerra tan pronto.

Una semana más tarde de aquella noche, un telegrama urgente requirió al Coronel de vuelta a Alejandría: El huno había desembarcado en Trípoli para sacar del apuro a sus aliados italianos. Los Panzers se dirigían sin oposición a Tobruk y Egipto. Inglaterra espera que cada hombre, etc, etc.

No era la primera vez que el Coronel Oulton-Cadwell había tenido un rifirrafe con Erwin Rommel: ambos se habían disparado en un viñedo del Véneto no lejos de Monte Grappa, bajo las lluvias de Otoño de 1918. Por entonces el Coronel era un sargento veinteañero que fantaseaba a veces en secreto con escribir algún verso. Ese primer encuentro terminó con una victoria a los puntos del Coronel, que en los veinte años posteriores recordaría alguna vez distraído a aquel boche a quien había acertado en el hombro en un viñedo de Italia, y qué habría sido de él. En la revancha a las afueras de Tobruk en el verano de 1941 ganó esta vez de forma decisiva la superioridad en blindaje del Panzer de Rommel sobre el Matilda del Coronel.

La vida de John Oulton-Cadwell fue breve, pero incluso de haber sido larga y haberse muerto en 2016 tirándose al metro de Londres, o apuñalado por la princesa de Leuchtenberg en los 80, John Oulton-Cadwell habría seguido naciendo demasiado tarde. Demasiado tarde para conocer a su padre, el Coronel (más allá de unas fotos sepia y mostachudas que presidían el comedor de la granja y un retrato inacabado sobre la chimenea en el que la Cruz Victoria, el bigote y el monóculo definían mucho más a Padre que cualquiera de sus rasgos). Demasiado tarde para ser soldado colonial y luchar de verdad por el Imperio Británico, posiblemente la principal fuerza para el Bien de la historia de la humanidad. Demasiado tarde para escribir sonetos. Demasiado tarde para volver a colonizar Rhodesia. Demasiado tarde para salvar de sí misma a la Princesa de Leuchtenberg. Demasiado tarde para volver a construir la granja sobre las colinas a un día de viaje de Bulawayo. Demasiado tarde para destruir panzers alemanes frente a Tobruk, o saltar en paracaídas sobre Montecassino, o cruzar el Rin con Monty, o para conocer una Londres que no fuese un campo de ruinas puntuado por esqueletos de rascacielos de hormigón y minifaldas.

---

*No era la primera vez que el Coronel Oulton-Cadwell había tenido un rifirrafe con Erwin Rommel: ambos se habían disparado en un viñedo del Véneto no lejos de Monte Grappa, bajo las lluvias de Otoño de 1918.*

---

Pero en su infancia pensaba aún que había llegado a tiempo.

Una casa en lo alto de la colina, a un día de viaje de Bulawayo, traída de Hampshire y con el añadido de una veranda sobre el valle en la que desayunaba y cenaba con la Coronela, servidos por los dos fieles criados negros, viendo a los elefantes en la lejanía, bajo una sombra púrpura de jacarandás.

En las largas tardes de verano salía con algún criado a cazar hienas con el Enfield del Coronel —que como una reliquia santa descolgaba de su sitio en el Salón sobre una de las chimeneas que jamás se habían usado—, o las pasaba tirado en uno de los sofás de capitoné de la biblioteca traídos de Johan-

nesburgo leyendo a Stevenson, Kipling, Wells, Dickens, siempre alerta para que la Coronela no lo pillase con los pies en el sofá, el libro tirado sobre las tablas de palo de rosa de la biblioteca y la luz de verano pasando lánguida a través de las mosquiteras. Había un orden natural y perfecto en aquel mundo: estaba la Coronela, y el retrato del Coronel, y estaba él. Y estaba la biblioteca, y el desayuno servido en la veranda por los criados, y la Union Flag en el mástil frente a la casa, y a lo lejos, en el valle, pasaban a veces jirafas y elefantes.

Nunca encontró los bonitos y sobrios, extrañamente modernos poemas que Padre había escrito al volver de Francia en 1919 o al trasladarse a la granja en 1936. Escondidos en el doble fondo de un cajón por el pudor mostachudo del Coronel, siguen ahí en las colinas sin que nadie vaya a volver a leerlos nunca, y tal vez la cómoda haya servido ya para hacer leña. Pero leyendo a Kipling y Swinburne —en un pequeño volumen que encontró una vez rebuscando entre los papeles del Coronel, descubrió que tenía también la idea de haber llegado demasiado tarde para la poesía y debía ponerse a ello cuanto antes.

Cometió algunos poemillas pseudopornográficos con doce años. Les prendió fuego para encender una hoguera en la última salida de caza antes de marcharse al internado con catorce años. No pensemos que vivió traumáticamente su separación de la granja: iba por fin a un sitio en el que el Coronel —aun estando enterrado en algún cementerio de guerra en Cirenaica— era mucho más real que en ésta. En cierto modo, Gran Bretaña y el Coronel eran más o menos lo mismo, una vaga representación de la felicidad de la infancia, de esos anhelos imposibles de niño, materializada en otro hemisferio. Y ahora iba a vivir allí, hacerse un hombre allí, donde se hacen los hombres —como dice uno de sus poemas más famosos.

---

*Era un adolescente alto y rubio, con el pelo tan largo como permitía el reglamento y un perpetuo bronceado que se había traído de África. Remo, rugby, boxeo y literatura.*

---

El internado era una gigantesca tarta gótica —tan gótico como sólo puede ser una imitación decimonónica de un gótico hipotético— de ladrillo naranja y blanco en medio de los campos de Sussex. Hubo sorprendentemente poca sodomía púber aquellos años: realmente el internado se negó a comportarse como un internado británico. Ni siquiera había abusones, recordaba años después, tal vez sin darse cuenta de que lo recordaba así por haber él uno de ellos.

Era un adolescente alto y rubio, con el pelo tan largo como permitía el reglamento y un perpetuo bronceado que se había traído de África. Remo, rugby, boxeo y literatura. El formar parte de los abusones

le permitía hablar de poesía con impunidad a otros abusones amigos suyos. Discutían hasta altas horas alrededor de pintas clandestinas sobre Shelley, y Swinburne, y las sutilezas rítmicas del metro inglés, tan importantes en éste como la rima.

Su poesía de esta época son sutiles sonetos en los que empieza a confundirse Inglaterra con Rhodesia, las colinas de Kent con las de Bulawayo. Pronto descubre que para que las revistas lo acepten debe empezar a pretender que son sonetos de un padre o un tío, de otra época, que sólo quiere dar a conocer.

No le gustaba Inglaterra, por supuesto. Tenía la idea de que Inglaterra era un lugar tan soleado como Rhodesia, y en el que había más futuro que pasado. La isla húmeda, todavía llena de ruinas y recién salida de las cartillas de racionamiento, no terminaba de encajarle con el mostacho del coronel y su Enfield colgado en la pared. En el tren durante una escapada a Londres pensó mirando pasar los prados y fábricas: Gran Bretaña ya no era Gran Bretaña. De alguna forma, Gran Bretaña estaba ahora en Rhodesia. Aquella isla de cerveza tibia, colinas verdes, danzas de mayo bajo la luna, se había movido al sur de Africa y tenía ahora a negros y elefantes como un interesante atrezzo. Aunque realmente no le importaba tanto la granja. A cierto nivel sí, pero no de la forma íntima y definitoria que creía que le importaba. Sólo se había traído algunos momentos —una tarde de verano bajo el mosquitero, el retrato del Coronel presidiendo el comedor, su madre cantando una canción afrikaner en la veranda una noche de Otoño—, y la sensación de que debía importarle mucho la granja, de que debía luchar por ella sin preguntarse nada más.

Cuando escapaba a Londres paraba siempre primero en alguno de los cines de Elephant & Castle a ver alguna película del Oeste (fantaseaba a veces con que se hicieran películas del Sur. Imaginaba wes-



terns Rhodesios, una forma de recibir una cierta validación cultural por parte del otro Nuevo Mundo). Abriéndose paso a través de los almacenes en ruinas de South Bank —entre los que emergían como enormes escarabajos de hormigón y modernidad los edificios de la gran Exposición de 1951, cruzaba el río por Waterloo Bridge. En media hora estaba en algún burdel del Soho. Rara vez iba acompañado de amigos; nunca de amigas: no le interesaba alternar con las inglesas. Todas las inglesas que le interesaban tal vez estuvieran ya muertas.

Un día de 1960, para huir de una pelea con unos alejandrinos que rehusaban contar exactamente lo que quería acerca del Zambeze siendo un Támesis distorsionado por (por? Por? Por!), lo arrastran unos amigos a ver la carrera en el circuito que hay no muy lejos del internado. El sitio se llama Brands Hatch: es una colina de forma arriñonada junto a un bosque. El paddock en lo alto de la colina le recuerda vagamente a esa granja al otro lado del mundo. Los coches bajan a velocidades inverosímiles por la colina, dan la vuelta hacia el bosque, desaparecen y vuelven a remontarla atronando. Los coches son como escarabajos de madera y colores chillones, cuyo ruido rasca agradablemente el interior de los oídos. A través de un amigo convence a un piloto para que le dé una vuelta de prueba. Sale de ahí convencido —como lo está de la calidad de su poesía, o de la necesidad de Rhodesia— de que ha encontrado su futuro. Un futuro, al menos.

No estamos aquí para hablar de la vida real de John Oulton-Cadwell, por lo demás aburrida. Los años 60 serán para él en cantidad llevar bombín y paraguas como banquero de inversión en una City en la que aún hay ruinas y todavía no hay torres. Los 70, cazar insurgente en la jungla. Pero ni para él ni para nosotros será eso relevante: aún reducidas en cantidad, la poesía en los pubs después de salir del trabajo, carreras en vacaciones y fines de semana y al final la guerrilla y una mujer fueron la vida útil y relevante de John Oulton-Cadwell.

En 1965, demasiado temprano para el Swinging London y demasiado tarde para todo lo demás, encontramos a John en la curva de los Druidas. Brands Hatch es más famoso por la interminable curva de Paddock Hill, que gira y se cae a la vez de forma más interminable cuanto más rápido va el coche y atrae inexorable a todos los pilotos a una trampa de grava en la que está uno sometido al escarnio de los espectadores en el Paddock. Pero John prefiere la siguiente curva, que es una simple horquilla que debe uno pasar muy lento, muy medido, con el coche en el ángulo exacto para afrontar bien la siguiente recta. Paddock Hill Bend es demasiado desafío para John, y el siguiente tramo a través del bosque es una perversa combinación de curvas ciegas que parecen muy lentas pero puede uno de hecho tomar a toda velocidad si sabe cómo. John no sabe. Es decir, sí sabe, pero no se atreve. En su única oportunidad de ascender a la Fórmula 1, le dirán: «No eres malo, sólo inconsistente». A veces le sale, a veces no. A veces tiene la sospecha candente de que le pasa lo mismo con la literatura, pensamiento que intenta ignorar. Cada vuelta a un circuito es un poco como un poema. Y los Druidas es como a John le gustan las cosas: desafiante, pero dentro de un orden. El coche se comporta ahí siempre como debe comportarse —pero le da la suficiente ilusión de inestabilidad como para pensar que está tomando algún tipo de riesgo.

---

*No estamos aquí  
para hablar de  
la vida real de  
John Oulton-  
Cadwell, por lo  
demás aburrida.*

---

El coche es un Lotus tipo 43 de 1963 que ha comprado vendiendo parte de la granja, uno de esos cigarrillos extremadamente rápidos de los años 60, parecidos a escarabajos muy coloridos. El cuerpo de magnesio es extremadamente inflamable: basta un ligero choque para que el coche explote, como muchos de sus compañeros han podido experimentar ya. John insiste en que es parte de la gracia, y que como buen intrépido inglés, es su deber exponerse a tal riesgo. La mitad de los poemas de *On the Druid Road* (1968) consisten en sus propias, mal expresadas como en secreto, dudas a tal respecto. *On the Druid Road* vendió 125 ejemplares en toda la Commonwealth durante la siguiente década a pesar de la bonita portada que muestra un Lotus en British Racing Green en contrapicado, lanzándose hacia un horizonte púrpura donde se adivinan jacarandás, una mujer.

De nuevo ha trazado mal la curva de Hawthorns: en ese coche puede pasarla sin tocar siquiera el freno, completamente flat out si la toma en un único ángulo perfecto que le deja listo para la siguiente recta sin haber perdido ni una centésima. Un segundo antes ha sentido pánico de la grava, los árboles, el magnesio, y no ha podido evitar dar un toquecito al pedal que le ha hecho perder otra décima de

segundo.

El sueño de John —incluido en el sueño más generalizado de una Rhodesia británica y blanca-pero-con-algunos-negros-que-pudieran-contar-como-blancos— es el de crear una serie de competiciones de automóvil que —como otras competiciones de nombre exótico de una forma muy sesentera, como la Can Am en Norteamérica, la Tasman Series de Australia, sea un perfecto y mejorado reflejo de Europa en estas minieuropas lejanas al otro lado del mundo. Piensa (Dingle Dell-Sheene: una curva totalmente ciega tras un cambio de rasante, en la que uno debe tener simplemente fe en el coche y en la geometría para acelerar hacia la nada y hacer que la rueda izquierda se meta en la última recta a través del bosque simplemente besando el piano) en una serie de circuitos que unan el sur de África en una red secreta de Europeidad. En Sudáfrica tienen Kyalami —donde corre la F1—, y Prince George, pero lo que John quiere es una red de iconos que algún día sean partes del mapa del sur de África como lo son Silverstone, Monza, Le Mans, Hockenheim, Spa en Europa; Bathurst, Adelaida, Albert Park en Australia; Watkins Glen y Laguna Seca en América. Una curva en las colinas junto a su granja con la que puedan soñar los niños que prueban un kart como él, adolescente hartado del internado, soñaba hace cinco años con Eau Rouge, con Parabolica, con Paddock Hill Bend —aunque con ésta el sueño y la realidad han acabado por diverger. Sólo pide eso para él: que su granja dé a otros la misma emoción que tantas otras colinas por Europa le han dado a él. Es generoso. Algún día, piensa John deslizando el coche por la recta al pie de Paddock Hill, habrá una curva de los Druidas en la granja de Rhodesia. A unos kilómetros de la casa, hay un pequeño valle arriñonado similar a éste del condado de Kent (ahora la Curva 4, que aún no se llama Surtees, larga, engañosa, desagradable, John siempre termina tocando la hierba y perdiendo algo de velocidad antes de afrontar la larga recta hacia el bosque) en el que pastan a veces unas jirafas, y John imagina una hermosa cinta de asfalto con curvas icónicas a través de la sabana. Será la primera de muchas. En las tardes de verano, John podrá salir a la veranda de la granja y escribir poesía escuchando el ronquido de los V8 a lo lejos en el crepúsculo púrpura africano, mientras el viejo negro le trae un té y unas scones. Entonces podrá ser un poeta en paz.

---

*La había conocido en París el otoño anterior, en una recepción en donde lo había colado un amigo de un amigo.*

---

Cuando vuelve al paddock tras la última vuelta le informan: de que Lotus ya va a hacer las pruebas para Formula 1 y no le han llamado; y de que Rhodesia se ha declarado independiente del Imperio Británico. La princesa de Leuchtenberg también le informa de que ha decidido volver a Alemania sin ningún motivo en particular. Hace eso cada dos o tres meses.

La había conocido en París el otoño anterior, en una recepción en donde lo había colado un amigo de un amigo. Tal vez ella malinterpretó su acento no-exactamente-británico, su bronceado perpetuo, las cicatrices de algún accidente en el Formula 3, el pelo dorado.

Caroline Cataline von Leuchtenberg und Jander-Grijander zu Abekassis era una delicada princesa rubia del Sacro Imperio Romano, una beldad apenas adolescente que alternaba entre París, Londres, Nueva York, Saint Tropez, Palm Beach y Goa. Su padre, Karl Helmut Alois Freiherr von Leuchtenberg und Jander-Grijander había prosperado contrabandeando tungsteno gallego para fabricar munición para tanques durante la guerra y habiendo escapado de alguna manera a las depuraciones aliadas, vivía ahora un retiro dorado en su villa de Cerdeña como próspero pedófilo.

Era delgada, delicada, silenciosa —lo opuesto a la Coronela, esto es, extrañamente similar. Se preocupaba por la cultura y patrocinaba a varios artistas conceptuales, lo que le salía más barato que hacerlo con minimalistas o pop: mientras estuvieron juntos John apreció mucho esa frugalidad que le parecía tan adecuada para una auténtica mujer rhodesia. Ella apreciaba sus muy adornadas historias sobre interminables noches tórridas tropicales siguiendo jaguares para dispararles con el Enfield del coronel, los poemas que ocasionalmente le escribía, cuyo inglés eduardiano ella medio entendía. Pero incluso una it girl bipolar de los 60 podría apreciar que un hombre musculoso, eternamente bronceado y con alguna que otra cicatriz de machete que se negaba a explicar le escribiese poemas. Una vez al mes tenían una discusión apocalíptica que terminaba con golpes y lloros de reconciliación. Apreciaba en ella que le golpeará: una auténtica mujer rhodesia debe ser fuerte, incluso habiendo nacido princesa de un principado desaparecido hacía generaciones.

Pasaron tres años muy entretenidos gritándose y haciendo el amor. Él dejó de escribir. Lotus nunca

llamaba. Sus tiempos no mejoraban, y su 43 estaba notablemente obsoleto en una época en la que empezaban a aparecer los alerones, que él siempre consideró no exactamente una trampa, pero sí una cierta injusticia que quitaba al deporte parte de su pureza. Ella lo entendía. Le decía: Tú eres el mejor piloto de carreras de Inglaterra. Pero hay poco que el amor y los mejores deseos de una mujer que los desea sinceramente la mayor parte del tiempo puedan hacer contra el cronómetro. John sentía que el hemisferio norte era cada vez más complicado a medida que avanzaban los 60 y la princesa de Leuchtenberg se convertía en una mujer prematuramente madura entre guateques en la Provenza, escapadas a Goa, rayas de coca en los probadores en Carnaby Street y John, no muy a su pesar, se unía a ella.

Sus amigos al principio supusieron y luego llegaron a desear que su idilio no duraría mucho. Se consumieron durante seis años en persona, y otros cuatro a distancia. En 1971 volvió a Rhodesia. La princesa lo entendió. Ambos lloraron y se odiaron un poco.

La última imagen que tenemos de John aparece en un documental de 1974, «Con los héroes de Rhodesia», dirigido y producido por una organización paródicamente ultraderechista Americana. Los intentos del director de imitar a Leni Riefenstahl se ven notablemente mermados por el hecho de que está rodado en Super 8, la banda sonora es extraña pero apropiadamente funky, los campamentos en la jungla no son el Zeppelinstadion, y todo el mundo lleva patillas y bigotes misteriosamente sobredimensionados. El narrador intenta dar epicidad a la historia, pero se autosabotea con constantes digresiones sobre el flúor en el agua y la base secreta de los Rothschild en la Antártida.

---

*Sus amigos al principio supusieron y luego llegaron a desear que su idilio no duraría mucho. Se consumieron durante seis años en persona, y otros cuatro a distancia.*

---

«Me pregunta usted por qué lucho» —dice John a la cámara apoyado en una palmera al lado del Zambeze, vestido con gafas de sol de aviador y un enorme bigotón de manillar, el traje de camuflaje un poco demasiado bien planchado; a su lado el rifle belga FN FAL que usan los Selous Rifles, los comandos especiales del ejército Rhodesio—, «me pregunta usted —sin duda de cara a su audiencia— si luchamos por la raza blanca o el imperio británico. En cierto modo —y ahora le sale el acento impecable de grammar school que sabe impresionará a la audiencia de rednecks coloniales— luchamos por ello también. Pero yo lucho por mi granja, ¿sabe? Crecí ahí después de la guerra —y aún después de irme a estudiar a la Madre Patria seguí pensando en mi

granja. Incluso si lo que supone ser británico ha sido corroído por el liberalismo, el marxismo, la postmodernidad, hay cosas por las que aún merece la pena luchar. Yo quiero poder seguir escribiendo mis poemas en la veranda al atardecer, como Churchill pintaba en su mansión. Y quiero, claro, poder fundar por fin una familia con mi esposa, que espera en Europa a que llegue la paz.»

Por alguna misteriosa razón, el director de este opúsculo racista pensado para ser comprado por correo a través de anuncios publicados en la contraportada de revistas compradas en bares de mala muerte decidió dejar este alegato poético en la cinta.

Realmente John luchaba poco por su granja. No llevaba más de tres años en las fuerzas especiales rhodesias, y la mayor parte de este tiempo lo pasaba en Europa intentando recaudar fondos y evitando o encontrándose con la princesa de Leuchtenberg. Sus compañeros lo respetaban, hasta cierto punto. Más de una década fuera lo había convertido en el inglés. Demasiado acento de allá arriba. Demasiados hábitos de la City. Demasiadas menciones a sitios como Montecarlo, Portmeirion, Portofino. Pero aún así John se esforzaba: recordaba todo lo que había hecho en sus quince años en Inglaterra. La poesía, las carreras, la princesa: todo tenía que juntarse ahora en este crisol para el que esperaba haber llegado a tiempo. Quería quedarse en Europa con la princesa de Leuchtenberg, saltando de fiesta en fiesta mientras se olvidaba de escribir poesía. Pero tuvo miedo de volver tarde a Rhodesia. De hecho, muchas veces —ya fuese durmiendo en la sabana bajo las estrellas, ametrallando a un terrorista o en el helicóptero de vuelta de un reconocimiento— sabía que había vuelto demasiado tarde e intentaba olvidarlo mirando la selva interminable, limpiando su FAL, bebiendo, mirando al fuego en las hogueras.

Y sin embargo no podía estar en mejor lugar. Las Fuerzas Especiales Rhodesias eran un grupo de élite que aún hoy día despierta admiración entre ciertos adolescentes ultraderechistas pero alternativos que consideran a otros iconos del fascio como la Confederación o la Sudáfrica del Apartheid como demasiado mainstream. Aún siendo todos de la más perfecta raza blanca, los Selous habían aprendido de los

nativos cómo moverse por la jungla como sombras. Seguros de forma casi irritantemente bienintencionada de la superioridad de su raza, sus convicciones y sus motivos. Si uno es de la raza superior qué le va a hacer: no lo es uno por joder. Ponían a sus operaciones nombres en clave extrañamente poéticos, tangencialmente alusivos, y operaban en grupos pequeños, cruzando furtivamente a Zambia o Mozambique para masacrar a rebeldes muy superiores en número, motivos y moral. De John apreciaban sus superiores su buena voluntad y su resistencia para marchar por la selva durante días, así como sus historias inventadas del *Swinging London*, edulcoradas y expurgadas de la Princesa de Leuchtenberg, exageradas de sus carreras. Rara vez hablaba de la poesía —que había dejado de escribir— a pesar de que su audiencia era de lo más receptiva, y muchos de sus antiguos compañeros recordarían con cariño en los años siguientes a aquel tipo alto y con pinta de surfista y acento de public school que a veces les regalaba con reticencia atenuada por el haber estado pegando tiros unas horas antes recitales de sus poesías en las que hablaba de granjas sobre las colinas, el placer de la velocidad confundido con una mujer o con el placer de sentir cómo se vacía el cargador del rifle, no tan distinto del de cambiar una marcha en el instante adecuado para que el coche trace una curva él solo.

A veces ella le escribía cartas intensas, ocasionalmente llenas de reproches horribles que él leía con cariño tras las largas marchas por la jungla. Se vieron por última vez en la boda de un amigo común a mediados de 1975.

John Oulton-Cadwell murió en una emboscada del ZAPU-ZANU tres semanas después, no lejos de la frontera de Mozambique. Las circunstancias de su muerte no están claras: Su madre —que se trasladó a Australia en 1998— siempre rehusó creer en ningún tipo de muerte heroica y creyó que su hijo escapó de Rhodesia para ganarse la vida participando en sórdidas e ilegales competiciones callejeras por países del Tercer Mundo. Testimonios de supervivientes de la emboscada hablan de que Oulton-Cadwell se había retrasado durante una misión de caza de rebeldes. Se oyeron unos disparos entre los árboles, y algunos de los miembros del comando llegaron a ver su cuerpo apoyado contra un árbol antes de que la batalla se intensificara y lo perdiesen de vista. Cuando volvieron, no había más que sangre y casquillos del 5.56 brillando sobre la hierba.

Quedan, amén de lo ya relatado: los papeles del Coronel todavía escondidos en el falso fondo del cajón en la granja. Unos cuantos listados en los archivos de la Federación Británica de Automovilismo que atestiguan que John Oulton-Cadwell quedó en puestos intermedios en varios campeonatos de categorías inferiores de Fórmula entre 1962 y 1969. Copias de sus libros en una caja en la British Library y en alguna esquina olvidada de alguna de las librerías de viejo de Charing Cross Road. Un hijo de una de sus habituales del Soho, ahora un respetable carnicero en Berkshire frizando la sesentena que ha llevado una vida notablemente normal y productiva como un respetado pilar de su comunidad. La Princesa de Leuchtenberg murió de sobredosis en Gstaad en la navidad de 1988.

© J. A. Santos

---

**J. A. Santos** (Santiago de Compostela, 1984): Arquitecto de profesión, ha publicado diversos relatos en magazines online.

## EL NÓMADA DE HIERRO

por Antonio Castro Balbuena

La cochera apestaba a gasolina, caucho y ambientador barato. Una bufanda que colgaba junto al panel de herramientas se zarandó cuando la rozó con el hombro, tambaleante como un edificio a punto de derrumbarse. Levantó el brazo y se golpeó en los labios con la boca de la botella, que derramó sus últimas gotas de licor. Entonces la miró con la misma furia que si hubiera insultado a su madre y la lanzó contra la pared, donde reventó y se hizo mil añicos.

Los cristales crujieron cuando los pisó en su camino hacia la plataforma que presidía el centro de la cochera. Con dedos temblorosos, agarró la lona y tiró hacia atrás. Sus pies resbalaron y perdió el equilibrio; el tejido de poliéster le cayó encima, reduciéndolo a una maraña de brazos y piernas. Cuando consiguió deshacerse de aquella inesperada trampa —no sabía si un minuto o una hora después—, se puso en pie y acarició el cuerpo metálico de la motocicleta, frío y suave, que destellaba con la luz del fluorescente.

El aire frío y húmedo de la madrugada que se colaba bajo la puerta metálica de la cochera le puso la carne de gallina cuando se quitó la ropa. Abrió el armario, donde las prendas colgaban lánguidas de sus perchas; la ropa apestaba a suavizante y a recuerdos, pero aun así cogió los vaqueros. Durante unos minutos estuvo riéndose en voz baja, sorprendido ante el hecho de que todavía le entrasen. Pese a la rigidez del cuero, la chaqueta también le quedaba bien. Se agachó junto a los pantalones que se había quitado —unos chinos de raya diplomática y color mostaza—, cogió el billetero y sacó todas las tarjetas con movimientos torpes: se guardó el carné de identidad en el bolsillo trasero, los cincuenta euros en la chaqueta, y el resto lo tiró al suelo. Las tarjetas de crédito, tres fotos pequeñas y el carné de la piscina salieron repartidos en todas direcciones.

Giró el acelerador y el motor rugió. Por un instante, la rigidez y la torpeza de sus músculos parecieron desvanecerse; notaba la vibración bajo su trasero, en las manos, en los pies dentro de las botas rígidas. Alzó el mando del portón, que se elevó descubriendo la explanada de cemento donde se apretaban el resto de trasteros de alquiler. Volvió a girar el acelerador, soltó el freno y la *Harley-Davidson Fat Boy* saltó de la plataforma en una vorágine de humo. Antes de abandonar el trastero tiró contra la pared el mando del portón.

El rugido de la motocicleta creció por la autopista hasta desvanecerse con la primera luz del alba, al otro lado de las montañas.

---

*El aire frío y húmedo de la madrugada que se colaba bajo la puerta metálica de la cochera le puso la carne de gallina cuando se quitó la ropa.*

---

\*

Dentro del local se respiraba el humo del tabaco, mezclado con el olor de la marihuana, el alcohol y el sudor. Las luces de neón que bordeaban la moldura del techo impregnaban de azul o verde la nube que ocultaba a los parroquianos repartidos entre las mesas y la barra. Un grupo de muchachos que rozaban la veintena, altos y desgarrados como árboles raquíuticos, jugaban al billar en una destartada mesa junto al tocadiscos, del que emergía la voz tormentosa de Johnny Cash. En la barra, un obeso envuelto en un chaleco de cuero y unos pantalones de parches mugrientos se alzó del taburete con una sonrisa e interceptó al recién llegado en un abrazo mortal.

—¡No puede ser! —decía, con la voz pastosa—. ¡No puede ser, estoy demasiado borracho y eres una maldita alucinación!

Cuando consiguió liberarse de los gruesos brazos tatuados, el tipo esbozó media sonrisa que asomó en mitad de la barba canosa.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Leon?

—¡Demasiado, joder, demasiado! ¿Cómo estás? ¡Ven, siéntate, cuéntamelo con una cerveza!

—Gracias, Leon, pero...

La sonrisa del gordo pareció a punto de desvanecerse y, antes de que acabara la frase, lo agarró del brazo con el ceño fruncido y lo obligó a ocupar uno de los taburetes vacíos.

—No acepto un «no» por respuesta, Nómada. Cinco años son muchos años para zanjarlos con un «pero».

Nómada suspiró antes de asentir. Aquello hizo que Leon recobrarla la sonrisa.

—¡Nena! ¡Eh, nena! Pon dos jarras aquí, y no seas generosa con la espuma, ¿quieres? —Al otro lado de la barra, la atónita camarera apartó la mirada del recién llegado y se apresuró en cumplir con la orden—. Bien, cuéntame. ¿Dónde has estado?

—En todas partes. En todas las partes donde hay carretera, al menos.

—¡Ja! ¡Esa es buena! Hace mucho que no me echo a la carretera, en busca de bares más limpios y rectas infinitas...

—Yo soy más de amaneceres y atardeceres.

—¡Ja, tú y tus blandenguerías! Ah... Gracias, cariño.

---

*La chica le sostuvo la mirada. Tenía la piel del rostro cubierta de maquillaje, que la hacía parecer tan artificial como el cartel luminoso que parpadeaba en el espejo, tras ella.*

---

La camarera soltó las dos jarras con estrépito, pero no se alejó. Cuando percibió que clavaba la vista en él, Nómada la miró con el ceño fruncido. Los labios carmesíes de la muchacha estaban fruncidos en un gesto contrito.

—¿Eso es lo primero que haces? ¿Te sientas a beber... y ya está?

—Charlaba con un viejo amigo. ¿Quieres unirte?

La chica le sostuvo la mirada. Tenía la piel del rostro cubierta de maquillaje, que la hacía parecer tan artificial como el cartel luminoso que parpadeaba en el espejo, tras ella. La luz verdosa arran-

caba extraños destellos de su cabello, una melena de pelo lacio y rubio que recorría su espalda hasta el trasero de glúteos embutidos en un pantalón corto de cuero.

—Eres un hijo de puta, Nómada.

—Eh, cariño —intervino Leon, en voz baja—. Cuida lo que dices, ¿vale?

—Eres un hijo de puta —insistió la chica, inclinándose sobre la barra—. Cinco años sin una llamada, sin una triste visita, y ahora ¿a qué vienes? No pensarás en reclamar nada, ¿verdad?

—Lo que yo quiera reclamar no es asunto tuyo —respondió Nómada, con voz tranquila.

—Claro que lo es, porque somos nosotros quienes cuidamos de ella y de la pequeña mientras tú te paseas por ahí creyéndote alguien, follándote a cualquier guarra de los bares de carretera.

—¿Ahora te preocupas si me tiro a tus compañeras de profesión, cariño?

La bofetada le cruzó el rostro. Cuando volvió a enderezar la vista, la muchacha ya se había marchado. Junto a él, Leon lo observaba con las cejas arqueadas, enmudecido. Nómada suspiró.

—Gracias por la cerveza, Leon. Hablaremos más tarde.

—Claro, tío. Lo primero es lo primero.

Nómada fue hacia las máquinas tragaperras, a cuyo lado se distinguía la puerta pintada de negro. En la mesa de la esquina, un viejo trajeado permanecía recostado en el banco bajo una muchacha que lo

besaba sentada a ahorrajadas sobre su regazo. Nómada apartó la mirada y abrió la puerta negra; en el pasillo apenas se oía la música del bar o las voces de los clientes. Nómada recorrió el corredor sin prestar atención a la pared de la izquierda, donde unos espejos sucios reflejaban la mancha de cuero salpicada de tatuajes y cubierta por una barba canosa que cruzaba el pasillo al mismo tiempo que él, como si se hallara en una dimensión paralela.

Cuando entró en la cocina, la mujer le daba la espalda. Pese al puño que le constreñía el abdomen, se relajó un poco cuando distinguió el pelo negro y la espalda encorvada.

—Hola, Cris.

—Nómada. —Al girarse, todavía llevaba el cuchillo en la mano. Chasqueó la lengua—. A Coral no le va a hacer ninguna gracia verte aquí.

—Lo sé. ¿Dónde está?

—En la ciudad. Tenía cita con el médico. Debe haberse retrasado el bus.

—¿La niña está...?

—Solo es un resfriado.

Nómada cabeceó. Cris volvió a darle la espalda. La hoja del cuchillo resonaba sobre la tabla, de la que se derramaban los jugos del tomate que partía.

—¿Vas a quedarte?

—No puedo.

—Ah. Pensábamos que habías olvidado el camino de vuelta, ¿sabes? A veces pasa.

—Llevo una moto, Cris, no un crucero. No es tan difícil dar media vuelta.

—Bueno, era eso o pensar que te importaba un carajo lo que habías dejado aquí.

*Tac, tac, tac*, hacía el cuchillo sobre la tabla. Nómada soltó el aire entre las gruesas cerdas de su bigote.

—Supongo que es mi naturaleza.

—Pues es una naturaleza de mierda. Siéntate.

—Escucha, Cris, no puedo quedarme mucho tiempo...

La mujer dejó sobre la mesa un cuenco con ensalada y señaló la única silla que no estaba coja. Nómada suspiró antes de obedecer.

—Te habrías llevado bien con mi madre —barruntó. Luego cogió el tenedor y lo hundió con fruición entre los tomates y la lechuga.

—Debió de ser una santa mujer si fue capaz de soportar a alguien como tú, incluso siendo su hijo.

—No siempre fui así.

—Pensé que habías dicho que era tu naturaleza.

Se mantuvieron la mirada durante un instante, mientras el hombre sujetaba el tenedor con un trozo goteante de tomate. Al fin, los dos se echaron a reír. Nómada masticó el tomate antes de pinchar más.

—Está buena —reconoció.

—Claro que sí. Seguro que no has comido nada decente en... ¿los últimos cinco años?

—En los últimos trece años, en realidad.

---

*La mujer dejó sobre la mesa un cuenco con ensalada y señaló la única silla que no estaba coja. Nómada suspiró antes de obedecer.*

---

—¿Ya has visto a Leon?

—Nos saludamos y poco más. Fue antes de que Stephanie me partiera la cara.

—Es una chica muy impetuosa. Mantiene a raya a los que intentan propasarse. Nos ahorramos un buen dinero en porteros.

Nómada ahogó un gruñido y siguió comiendo. Dos pinchadas después, masculló:

—¿Y Ben? ¿Cómo está?

—Viejo y cansado. No me ha dicho nada, pero sé que quiere cerrar este antro.

—¿Y se lo vas a permitir?

—¿Por qué no? No eres el único al que le apetece desaparecer, Nómada. Nos vendría bien un descanso.

El hombre dejó el tenedor en el cuenco vacío.

—Lo siento.

—¿Por qué, exactamente? —quiso saber la mujer, ladeando la cabeza.

—Por dejarlas aquí e irme. No fue lo correcto.

—¿Y qué es lo correcto? ¿Lo que te diga yo, lo que diga Stephanie? ¿O lo que te diga el corazón?

---

*Es una chica muy impetuosa. Mantiene a raya a los que intentan propasarse. Nos ahorramos un buen dinero en porteros.*

---

Nómada cabeceó y luego se puso en pie. Introdujo la mano en el interior de la ajada chaqueta de cuero y extrajo un abultado sobre de papel reciclado, que dejó sobre la mesa.

—Para Coral y la pequeña. ¿Se lo darás?

Cris recogió el sobre, lo abrió y revisó el contenido. Luego frunció los labios y alzó la mirada.

—¿Qué te hace pensar que aceptará tu dinero después de que las abandonarás? Y mucho menos sin saber de dónde sale...

—Confío en que la hagas entrar en razón. No es necesario que sea tan orgullosa.

—Hará preguntas.

—Respóndeselas.

—¿De dónde has sacado tanto dinero, Nómada?

Gruñó antes de dar media vuelta.

—Inventa una respuesta para eso.

Ella lo sujetó del brazo antes de que saliera de la cocina.

—No te vayas. Espera a que vuelva: tenéis que hablar. Tal vez puedas hacerla entrar en razón, tal vez pueda perdonarte... si te quedas.

—Cris, tengo que irme.

—¿Por qué? ¿Por qué no afrontas tu responsabilidad, Nómada? ¿Es así como eras antes? ¿También lo abandonabas todo?

Nómada se soltó con brusquedad. Ante la mirada que le lanzó, Cris dio un paso atrás, con la cabeza gacha. Él abrió la puerta.

—Gracias por la ensalada, Cris.

Después salió y cerró de un portazo.

En el local apenas quedaban la mitad de los clientes. Del viejo trajeado y su grácil acompañante tan solo quedaban las copas vacías y dos ceniceros rebosantes con los restos de un sinfín de cigarrillos.



En la barra, Leon se incorporó con pesadez, pero Nómada cruzó la estancia sin detenerse. Los dos hombres intercambiaron una mirada y después un breve saludo con la mano. Leon ocupó el taburete de nuevo.

Los vehículos que circulaban por la autopista emitían un zumbido constante. A través del pequeño aparcamiento, Nómada se palpó los bolsillos de la chaqueta hasta dar con las llaves. La motocicleta lucía un arañazo en el guardabarros trasero y tenía el asiento de cuero despellejado. Por lo demás, permanecía en el mismo estado que cuando la sacó de aquel trastero de alquiler. En el instante en que se sentaba a horcajadas sobre la moto un avión surcaba el cielo sobre su cabeza en dirección al aeropuerto. Por eso no oyó los pasos detrás de él.

La barra de hierro lo golpeó en mitad de la espalda con tanta violencia que lo tiró de la moto. Con un gruñido sordo se revolvió en el asfalto, ya con la navaja en la mano, pero la barra volvió a caer sobre él, impactándole en el hombro. Cuando el agresor vestido de negro rodeó la motocicleta, Nómada estiró una pierna y lo golpeó en la cintura, no muy lejos de la entrepierna, luego saltó y lo amenazó con la navaja, pero antes de que pudiera dar un paso más oyó el martilleo de la pistola en su nuca. Con gesto cansado, levantó las manos y soltó la navaja.

—Tranquilo, *amiguico*. Usted y yo vamos a dar un paseo, ¿sí? Me lo debe desde hace muuucho tiempo.

Un furgón salió a toda velocidad de la autopista y se detuvo con un frenazo junto a ellos. Al otro lado del aparcamiento, junto a la puerta del pub, Leon los miraba boquiabierto.

—¡Nómada! —exclamó.

El gordo luchó por rodear su propia cintura en busca del revólver, pero antes de que diera con él se abrió el portón de la furgoneta, desde donde un encapuchado le disparó con un rifle.

—¡No! —gritó Nómada, pero ya era demasiado tarde. Un volcán rojo sangraba en el pecho de Leon, que se desplomó con gesto sorprendido.

La boca junto a su oído le salpicó con algunas gotitas de saliva cuando volvió a hablar.

---

*Las luces pasaban a toda velocidad al otro lado de las ventanillas oscurecidas. El de la pistola, sentado frente a él, se quitó la capucha.*

---

—Estará contento: su terquedad no hace más que dejar un rastro de cadáveres por el camino.

Quiso revolverse, pero la pistola se le hincó aún más en el cogote.

—No se me haga el valiente, ¿sí?, el gordito ya está muertito. Ahora se va a tranquilizar, boludo. Súbase al auto.

Pero no esperaron a que se moviera por sí mismo; el tipo del rifle y el de la barra de hierro lo agarraron por los brazos y lo llevaron a rastras hasta el interior del vehículo, que derrapó al echar marcha atrás para regresar a la autopista a toda velocidad. Antes de que se cerrara el portón vio a Cris y a la camarera, que salían del pub y chillaban al ver la mole ensangrentada e inmóvil de Leon.

Luego la furgoneta se puso en marcha.

Las luces pasaban a toda velocidad al otro lado de las ventanillas oscurecidas. El de la pistola, sentado frente a él, se quitó la capucha. Los cabellos negros como el azabache estaban cubiertos de una capa viscosa de sudor, que también le humedecía las mejillas pálidas y los labios gruesos. Flanqueado por los otros dos, Nómada apenas pudo moverse en el incómodo asiento cuando aquel individuo le palmeó el hombro.

—No pensé que nos llegara a traer tan lejos —barruntó el tipo, poniéndose unos guantes de cuero en el instante en que la furgoneta tomaba una curva pronunciada—. Y todo por un puñado de papeles, ¿de veras esto le sale rentable? ¿Qué va a hacer ahora?

—Partirte la cara en cuanto tenga oportunidad.

—Cuento con ello —respondió, con un breve asentimiento—. Aunque ya ha perdido su moto y su libertad, chingón. ¿Y esa mamacita que salió en busca del gordo? Quizá debamos regresar a por ella

para saldar la deuda.

Nómada saltó hacia delante, pero los dos brutos lo agarraron con fuerza, por lo que apenas se separó del asiento.

—Déjalos en paz —siseó entre los dientes—. Tus problemas son conmigo.

—¿Qué onda con usted, *amiguico*? Si usted y yo nos llevamos perfectamente. —Se carcajeó en voz baja mientras encajaba el silenciador en la boquilla de la pistola—. Atiéndame, ¿sí? Sabemos que usted tiene billetes de sobra. Queremos que nos devuelva el préstamo, y que lo haga con intereses. Es bien fácil: vamos a un cajero, nos da la plata y usted se va sobre sus pies. Si se niega, le encajo una bala entre las cejas, lo tiro por un terraplén y que Diosito se ocupe de usted. No se lo tengo que explicar de nuevo, ¿verdad?

—No tengo con qué pagarte, García. Solo tengo mi moto, ya lo sabes. Por eso acudí a ti.

García suspiró. Se aseguró de que el silenciador estaba bien colocado, apuntó a la pantorrilla de Nómada y disparó.

—¡Hijo de puta! —exclamó, mientras los brutos lo sujetaban. La sangre pronto empapó la pernera del pantalón vaquero.

—*Amiguico*, no es buena idea tomarme por boludo. La próxima vez apuntaré más al centro.

---

*Aunque estaba en blanco y negro, Nómada reconoció al muchacho de cabello corto, sonrisa nacarada y gesto tranquilo que protagonizaba la fotografía tamaño carné.*

---

—¡Que no tengo dinero, joder! ¡No tengo nada!

García soltó la pistola, rebuscó en la mochila negra del asiento contiguo y extrajo un dossier arrugado. Lo abrió y le mostró el primer folio.

Aunque estaba en blanco y negro, Nómada reconoció al muchacho de cabello corto, sonrisa nacarada y gesto tranquilo que protagonizaba la fotografía tamaño carné. Más arriba, un encabezado embotonado rezaba «*Missing*». Junto a su nombre completo, aparecía la fecha de nacimiento, empleo habitual y la última localización conocida.

—Arquitecto a saldo del Estado —leyó García, con sorna—. Es usted, boludo, aunque los años no han sido muy amables con su cara de chingón.

Nómada alzó el rostro, tranquilo, pese a que la mancha del pantalón cada vez era más amplia.

—En serio que eres un idiota, García. Te han timado.

La bofetada tampoco lo pilló desprevenido.

—No quiero más juegucitos, ¿le queda claro? Me tiene los huevos hinchados con tanta boludez. Este es usted. Santos del Valle García. ¡Vaya, además compartimos nombre! ¿Qué le parece? ¿Por qué no se aproxima un poquico?

Lo agarró del pelo y tiró de él hacia el folio; el forcejeo duró poco. García recuperó la pistola, la amartilló y le apuntó a la otra pierna.

—Vuélame la tapa de los sesos si quieres, García. Yo ya no soy esa persona.

—Yo diría que sí, *amiguico*. Un poco más viejo, un poco más huevón; el mismo cabrón forrado de papeles. Millonario y con esa pinta de mendigo, qué me dice.

Nómada fue a responder, pero un mareo se apoderó de él. Parpadeó un par de veces. Estaba pálido. Frente a él, García aguantó una risita.

—Me parece que la bala tocó una vena importante, *amiguico*. En poco tiempo se vaciará como una botella rota. Así que más vale que acepte mi oferta. Soy muy generoso.

—Eres un hijo de puta, García —masculló.

—Va, va, no ofenda a mi madre, ¿sí? Cada uno se gana el pan en lo que puede. Unos construyen casitas para los gordos ricos; otros se la chupan a los gordos ricos. Así funciona el mundo en que vivimos, *amiguico*.

Levantó la pistola y esta vez le apuntó al pecho. Nómada se revolvió con torpeza y miró de reojo por el cristal. La furgoneta se había detenido en una calle oscura, estrecha. No muy lejos del vehículo se atisbaban las luces de un cajero.

—Joder, García, eres imbécil. ¿En serio crees que llevo la tarjeta encima?

La sombra de la duda recorrió por un breve instante el rostro húmedo de labios hinchados. García hizo un gesto y los dos brutos empezaron a registrarle. Nómada permaneció lánguido, con los ojos clavados en las luces del exterior.

—Dice la verdad —gruñó uno de los individuos—. No lleva nada. Solo esto.

Le mostró un carné de identidad caducado. La fotografía de carné era la misma que la del dossier.

García suspiró.

—¿Y ahora qué hacemos con usted, *amiguico*?

—Llévame a un hospital. Si muero te quedarás sin dinero.

—Ahorita respiras y tampoco tengo mi plata, boludo. Estoy cansado de usted.

Le apoyó la pistola en el pecho; Nómada jadeó, tratando de controlar el temblor que pugnaba por apoderarse de su cuerpo.

—Te pagaré, García. Te lo devolveré. Tú ganas... Regresaré. Te devolveré el dinero. Te lo prometo.

—Su promesa vale bien poco, pinche cagón. —Con el ceño fruncido, retiró la pistola—. Creo que ya ha aprendido la lección. Si juega con mi dinero, le costará la vida. Recuerde al gordito.

Hizo otra señal. Uno de los tipos abrió el portón. La brisa del exterior, aunque era suave, le arrancó un estremecimiento mientras García lo agarraba de la pechera.

—Quiero hasta el último céntimo de vuelta, ¿me oye?

—S-sí.

Lo abofeteó de nuevo antes de que los brutos lo lanzaran al exterior. Antes de que el portón se cerrara, la furgoneta ya se alejaba después de un corto rugido del motor.

Solo y rodeado por el hiriente frío nocturno, Nómada intentó levantarse, pero un nuevo mareo lo obligó a caer sobre el asfalto. El sabor cobrizo de la sangre que le llenaba la boca se entremezcló con el de la humedad de la noche y el polvo de la carretera sucia.

\*

Nada más salir del ascensor miró a un lado y a otro; las lámparas del techo se encendieron, aunque él permanecía inmóvil. El rellano olía a jabón, a pino y a pan recién horneado. Después de tomar aire caminó hasta la puerta bajo la letra C y acercó la mano al timbre, sin llegar a tocarlo. Al otro lado se oían voces procedentes de una televisión. Tragó saliva y apretó el timbre dos veces.

—Ya voy —canturreó una voz femenina al otro lado. Los pasos se acercaron con rapidez; el chasquido que hizo la tapadera de la mirilla le hizo contener un estremecimiento. Sentía el ojo clavado en él, y casi escuchaba el aliento detrás de la puerta.

Después de un instante que se le hizo eterno, la puerta se abrió una rendija. Una mujer de mediana edad, en cuya melena se entremezclaban los mechones de color cobre y plata, lo miró con aquellos ojos azules desconfiados —que tan bien conocía— antes de preguntar:

—¿Santos? ¿Eres tú?

—Irene. Hola.

Parpadeó un par de veces antes de abrir del todo. Un delantal de color crema cubría parte del jersey de cuello de cisne y caía sobre la falda larga marrón. Unas zapatillas de felpa dos tallas más grandes de lo que correspondía le envolvían los pies.

—¿Qué haces aquí? —masculló, con los ojos muy abiertos.

—Bueno... Vine a hacer unas gestiones y a pagar algunas deudas. Me pareció correcto pasar y... saludarte.

Irene se retiró un mechón de pelo de la cara antes de asentir y hacerse a un lado.

—Pasa.

La mujer cerró la puerta tras él y lo precedió a través del pasillo atestado de cajas.

—Has tenido suerte, mañana nos mudamos a las afueras —comentó en voz baja luego de entrar en la cocina—. Ya hemos abusado demasiado de la hospitalidad de mis padres.

Sentado en el sofá,  
un niño de unos cinco años sorbía la pajita de una caja de batido, con la vista clavada en los dibujos anime de la televisión ultrafina.

Santos la siguió en silencio. La cocina, de donde emanaba el aroma a pan recién hecho, conectaba con el salón mediante una barra americana. Sentado en el sofá, un niño de unos cinco años sorbía la pajita de una caja de batido, con la vista clavada en los dibujos anime de la televisión ultrafina.

—Estás muy cambiado.

El hombre se sacudió los vaqueros gastados, sobre los que caían los faldones de la camisa azul claro. Se sentía indefenso sin la chaqueta de cuero y desnudo sin la barba que antes le abrazaba el cuello.

—La ropa se me ha quedado un poco grande, sí.

—Lo decía por los tatuajes y... ¿Eso de la cara es una cicatriz?

—Eh... Sí.

Irene lo miró de arriba abajo. Luego gruñó.

—Te fuiste sin nada, sin ni siquiera una maleta, una llamada, una despedida. Nos dejaste aquí tirados. Al principio pensamos que te había pasado algo malo, ¿sabes? Luego la policía nos dijo que todo apuntaba a que te habías pirado. Sin más. Y un mes después llamas a tu madre para decirle... ¿qué? La mujer se quedó destrozada, Santos. Igual que nosotros. Aunque a ella al menos la llamaste.

Suspiró antes de asentir.

—Yo solo... quería saludarte, Irene. Ha pasado mucho tiempo. Si quieres que me vaya...

—¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—Por ahí —repitió ella, lacónica. Luego de una mirada al niño, que seguía embobado con la televisión, lo apuntó con un índice amenazador al mismo tiempo que susurraba con furia contenida—: Desapareciste sin que te importáramos una mierda y ahora apareces en mi casa, doce años después, como si no hubiese pasado nada para decirme que has estado «por ahí». ¿De qué vas? No vendrás a pedirme dinero, ¿verdad? Porque sí es así...

—Tenía unos ahorros que junté antes de irme —dijo él con rapidez—. Jamás se me ocurriría pedirte... Irene, no quería molestarte, solo ver cómo estabas. Te he echado de menos. He tenido una hija.

Aquello la pilló tan desprevenida como a él mismo, que abrió mucho los ojos y agachó la cabeza, con los labios apretados. Ella volvió a apartarse el pelo de la cara luego de un breve asentimiento.

—Así que tienes tu propia familia. ¿Dónde vives ahora?

—En ninguna parte, si te soy sincero. Voy... de un lado para otro. ¿Te acuerdas de la vieja Harley que compré después de la carrera?

—Te pagaron tanto por tus primeros planos que no sabías qué hacer con el dinero. Claro que me acuerdo. ¿Para eso tanto esfuerzo, Santos? Eres arquitecto, y vas por ahí, con esa moto, como si no tuvieras dónde caerte muerto...

—Quizá me equivoqué al pasarme la juventud estudiando —repuso él, alzando un ápice la barbilla.

—Te equivocaste en muchas cosas.

—No seas cruel, Irene...

—¿Y tu hija? ¿Sabes al menos cómo se llama o ni siquiera tienes idea de dónde está?

Santos chasqueó la lengua. Una palidez se apoderó de sus mejillas imberbes.

—Quizá no debería haber venido... Será mejor que me vaya.

Irene se plantó delante de la puerta, con los brazos en jarras.

—Quiero saber por qué te fuiste. Luego te irás.

Santos vació el aire de los pulmones, cabizbajo. Cuando volvió a alzar la vista, Irene lo contemplaba con la decisión plasmada en el rostro pálido.

—Buscaba un hogar —respondió él.

—Tu hogar estaba aquí, con nosotros. Todo se fue a la mierda cuando te fuiste, ¿lo sabías? Héctor y Fede fueron los siguientes en dejar de venir; que se aburrían y necesitaban un cambio de aires, eso nos dijeron. Laura encontró un novio que la absorbía demasiado para dejarse ver siquiera de vez en cuando. Así que nos quedamos Marco y yo.

Una vez que asimiló todo aquello, miró por encima de la barra americana a la cabecita que permanecía fija enfrente de la televisión.

—Se parece a Marco. Tiene el mismo pelo que él.

—Ya lo sé.

—Este nunca fue mi hogar —dijo Santos, despacio, sin apartar la mirada del pequeño—. Esta ciudad, estas personas; nunca me sentí integrado. Debía vivir la vida que me estaba destinada, estudiar lo que mis padres querían que estudiase, y hacer lo que debía hacerse. Había tan poco tiempo para contemplar los atardeceres y amaneceres, Irene, tan poco tiempo...

—La vida es más que ver cómo el sol sale y se va. Hay obligaciones. Problemas. Responsabilidades.

—Lo sé. Pero llegó un momento en que no pude fingir más, en que no pude mantener más esa máscara, esa fachada que todos veáis... Yo ansiaba liberarme de las cadenas que me imponía todo eso. Necesitaba ser libre.

Irene ahogó una amarga risa, desviando la mirada.

—Lo siento, Irene. No pretendía que por mi culpa todos se alejasen.

—¿Tu culpa? Oh, por favor, no me malinterpretes. Ellos se fueron porque les dio la gana, como tú. Tú fuiste el que abrió la veda. La traición que más dolió fue la tuya.

—Cambié. No me sentía... —Resopló, en un intento por encontrar las palabras más adecuadas—. No me sentía como siempre. Necesitaba irme, necesitaba quitarnos el peso de tener que soportar mis salidas de tono, mis cambios de humor. Tenía que encontrar un lugar en que encajara de verdad.

—¿Por eso viajas solo? —Ante el mutismo de Santos, la mujer resopló antes de apostillar—: Encajabas aquí, con nosotros. Quizá, si te hubieras quedado, hubiera sido todo distinto.

—O quizá no.

---

*Santos vació el aire de los pulmones, cabizbajo. Cuando volvió a alzar la vista, Irene lo contemplaba con la decisión plasmada en el rostro pálido.*

---

—Todo eso que decías de que la amistad duraba para siempre, de que éramos... una manada; todo eso era mentira, ahora lo sé. —Los ojos azules de Irene se le clavaban como agujas de hielo azulado—. Te fuiste sin que te importara un carajo lo que dejabas atrás, y después se fueron ellos. Y de vosotros a mí solo me quedaron los recuerdos, y nada más.

Santos soportó aquella dura mirada, en silencio, hasta que, empujados por un resorte invisible, ambos volvieron a mirar el salón. Junto al sofá, el niño miraba al recién llegado con evidente desconfianza.

—¿Ya han terminado los dibujos, cariño? —preguntó Irene, con tono repentinamente suave.

—Sí.

—Ve a lavarte los dientes, que nos vamos al parque a ver a papá.

El pequeño asintió con lentitud y, sin apartar la mirada de Santos, se alejó por el pasillo.

—Siento haberte hecho daño, Irene. Lo siento de verdad.

—No tenías motivos para irte —le espetó la mujer—. Me da igual eso que dices de... las cadenas y... Santos, ni siquiera te despediste de tu madre, solo una llamada... ¿Te has enterado ya?

Santos soportó aquella dura mirada, en silencio, hasta que, empujados por un resorte invisible, ambos volvieron a mirar el salón.

Santos cabeceó y luego se humedeció los labios.

—Sí. Esta mañana fui a visitarla y a... llevarle flores.

—Todo un detalle por tu parte. Aunque estoy segura de que ella habría preferido que se las regalaras cuando aún vivía. —Se mordió el labio inferior, mientras contemplaba la ventanita iluminada del horno—. Te habría avisado, te juro que lo intenté, pero no sabía ni por dónde empezar. Porque ya eras libre, ¿verdad? Sin cadenas. Sin obligaciones. Ni siquiera una visita para asistir al funeral de tu madre.

Con brusquedad, Irene se quitó el delantal, que dejó sobre la encimera, y apagó el horno.

—Nos tenemos que ir. Marco sale pronto de trabajar y hemos quedado con él en el parque. Vamos a ver nuestra nueva casa.

—Me alegro de verte de nuevo, Irene, y de saber que todo os va bien. Discúlpame con Marco o... Al menos dile que no puedo quedarme más. He de volver.

—¿Y a dónde vuelves? Dijiste que no tienes casa.

—No, no tengo.

Irene resopló, airada, antes de salir de la cocina. Él la siguió con los labios fruncidos hasta la puerta de entrada. Una vez atravesó el pasillo, la mujer esperaba a un lado de la puerta abierta.

—Cuídate, Santos. Nos vemos dentro de otros diez años, si hay suerte.

—Cuídate tú también.

Salió en silencio, sin atreverse a mirarla. Cuando ya estaba junto al ascensor, Irene volvió a hablar.

—Si aún aceptas consejos de una amiga, hazme caso: busca a esa hija y cuida de ella. No tiene culpa de cómo sea su padre; ella te necesita.

La contempló enmudecido, mientras recordaba otras tardes, otras conversaciones de intimidad frente a aquellos ojos azules y penetrantes. Después de un breve asentimiento, entró en el ascensor y apretó el botón.

\*

El autobús se detuvo frente al semáforo en rojo con un silbido del freno hidráulico. Entre risas y gritos de alegría, un grupo de escolares cruzó en fila el paso de cebra hasta el parque, donde dejaron atrás la torrecilla oscura de los aseos públicos. El hombre achaparrado, con unas ojeras tan amplias

que las gafas de sol apenas podían disimularlas, salió de los baños y miró a los jóvenes con el ceño fruncido. Luego trotó con rapidez hacia el paso de cebra por donde habían cruzado; el semáforo parpadeaba, a punto de cambiarse, cuando pasó entre los vehículos que esperaban. El conductor del autobús frunció el ceño al observar el chaleco vaquero desgastado, la cabellera grasienta y los bulbos oscuros que surgían bajo las gafas de sol. Sin mirar atrás, el individuo caminó hacia los aparcamientos mientras los vehículos se ponían en marcha.

Nómada bajó de la motocicleta aparcada y le ofreció la mano derecha, que el recién llegado estrechó sin demasiada fuerza. Después, con la misma mano, se sorbió los mocos de la nariz.

—¿Lo tienes? —gruñó con voz áspera.

Nómada abrió una de las mochilas que colgaban a ambos lados de la moto, extrajo un abultado sobre marrón y se lo entregó. Después de echar una ojeada alrededor, el individuo volvió a sorberse los mocos, abrió el sobre y asintió con aprobación.

—García estará muy satisfecho. Quizá te llame para darte las gracias.

—La deuda está saldada. He incluido unos billetes más para que se ahorre cualquier llamada... No quiero volver a saber nada de él; díselo cuando le des el dinero.

—Se lo diré, pero no me hago cargo de las consecuencias...

Nómada lo agarró del chaleco gastado y lo zarandeó una sola vez. Tras ellos, una anciana que arrastraba un carrito de la compra por la acera los miró con evidente desaprobación, sin detenerse.

—Escucha, saco de mierda —masculló Nómada, con la frente pegada a la del tipo—. Habéis matado a Leon y me habéis pegado un tiro en la pierna: son cosas que no olvido fácilmente, así que no me hables de consecuencias. Porque si me volvéis a molestar... no, si os vuelvo a oler a alguno de vosotros, hijos de puta, te juro que tomaré medidas.

---

*El individuo ahogó un gruñido luego de ajustarse el chaleco vaquero, en silencio. Nómada le dio una palmadita en la espalda, subió a la moto y se ajustó el casco negro.*

---

—¿Y qué vas a hacer, Nómada? —inquirió el tipo, inmóvil—. No puedes enfrentarte a todos nosotros... Estás solo.

—No estoy solo. Ya no; nunca más.

Nómada lo soltó con brusquedad y luego le sacudió los hombros, como si quisiera quitarle el polvo de encima. El tipo lo miraba con el ceño fruncido.

—Tal vez haga una visita a Tendón —comentó Nómada—. Seguro que le interesa saber que los imbéciles de García vendéis vuestra mierda en su territorio.

El individuo ahogó un gruñido luego de ajustarse el chaleco vaquero, en silencio. Nómada le dio una palmadita en la espalda, subió a la moto y se ajustó el casco negro. El vehículo rugió con fuerza. Nómada se ayudó de los pies para salir de la plaza de aparcamiento, hizo un gesto de despedida al tipo y aceleró sin mirar atrás.

\*

La puerta automática emitió un par de pitidos cuando entró en la tienda de la gasolinera. Detrás del mostrador, el dependiente frunció el ceño nada más verle: sus ojos oscilaban del pañuelo que le rodeaba el pelo canoso a la chaqueta de cuero, de las botas salpicadas de rojo a los guantes que acababa de meterse en los bolsillos. Nómada se detuvo ante la estantería de las bebidas y agarró una lata de cerveza, una botella de bebida energética y un par de bolsas de patatas fritas. Con gesto ausente, revisó el panel donde colgaban las revistas. En los estantes más bajos distinguió un par de ejemplares porno; después de un instante de indecisión, se alejó de allí sin ninguno. De camino al mostrador cogió un bote de colonia barata y un peine de viaje. Cuando lo dejó todo frente al dependiente, aquel tipo aún mantenía el ceño fruncido.

—¿Es todo? —dijo el empleado, después de una nueva ojeada a su vestimenta.

Pero Nómada no le prestaba atención; estaba demasiado ocupado estudiando todas las golosinas, chocolatinas y gominolas que había en el pequeño estante sobre el mostrador. Al fin se decidió por una bolsa llena de ositos de colores, que dejó encima del resto de artículos.

—Son para mi hija —comentó Nómada, con una ligera sonrisa.

El dependiente ya había pasado todos los artículos por el detector de códigos de barras.

—¿Efectivo o tarjeta?

—Tarjeta.

Nada más cogerla, el tipo ahogó un gruñido.

—¿Me permite su carné de identidad, por favor?

—Por supuesto.

Nómada esperó sin perder la sonrisa mientras el empleado revisaba a conciencia las dos tarjetas, ambas en vigor. Después de un gruñidito, introdujo la de crédito en el datáfono. Nómada tecleó el número secreto y, después de un pitido largo, retiró la tarjeta. El dependiente ya había embolsado la compra.

—Gracias, vuelva pronto —dijo, con voz monocorde.

Con la bolsa en la mano, salió de la tienda y se dirigió hacia la motocicleta, que aguardaba inclinada junto a uno de los surtidores. Nómada distribuyó la compra entre las dos mochilas que colgaban en los flancos del vehículo, se abrochó el casco bajo la barbilla y montó con agilidad. Su mano se detuvo junto a la llave, sin girarla. Extrajo la cartera de la chaqueta, la abrió y revisó que tanto la nueva tarjeta de crédito como el carné de identidad estuvieran en su lugar. Después de guardar la billetera, encendió el motor, aceleró un par de veces y salió de la estación de servicio, con una amplia sonrisa.

A su espalda, el sol del amanecer brotaba entre los jirones brumosos de la madrugada.

© Antonio Castro Balbuena

---

**Antonio Castro Balbuena** (1992) es graduado en Filología Hispánica y corrector ortotipográfico y de estilo. Ha publicado distintos ensayos sobre el hipertexto o la literatura fantástica (*El videojuego como nuevo producto narrativo*, Tonos Digital, 2015). También es autor de relatos de fantasía (*La princesa cautiva*, Relatos Increíbles, 2016; *Máscaras*, Almiar, 2017) y de ciencia ficción (*La cruzada de Gabriel*, Narrativas, 2016). Sus textos pueden leerse en su blog personal *El Escriba del Sur* (<https://elescribadelur.blogspot.com>).



## REDACCIÓN ESCOLAR

por Colectivo Indomables

Elisa la distingue al final del pasillo que da acceso a las clases de infantil, está junto a la ventana, mira sin ver la fina lluvia que cae tras los cristales. La señorita María es su profesora preferida, a la que más quiere, habla con voz suave, la ayuda siempre que se lo pide y le da unos abrazos cargados de cariño que la reconfortan cuando las cosas van mal en casa.

Corre a su encuentro contenta de verla fuera de clase, de tenerla solo para ella.

—¡Señorita, señorita! Ya he acabado la redacción sobre las vacaciones...

La señorita María se seca con disimulo las lágrimas que han osado escaparse de sus tristes ojos y, ensayando una sonrisa, le responde.

—Muy bien, Elisa. Si quieres, puedes leérmela.

Elisa saca el cuaderno de su mochila y busca el ejercicio. Está impaciente por conocer la opinión de la señorita, aunque teme no haberla escrito tan bien como le hubiera gustado. Lee: «Redacción: ¿Cómo has pasado el verano? Este verano lo he pasado muy bien. Estuve en un pueblo de los Pirineos y por las tardes, después de la siesta, jugaba con mis amigos. Yo era una princesa valiente que luchaba contra un duque malo. Me ayudaba mi primo, que era mosquetero del rey. Luchábamos con unas espadas que nos hicimos y era muy divertido. El día de mi cumpleaños fui con mis padres a *Port Aventura*, me subí en la montaña rusa y en un montón de atracciones. En el coche, cuando volvíamos a casa, mis padres discutieron otra vez, y por la noche mi madre me despertó para darme un beso y me dijo que me quería. Por la mañana no vino a despertarme como hace siempre. Papá me explicó que se había marchado de viaje y que tengo que quedarme con los abuelos una temporada. Seguro que mi madre vuelve enseguida. La estoy esperando».

La señorita María permanece callada durante unos interminables segundos, luego estrecha a la niña y la envuelve con la ternura de sus brazos. Sus lágrimas mojan la mejilla de la pequeña. Intenta enjugar el rastro de humedad y es entonces cuando Elisa advierte que hoy no lleva ese anillo dorado con el que acostumbra a jugar.

—Una redacción preciosa. Ve a clase, yo voy ahora.

Elisa obedece y se aleja correteando por el pasillo con su cuaderno en la mano. Antes de entrar en el aula, se gira hacia a la señorita María, ve su silueta frágil recortada por la luz grisácea de la mañana y recuerda a su madre. Seguro que no tarda en volver.

© Colectivo Indomables

---

**Colectivo Indomables** está formado por cinco personas con talento creativo. Asisten a un taller literario y este curso el reto planteado fue escribir un relato coral. No sin pocas dificultades, y descartando un borrador previo, salió adelante este relato, que lleva la imaginación de todos y un pedacito del corazón de cada uno. Para que el lector juzgue el valor de esta obra, es imprescindible saber que la enfermedad mental aqueja a todos los miembros del colectivo. Esto no les impide soñar, narrar y emocionarnos con su relato: «Redacción escolar».

## EL DOLOR DE TUS NUDILLOS

por Rafael López Vilas

En contra de lo que suele pensarse, en ocasiones ocurre que no es el propio individuo el encargado de afrontar la búsqueda de su destino, sino que, al contrario, es éste quien, por algún motivo, prefiere apelar a la excepción y saltarse sus propias normas. Fue así como debió suceder con Rita O'Hara, cuyo destino travistió el protocolo y, en un inesperado intercambio de papeles, decidió salir a su encuentro en el interior de un armario ropero de su apartamento.

El hecho la sobrevino como si tal cosa. Rita O'Hara abrió las puertas del armario del dormitorio conyugal y se dispuso a colgar las camisas recién planchadas con el cuello almidonado, tal y como le gustaba a su marido, colocándolas cada una en su percha. Luego colocó los jerséis, cada uno de ellos doblado de la misma forma que el anterior y, al posarlos, tropezó con una voluminosa dureza bajo uno de los jerséis. Rita tragó saliva. De sobra sabía lo que era. Y la asustaba. Terriblemente. Sólo con pensarlo, se le abría un agujero de angustia en el pecho por el que se colaba una fuerza aterradora que provenía de su interior y la succionaba, y Rita O'Hara, si bien trataba de resistirse con todas sus fuerzas, no podía impedirlo, y aquel agujero de pánico terminaba engulléndola sin remedio. Aun así, a pesar del miedo, a pesar del espanto que le producía recordar su imagen, levantó el jersey y allí estaba, aleado, frío, letal; el revolver de su marido conservaba intactas sus inquietantes propiedades. Un escalofrío la sacudió y trepó por su espina dorsal hasta el cuello. Sus ojos titilaban aguzados por el temor de que su esposo fuera a aparecer tras ella en cualquier momento. Sabía que no sucedería, que a aquella hora Spencer se encontraba aún en la mitad de su jornada, y que todavía habían de transcurrir varias horas antes de que éste decidiera abandonar la compañía de sus compañeros de trabajo y volviese a casa para la hora de la cena. Pero tenía miedo. Lo sentía. No podía evitarlo. Se sorprendió al ver que mantenía el revolver sujeto entre sus manos. Ni siquiera era consciente de haberlo cogido. Se observó en el espejo. El arma era una protuberancia mortal encastrada entre sus dedos. Levantó el brazo y apuntó a su imagen en el espejo. Era ella, o más bien su reflejo y, por un momento, Rita sintió la tentación de apretar el gatillo y disparar, de eliminar su residuo inverso primero, luego su sombra y, por último, y para completar el círculo, fantaseó, dispararía sobre sí misma, se descerrajaría un disparo introduciéndose el cañón del revolver en la boca, tal y como su marido la enseñara una noche, hacía algún tiempo.

---

*Rita O'Hara abrió las puertas del armario del dormitorio conyugal y se dispuso a colgar las camisas recién planchadas con el cuello almidonado, tal y como le gustaba a su marido, colocándolas cada una en su percha.*

---

Naturalmente, aquella noche Spencer estaba borracho, o casi; la cena no estaba preparada todavía o no había suficiente cerveza en la nevera o había demasiadas moscas revoloteando en el cielo de la cocina. Daba igual. Exactamente igual. La capacidad para la improvisación de pretextos de aquel hombre era infinita. Spencer cayó sobre ella y, tras un forcejeo desigual, la condujo por todo el pasillo sujetándola del cuello y lanzándola de una a otra pared. Luego la zarandeó como a una muñeca y golpeó su cabeza contra el pomo de una puerta. La sangre salía a borbotones de la boca de Rita, que apenas conservaba fuerzas para gritar. Spencer marchó al dormitorio y al volver traía el revolver consigo. Se detuvo ante ella y la apuntó directamente a la cabeza. Si me diese la gana, te mataría aquí mismo, le dijo, acuclillado sobre ella. Sabes que lo haría. Soy capaz. Lo sabes, ¿verdad? Rita no pensó que aquella fuera una pregunta, y Spencer la golpeó con la culata del arma en la sien y le gritó, He dicho que verdad, ¿no me has oído? Rita asintió con la cabeza y él dijo que buena chica, que Así me gusta. Luego deslizó el cañón del revolver sobre ella y fue arrastrándolo sobre el vestido por todo su cuerpo. Con el mismo cañón levantó el vestido primero, después apartó la braga y, de seguido, tras permanecer un segundo a las puertas, introdujo la punta del cañón en su vagina. Ni se

te ocurra moverte, le advirtió O'Hara, que jugueteaba con el revolver realizando una especie de enfermizo bombeo. El gatillo es muy sensible, dijo. Rita lloraba en silencio, aterrorizada, inmóvil, sin saber qué hacer, a su merced. Entonces él insertó el largo del cañón hasta el fondo, hasta sentir la resistencia del grueso del tambor al besar sus labios mayores, y con la mano, hizo oscilar el resto del arma levemente. ¿Te gusta, no es cierto? sibiló él. Luego lo extrajo, y tras unos segundos contemplándolo en su mano y olfatearlo, posó el cañón en los bombos ensangrentados de Rita, que se abrieron como una puerta automática y lo introdujo en el interior de su boca. Chupa, le ordenó. Rita sollozó y él le repitió que chupase de una puta vez o le abriría un agujero cojonudo en la nuca. Rita chupó el largo del cañón torpemente, como si éste fuese el falo biomecánico del mismo demonio y aquella, su primera mamada. Buena chica, le dijo dándole una palmada en la mejilla y esbozando una sonrisa, como si en realidad lo que acababa de pasar lo llenase de satisfacción. Luego se incorporó y se dirigió a la cocina, donde esperó tomando una cerveza a que Rita acabase de limpiar la sangre y fuera a servirle la cena.

\*

La noche en que Rita O'Hara se conjuró para llevar a cabo el asesinato de su marido, Spencer no regresó solo a casa. Como cada tarde, después del trabajo, O'Hara saliera con algunos de sus subordinados a divertirse. Como cada tarde, también, habían estado bebiendo, revoloteando como un enjambre de moscas beodas de bar en bar. Unos antes, otros después, la mayor parte de los tipos que lo acompañaban, fueron descabalgándose de la juerga, y con torpes disculpas o, en algunos casos, más bien torpes súplicas, se escabulleran hasta la tarde del día siguiente, el momento en que O'Hara querría salir y beber de nuevo, y estos tendrían que urdir nuevos pretextos para poder regresar a sus hogares sin que O'Hara lo tomase como una ofensa personal hacia él. Algunos de ellos, los más serviles e indignos, los más abyectos de todos, permanecieron todavía a su lado, sufragando las incesantes rondas de cerveza que O'Hara y su indisimulable alcoholismo reclamaban. Como una pareja de feos terriers, Sibylle Brubeck y Manfred Tristano permanecieron de guardia hasta que O'Hara los convenció (ordenó en realidad) para tomar una última ronda en su casa. Protestaron con tibieza,

*Tiesa como una estaca clavada junto al fregadero, Rita se percató de que estaba temblando, y que sus dientes castañeteaban tras la hinchazón que engordaba sus labios.*

pero finalmente terminaron por aceptar. También, y como cada noche, la cena estaba preparada, mil veces recalentada, sobre la mesa, y Rita aguardaba sentada en la cocina con la mirada perdida, cuando los tres hombres entraron en el apartamento haciendo ruido. Su esposa se levantó y retrocedió hasta el fregadero con el corazón encogido. Esta es mi mujer, voceó Spencer presentándoles a Rita a sus chicos y, de seguido, ingresaron en la cocina con O'Hara pastoreando el grupo de excursionistas nocturnos. Tiesa como una estaca clavada junto al fregadero, Rita se percató de que estaba temblando, y que sus dientes castañeteaban tras la hinchazón que engordaba sus labios. Los tres hombres reían, o quizá sólo los otros dos lo hacían, estallando en hilarantes risotadas que mecanizaran desde la firma de su contrato a la

sombra de O'Hara. ¿Lo veis?, les dijo, señalando la fuente de comida y el servicio puesto sobre el mantel en la mesa. Mi *mujercita* espera despierta cada noche con la cena a punto para su *maridito*. A continuación, ordenó a Rita que repartiese cerveza para todos (es decir, para los dos terriers y para él), y ella caminó hasta la nevera en silencio; el estante superior estaba atestado de latas de cerveza; también lo estaba uno de los estantes de la puerta y el cajón que el fabricante de la nevera pensara destinar para guardar las hortalizas. Rita sacó tres y depositó una delante de cada uno de los dos visitantes en la mesa y le tendió otra (la mano le temblaba extraordinariamente al hacerlo) a su marido, que permanecía de pie como un sediento maestro de ceremonias. O'Hara tiró de la anilla y la arrojó al suelo sin contemplaciones. Sorbió un trago y luego escupió el líquido convertido en una espuma ocre que burbujeó sobre el linóleo que encintaba el suelo. ¡Está caliente!, bramó él, y sin mediar un segundo, le chilló que era una idiota que no sabía hacer nada, que cuántas veces tenía que decirle que la cerveza tenía que estar fría, ¡FRÍ-A!, que cómo se atrevía a avergonzarse así, delante de sus amigos, y luego les preguntó a Sibylle y a Manfred, ¿veis lo que os decía?, ¿os dais cuenta de la clase de cosas que tengo que aguantar en mi propia casa? Dijo después, que volvía cansado, hambriento, con ganas de beber una cerveza sentado en su sofá y ver tranquilamente un partido en la

televisión, pero no es nada de eso lo que me encuentro. La cena estaba helada (el pollo era un cadáver que yacía reseco sobre una tumba ovalada de metal) y la cerveza, caliente. ¿No es estúpida?, inquirió, y luego estalló en una risa gutural y los otros dos rieron a su vez como si estuviesen en un plató de televisión grabando un programa, y el cartel que manda aplaudir al público se iluminase tras un comentario supuestamente ingenioso del conductor del espacio. Lo es, asintió O'Hara, claro que lo es... y muy puta, además. El silencio se espesó con una tensión grumosa al instante. Los largos dedos de su mano derecha estrujaron el pecho izquierdo de su esposa con una obscenidad desnuda. Rita se apartó un tanto, empalidecida de humillación. Spencer se enojó y preguntó qué suponía ella que estaba haciendo. Gritó que acababa de decirle que no lo avergonzase delante de sus amigos, con una voz tan afilada como una cuchilla de sierra. Rita era del tamaño de una muñeca de trapo al lado de aquel simio, y éste la atrajo hacia sí y comenzó a manosearla sin pudor. Rita miraba a los otros dos simios, sentados a la mesa, bebiendo la cerveza caliente, como si estuviesen viendo el show de Johnny Carson por televisión o una película de vídeo pornográfica, ambos luciendo una babosa sonrisa, mientras, en vano, ella trataba de zafarse de las garras de su marido. O'Hara le soltó entonces una bofetada que restalló multiplicándose entre el alicatado de la cocina y las sartenes que colgaban del mismo. Rita enmudeció, y Manfred y Sibylle tragaron saliva, a la vez. Luego, O'Hara la sujetó del pelo con una mano y tiró de él obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Estate quieta, le ordenó con un rugido de voz. ¡No, por favor!, fue la única súplica que Rita pudo proferir antes de que su marido, más borracho todavía que a su llegada a la casa, les enseñase a Sibylle y Manfred cómo, según él, se follaba de verdad a una mujer.

Manfred y Sibylle lo vieron todo. Cada detalle. Ninguno dijo nada. Ninguno de los dos hizo nada. Nada por impedirlo. Por hacer que aquella pesadilla terminara. Ni siquiera lo intentaron. Ni un movimiento. Ni una palabra. Cero. Se limitaron a permanecer en sus sillas bebiendo de sus cervezas calientes con una sonrisa boba pegada en sus bocas, sin fuerzas para apartar la mirada. Spencer la violó. La echó sobre la mesa, y pese a la ostensible flacidez de su miembro, la embistió como una bestia salvaje mientras Rita ahogaba sus gritos bajo la mordaza de su mano. Ofuscado por su incapacidad para eyacular, O'Hara dio por concluido el espectáculo y, al terminar, se guardó el pene tras la cremallera de sus pantalones y les ordenó a los otros dos que se largasen. Rita estaba tirada en el suelo con las bragas esposándole los tobillos. Spencer escuchó el sonido de la puerta del apartamento al cerrarse y le preguntó a Rita que cómo era capaz de hacerle algo semejante, que cómo se dejara follar delante de dos desconocidos. Eres una puta, aulló él. ¡Seguro que hubieses deseado tirártelos a los dos! Que te hubiese gustado chupársela a ambos, que, con seguridad, alguno de ellos (o quizá los dos) venían a follársela mientras él se deslomaba en el trabajo para darle de comer y traer dinero a casa.

---

*En el fondo, pese a todos los pensamientos que bullían en su cabeza, Rita sabía lo que a continuación sucedería.*

---

En el fondo, pese a todos los pensamientos que bullían en su cabeza, Rita sabía lo que a continuación sucedería. O'Hara comenzó a zurrarle; siguió gritándole, insultándola, por toda la casa, por el descansillo, las escaleras, la calle, Ahora estás donde mereces, con las demás furcias, le espetó mientras la empujaba bajo la lluvia que empapaba su camisón, adherido a su cuerpo como una segunda piel transparente, y la dejó allí, asegurándole que le daba asco, voceando que no la dejaría entrar jamás en su casa. Spencer regresó al apartamento y se quedó dormido en el sofá, con la televisión programando la teletienda y un cigarrillo agonizando sobre la alfombra, roncando plácidamente hasta el día siguiente. Entretanto, bajo el aguacero, Rita arrastró su maltrecho cuerpo hasta la cornisa del inmueble contiguo al portal de su edificio y allí permaneció, sentada en el suelo, arrebujada, mojándose y llorando su humillación, el ultraje, la impotencia de una vida de miseria, una vida cruel, sin sentimientos, violenta, que, por algún motivo, se cebaba en ella una y otra vez, hasta que Marla Prittie, la vecina del apartamento veintisiete que vivía en el segundo piso y que a esa hora volvía de la fábrica de cartón en la que trabajaba, la encontró después de varias horas tirada en la calle y la acogió en su casa, tiritando, estornudando, llorando, donde le dio un baño caliente y ropa limpia. Más tarde la ayudó a meterse en su propia cama, que en realidad era la única cama de todo el apartamento, y le dejó la luz del velador de la mesilla prendida el resto de la noche. No hizo preguntas. Marla sabía perfectamente lo que sucedía tras la puerta treinta y cinco del tercer piso sin una semblanza previa. El vecindario entero lo sabía. Era un secreto a voces que aquella bestia maltrataba

a su mujer, pero Spencer O'Hara saludaba en el portal y también en el ascensor, y decía buenos días señora Merryfield o decía buenas noches, señor Strindberg, con este frío parece que nevará, y la señora Merryfield y el señor Strindberg y el resto de los vecinos que habitaban en el edificio, se limitaban a escuchar los golpes y los gritos de pánico de Rita tras las puertas de sus apartamentos. No será para tanto, se convencían unos. Alguien la ayudará, se consolaban otros, o, si las cosas están tan mal, por qué no lo denunciará a la policía; y entonces, subían el volumen del televisor y escuchaban con atención la predicción meteorológica o digerían la crónica del último fiasco de los Mets contra los Dodgers.

En la habitación de Marla Prittie, bajo las mantas, los ojos de Rita alcanzaron todavía para elaborar algunas lágrimas que brotaron de sus glándulas en silencio y fueron a enjugarse en la funda de la almohada. Su vida era terrible, pensó, No puedo vivir así, y Rita pensó que no le importaba a nadie, a nadie le importaba qué podía pasarle, su sufrimiento, su impotencia, ni siquiera a Marla, que abrigara la misma clase de piedad que hubiese sentido al encontrarse un gatito hambriento en la calle. Marla fue débil y cedió ante su impulso, nada más. Eso era todo. Y pensó entonces que su marido terminaría por matarla. Tarde o temprano lo haría. Sabía que podía hacerlo. *Sabía* que lo haría, y a nadie le importaría. Nadie derramaría una sola lágrima por ella. Y eso también lo sabía. Fue entonces cuando recordó el armario del dormitorio.

El armario surgió de entre sus pensamientos en forma de respuesta, una especie de fognazo luminoso que nació de la fatalidad, allende las tinieblas. De un modo espontáneo, recordó el cajón de los jerséis de Spencer. El revolver dormido entre una cuna de lana y poliéster al veinte, al treinta, al cuarenta y cinco por ciento, *made in* Vietnam. En ese momento, Rita se aseguró que aquella noche no volvería a repetirse; decidió que no se repetiría jamás y, antes de dormir, o ya durmiendo y entonces soñaba, pensó en lo hermoso que sería que su marido muriese, lo hermosa que sería su muerte, todo aquel silencio y aquella paz que no había sentido nunca, y durante un instante, antes de quedarse dormida o mientras dormía, y por tanto y al igual que antes, estaba soñando, pensó, sentenció, concluyó que, lo realmente hermoso sería, en realidad, tomar el arma del armario y pegarle un tiro a su marido y contemplar sus ojos; ser testigo del momento exacto en que Spencer comprendía que sí, que efectiva, tácita, irremediamente se moría, que allí se terminaba todo y que había sido ella, su mujer, la esposa sumisa y abnegada, su esclava, la que apretara el gatillo de su propio revólver, el arma que, como aquella infausta noche que Rita recordaba, su marido preservaba para las grandes ocasiones. Luego se quedó dormida o siguió durmiendo y quizás soñase algo distinto, hasta la mañana siguiente en que salió de casa de Marla Prittie sin hacer ruido y regresó a su apartamento en el tercer piso, donde despertó a Spencer y recogió la casa, y cuando tras el desayuno él se marchó al trabajo como cualquier otra mañana, Rita fue hasta el dormitorio y se sentó sobre la cama. Allí permaneció observando la pila de jerséis a través de las puertas entreabiertas del armario, sumida en un coágulo de silencio. Después, un técnico de televisión llamó a la puerta, y con su habitual amabilidad, todavía con el corazón en la boca, las mejillas y el mentón llenos de cardenales, Rita respondió que la señora Santa y su marido Natario, sus vecinos guatemaltecos, vivían en el treinta y ocho, al otro lado del pasillo, aunque, dijo, No sé si estarán en casa.

© Rafael López Vilas

---

**Rafael López Vilas.** Nace en la ciudad pontevedresa de Vigo en el año 1975 donde reside y escribe en la actualidad, si bien durante años vivió en Madrid, donde desarrolló gran parte de la labor pictórica comenzada en la Escuela de Artes y Oficios de Vigo en 1995 y que se prolongó durante una década, actividad que compaginó con sus primeros escritos, escritos más o menos serios y mayormente poéticos que vieron luz en el año 2009 con el libro de poemas Recuerdos de la cisterna, cuyo nacimiento supuso la convicción de que escribir, quizá había sido la mejor idea que había tenido hasta la fecha.

## LAS CARTAS DE SANATORIO DE LA SEÑORA ÁGATA

por Daniel Romero Vargas

«Cartas, cartas, cartas», rezonga Pachita, pasando el plumero por al alféizar de la ventana. «Como si éstos se dignaran en leerlas». Gimotea como solo ella sabe hacerlo y la voz se le entrecorta cuando menciona por nombre a cada uno de mis hijos. Su aire de sirvienta le ha dado la prestancia y el orgullo que cabrían bien en un óleo. Su olor corporal rancio se ha emparejado con el mío y ésta debe ser la maldición de la senectud.

«¡Bah!», exclamo, pretendiendo no dar importancia a sus palabras. Aunque le he ordenado traerme los implementos de escritura, Pachita se ha hecho la zueca como solo ella sabe hacerlo y está empecinada en quitar todo el polvo de mi cuarto de tuberculosa.

«¿Para qué son las órdenes de los doctores entonces?», pregunta. Para darse importancia de sus estudios en las Europas, le digo, pero ella, empecinada, me ha replicado que mi descanso es importante.

«¿Para qué?», digo. Argumento que no me canso como antes y que toso menos en las noches (no menciono cuidadosamente el esputo o la sangre).

«Descansa tú», me dice, usando el tuteo como cuando está exasperada.

«Ya, ya», le respondo. «Bien descansadita para cuando empiece el viaje eterno».

Alborotándose más por mi respuesta —aborrece cualquier mención de la muerte—, me acusa de enredarla con mis palabras y de escarapelarles la piel a los doctores de Jauja. «Háblenme en su francés y en su alemán», les digo y ellos detectan la sorna en mis palabras. Juro que apenas deben saber saludar en esos idiomas. «Son buenos en lo suyo: curar», dice Pachita.

---

*Mi tozudez es enorme como las montañas y Pachita lo sabe. No en vano ha pasado sus años conmigo.*

---

La verdad sea dicha, me canso. Y bastante. Sostener la madera donde apoyo los folios de papel, la pluma y el papel secante es cada vez más ardua tarea. Quizá sea el efecto de haber escrito tantas cartas últimamente. El pulso no me falla tanto como la mente, que cada vez sucumbe más a los embates del olvido, pero hay ya cierto desgano.

«Listo», dice Pachita, admirando la brillantez de la ventana.

«Ahora estoy lista para escribir», le digo y va a traerme los artículos guardados en el bargueño, el único lujo del cuarto de sanatorio de tuberculosos de Jauja.

Mi tozudez es enorme como las montañas y Pachita lo sabe. No en vano ha pasado sus años conmigo. Me ha acompañado siempre —como sirvienta, nana, esclava, dama de compañía, amiga tenaz de la vejez—, y en todas estas facetas, lo sabe íntimamente, no ha podido limar mi tozudez.

«¿Para qué les escribes de nuevo?», refunfuña. «¿No es eso humillarse?»

«Lo necesitan, y mucho», digo. Y pienso que la conciencia es la peor aliada de los hombres, porque es cínica, hipócrita y encubridora. Y pienso también cuándo le diré a Pachita que su nobleza de toda la vida aún me conmueve. ¿Cuándo tenga valor?, me pregunto. Seguramente hallaré coraje cuando esté más cerca del más allá y le alabaré por la magnificencia de su piel negra y de la delgadez de su cuerpo, que sobrevivieron todas las facetas de su vida conmigo.

«Absurdo», dice Pachita, acomodando los folios de papel. «Que copies la misma carta seis veces».

No le respondo y me aliento para escribir como nunca. Contratar a un amanuense resultaría carísimo, así que debo sacar fuerzas de donde ya casi no hay para copiar la carta seis veces. Hasta ahora, cada uno de mis hijos han leído mis cartas en cadena, pasándoselas del uno al otro.

«Es como mi último deseo para conmigo misma», digo repentinamente y Pachita se persigna, reprochándome por mencionar a la muerte.

Evito reírme, acto que con frecuencia agita ataques de tos, y aliso las olorosas sábanas de mi cama. Sosteniendo el rosario de cuentas de madera de mi tatarabuela, le pregunto a Pachita cómo empezar la carta para mis hijos.

«Hijos ingratos», responde. «Ni se han dignado leer tus otras cartas». Por sus buenos oficios —que los tiene, y muchos— ella se ha enterado de que mis cartas casi siempre han sido devueltas, bien cuando estábamos en Lima y en Chorrillos.

Besando el rosario, le pregunto a Pachita si debo poner realmente Jauja junto a la fecha. «Así despertaré su interés, ¿verdad?», digo. «Total, quien viene a Jauja es por sólo una razón médica».

Pachita sólo me mira, pero en sus ojos de borrego ahorcado leo el mensaje: Jauja, ergo tuberculosis, ergo muerte segura.

«Jauja, entonces», digo. «Y pondré una fecha ominosa». La decisión me parece divertida y me río.

«Sólo recuerda que son tus hijos», me dice Pachita, dejando delicadamente la tabla de madera sobre mis muslos. «No son tus enemigos».

Temiendo que vaya a mencionar al Altísimo, una de sus palabras religiosas favoritas, le ordeno que cierre la ventana.

«Por la ventana entra el aire de la vida que necesitas», dice, acomodando las almohadas detrás de mi espalda.

Sólo suspiro y sé que Pachita se quedará sentada, inmóvil hasta que a mí se me ocurra incluirla en mis conversaciones.

«Tú que lo sabes todo para dar consejos», le digo de pronto, provocándole un sobresalto. «¿Necesito el aire o necesito la vida?»

«No me enredes con tus palabras», dice estoicamente y presumo que querría acariciarme la frente, como en los tiempos de antaño o como hace poco cuando me agredían las tercianas.

«A cada uno les colocaré la fecha de su nacimiento», digo, altanera-mente. «Bonito regalo onomástico tendrán».

Estoy mencionando que se acordarán del día en que nacieron, cuando Pachita dice que es una reverenda sandez. «Todos los días de nacimientos son bonitos porque son obra del Altísimo», dice y va a sentarse en la silla junto al bargueño.

«Me acuerdo de cuando ellos nacieron», farfulla. «Fueron días hermosos y tú lo sabes bien».

Sólo suspiro y sé que Pachita se quedará sentada, inmóvil hasta que a mí se me ocurra incluirla en mis conversaciones.

Por supuesto, escribo: En Jauja, en el año de Nuestro Señor 1933. Dejo una línea donde escribiré más tarde el mes y el día correspondientes. Felizmente los cumpleaños de mis hijos ya pasaron. A todos se les antojó nacer durante el verano y no sé si los calores estivales mal influyeron en ellos.

De pronto, por el corredor se suscita un revuelo. Escucho aullidos y gritos de horror. Miro a Pachita y la veo jugar con las cuentas del rosario.

«Un contertulio menos», digo, pero Pachita no responde. Una lágrima cae por su mejilla, aquella forma suya de rendir honores a un muerto desconocido.

Una sarta de oraciones y murmullos se escucha al otro lado de la puerta. Las Hermanas de la Caridad siempre tan oportunas y abnegadas.

«Pero ya se llenará pronto el vacío en esta Niza peruana», digo, pensando en el arduo viaje a lomo de bestia hasta Jauja. Casos ha habido de tuberculosos muertos en pleno camino hacia este sanatorio; dos hermanas puras como el agua de manantial fueron las más recientes. Una nueva lágrima surca la mejilla de Pachita y concluyo que habría sido una bella esposa en el mundo lógico exterior. La servidumbre, sin embargo, la convirtió en rehén de las taras y limitados beneficios de mi familia.

«¿Será el lombardo ése, Nutti?», pregunto. «¿O el soldado Gayoso, el de la aristocrática familia de Lima?»

Pachita sigue callada, respetando el alma del tuberculoso que ha partido. Me llena de furia que su preocupación sea tanta, aun por desconocidos. Mientras afuera se hace finalmente el silencio, suspiro y ataco al tintero y al papel.

Queridos hijos, escribo, Pachita, la nana de todos ustedes y vieja como yo, no confía en que ustedes lean esta carta.

Afuera se escucha un tenue lloriqueo, quizá el alma del muerto corriendo hacia las montañas, y para acallarlo leo el inicio de la carta en voz alta. Noto que la voz me sale áspera, algo trémula, y me da vergüenza. Pachita carraspea delicadamente, hecha una muñeca negra prohibida de moverse. Sería inútil preguntarle si debo escribir la carta con furia o con la frialdad acostumbrada, es decir, remitiéndome a los hechos. Me resigno a releer la introducción una y otra vez, esperando que Pachita me interrumpa. Podría forzarla. Podría preguntarle como cuando ella me ajustaba el corpiño, antes, en los tiempos de antaño: «¿Por qué no te fuiste a tiempo? ¿Por qué no te dejaste robar por ese negro forajido de nombre raro? ¿Por qué pensar en el Altísimo, en esta familia de defectuosos, y no en ti?»

El lamento que corre a las montañas se deja escuchar de nuevo y me pregunto por qué no ladran los perros si, como dicen, huelen a los espíritus. «¡Falta tinta!», grito de pronto, fastidiada. Exactamente como un berrinche por el cual deberían azotarme, pero Pachita nunca puso una mano en mí, a pesar de la autoridad de los años, años tan largos que parecen un siglo.

Pachita se dirige al bargueño y me trae otro pomito de tinta. El lote de tinta es casi inagotable. He escrito tantas cartas que debo haber agotado las existencias de los almacenes de Lima y de Huancayo.

«Gracias», digo llanamente y Pachita vuelve a sentarse, inmóvil y serena. No me importa que no me devuelva el agradecimiento. La intimidación ha abolido algunas cortesías y para qué darle más vueltas al asunto.

Releo el inicio de mi carta y me siento orgullosa de su intensidad, como sucede en toda excepcional novela. Aunque, claro, Pachita me contradiría, argumentando que ningún inicio de libro terrenal es comparable al de la Biblia. De cualquier manera, mi carta brilla con esplendor natural y, con trazo firme, prosigo:

Me dirijo a todos ustedes con el derecho de llamarlos así, «Queridos hijos», aunque algunos no sean producto de mi vientre ni todos sean queridos. Ustedes sabrán comprenderme. A estas alturas de nuestras historias familiares, sabemos quiénes somos. Además, las veleidades de ser muy anciana —decrépita, dicen ustedes— y la postración en esta cama de tuberculosos me confieren tal derecho.

Estoy calibrando la fuerza de la palabra derecho, cuando escucho tosidos en el cuarto vecino. Se suceden murmullos y llanto. Las hermanas están socorriendo a un paciente, un mozalbete de aspecto fantasmal. Pachita musita una oración sobre la esperanza. Bah, pienso, esperanza es para quien nunca supo soñar.

En fin, queridos hijos —prosigo con mi carta— aquí me tienen persistiendo en escribirles de nuevo. Pachita, que se ha vuelto sabia de un momento a otro, arguye que ustedes no leen mis cartas porque no exudan amor. ¿Es falencia mía? No lo creo, le respondo, asegurándole que ustedes intuyen que no les dejaré herencia cuando parta a los brazos del Señor o del diablo.

---

*Afuera se escucha un tenue lloriqueo, quizá el alma del muerto corriendo hacia las montañas, y para acallarlo leo el inicio de la carta en voz alta.*

---



«Pachita, dime, tú que eres sabia», digo súbitamente. «¿A quién prefieres que acuda cuando me llegue la hora? ¿Al Señor o al diablo?»

Pachita me mira haciendo una mueca de compasión, con el rosario de mi tatarabuela enredado entre sus dedos toscos y resecos. Aunque no le sorprenden mis alusiones blasfemas, ganas tiene de exorcizarme.

«¿El Señor o al diablo?», insisto. «¿Cuál será más magnánimo con esta criatura?»

Ante mis roncas carcajadas, Pachita baja la cabeza y enfoca la mirada en la punta de sus zapatos. Siempre le he envidiado la solemnidad con que junta los pies, reposando satisfechos en la paz de la tierra.

«¿Cómo voy a darle forma a esta condenada carta si no me ayudas?», le digo. «¡Escoge! ¿Dios o diablo?»

Pachita suspira y me advierte que no juegue con el Dios de las Alturas y de los Hombres (sus palabras exactas). Me apunta con su dedo índice, moviendo la mano como si fuera a descolgársele, y me dice: «Basta de sandeces y escribe tu dichosa carta».

«La carta», refunfuño, imitando su tono. «Nada que tenga que ver ni con Dios ni con el diablo, para no ofender a la señorona Pachita». Aliso el folio de papel y prosigo en el empeño epistolar:

---

*Recuerdo cuando a ustedes, de chiquitos, los atormentaban los pecados. En nuestra naturaleza, en nuestro mundo, se nos instila este pernicioso sentimiento del pecado.*

---

Hace mucho dejé de hablar con el Elemento Supremo —Dios— y menos con los Elementos Divinos —los santos de los cielos y los santos que nos rodean—. Una hojarasca malévolamente tupió mi mundo de fe y descendí al llano de los renegados. Pero eso poco importa. Casos así sucede a menudo en todas las latitudes y religiones del mundo. La sola idea, supongo, de confesarme con un intermediario con el Altísimo terminó exasperándome. Sentí que no se me escuchaba. Asunto de humanos desmedidamente humanos. Para creer, supongo, habría que recibir la visita de los arcángeles todas las mañanas. Pecado o no, así dejé que mi fe quedara pulverizada. Pero no nos llamemos a engaño, hijos. Con la vejez, los pecados pierden estatura y uno termina

asimilándolos a los defectos con que nacimos y nos formaron. Sólo los seres perfectos (los hay, pero se esconden sabiamente) valoran el porqué de la existencia de los pecados.

Recuerdo cuando a ustedes, de chiquitos, los atormentaban los pecados. En nuestra naturaleza, en nuestro mundo, se nos instila este pernicioso sentimiento del pecado. Mientras ustedes acudían a mí, buscando expiaciones, yo hallaba en ello el pretexto para amarlos más. Los amaba quizá desmedida e impudicamente, pero era terrible verlos sufrir preguntándome si el ojo invisible de Dios en el cielo los estaba persiguiendo. «¿Nos va a cazar Dios?», llegaban a preguntarme. «No», les decía yo. «¿Nos mira Dios siempre, aun cuando dormimos?», me preguntaban y yo les respondía que sí pero no para acusarlos sino para protegerlos.

De pronto, algunos recuerdos absurdos se me alborotan en la cabeza y dejo de escribir. Pachita da un sobresalto, abriendo sus ojos como si hubiera visto a un aparecido.

«¿Qué habrá sido del cura ése?», le pregunto.

Pachita se lleva la mano al pecho y mueve la cabeza.

«Acuérdate», le digo, dando una palmada en las sábanas. «Aquél regordete y calvo que siempre tenía pretextos para visitarnos».

«Debe haber sido persona tacaña», dice Pachita. «No te fuerces en acordarte de tal persona».

Lo cierto es que quiero recordar su nombre, mientras en mi mente martillean las vocecitas de mis hijos preguntando sobre los misterios de Dios.

«¿El Padre Lengua o el Padre Panza?», digo, arrancándole una púdica sonrisa a Pachita. «Bueno para chismear y excelente para llenarse la barriga contra gula y templanza».

Por más esfuerzo, sólo brotan partes memorables de su retórica. «No es lo mismo decir Christo que Cristo», solía decir, atacando el cambio de ortografía para el muy sagrado nombre. «Como tampoco lo es decir chancho que cerdo».

«Si no deseas escribir, déjalo», dice, de repente, Pachita. «Seguirás otro día».

Reacciono con acritud y le pregunto si cree que me he acobardado, que no quiero transvasar mis pensamientos reales al papel. «¿Me has visto acaso perder mi carácter?», le pregunto y me regala con su silencio. «Me enfureces, mujer, me enfureces».

Doy una fortísima palmada en la cama y el frasquito de tinta se vierte en la tabla. Cuando quiero colocar el papel secante, Paquita ya ha volado como un ángel del socorro y multiplica sus manos para detener la marea negra que viaja hacia los folios de mi artera composición. Tras retirar todo, dejando las sábanas intactas de la agresión de la tinta, me aconseja descansar. «Ya vuelvo», dice.

Una vez que ha transpuesto la puerta, me invade la inquietud. ¿Y si no vuelve?, musito, herida por las espinas de la soledad.

Creo estar temblando cuando entran dos hermanas de la Caridad. Sus sonrisas son amplias, verdaderas. Me preguntan si he rezado debidamente. Mi recuperación de la tisis depende de los doctores, pero a ellos los guía Dios. Bromeo diciéndoles cuánto le debo a Dios. Se ríen cándidamente y, me aseguran, la generosidad de Dios es inmensa e impagable. Me pregunto si así es la generosidad de Pachita conmigo y, mientras las hermanas examinan la cama y mi entorno, miro la puerta entreabierta. ¿Y si no vuelve?, pienso.

Las hermanas mencionan un paseo programado para mañana. Que no me olvide de la tertulia con los señores Albán y Soriano, y con los esposos Orrego-Montclair, los pobres, sufrir los dos de lo mismo al mismo tiempo. Retiran la bacinica y me secan el sudor del cuello y de la espalda. «El tiempo está cambiando», mienten. «Mire cómo sudamos nosotros también».

Cuando se marchan, me siento tratada como a una muñeca de trapo. De tan deteriorada, darle un buen trato es casi una afrenta. Me duele todo el cuerpo y ser tan amable con extraños, fuera de con Paquita, es tarea agobiante. Me pregunto cuándo regresará, ella, tan parca y reservada.

Felizmente los doctores han congeniado con ella, aceptándola como mi empleada particular gracias a una generosa donación para el sanatorio.

Estoy considerando salir al pasadizo, cuando Paquita asoma por la puerta. Trae, sonriendo de satisfacción, una especie de atril. Quizá ella misma le ha aserrado las patas para que encaje perfectamente sobre mi regazo.

«Ten y apresúrate», me dice. «Acaba tu carta que el mensajero postal sale temprano por la mañana».

Me quedo maravillada por la lisa superficie de la madera. Y aunque en ella mi rostro se refleja sin perder crueles detalles, hago lo mejor que puedo para ignorarlo. Un poco de vanidad echa de menos los años mejores.

«Siempre apurándome», digo medio en broma. «Sólo falta que me apures para morirme». Ríe casi sin poder deleitarme con la ocurrencia al notar las uñas ennegrecidas de Pachita. Siempre abnegada, pienso. ¿Debería agradecerle por socorrerme usando sus manos como si fueran papel secante? En todo caso, ¿por qué hacerlo? ¿No era su deber?

Mientras Pachita coloca el pequeño atril y el material de escritura, imagino sus esfuerzos al refregarse las manos entintadas. No en vano es un ejemplo de pulcritud. Pachita Omany la pulcra, pienso. ¿Será realmente ése su apellido legal?

«Escribe», me dice Pachita, esta vez con mucha suavidad. Quizá tiene dificultades para respirar. Va a sentarse sosteniendo el rosario de cuentas de madera. Por un instante le envidio la elegancia y la auténtica religiosidad al sostenerlo. «Escribe», repite. «Se hace tarde».

---

*Cuando se marchan, me siento tratada como a una muñeca de trapo. De tan deteriorada, darle un buen trato es casi una afrenta.*

---

Y es la tarde la división del día que más tememos porque entonces sobrevienen la crisis de tos, la sudoración, la furia con que he llegado a gritarle: «¿Por qué yo y no tú?»

Releo la última porción de la carta y me río. Le menciono a Paquita lo lindos que eran mis hijos de chiquitos. Cada uno llegó a tener su retrato en magníficos lienzos con marcos en pan de oro.

«Ángeles, querubines que los retratistas adoraban», dice Paquita, hundiéndose en sus meditaciones.

«Sí», respondo. «Ángeles lindos. Cuánto me gustaba arroparlos».

Luego, empuñando la pluma, pienso en la extraña relación de mis hijos con Dios.

Suspirando, escribo: Pienso en su relación con Dios, hijos. Ante la ira y la ubicuidad en Dios, cundían en ustedes el miedo y el pecado. Qué desgracia que, cuando crecieron, perdieran el miedo que posibilita la sensatez y que cometieran pecados sin que les pesaran más en el alma.

¿Pero qué puedo criticarles? En este mundo cruel, parece, hay que ser prácticos para llegar a la felicidad pura. Si tal fue su objetivo, hicieron bien. Ya crecidos, siempre vi en sus caras la lozanía de quien es feliz con autenticidad y de quien no desperdicia energías en fingir.

Sólo fueron malos actores cuando decían amarme y mientras más crecían peores actores eran. Por eso sé que sus lágrimas, cuando les dije que me venía a Jauja, fueron artificiales, un compromiso. Cuando me muera, derramarán lágrimas de gozo, eso lo sé, y eso es lo que encabrita a Pachita cada vez que lo menciono. Quizá ella no lo entienda; después de todo ese sentimiento está mutilado en ella al no haber tenido progenie. Sin embargo, los hijos de ustedes, al verlos llorar sabrán entender. Ellos mismos, semillas crecidas con la identidad propia de ustedes, estarán mejor preparados para repetir la actuación y, claro, con más desvergüenza. Una generación supera a la anterior, dicen, para bien o para mal. Yo digo que para peor, irremisiblemente.

---

*Sólo fueron malos actores cuando decían amarme y mientras más crecían peores actores eran. Por eso sé que sus lágrimas, cuando les dije que me venía a Jauja, fueron artificiales, un compromiso.*

---

Por eso, Clementino, hijo, prepárate. Tus hijos te sacarán los ojos. Tal y como quisiste sacármelos denunciándome por senilidad para controlar los dineros, no míos, sino de tu padre (te irrita que llame padre a quien en realidad era tu padrastro, pero el otro, el original, no cuenta por su inutilidad). Te cuento, no obstante, que de esos dineros poco queda. Una parte mínima cubre los costos de este sanatorio Jaujino. La mayor parte la he donado a la congregación de estas Hermanas de la Caridad; tanta falta les hace para ejecutar sus obras. No busques abogados (tan bueno eres para tal labor), pues los papeles están en regla, firmados y sellados. Los ojos que quisiste sacarme serán (eso ruego) testigos de cómo las fauces de tu prole estarán masticando tus propios ojos. Éste es un deseo literal, no simbólico. Que no te parezca extraño. Y viviré hasta entonces. Me resistiré tenazmente a que la parca me lleve. Así será por, digamos, razones de justicia.

Y no, no le dejaré nada a esta Pachita del Infierno como la llamas. La muy terca no quiso nada. No lo merezco, me dijo. Cómo imponerle algo a una persona como ella, hecha de pequeños guijarros con cualidades intachables. Además, aparentemente tiene un pacto con Dios, quien, dice, proveerá. Con tal protección, no terminará viviendo en la calle y hallará refugio con almas similares. Por otro lado, quién sabe, su corazón piensa sabiamente. Debe ser una forma astuta de espantar a los aprovechados, esos mequetrefes no distintos de los hombres de nuestra estirpe. Me acuerdo ahora, lamentablemente, de tu padre verdadero, al que en la familia llamaban «el braguetero» por razones ofensivas que digerí con el paso de los años, después de que abjurara de mí. Pero ésa es otra historia, motivo de una carta ulterior o una confesión postrera en el lecho de muerte.

Dejo de escribir y le pregunto a Pachita si no siente el fresco de la tarde. No responde, pero camina hasta la ventana para cerrarla. Vuelvo a escuchar el lloriqueo de antes, que se me hace propio de un niño. Así lloriqueaban mis hijos cuando eran ángeles que habían perdido un juguete, cuando eran querubines que habían salido contundidos de una riña fraternal.

«No falta mucho para la comida», dice Paquita.

«¿De nuevo? Me están inflando como ganso para paté», respondo, haciendo gestos de que estoy gordísima.

Paquita se sienta y aclara que estoy más delgada que un alfiler. Menciona, además, que la terapia de recuperación no sólo incluye cuidados médicos y descanso sino también, principalmente, sobre-alimentación.

«Y mucha plática», respondo. «A demostrar que uno lee y que está al tanto de las guerras nacionales y de las invenciones del mundo».

«Mejor que hablar contra los preceptos del Altísimo», dice, enfáticamente, Pachita.

«¡Y dale!», digo. «La palabrita ya me está cayendo gorda».

Pachita se santigua y juguetea con el rosario. Menciona que el Altísimo no es asunto para bromear y vuelve a quedarse inmóvil.

Escucho entonces en el cuarto vecino cómo deshacen la cama y entablan una limpieza profunda. La ropa con seguridad será quemada y la habitación quedará vacía por una semana. Preguntándome cuántos desgraciados ocuparon mi habitación antes que yo, empuño la pluma y ataco otro folio de papel.

Lina, hija mía, la más grácil e inteligente de todos —escribo—, tú no tienes prole porque así lo quisieron los elementos divinos. Pero igual, no hubieras engendrado nada bueno. Dejaste tu inocencia muy prontamente y te entregaste a los hombres con facilidad deportiva. Ya conocemos todos tus escándalos, los líos con otras familias, tus escapadas a las provincias como si fueras un fantasma en insaciable celo. Ni siquiera aprendiste nada cuando te hirieron en aquel infame duelo entre dos pretendientes. Agradécele a Pachita, que te cuidó hasta que te recuperaste, para seguir con tu vida licenciosa. Empero, Lina, con mucha desvergüenza te cubrías con tus mantillas de Manila los domingos de misa y dabas exorbitantes limosnas (¡con ellas se habría construido diez basílicas!) Ahora me pregunto aquí, en mi reclusión de la sierra: ¿Rezabas por los cuerpiitos enterrados en nuestro jardín? Tengo mis sospechas ante tantos secretos. Y me siento culpable de que, en su ocasión, se hubieran llevado a aquella sirvienta montuna medio chiflada, acusada de enterrar vivos a sus hijos no deseados. Sospechas y secretos opacan mis recuerdos de ti, hija. Ojalá no acabes peor, deteriorada, abaratada más tu condición de mujer.

---

*Recuerdo entonces la última vez que vi a Lina. Fue un verano en Chorrillos. Estaba emperifollada, hecha toda una ramera, luciéndose junto a un conde francés.*

---

Recuerdo entonces la última vez que vi a Lina. Fue un verano en Chorrillos. Estaba emperifollada, hecha toda una ramera, luciéndose junto a un conde francés. Ni el sol eliminaba esa pátina de tristeza y descontrol en su rostro. Evitamos el contacto, fingiendo no habernos reconocido. Pachita me recrimina de vez en cuando por esto, lo que ella llama cobardía. Cuando eso pasa me quedo callada. Una de las pocas veces en que no digo esta boca es mía. ¿Qué podría responder? ¿No fue acaso un tristísimo pasaje de nuestras dos vidas, el presagio del olvido total? Muevo la cabeza y Pachita me mira inquisitivamente. Cuando le digo que tengo calor, abre nuevamente la ventana.

«Mientras más aire puro respires, mejor», dice. Se queda contemplando el paisaje con sus cielos despejados, verdes pastizales y montañas eternas. Cuando ha absorbido lo mejor de él, sale del cuarto. Entonces, prosigo con mi redacción.

Delano, ya sé, estarás riéndote cuando leas esta carta, que no es diferente de las anteriores, y te reirás más después. Bien sabes que famosos autores son monotemáticos y van, dale que dale, escribiendo sobre lo mismo aunque con diferentes tramas. Por eso, concédeme el derecho a ser repetitiva. Una carta nueva no mejora la anterior, pero la convierte en un ejemplo mejorado donde encontrarás lo punzante, lo risible y lo inolvidable. Por tal razón, a ti, hijo mío no engendrado en mi vientre, te confieso que tus carcajadas caerían bien en mis funerales. Ya antes te reías de mí, gozando cuando tu padrastró, el que te azotaba tarde, mañana y noche, me ridiculizaba con sus infidelidades. A propósito, aquellas infidelidades poco me importaban, considerando que compartía igual situación con otras damas de nuestra sociedad y considerando que me liberaban de deberes maritales.

Retomo el tema de cómo te azotaba tu padre adoptivo. Siendo tú el único hijo que desafiaba su autoridad, podías esperarte tan virulenta reacción. ¿Por qué entonces me culpabas de instigar tales castigos? Yo te defendí cuanto pude. ¿Cómo podría haber soportado tanto castigo en un hijo mío a manos de un desalmado infiel? Él aseguraba que su motivo era acendrar tu carácter, en fin, enderezarte, cuando lo cierto es que los dos eran rivales en ganarse favores de ciertas mujercillas de fácil proceder. Dicho sea de paso, ¿es verdad que lo chantajeabas para no revelar sus amoríos extramaritales?

Delano, hijo, aún me pregunto del porqué de tu artera acusación contra mí después de que balearan de muerte a tu padre. Si en la familia hay secretos y sospechas, también hay misterios. Aquella ocasión es uno de esos misterios familiares donde —pongo mis manos al fuego— tú fuiste protagonista principal. Después de todo, eras (y todavía debes ser) un eximio disparador. El misterio complementario está en el hecho de que a tu padrastro le dieron con un arma del coronel Montes de Oca. De más está decirte que durante la época del incidente, la esposa del coronel era la amante de tu padrastro y tú la rondabas también. Y, para hacer las cosas más turbias, tal pareja acababa de desestimarte como pretendiente oficial de su única hija, enamorada perdidamente de ti.

Delano, entérate: cuando te reclutaron para la guerra, yo misma lo tramité todo con la gente apropiada. Aún entonces tendrías la impresión de que queríamos enderezarte, pero lo cierto es que actuamos como los padres típicos. Sí, conocidos de aquí y de allá nos «tendieron una mano» para salvarte. El castigo por ultrajar a esa señorita enamorada habría sido uno terrible. ¿Por otro lado, sabrías por entonces que el coronel había tenido «asuntos» con tu hermana Lina?

---

*Recorro con vista medio nublada mi entorno. Sin Pachita, la habitación carece de magnificencia. Más parece la sobria celda de un condenado.*

---

Recorro con vista medio nublada mi entorno. Sin Pachita, la habitación carece de magnificencia. Más parece la sobria celda de un condenado. Quisiera leerle la carta hasta donde he avanzado y escuchar sus comentarios, que seguro serán terribles. «Venganza, eso es lo que buscas», podría decirme, como las veces anteriores. «Pues no vuelvas entonces si eso vas a decir», murmuro y me reclino en las mullidas almohadas.

Mientras ladridos de perro se perciben a la distancia, releo la última porción de la carta. Los «asuntos», los disparos y las infidelidades parecen ingredientes de una novelilla de folletín, madura para el cuchicheo limeño. Si hay en el mundo una familia perfecta, bien por ella, que sigan

adelante y no miren para atrás, que nadie hablará de ellos, intachables.

Miro el texto agregado a mi carta y admiro la limpieza del trazo. Resalta la ausencia de titubeos. Las ideas han fluido incontenibles, como si hubieran estado preparadas para ver el mundo. El resultado es algo grandioso y alcanzarán la majestuosidad cuando se multipliquen en varias copias más, con la única variante de la fecha y el nombre del destinatario. Me pregunto si el envío de correspondencia ha mejorado. Todo, dicen, ha mejorado desde que comenzó este siglo. Imagino el viaje de mis cartas desde el sanatorio hasta la costa, primero, y los viajes posteriores que harán hasta sus destinos finales. Será evidentemente un viaje pesado, un castigo para el mensajero. Me concentro en él por un momento, en la grupa de su bestia y aseguradas sus talegas y sus morrales. Debe ser alguien con entereza, o un tonto al desafiar a los elementos y a los fantasmas de los caminos. Estoy visualizando su apariencia cuando surge en mi mente la pregunta: «¿Lo matarán?»

«Mis hijos, éstos, son capaces de matarlo de la manera más cruel», digo en voz alta. «Si, señorita Paquita», añado y me río a carcajadas hasta reparar en que Paquita no ha regresado. «Idiota, ya no vives en la realidad», me digo a mí misma, consciente de que sólo hago el ridículo.

«¿Todo bien, doña Ágata?», dice de pronto alguien detrás de la puerta.

«Todo perfecto», respondo, irritada, y reinicio la escritura.

Hildegarda, hija, con qué ahínco apoyaste a Clementino para recluirme en el manicomio. Seguiste sus indicaciones y compraste médicos y autoridades sin medida. Me dijeron que te paseaste exultante de felicidad por los jardines y las habitaciones de nuestra casa en Lima. Impartiste órdenes para hacer cambios, tumbar muros, desarraigar mis rosales, despedir a mi personal. Planeaste una celebración rimbombante para la toma de posesión de la casa, aquel hermoso complejo que llamábamos «Los Pinos Verdes».

Me dijeron también que parecías posesa por la excitación cuando recorrías mis aposentos, los que dan al este y desde donde es un placer ver salir al sol. Precisamente desde mi ventana en aquella esquina del mismísimo paraíso, los veía a ti y a tus hermanos jugar sin cansancio. Hinchida de emoción, los veía corretear por los jardines gozosos de libertad y felicidad y desplegar su ingenio para inventarse juegos inocentes. Aunque también veía, con desasosiego, Hildegarda, tus inicios de despota entre tanta belleza de verdes y flores. No sé por qué no te castigué cuando debía. Me contuvo quizá la secreta esperanza de que cambiarías.

Sin embargo, cuánta decepción debe haber habido en tu corazón cuando me declararon oficialmente cuerda y en pleno uso de mis facultades. Así hubiera estado demente, Hildegarda, una vez más en nuestro mundo de humanos se habría demostrado como efectivo aquello de que un favor devuelve otro favor (y yo he hecho muchos favores a necesitados, corruptos y aprovechados). Debe ser verdad que, de furia, casi te lanzaste en la hoguera donde ardía todo lo mío que habías mandado quemar. «No puede ser, no puede ser», dicen que repetías, sin saber si reír a morir o llorar sin cansancio.

Hija mía, la de los rizos hermosos, espero que sea placentera tu vida en la isla en los confines del mundo adonde te fuiste. Espero que esta carta te llegue —no importa con lustros de retraso— pero que te llegue y oliendo a mí y al humo de aquella pira que prendiste.

De pronto, traspasan la ventana y sus humildes cortinas los sonidos de campanas. Tañen las campanas de la Capilla de Cristo Pobre y me pregunto por qué. ¿Acaso ya es domingo por la mañana y yo no me he enterado? ¿Tan senil estoy que hasta puedo confundir mi nombre? ¿O una mano divina las mueve para decirme que cese en mis afanes? Paso el secante por el folio de papel y me pregunto si Pachita es quien está haciendo tañer las campanas. Quizá quiera que entre en razón y no vitupere a mis hijos. Ella no sabe el contenido de mis cartas, ni lo sabrá pues no sabe leer y nunca me ha preguntado qué escribo. Sólo piensa que pierdo el tiempo ya que éstos (como los llama ella) no las leerán.

«¿Para qué insistir en convocarlos?», me ha dicho con frecuencia. «Nunca vendrán a verte ni asistirán a tu lejano entierro».

Juguetonamente pienso entonces si un tañido especial los convencería de venir a verme, si eso lo quisiera yo. Tendría que contratar a un músico especialista, buscarme un tañedor experto, mandar hacer una campana especial con un badajo doblemente especial. Me imagino el gesto de escándalo en Paquita si le hablara de invertir dinero en tal empresa musical.

---

*De pronto, traspasan la ventana y sus humildes cortinas los sonidos de campanas. Tañen las campanas de la Capilla de Cristo Pobre y me pregunto por qué.*

---

Las campanas no cesan de cantar vigorosamente y viene a mi mente el nombre de mi hijo Antenor. Cambio de folio y le digo a la pluma: «Escribe, pluma, lo que tengo que decir».

Antenor, hijo, rey de las lisonjas. Lo que hubiera dado para que no dilapidaras tus talentos. Pocos nacen con ellos, pero, ya ves, menospreciaste tu propósito en la vida. Actor, podrías haber sido. Artesano, también, y el mejor. Inclusive campesino, mago de los frutos, y en algún momento vislumbré que con sólo unas cuantas palabras harías crecer flores nuevas e inconcebibles. Cuánto me encantó tu plan de inventar un carro puramente nacional, mejor que los importados de las grandes potencias. Con tu talento, habría sido un carro particularmente mágico. Qué recuerdos, cuando me envolvías con tu prosa de diletante mientras tomábamos té en la Ville Cogûcher del centro de Lima. Las jóvenes damas danzaban a tu alrededor, atraídas por tu soberana apostura, pero tú estabas más interesado en enterarme de tus sueños del siglo nuevo.

Sin embargo, tus sueños y los míos quedaron destruidos en algún recodo del camino de nuestras vidas. No diré que me robaste cuando extrajiste sistemáticamente los dineros de mi arcón secreto del sótano de «Los Pinos Verdes». Los consideré simples préstamos que recuperaría cuando tus sueños se hicieran realidad. Aún sentía en el corazón que eras el único hijo moral entre todos ustedes. Por eso nunca acepté lo que me susurraban conocidos y extraños, que acudías consuetudinariamente a los fumaderos de opio de la ciudad. Me preguntaba: «¿Para qué fomentar los sueños con opio si los

sueños naturales propios bastaban para realizar cosas magníficas?» Y, sin contestarme, lo negaba todo y le decía a todo el mundo que estaban equivocados.

Hijo mío, quienes me susurraban cosas contra ti me dicen que me maldijiste durante una cena con amigos tuyos antes de unas navidades. Con mi inasistencia, creíste, te había causado un desaire. Rompiste el blasón familiar y expulsaste a los invitados llamándolos «muertos de hambre» cuando tú mismo vivías del cuento. «Ya no soy nada de esa dama», dicen que les dijiste, refiriéndote a mí. «Sólo soy yo mismo contra el mundo, petimetres». Acababa de enviudar por segunda vez y me veía forzada a representar un dolor que no sentía por tu padre muerto. Si para muchos mi dolor fue patético (digno de emular), sólo expresaba el dolor que me causaste con tu acción.

Sin embargo, te confieso, esa misma noche, rompiendo con el apropiado luto, estaba yo tramitando aquel préstamo que habías pedido durante los funerales de tu padre para construir un globo aerostático («Bah», me dijiste. «Madre, eres la viuda más linda de este país»). Yo bien sabía que valía el esfuerzo negociar con aquellos banqueros criollos en momentos tan difíciles. Como nunca antes lo había hecho, les vendí exitosamente la idea de un globo para pasear gente sobre las playas en el verano.

Qué pena, Antenor, cuando me cerraste la puerta de tu casa. Era la noche de navidad y yo había acudido presurosamente a darte las buenas nuevas. Llevaba el dinero en una maleta y el corazón se me salía de la emoción. Sin embargo, debes acordarte muy bien de lo que pasó. «Yo no la conozco, señora», me dijiste, ante muchos testigos. «Si quiere comer de los restos de la cena navideña, vaya por la puerta de los sirvientes». A Paquita, que me acompañaba como perro fiel, la llamaste «negra lameculos» y así sellaste nuestra lejanía total.

---

*De pronto, el cabello se me suelta y me veo en el atril, con toda la magnificencia del desaliño y de la decadencia. No hago ningún intento de recogerme las landas canosas y reseca.*

---

«Lejanía», murmuro y dejo de escribir. Un chiflón de aire frío me estremece y es cuando más extraño a Paquita. ¿Dónde se habrá metido? Siendo como es, podría estar lavando ropa junto con las hermanas y arrojando a los tísicos desahuciados. Quito el modesto atril de mis muslos, lo dejo cuidadosamente a un lado y abandono la cama. Siento como que no he caminado en años. Me apoyo en el alféizar y contemplo los puntos más lejanos del paisaje. Imagino las variantes de felicidad de quienes viven por allí, todos seguramente exentos de desgracias. No sé por qué, pero igualo toda aquella serenidad con Paquita. ¿Tendrá esa virtud sólo por

creer en el Altísimo? Si estuviera en mi lugar, no se desesperaría como yo. No renegaría de los médicos ni pensaría que es injusto tener tuberculosis, el pasaje ganado a la muerte. ¿Aceptación mansa del destino? ¿Sabiduría de saber que no hay imposibles? ¿Sabe ella que el Altísimo nos ha dejado a todos a nuestra suerte por ser una raza degenerada? ¿Cómo podría ser alguien como ella una negra lameculos?

Con dificultad atravieso la habitación y llevo la silla hasta el pie de la ventana. Coloco el atril en mi regazo y, tras mirar el cielo despejado, compruebo que todavía hay tinta en el tintero. Escribo:

Idegia, hija de la criada que el primo Libonio violentó, pero, al fin y al cabo, hija mía. Te recibí en mis brazos cuando eras muy chiquita y prometí paliar el daño moral y físico a la criada. Aunque me alegró que ella huyera, supongo, llena de vergüenza, siempre pensé, viéndote crecer rozagante y graciosa, que al criarte paliaba el abuso contra las mujeres. Debes saberlo. Los deberes maritales que nos imponen son a veces violentos e indeseados. Eso, supongo cambiará mientras más vaya avanzando este siglo de los prodigios, como dicen.

En fin, Chacha (cómo me gusta este mote que te pusimos), supiste de mi boca tu historia cuando lo creí oportuno (los rumores de la sociedad también metieron baza). Me llamaste «vieja inventora», pero los rasgos físicos lo revelaban todo. Pataleaste, destrozaste los regalos que te habíamos dado desde siempre, pero cómo cambiar la propia historia. No tomaste en cuenta el amor que te di y dejaste de querer viajar a Europa, navegar por los siete mares. Tiraste los aparatos con que observabas los cielos y nunca más pronunciaste nombres de planetas, de estrellas, de los mundos ocultos en el infinito cosmos.

Qué doloroso fue presenciar tu decadencia. Abandonaste los buenos modales y descuidaste el aseo. Eso fue motivo de burla y escarnio en nuestro medio y en las misas hasta los curas aludían al pecado de la suciedad femenina. Tanto fue tu repudio a tus rasgos físicos que jamás volviste a mirarte al espejo. Y, en realidad, yo me eché la culpa de todo eso y de lo que vendría después. Adquiriste unos rasgos espirituales tan retorcidos que para muchos estabas endiablada. ¿Cómo explicarte la dimensión de mi inquietud cuando te cortabas las muñecas una y otra vez? ¿Cómo hacerte entender el dolor cuando, en los peores momentos, se te ataba a la cama mientras maldecías?»

Chacha, hija mía, te confieso una cosa. Eras la única de entre todos tus hermanos por cuyo destino tengo remordimientos. Y estamos hablando de alguien que ha abjurado de Dios y que piensa que no tenemos salvación de nada. Te hice daño por exceso de sinceridad. Poco importan las cicatrices de los cortes que me hiciste en el brazo cuando me atacaste. Aun en esos momentos, mientras me hundías el cuchillo, me decía que me lo merecía. Ahora vives en el monasterio de San Camilo, dedicada a Dios, y espero que tu corazón me haya perdonado. Y, por supuesto, cumpliré el juramento que te hice antes de recluirte de por vida: nunca volverás a verme cara a cara. Pero seguirás siendo mi Chacha, la de los viajes por los siete mares.

Reviviendo mis viajes por buque de cuando podía, veo de pronto a Paquita caminando por el pastizal que se despliega al pie de la ventana. Se desliza como flotando entre la hierba, a lo largo de piedras enormes que deben ser restos de palacios incaicos. Estiro el cuello y puedo verla con un cordero bebé en sus brazos. Otros dos la persiguen como si ella fuera a amamantarlos.

Al divisarme, Paquita levanta una mano y sonrío. Qué magnífica sonrisa la suya. Si tan sólo yo pudiera cambiarla por la que tengo en las postrimerías de mi vida. Es inevitable mirarme en la pulida madera del pequeño atril, pero evito el reflejo, que revelaría la imposibilidad de una sonrisa. Habría solamente una mueca, la evidencia del dolor y del desencanto.

Paquita acaricia al corderito y me hace señales de traérmelo. Y siempre la misma sonrisa. Así debe ser, pienso, el tener paz interior. «Paz interior, paz interior», murmuro y le respondo, también con señales, de que no se moleste. Inesperadamente, el cordero se le escabulle y, balando, se escapa con sus hermanos. «¡Bandidos!», grita Paquita y va corriendo tras de ellos. Parece una niña. Es una niña.

De pronto, el cabello se me suelta y me veo en el atril, con toda la magnificencia del desaliño y de la decadencia. No hago ningún intento de recogerme las landas canosas y reseca. Me pregunto si mis hijos vislumbraron alguna vez este final de su madre, aparte, claro, de verme asándome en el infierno. Pachita, pienso, no te tardes, los pobres animales tienen su madre. «Y yo necesito una también», pienso. Suspirando, cojo la pluma y me pongo a escribir el colofón de la carta.

Hijos míos, he dejado ideas fuera de esta carta, por cansancio y por ahorro. No consideren que mis cartas buscan redención. Tampoco implican un ajuste de cuentas. La sentencia está dada y moriré en estas montañas de aire presuntamente saludable. Yo, que me conozco tan bien, lo sé. Sólo me preocupa Pachita. Si por acaso tuvieran aún afecto por ella, que fue el motor de sus vidas, socórranla cuando yo ya esté podrida y devorada por los gusanos. Sólo háganlo por los viejos tiempos, cuando ella dejó vida y pellejo por ustedes. Por mí, que estaré guerreando con Dios o discutiendo con el Diablo, no se preocupen. Recuérdenme nada más y no es que crea que recordar es tener fe en la humanidad.

Me despido con el afecto y sinceridad de siempre.

Ágata Reynoso Barrazábal, Tatucha, como me llamaban cuando eran niños inocentes.

© Daniel Romero Vargas

---

**Daniel Romero Vargas.** Peruano. Traductor e intérprete. Actualmente docente en la Universidad del Pacífico de Lima. Lector de diversas formas de literatura y admirador del buen cine.



## UN TORPE FANTASMA DE NAVIDAD

por Juan José Sánchez González

Antonio no odiaba la Navidad. Solo le era indiferente. Disfrutaba de las vacaciones y de las fiestas y de los regalos como el que más, pero no le reconocía ninguna importancia especial al hecho de que fuese Navidad. Habría celebrado igual cualquier otra fiesta, sometiéndose con la misma alegre indiferencia a sus ritos particulares. Era inmune a la dulce nostalgia de la Navidad, no ponía mala cara, ni maldecía las fiestas ni se deprimía. Tampoco se dejaba arrastrar por excesos sentimentales. A sus cuarenta años le faltaban ya varios familiares y amigos, pero no los recordaba de un modo especial en esas fechas.

Sin embargo, aquella saludable indiferencia debió molestar a alguien. El caso es que una noche de las vacaciones navideñas, al regresar a casa tras tomar unas copas con unos amigos a los que no veía desde hacía tiempo, le salió al encuentro un tipo singular. Antonio caminaba por una solitaria calle del pueblo, bien embozado en su abrigo para protegerse del frío que el viento que hacía temblar las farolas que bañaban la calle con su luz anaranjada hacía más molesto aún. Al doblar una esquina había visto a un tipo recostado en un coche. Era alto y parecía muy delgado, aunque ocultaba su cuerpo hasta los tobillos una especie de capa negra muy amplia. Tenía la cara muy blanca, de una palidez fosforescente. Sus cabellos eran morenos y un poco largos, el viento los hacía agitarse desordenadamente sobre su cabeza inmóvil. Miraba fijamente hacia el lado por el que Antonio se aproximaba. Su aspecto y su actitud en mitad de la calle solitaria y fría le parecieron sospechosos a Antonio, pero enseguida pensó que debía tratarse de algún borracho disfrazado que, incapaz de volver a casa, había terminado por apoyarse en el coche. Sin embargo, a medida que se aproximaba, pudo comprobar que su fija mirada no estaba enturbiada por la bebida y que le miraba directamente a él. Un poco alarmado ahora decidió desviar la mirada y acelerar el paso para dejarlo atrás cuanto antes, pero al cruzar frente a él le llamó.

---

*El caso es que una noche de las vacaciones navideñas, al regresar a casa tras tomar unas copas con unos amigos a los que no veía desde hacía tiempo, le salió al encuentro un tipo singular.*

---

—Antonio —era una voz firme, aunque no imperativa ni suplicante.

—¿Qué... quién eres? —respondió Antonio, deteniéndose a unos pasos frente al extraño individuo, mirando tímidamente su extravagante figura. Al bajar los ojos al suelo vio que cubrían sus pies unos zapatos con punta muy alargada y del mismo color negro que la capa.

—Te estaba esperando, tenemos que hablar.

—¿De qué... quién eres tú? No te conozco de nada.

—Yo a ti sí... sé que no te gusta la Navidad.

Perplejo por la respuesta, Antonio permaneció callado y un poco más tranquilo pensando que efectivamente se trataba de un borracho, aunque un borracho que él no conocía pero que parecía conocerle a él.

—¿Por qué no te gusta la Navidad? —preguntó con voz titubeante.

—Buenas noches —respondió Antonio, echando a caminar de nuevo.

—¿Por qué no me contestas? — La voz del tipo de la capa había perdido definitivamente su firmeza inicial, descendía ahora hacia un tono de súplica rastrera -Solo quiero hacer mi trabajo.

Antonio se detuvo y se volvió.

—¿Qué coño dices?

El de la capa avanzó unos pasos hacia Antonio. Su esbelta figura parecía ahora como desplomada dentro de su holgada capa. Sus ojos, intensamente negros, miraban tímidos e inseguros.

—Necesito que me digas por qué no te gusta la Navidad.

—No sé qué coño te has tomado, pero no te ha sentado bien.

Antonio se volvió y reanudó de nuevo su camino. A su espalda escuchó un bufido y de nuevo la voz de aquel tipo raro, ahora débil y descaradamente desesperada.

—¿Has pensado en lo que habría sido el mundo sin ti, en lo que habría sido de los tuyos si tú no hubieras nacido?

Antonio de nuevo se detuvo y encaró a aquel tipo raro que le miraba con ojos de pena y que tan alto y tan flaco en mitad de la calle parecía a punto de derrumbarse dentro de su ropa extravagante.

—Estás muy perjudicado...

—¿Por qué te cuesta tanto responder? Yo no estoy borracho... solo te hago unas preguntas que tú no me respondes... es fácil si supieras las respuestas, pero es evidente que no las sabes.

—Vamos a ver si te vale así... la Navidad me importa tres cojones y el mundo sin mí sería el mundo sin mí y los míos sin mí serían los míos sin mí, o más bien otros sin mí... ¿te vale así?

*La boca del otro se torció en una mueca lastimosa que pretendía ser una sonrisa de suficiencia, como si se empeñase en demostrar que esa era la respuesta que esperaba.*

La boca del otro se torció en una mueca lastimosa que pretendía ser una sonrisa de suficiencia, como si se empeñase en demostrar que esa era la respuesta que esperaba. Antonio advirtió que le temblaban los labios, no parecía muy seguro de sí mismo, era como un vendedor de enciclopedias novato y lleno de escrúpulos.

—No es tan fácil... sabes que no es tan fácil... lo que pasa es que no sueles pensar en esas cosas.

—¿Para qué iba a pensar en un mundo sin mí?

—Ese es el problema, que ni si quisieras sabes por qué... pero si pensases sabrías que importancia tienes para los tuyos y la importancia

que ellos tienen para ti.

—¿Qué eres de una secta?

El tipo raro volvió a esbozar una sonrisa, pero esta vez no contestó. Su capa se abrió y de su interior escapó un humo negro que enseguida envolvió a Antonio.

Cuando abrió los ojos estaban en un dormitorio. Había una cama en el medio, una cama de matrimonio con mesillas de noche a cada lado del cabecero, y un cuadro del Crucificado colgado sobre él. A un lado un armario que ocupaba casi todo el largo de la pared y entre la cama y el mueble una cuna en la que se agitaba un bebé de pocos meses vestido con ropita celeste. Los muebles y la ropa del niño parecían viejos, muy pasados de moda, aunque Antonio los recordó al instante. Recostado ahora en la cómoda, con las piernas cruzadas y una insegura expresión de orgullo en la cara el tipo de la capa le observaba con atención.

—¿Sabes dónde estamos?

—Sí... sí, ya sé quién eres y de qué va todo esto.

—Bien, bien... entonces no hace falta decirte quién ese niño ni qué hacemos aquí.

—Yo fui un niño al que sus padres quisieron bien, no hace falta que me lo enseñes.

—Bien, bien... entonces te mostraré lo que habría sido de ellos sin ti.

Abrió de nuevo su capa y de nuevo escapó de ella el humo negro. Al abrir ahora los ojos ambos estaban en la sala de estar de aquella misma casa. Un joven de unos veintitantos, con un fino bigoti-

to moreno, estaba sentado en un sillón y una joven de la misma edad, esbelta y morena, en el sofá, frente a él. Vestían a la moda de los años setenta, él camisa estampada y pantalones un poco acampanados, ella un largo vestido blanco y con el pelo recogido por una diadema azul. Estaban hablando.

—Si no puede ser no puede ser y ya está —decía el joven con una amable sonrisa en la cara.

—Pero... debes sentirte decepcionado —contestaba ella con el rostro contraído en un gesto de dolor y los ojos lacrimosos.

—No sabemos por qué no puede ser, si es por ti o por mí.

—Pero un matrimonio sin hijos...

—No pasa nada, no pasa nada —respondía el joven con la misma sonrisa, inclinándose hacia ella para cogerle la mano derecha y apretarla con fuerza- nos queremos y eso es lo importante.

—No parecen muy afligidos porque no pudieran tenerme —le dijo Antonio al tipo de la capa con aire burlón- parece que es algo que puedan superar.

—Ya veremos —respondió él, abriéndose otra vez la capa.

Estaban en la misma estancia, pero los muebles habían cambiado. No eran muebles que Antonio conociese de su casa. La misma mujer algo más envejecida ocupaba otro sofá, pero el hombre que ocupaba otro sillón era alguien a quien Antonio no conocía. Ambos debían contar cuarenta y tantos. La mujer parecía enfrascada en un monólogo al que el hombre atendía sonriente.

—Ya me he acostumbrado a vivir sin hijos y vivo bien, no los necesito... Pedro si los necesitaba, por eso nos divorciamos... era mejor así... nos habíamos hecho mucho daño... daño sin palabras, él queriendo tener hijos y yo... viendo que cada vez estaba más a gusto así. A las mujeres siempre nos han educado para tener hijos, parece que nunca llegarás a ser una mujer si no los tienes y es así como te acaba cayendo esa carga, la quieras o no... es tu obligación tenerlos, pero, cuando por la circunstancia que sea te ves libre de esa obligación... es como empezar a vivir otra vida y tienes que aprender a vivirla y tiene sus momentos buenos y sus momentos malos, pero en general creo que el balance es positivo. Cuando pienso en mi vida y en lo que hubiera podido ser de tener hijos no creo que haya salido perdiendo.

---

*Antonio miró perplejo al hombre de la capa, quien también parecía sorprendido con lo que escuchaba, pero que le hizo un gesto con la mano para que esperase.*

---

Antonio miró perplejo al hombre de la capa, quien también parecía sorprendido con lo que escuchaba, pero que le hizo un gesto con la mano para que esperase. Después se abrió la capa y se trasladaron a otro escenario.

Ahora estaban en una especie de sala de espera muy amplia, con las paredes decoradas con guirnaldas de Navidad y figuras de Papá Noel. En una esquina un esmirriado abeto artificial soportaba algunos escasos adornos navideños. Sobre una mesa, al fondo, un pequeño belén con las figuras esenciales. Distribuidas por la sala había numerosas mesas redondas con seis o siete ancianos sentados en torno a ellas, algunos en sillas de rueda. Las mesas estaban adornadas con motivos navideños y sobre los manteles se observaban migajas de pan, manchas de agua y algunos restos de comida. Una joven vestida de enfermera cruzó la estancia con una tensa sonrisa en la cara, preguntando a su paso y al azar a varios ancianos qué tal se lo estaban pasando. Todas las respuestas eran parecidas, hombres alzados, miradas llenas de pena, «bien, pero no es lo mismo, ya sabemos que hacéis lo que podéis».

Dos ancianas conversaban en una de las mesas. Una de ellas lloraba, encogido su cuerpo dentro de un negro vestido de viuda, estremecido por el llanto. La otra, más alta y delgada, la escuchaba con los brazos cruzados sobre la mesa y mirada abstraída. Los rasgos de su cara le resultaban familiares a Antonio, que en seguida supo quién era, su madre o la que hubiera podido no ser su madre. Se aproximó a ella, atento a lo que decía la otra mujer con su voz entrecortada por el llanto.

—Todo para esto, para acabar aquí, sola, sin nadie que se acuerde ni de que existes en una noche como esta, toda una vida trabajando para tus hijos, dándoselo todo... para esto, para que te traigan aquí a esperar la muerte y a olvidarse de ti... menos mal que mi Luis se murió antes de que se lo trajeran aquí, porque se hubiera muerto de pena... y eso que decíamos de ti que ibas a acabar muy sola por no tener hijos... y ya me ves a mí, con tres.

—Todos acabamos solos, esa es la puta verdad de la vida —respondió la otra anciana en un tono de voz sin inflexión, algo cansino, como si se limitara a repetir una vez más algo muchas veces dicho.

El tipo de la capa debía haberla abierto sin que Antonio, atento a la conversación, lo advirtiera, porque de nuevo estaban en la calle solitaria y fría. El de la capa parecía nervioso, inquieto, más a punto de derrumbarse sobre sí mismo que nunca. Le miraba con sus ojos grandes y lastimeros.

—No lo entiendo, no lo entiendo, si es que siempre pasa igual... es que no sé si es porque yo no sé hacerlo o por qué.

Antonio sintió como una risa nerviosa se apoderaba de él, irresistible. Empezó a reírse, carcajadas sonoras que resonaban estridentes en la calle vacía, aunque realmente no sabía que le hacía reír, si lo que acababa de ver o la angustia que reflejaba la cara de aquel fantasmón impotente.

—No es para reírse, es una cosa muy seria.

Antonio hacía verdaderos esfuerzos por contener la risa, pero no era capaz. A su lado el otro, encogido en su capa, se limitaba a mirarlo con ojos desolados.

—Probaremos otra cosa.

---

*El de la capa parecía nervioso, inquieto, más a punto de derrumbarse sobre sí mismo que nunca. Le miraba con sus ojos grandes y lastimeros.*

---

Todavía se estaba riendo Antonio cuando advirtió que de nuevo habían cambiado de escenario. Ahora estaban en un bar, en el Evasión, tal y como lo recordaba de su juventud, con las mesas dispersas sin orden por todo el salón, el billar y el fútbolín al fondo, la barra grande de granito cubriendo todo un lado del local y esa luz azul que tanto sueño le daba cuando se pasaba bebiendo. En una de las mesas estaban sentadas dos chicas. Una era Laura a los veinte años, con su melena rubia casi castaña y esos ojos azules y esa sonrisa tan tierna... la otra era Ana, su mejor amiga, morena, pequeña, con su blanca e inteligente cara de china. Antonio dejó de reírse y por un momento se

sintió invadido por un sentimiento de intensa ternura. Se acercó a Laura y estiró su brazo para acariciar su cabello, pero sus dedos no tocaron nada.

—No pueden vernos ni oírnos ni tocarnos.

—Ya... pero aún así...

Ante el fantasma de Laura, Antonio experimentaba la embriagadora poesía de otros tiempos, ya lejanos, cuando empezó a salir con la que ahora era su mujer y estaba realmente enamorado de ella. Prestó atención entonces a lo que decía.

—Es que no sé si me gusta o no... estoy bien con él, pero... no sé si es lo que busco... porque yo quiero algo serio y me parece que él también o eso dice, pero es que no sé, estoy hecha un lío...

—Qué quieres que te diga, si dudas tanto es que muy enamorada de él no estás... si no estás segura deberías dejarlo...

—Lo he pensado, pero es que no sé, no sé... yo quiero casarme y tener hijos y en el pueblo el tiempo pasa muy deprisa y pronto te conviertes en una solterona...

Antonio se alejó de Laura.

—¿Están hablando de mí? —preguntó furioso al tipo de la capa, que miraba perplejo la escena y que se limitó a asentir.

—Joder...

—No... no te preocupes, veremos ahora que habría sido de Laura sin ti.

Ahora estaban en el interior de una casa, en el salón de lo que parecía un dúplex parecido al suyo, con muebles que no eran los suyos pero que podrían haber sido los suyos. En el sofá, en el centro, estaba echada una mujer de unos cuarenta años, rubia casi castaña que, con la cabeza reposada sobre un cojín, miraba medio adormilada la amplia televisión de plasma colgada de la pared del fondo. Parecía aburrida o al menos no muy contenta. Por un momento Antonio se sintió alegre o más bien resarcido. En ese momento un hombre entró en el salón, era de mediana estatura y más bien gordo y en su cabeza empezaban a escasear sus cabellos morenos con mechones blancos en las sienas. En el centro de sus blandos mofletes la carne enrojecida dibujaba un par de ridículas manchas encarnadas. No era guapo precisamente y tampoco parecía interesante, sin embargo estaba contento, una sonrisa complaciente flotaba en su boca. Antonio no lo conocía. El hombre se acercó al sofá mientras Laura se incorporaba y se sentaba. Él se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla. Ella sonrió. Su cara había cambiado, ahora no parecía aburrida, tampoco feliz, solo tranquila. Él le susurró algo al oído, ella asintió sin mirarle. Él volvió a decirle otra cosa y ella de nuevo asintió sin decir nada y como si realmente estuviera pensando en otra cosa. Antonio no podía escuchar lo que aquel tipo le decía al oído a Laura, pero parecía algo sin importancia que no suscitaba en ella ninguna reacción. Aun así, no le gustaba lo que estaba viendo, no le gustaba la actitud de ella, ese repentino cambio de expresión, esa tranquilidad somnolienta en su cara, esa sumisa indiferencia... la Laura sin él se parecía demasiado a la Laura con él. Solo había cambiado el tipo y los muebles, pero la misma actitud, una actitud que solo ahora conseguía comprender.

El tipo de la capa le miraba temeroso, como si hubiera intuido lo que pasaba por la mente de Antonio. Levantó los ojos un momento hacia el cielo raso del salón y volvió a bajarlos fijándolos en él. Le suplicaban perdón desde el fondo de su infinita impotencia. Abrió la capa una vez más y regresaron a la calle.

—¿Para qué cojones me has hecho ver todo esto?

Antonio, enfurecido, se adelantó hacia el tipo de la capa, que retrocedió asustado.

—Perdóname... me obligan a hacerlo pero ni yo mismo sé para qué... siempre pasa lo mismo... tengo mala suerte con la gente que me toca, se supone que tengo que hacer que la gente valore lo que tiene y lo que es.

El tipo se encogía asustado en su capa y era incapaz de mirar de frente a Antonio.

—Vete a la mierda.

—Lo... lo siento... no es lo que debería haber pasado... debería haberte mostrado lo necesario que eres para quienes te rodean... no, no lo he conseguido, no lo consigo nunca... estoy cansado de esto... ya ni creo en estas cosas.

—En qué cosas.

—En que cada persona es única y necesaria para el orden y el sentido del mundo... en que todo en esta vida responde a una razón.

Antonio sacudió negativamente la cabeza, después estuvo mirando en silencio la cara de aquel fantasma. No transmitía ninguna fe, solo incertidumbre, inseguridad, duda. Daba verdadera lástima con aquel traje de fantasía medieval. La suya era la expresión de una vieja idea extraviada en un mundo que había dejado de ser el suyo.

—No me has enseñado nada nuevo... lo de Laura quizás, en fin, algo sospechaba... lo demás, hace ya mucho tiempo que estoy convencido de ello, nadie es imprescindible... en el fondo sobramos todos, sobra todo, no es necesario que nada sea como es, ni siquiera es necesario que exista... las cosas pasan sin ningún motivo y podrían pasar de cualquier otra forma... lo que no entiendo es ese empeño vuestro por darle un sentido a todo, por creer que alguna razón poderosa y misteriosa rige todo este absurdo caos... se puede vivir sin eso... yo al menos lo intento...

---

*Antonio sacudió negativamente la cabeza, después estuvo mirando en silencio la cara de aquel fantasma. No transmitía ninguna fe, solo incertidumbre, inseguridad.*

---

Sin esperar respuesta de aquel tipo que le escuchaba asintiendo, vencido y casi desplomado sobre sí mismo dentro de su capa, le dio la espalda y se alejó deprisa. Detrás ya no escuchaba nada, solo el ruido de sus pasos llenando la calle vacía.

© Juan José Sánchez González

---

**Juan José Sánchez González.** Villafranca de los Barros (Badajoz), Doctor en Historia del Arte. Además de diversas publicaciones relacionadas con mi profesión, tengo publicados diversos relatos en las revistas literarias Ariadna RC, Almiar, Narrativas, Relatos sin Contrato (RSC) y Pluma y Tintero, además de en antologías como *El Vuelo de la Palabra, el cuento en Extremadura en 2015 y 2016*, en la 1ª y 2ª Antología de relato corto publicada por Serial Ediciones y *Palabras Contadas* de La Fragua del Trovador.

## JAQUE A LA REINA

por Domingo Alberto Martínez

*Porque esta vida no es,  
como probaros espero,  
más que un difuso tablero  
de complicado ajedrez.*

OMAR JAYAM

—Su Eminencia me pone en un compromiso —suspiró doña Isabel, mirando al cardenal de soslayo.

—No más que los moros granadinos, y bien que vais saliendo airosa...

La reina no dijo nada. Situó la torre blanca junto al rey, fuera ya de peligro, y aprovechó el siguiente movimiento para protegerse con la dama. Las espadas estaban en todo lo alto. Dirigidos con tesón y una pizca de malicia, los peones avanzaban, se trababan, las figuras se plantaban en el frente de batalla; y en este juego de posiciones, de intenciones y suspicacias, el cardenal Mendoza se manejaba como pez en el agua.

—No os enroquéis, mi señora —era un hombre resuelto, de fe y de espada, al que no le gustaba perder la iniciativa—. Don Cristóbal es un marino capaz, que sabrá llevar a buen puerto los pendones de Castilla.

La empresa de Colón estaba sobre el tablero. El cardenal se afanaba, atacaba sin tregua. Intentaba convencer a la reina para que financiara el proyecto de las Indias. Aventuró un peón, que perdió a las primeras de cambio; así y todo, cabalgaba a rienda suelta y no se daba por vencido. Don Pedro González de Mendoza, canciller mayor de Castilla y gran cardenal de España, no tenía tiempo para florituras. Encaraba a su oponente a campo abierto, sin circunloquios; quemaba sus naves en cuanto adivinaba una ventaja. Sus figuras se lanzaban tras las líneas enemigas y, antes de ser abatidas, se sacudían a diestro y siniestro como una rata en un saco.

---

*La empresa de Colón  
estaba sobre el table-  
ro. El cardenal se  
afanaba, atacaba sin  
tregua. Intentaba  
convencer a la reina  
para que financiara  
el proyecto de las  
Indias.*

---

Un viejo músico de tez oscura, con rostro de pergamino, turbante y chilaba, rasgueaba las cuerdas de un laúd sentado al amor del fuego. Las pulsaba con delicadeza, con los ojos cerrados. Abría la boca y en sus coplillas se mezclaba el perfume de las rosas y los limoneros, la llamada a la oración del almuédano con el aroma del narciso y el incienso, el trazo infinito de la profesión de fe sarracena —*la ilaha ila allah*—, en alabastro blanco y rojo almagre, con la flor de la canela, el jazmín y el clavo. Su voz llenaba la estancia. Era triste y profunda, parecía deslizarse como un hilo de plata y acompañar la danza de los camareros, sus vueltas y revueltas sobre las alfombras de intrincada geometría persa. Cuando la música cesaba, mientras el viejo paladeaba un sorbito de moscatel entre una canción y otra, podía sentirse el crepitar de los leños en la gran chimenea de mármol. Los sirvientes se apresuraban entonces; atizaban el fuego, llenaban las copas vacías, ofrecían con sumisa deferencia alfajores y arropes, tortas con miel, higos, pasas, almendras.

Don Pedro se acarició la barbilla, indeciso. Los caminos del Señor son inescrutables, pensaba; su mirada, al recorrer el tablero, era la del zorro cuando ronda el gallinero. Se dio cuenta de que los costados estaban bien pertrechados y vigilados, a distancia de diagonal, por la dama blanca. Consideró despacio sus posibilidades, así como los distintos modos que tenía para cargar con sus tropas, y llegó a la conclusión de que sólo si insistía por el centro sería capaz de sortear las defensas de la reina y adentrarse sin mayor resistencia en los dominios del rey.

—Don Cristóbal, os lo puedo asegurar a fe de prelado y vasallo vuestro —dijo, muy serio, mientras adelantaba el alfil—, es un varón de gran ánimo y esforzado. Las derrotas que ha trazado para surcar la mar Océana no las habían ideado ni los cartógrafos de más lustre.

El cardenal venía con la espada desnuda en la mano, igual que su bisabuelo en la batalla de Aljubarrota.<sup>1</sup> Picó espuelas de nuevo y, encomendándose a San Demetrio mártir, patrón de los caballeros, arremetió como un toro contra el cuerpo de peones.

—Su Majestad, mi señora y reina, haría bien en recibirle —añadió, desplazando la torre por su columna—. Hablé con él por Pentecostés, si mal no recuerdo. Es un orador notable, como vos sabéis, y muy elocuente... ¡ejm! Me hizo pensar en el sermón de San Pedro, cuando se dirige a la muchedumbre y clama: «Hombres de Israel, oíd estas palabras: sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días de incertidumbre derramaré el Espíritu del Señor y ellos profetizarán».

Se oyó de improviso el rumor mal reprimido de una carcajada. A un lado de la estancia, sentadas en sus sillas y con las cabezas tan juntas como en una ristra de ajos, las damas de la reina cosían y parloteaban, tejían e hilvanaban sus hablillas, sus enredos y patrañas, entre risas deshilachadas. Doña Isabel se giró hacia ellas y las contempló con el ceño fruncido. Durante un instante dio la impresión de que fuera a sermonearlas o, como poco, a censurar su conducta; pero pasó el rato, la reina apuntó algo en un cuadernillo con aspecto de breviario —«Es vuestro turno», musitó, tras corregir la posición de un caballo—, y volvió a sumirse en el juego.

El cardenal no replicó, o desde luego no lo hizo de inmediato.

—La vida de don Cristóbal... —comenzó a decir, aunque pronto se quedó sin ideas y con la frase a medias.

---

*Se frotó los ojos, que ya volvían a llorarle. Si continuaba forzándolos de aquella manera no tardarían en arderle como ascuas.*

---

Se frotó los ojos, que ya volvían a llorarle. Si continuaba forzándolos de aquella manera no tardarían en arderle como ascuas. «La vida de don Cristóbal...», repetía en voz baja, casi para su colete. Lo repitió un par de veces, mientras se estrujaba el pensamiento con la terca minuciosidad de la piedra de un molino. «La vida de don Cristóbal...», mascullaba. Su voz era ronca, igual que un gruñido; los rasgos se le afilaban a causa de la concentración y, más que hablar, parecía que estuviera masticando las palabras con las muelas. Don

Pedro tamborileaba sobre la mesa, incapaz de reprimir la impaciencia. Tenía cierta ventaja posicional, al menos en apariencia, y conservaba mayor número de piezas. Las huestes de la reina, sin embargo, lejos de doblar la rodilla, habían sabido replegarse y hacerse fuertes alrededor de sus figuras. Sus peones se sucedían y se apoyaban mutuamente, ocupaban buena parte del eje de la vanguardia, y convertían la conquista de cada casilla en una lenta y penosa sucesión de escaramuzas. El cardenal carraspeó, se aclaró la garganta.

—La vida de don Cristóbal... —volvió a comenzar, con tono inseguro— tiene hechuras, ciertamente, y guarda alguna semejanza con la vida del profeta Jonás. La corte portuguesa lo tacha injustamente de f-fanático, en nuestra tierra se le niega el pan y la sal y, a pesar de todo, él porfía con ahínco y no se rinde, como si... ¡ejm!, como si el Espíritu del Señor le hubiera revelado el itinerario hacia el Catay y las islas del Cipango.

Don Pedro modificó un tanto la disposición de sus líneas. La resistencia de las blancas se le estaba atragantando, y ya no sabía qué camino tomar para resolver sus jugadas. Podía alentar el valor de sus hombres, como había venido haciendo hasta ahora, o bien combinar los asaltos directos con algún tipo de trampa o de emboscada. A estas alturas de la partida, cada estrategia que empleaba le llevaba de manera inexorable a una nueva encrucijada; las certezas raleaban, y en su lugar se multiplicaban y enraizaban con fuerza los matojos de dudas y la achicoria amarga. Se le ocurrió de momento ajustar el entramado del sitio; que los zapadores socavasen las defensas de la reina, y después

---

<sup>1</sup> Don Pedro González de Mendoza (ca. 1340-1385), señor de Hita y Buitrago, mayordomo mayor del rey y capitán general de los ejércitos de Castilla. Cuenta la crónica del canciller Ayala que en los campos de Aljubarrota, entre las villas portuguesas de Leiria y Alcobaça, y habiendo perdido el rey su caballo, don Pedro le cedió su montura para que huyese y no fuera hecho prisionero, mientras él se quedaba a pie firme cubriendo la retirada.



ya se veía. El cardenal iba a mover, pero titubeó. Iba a decir algo sobre el marino genovés, y se quedó como petrificado, con la boca entreabierta y la mano en el aire, igual que la mujer de Lot al volverse hacia Sodoma; y cuando al fin se decidió y avanzó una casilla, no tardó mucho en arrepentirse. Hubiera sido mejor, quizá... Si hubiese intentado sortear los peones por un lado... O acaso el caballo, ¡sí, claro, eso era!, ¿cómo podía no haberse dado cuenta? Don Pedro suspiró, contrariado. La cabeza le bullía como si fuese una olla y notaba un hormigueo que le trepaba por las piernas, camino del espinazo. Pensó en un mulo, un penco rucio y medio ciego, cosido a mataduras. El caballo, claro, se decía. El caballo era la clave —se arrellanó en el sillón lo mejor que pudo. Y rumiaba aquellas palabras que le dejaban en la boca el sabor de las almendras rancias.

Repasó mentalmente el desarrollo del juego. Sus piezas habían espoleado desde el primer movimiento. Al paso, al trote, embrazaron los escudos y cargaron con las lanzas. Enseguida al galope, a tumba abierta. Lidiaban entre las blancas, con las lorigas desgarradas y los yelmos abollados por los golpes. Aguijaban, los caballos porfiaban, piafaban, se revolvían, se encabritaban, las espadas chocaban con estrépito; y por el codo abajo la sangre centelleaba. Mediada la partida, no obstante, al cardenal le ocurría lo que a los ermitaños que se retiraban al desierto para orar y mortificarse. Una cosa era el ideal —reflejado con poética elocuencia en martirologios y libros de horas— y otra, muy otra, la mezquina realidad de la carne.

Don Pedro levantó la cabeza e hizo una seña. Uno de sus criados se le acercó entonces a vivo paso. Traía entre las manos un almohadón de terciopelo azul, con el lema familiar —«DAR ES SEÑORÍO, RECIBIR ES SERVIDUMBRE»— bordado en letras de oro. Se detuvo entre reverencias, entre reverencias lo mullía y, antes de volver sobre sus pasos, se lo puso a su señor en la espalda, entre reverencias y con sumo tiento. Pero su señor no dijo nada. Apenas si le hacía caso. Bebía vino, un traguito, se humedecía los labios. ¿Qué hacer?, se repetía. Contemplaba el tablero, aquel arabesco blanco y negro, cada vez más complejo. Intentaba avanzar y se embarullaba. La fatiga le pisaba la nuca con sus pesados escarpes de acero. El cardenal cerró los ojos y se frotó las sienes. Tenía la impresión de que las piezas se movieran de un lugar a otro sin que nadie las tocara. Pensó en un mulo, un penco rucio y con anteojeras. Su dueño le muele los lomos con una vara de avellano. Le golpea en el pescuezo, en los ijares, tras las orejas. El mulo jadea. Sus dientes son romos como dados de hueso, negros y amarillos. Abre la boca y tose. La barriga se le infla, se le desinfla, las patas le temblequean, y una sangre espesa y cárdena le resbala por el belfo cada vez que respira. Don Pedro había presenciado la escena de manera fugaz, al llegar cabalgando junto a su padre. Mucho tiempo había pasado desde aquel día, más de cincuenta años; y sin embargo, el chasquido de los azotes, el resuello de la pobre bestia, que sangraba por los cuatro costados, o el gesto despiadado de su dueño, apretando los dientes y golpeando, golpeando, golpeando sin descanso, todo ello lo tenía grabado a fuego en la memoria, y era incapaz de olvidarlo. Recordaba el barranco del Alamín, a las afueras de Guadalajara, un páramo de tierra ocre y guijarros. Recordaba a lo lejos las ruinas de una ermita, la de San Telmo, incendiada tiempo atrás por un rayo. El cielo frío, turbio, color ceniza. Y recordaba sobre todo al dueño, un tipo astroso, mohíno, cargado de espaldas, un menestral o un quincallero, con un brazo tullido, el derecho, que le caía todo a lo largo del cuerpo. Que se volvió y los miró un instante, de medio lado, y se humilló levemente al reconocer al señor marqués con uno de sus vástagos; y que en cuanto pasaron de largo y desaparecieron por la puerta de las murallas, siguió adelante con su faena.

---

*Repasó mentalmente el desarrollo del juego. Sus piezas habían espoleado desde el primer movimiento. Al paso, al trote, embrazaron los escudos y cargaron con las lanzas.*

---

El cardenal Mendoza dio un respingo. Acababa de oír, o creía haber sentido, el graznido de un cuervo. Escuchó con atención, y nada. El susurro de los criados al deslizarse con cuidado, el chisporroteo de las bujías, que ardían en sus candeleros, las risillas sofocadas de las damas. Poco más. Don Pedro respiró aliviado. Les tenía un miedo irracional a aquellas bestezuelas. A veces soñaba con ellas, con sus picos afilados, con el brillo frío de sus ojos; y despertaba de golpe, en medio de la noche, con un alarido a flor de labios y el corazón laténdole en la garganta. El cardenal soñaba con el otro mundo cada vez con mayor frecuencia. Cerraba los ojos y veía el firmamento sobre la tierra

durante el día de la Ira y el Juicio Final. Un San Miguel avejentado, desnudo y flácido, pesaba las almas de los hombres con gesto de indiferencia. A su alrededor, y para mitigar la espera, los veinticuatro ancianos del Apocalipsis jugaban a las tabas y a los dados, o, por mejor decir, tronaban y se tiraban de las barbas. Jeremías daba un puñetazo en la mesa. ¡Fullero!, estallaba, ¡hideput...! Ananías le respondía dedicándole una higa. Un salterio pasaba volando por el aire; y entre votos a fray Dulcino e improperios, aquellos micos desdentados acababan apostándose las túnicas, las coronas y aun la salvación eterna. También los pecadores andaban a la greña. Se empujaban, se tiraban de las orejas, se hacían la zancadilla. La mayoría caía del platillo de la balanza no tanto por el peso de sus culpas como por su estupidez y su contumacia. Abajo, en el suelo, demonios con forma de sapo o cochinilla y esqueletos vestidos con hábitos frailunos aguardaban provistos con grandes mallas y señuelos para pájaros. Atrapaban al vuelo a los condenados, sus almas negras, como niños que cazan mariposas. Los cargaban de cadenas, los sujetaban con argollas bien ceñidas, para que no pudiese huir ninguno, y tiraban de ellos por el cauce de un río seco. Al final del camino había un pescado gigantesco, un rape, varado en tierra, con la cabeza ancha y aplastada, salpicada de espinas, y la boca tan abierta y oscura que más que una boca parecía una gruta. Allí arrojaban los diablos a los pobres pecadores, que se retorcían antes de hundirse en las simas del infierno, e imploraban clemencia dando gritos y llorando.

Contó dos, tres, cuatro... seis peones blancos... cinco, si descontaba el que estaba a punto de entregar. Doña Isabel reflexionaba largamente, con las manos entrelazadas bajo la barbilla. El juego se había convertido en una urdimbre bien trenzada de embustes y añagazas, y no convenía precipitarse. Le pareció que el cardenal dudaba, que no acometía con el mismo empeño de antes. La reina levantaba la vista de cuando en cuando y observaba a su rival con disimulo. Escudriñaba sus facciones, aquella mueca de hastío, de busto a lo Tiberio Claudio, el emperador romano apartado del mundo, e intentaba leer en su rostro igual que leía en el tablero el devenir de las piezas.

---

*El cardenal palideció. Estaba distraído contemplando el fuego de la chimenea, y el reproche de la reina le sorprendió como si le hubieran cogido en falta. Buscó la torre con insistencia.*

---

Cinco peones, se dijo, mordiéndose el labio. Las torres, los caballos, el rey y la dama; y la partida que, poco a poco, se escoraba hacia las tablas, de la misma forma que lo hace un toro de lidia cuando siente que renquea y se le doblan las patas. La reina había seguido con atención las últimas jugadas, cada maniobra, cada error y cada táctica. Había perseverado con la paciencia de Penélope, y con su misma inteligencia, hasta descifrar el mecanismo de las negras. Ahora, si quería doblegar la voluntad de su adversario, no le quedaba más remedio que actuar en consecuencia, dejar a un lado sus prevenciones y buena parte de sus cautelas, y

meterse en faena. Y tal y como lo pensó y lo vio claro, así lo hizo, pues no por nada corría por sus venas la sangre de los Borgoña, y en sus ojos, en el sesgo azul metálico de su mirada, siempre hubo quien dijo haber visto el desparpajo que hiciera célebre a la reina Catalina de Lancáster, su abuela paterna. Doña Isabel adelantó por la izquierda el caballo del rey; andando el juego lo emplearía como de cabeza de puente. La fortuna se alió con ella y, tras salir con ventaja de las primeras refriegas, consiguió completar el cerco de la torre negra, que no tardaría en caer más de dos o tres movimientos.

—Os oigo elogiar a micer Cristóbal —dijo al cabo, rompiendo el silencio— y dar pábulo a sus pretensiones, y me da por pensar en el país de Cucaña, donde hay quien dice, y su Eminencia lo habrá oído, que los montes son de queso y los ríos de vino, los lechones cuelgan de los árboles, gordos y en su jugo, y las casas, en lugar de adobe, son de bizcocho y membrillo.

El cardenal palideció. Estaba distraído contemplando el fuego de la chimenea, y el reproche de la reina le sorprendió como si le hubieran cogido en falta. Buscó la torre con insistencia. Pasó revista luego al resto de sus figuras, sobre todo las más próximas. Abrió la boca para defenderse, pero justo cuando estaba a punto de mover —su mano gravitaba ya sobre el tablero—, la reina volvió a tomar la iniciativa. Batió palmas —«¡Señoras!», exclamó, «¡por favor, señoras!»— y se encaró con sus damas:

—Demos gracias a Dios —les dijo—, y a Nuestra Señora del Perpetuo Silencio, por ser mesuradas

en el modo de conducirnos, y no groseras e ignorantes, ni tampoco charlatanas, una de esas alcahuetas que deja a su ventura los quehaceres de la casa, se arremanga los faldones y sale a escape, doña Flor o doña Urraca, una de ellas, que corre de plaza en plaza, de corro en corro, que mete la cuchara en todos los cocidos, y no hay comadre a la que no visite, ni suegra ni madrastra, y jura, perjura, maldice, se tira de los pelos, se golpea en el pecho con el puño cerrado, la muy tunanta, y no es capaz de quedarse callada ni por pienso, ni aunque el cielo se abra sobre su cabeza y se le aparezca la Santísima Virgen sentada en un trono de rico oro y pedrerías, y rodeada por una cohorte de ángeles, arcángeles y los espíritus de los Bienaventurados, que entonan sin cesar el *sanctus, sanctus, sanctus*.

La reina hizo una pausa, que aprovechó para pedir otra copa. Hablaba con calma, doña Isabel, y muy suavemente, como era hábito en ella cuando lo que pretendía era hacerse entender. Escogía las palabras con prudencia, sólo las imprescindibles, y, al expresarse, lo hacía de la misma forma que jugaba al ajedrez, esto es, sin elevar la voz ni alterar el gesto. Sus damas, mientras tanto, la escuchaban en silencio, con las manos pudorosamente recogidas sobre el regazo. Las más jóvenes se habían ruborizado hasta la raíz del cabello. Tenían la vista clavada en el suelo; y había alguna, y más de una, que hubiera dado de buena gana el mayorazgo de su hermano por conocer las artes mágicas del hada Morgana, convertirse en cucaracha y desaparecer por una grieta en aquel mismo instante.

—Que para bien decir, a mi juicio, no es menester dar un cuarto al pregonero, ni chillar a los cuatro vientos como si fuese día de mercado y repicasen al unísono todas las campanas de la iglesia de Santa Bárbara.

Doña Isabel de Trastámara, reina de Castilla, de Aragón y de Sicilia, era una mujer de carácter, a veces autoritaria, que no dudaba lo más mínimo a la hora de imponerse a sus súbditos, ya fuera de grado o por fuerza. Los que la conocían y trataban a menudo, hombres probos y de buen juicio como el padre Hernando de Talavera, autor del opúsculo doctrinal *¿Por qué creer en Dios? Porque Dios lo manda*, o quien habría de ceñirse andando el tiempo los hábitos de Gran Inquisidor, fray Tomás de Torquemada, se hacían lenguas del rigor casi ascético con el que se gobernaba, y elogiaban por encima de cualquier otra virtud la fortaleza de su espíritu. Cuando había que cabalgar, ella era la primera en apremiar a su

montura. Partía de sus predios y se internaba por los puertos de la sierra, tanto si nevaba como si el sol caía a plomo. De León marchaba hacia Zamora, luego a Toro, a Tordesillas, y de aquí hasta Segovia pasando por Medina. No había empacho que no venciera, ni accidente en el camino que la obligara a detenerse. El rey Fernando reclamaba su presencia en la villa de Baza para levantar la moral de sus hombres, que comenzaban a impacientarse por la duración del asedio y la hostilidad de los musulmanes, y allá que iba ella, acompañada por sus damas y una tropa ligera.

Había veces, no obstante, en las que todo parecía confabularse en contra de los intereses de la corona. Disturbios, violencia, saqueos, los corsarios berberiscos, que ponían en peligro cada día el comercio de la costa. El inquisidor Pedro Arbués había sido degollado por una banda de sicarios mientras rezaba en la catedral de Zaragoza, y en Barcelona la voracidad de las oligarquías locales, los mal llamados *ciutadans honrats*, amenazaba con dejar a las clases populares sin el *panem nostrum quotidianum*. Sobre la mesa se acumulaban correos llegados de los cuatro puntos cardinales. Los había de Vigo y de Tarifa, de Estella, en Navarra, e incluso de la lejana isla de La Palma, y la reina daba la impresión de estar más pálida y ojerosa que de costumbre. Sus consejeros, seriamente preocupados, apelaban a su buen juicio y le rogaban que delegara alguna de sus funciones o, en todo caso, que moderase su celo; a lo que doña Isabel esbozaba una media sonrisa y les contestaba que el Señor no la había puesto en el trono para holgar, y que la rueca no había sido hecha para ella. Un ballestero, solía decirles, en el campo de batalla, sólo tiene una oportunidad, una buena, para salir del pavés que lo protege y disparar contra su enemigo; y llegado el momento no puede dudar, no tiene tiempo, o desaparecerá engullido bajo los cascos de la caballería.

—¡Y hasta aquí de tanta algarabía!

Doña Isabel consultó su cuadernillo. Repasó algunas páginas, haciendo hincapié en las últimas ano-

---

*La reina hizo una pausa, que aprovechó para pedir otra copa. Hablaba con calma, doña Isabel, y muy suavemente, como era hábito en ella cuando lo que pretendía era hacerse entender.*

---

taciones, que releía sin prisa y en voz baja, como si la partida no fuese con ella. Cuando acabó, miró al cardenal de hito en hito. «Hablemos de números, si os place», le propuso. Y casi sin darle tiempo ni para alentar, cogió la dama con vehemencia, cruzó medio tablero en diagonal y fue a plantar sus reales en las mismísimas barbas del rey negro.

—Es la economía, mi señor don Pedro —suspiró entonces, encogiéndose de hombros—, y la flaqueza que acarrear los caudales de Castilla desde que hay guerra con Granada. Lo que hace que el empeño de vuestro navegante siga en el dique seco no es otra cosa que su elevado coste, tanto en hombres y bastimentos como en simples dineros.

Acertó a pasar mientras la reina hablaba una esclava mestiza, muy joven, esbelta como una gacela, que llevaba una bandeja con gajos de fruta en almíbar y pétalos de rosa, almojábanas de queso fresco y pastelillos de hojaldre rellenos de trufa. Su nombre era Aixa, pero desde que entró al servicio de don Pedro, todos la llamaban Juana.

—Lo recibimos en las cortes de Salamanca, a micer Cristóbal —la reina hizo un ademán para llamar a la esclava—, y no mucho después acudió a nuestro encuentro en Alcalá de Henares. Platicó muy de cierto sus razones, y debatió los fundamentos que traía con gente letrada y de seso.

La bandeja era de ébano con taracea de nácar, y tan surtida estaba que, más que una bandeja, parecía el zoco de los dulces de Damasco.

---

*Las blancas hostigaban al rey contrario desde la posición de la dama. Habían conseguido sacudirse el dominio de las negras y ahora avanzaban por los flancos con paso redoblado, formando columnas volantes y capturando piezas de camino.*

---

—Había maestros en el arte de la astronomía, cosmógrafos, cartógrafos, había también gente de mar y capitanes, e incluso nos acompañó un grupo de mercaderes recién llegados de la Serenísimas República. Y todos ellos escucharon con el mayor interés la relación que micer Cristóbal les fue haciendo de sus propósitos, vieron sus cálculos y sus diagramas, así como muchos otros papeles de los que traía bajo el brazo.

Los orejones de albaricoque tenían el aspecto de las alhajas orientales, piedras menudas, pulidas, y lo mismo puede decirse de los buñuelos sefardíes o los tocínillos de cielo, que las monjas de la Encarnación preparaban cada otoño para la casa de los Mendoza. No es, pues, de extrañar, que a la reina le costara

decidirse, y que se tomara su tiempo antes de escoger un racimo de zarzamoras.

—Mucho se ha dicho sobre el asunto de las Indias durante los últimos meses —acto seguido, la esclava Aixa hizo una reverencia y se retiró llevándose la bandeja—. Mucho he deliberado, creedme, y mucho y muy reciamente se han debatido los pros y los contras entre mis consejeros y los privados del reino. Y si bien es verdad que micer Cristóbal cuenta con acérrimos valedores, próceres y gentes de abolengo que le abrieron sus puertas cuando llegó a nuestras tierras en busca de amparo, no es menos cierto que varones hay en Castilla, y no son pocos, que toman sus juicios por burlas o por cosa de embeleco, lo tratan de estrellero, o peor, de petulante, y me recuerdan a cada paso que ya la Junta de los Matemáticos desacreditó sus cálculos en la corte portuguesa, y que no por ventura los tachó de supercherías y fuegos fatuos.

El juego tocaba a su fin. Como en el caso de dos ejércitos o de dos tigres salvajes que se buscan y se rehúyen, que se ocultan y desaparecen entre la espesura y las anfractuosidades del terreno, para luego aparecer de repente y lanzarse uno a la garganta del otro, la lucha se recrudecía por momentos, y cada enfrentamiento se libraba a cara de perro. Las blancas hostigaban al rey contrario desde la posición de la dama. Habían conseguido sacudirse el dominio de las negras y ahora avanzaban por los flancos con paso redoblado, formando columnas volantes y capturando piezas de camino.

—No seré yo, en todo caso, quien discuta el talento de vuestro navegante, pues doctores tiene la Santa Madre Iglesia, y basta con que uno diga arre para que otro diga so.

Las negras, por su parte, intentaban reagruparse y mantener la iniciativa; pero a doña Isabel no le temblaba el pulso. Hablaba y hablaba, y al cardenal apenas le dejaba meter baza.

—Lo que sí que deberíais saber, y no digo que su Eminencia no lo sepa, sino que parecéis ignorarlo,

o que os conviene ignorarlo...

Hubo un rápido intercambio de posiciones. La reina entregó un peón en su retaguardia y, tras llevarse a la boca una mora bien negra y carnosa, y enseguida otra, tomó un sorbo de vino y le ganó a su rival el único caballo que conservaba.

—Catad, os decía, que mientras nosotros conversamos apaciblemente y nos solazamos al amor del fuego, mientras bebemos vino y bromeamos, y nos enzarzamos con los trebejos, mis vasallos más fieles están ahí fuera, entre la niebla y el cieno, acantonados junto a las riveras del Darro.

El cardenal apuntaló sus defensas lo mejor que pudo. Movié después el alfil hacia la dama blanca, que se le antojaba un tanto desguarnecida; y en la siguiente jugada tuvo que volver grupas a toda prisa para evitar el jaque.

—Vos sabéis lo que ha venido ocurriendo en estos reinos durante los últimos años, y no tendría ni que recordároslo. El hambre, las emboscadas, las marchas a paso ligero por los desfiladeros de las Alpujarras. Los milicianos de las peonadas concejiles caminaban con la vista clavada en el suelo; estaban agotados, cubiertos de polvo, el calor durante buena parte del día era casi insoportable. Los bueyes que cargaban con los mantenimientos se volvían locos por culpa de la sed y las picaduras de los tábanos, o eran arrastrados por los aluviones de los ríos al llegar la primavera. Las lluvias torrenciales anegaban los vados, los puentes se tronchaban, había inundaciones y corrimientos de tierra, y los carros, las bombardas, los ribadoquines, los ingenios para el asedio, se quedaban atascados e inútiles en medio de ningún sitio, y ahí mismo había que dismantelarlos. ¿Cuántas veces estuvimos a punto de darnos por vencidos?, ¿cien veces?, ¿un millar? Eso sólo Nuestro Señor lo sabe. Lo único que yo puedo deciros es que apretamos los dientes, nos encomendamos al cielo y seguimos adelante. No bajamos los brazos cuando el traidor Muley Hacén nos ganó por la mano la fortaleza de Zahara, ni tampoco tras caer derrotados en los arrabales de Loja, donde tantos nobles donceles entregaron sus almas. Nos levantamos con braveza, grado a Dios, cada vez que nos derribaron. Nos ceñimos los corrajes y el almófar, y volvimos a la carga. Combatimos duramente por cada palmo de terreno que les tomamos a los moros, y de esta guisa cayó Álora y cayó Ronda, y más tarde se rindieron Málaga, Almería y Mojácar.

---

*Doña Isabel movía a conciencia, intentando arrinconar a su adversario; sabía que tenía el triunfo al alcance de la mano, y no iba a dejar que nadie se lo arrebatara.*

---

Las blancas atravesaban una casilla tras otra. Lo hacían a punta de lanza, y tan rápido como les era posible, de la misma forma que lo hacían los ejércitos cristianos en su asalto a los últimos bastiones nazaríes. Doña Isabel movía a conciencia, intentando arrinconar a su adversario; sabía que tenía el triunfo al alcance de la mano, y no iba a dejar que nadie se lo arrebatara.

—Ahora mismo, mi señor don Pedro —continuó, y al hacerlo apuntó al cardenal con la pieza que acababa de coger del tablero, la torre del rey—, mis manos están en la guerra, al igual que lo están mis pensamientos. Granada es infiel todavía, y mal podría yo aventurar cientos y aun miles de ducados, por mucho que me pluguiera cruzar la mar Océana y llegar hasta las Indias, si en las arcas castellanas sólo hay para las tropas —la reina se comió otra mora, la última que le quedaba—, y ni un cuartillo más —apostilló, dando el tema por zanjado.

Fátima, esclava como su hermana pequeña Aixa y, como ella, ligera e inquieta como las golondrinas que sobrevuelan las azoteas de Córdoba, llenó hasta el borde la copita de moscatel del viejo Ghurab, que sonrió con gratitud cuando la muchacha ya se retiraba y rasgó suavemente las cuerdas del laúd, de manera que nadie le oyese decir: «*as salamu alaykum*», casi como si suspirara. Abu Ghurab era viejo, muy viejo, y las pupilas se le estaban marchitando. Cuando tocaba, sin embargo, sus dedos tenían el nervio arrogante y la refinada elegancia de los caballos de sangre andaluza. Acariciaba las cuerdas con la despaciosa cadencia de las elegías del ciego al-Tutili, y quien lo escuchaba creía estar viendo los palacios y las almunias de Medina Azahara, los viñedos, las palmeras, los arriates de amapolas, antes de que los jinetes berberiscos sitiaran la ciudad y la saquearan, y dieran sus restos al fuego. Pasó a su lado un criado, que arrojó una brazada de leña seca dentro de la chimenea, pero él

no se dio cuenta. Miraba hacia el techo, que apenas veía. Pellizcaba las cuerdas con la yema de los dedos y pensaba en una cúpula estrellada de lapislázuli y oro. Pensó en una araña, en los ocho ángeles de alas tornasoladas que sostienen sobre los hombros el trono de Dios, y cantaba:

*Hermosa era la llama, y breve,  
como todo lo que es hermoso;  
pues todo lo que es hermoso  
tiene su momento, y pasa.*

—Pensad, mi señora, en todo caso...

El cardenal se calló, se aclaró la garganta. Buscaba la torre con insistencia. La tenía delante mismo de las narices, y aun así le costó encontrarla. «Es la economía, mi señor don Pedro —le había dicho la reina, haciendo caso omiso de todos sus argumentos—, y la flaqueza que acarrear los caudales de Castilla desde que hay guerra con Granada». Ahora ella le miraba y sonreía, y jugueteaba con un racimo de zarzamoras. «Lo que hace que el empeño de vuestro navegante siga en el dique seco no es otra cosa que su elevado coste, tanto en hombres y bastimentos como en simples dineros». El cardenal levantó una pieza, el alfil, con cierta torpeza. Le estuvo dando vueltas entre los dedos, hasta que se cansó y lo dejó donde estaba.

---

*Al estudiar el tablero con detenimiento, la distribución de las piezas y las figuras que conservaba, el cardenal se descubrió atado de pies y manos.*

---

—Pensad, ¡ejm!, mi señora, en lo poco que se aventura si don Cristóbal anda errado, un puñado de maravedíes, unos miles, poco más —bebió vino, un sorbo, otro, un largo trago, que nunca le supo tanto a nada—. Y pensad por el contrario en todo lo que se aprovecha si la Providencia del Señor... ¡ejm!

Cogió el alfil de nuevo, y con la pieza en vilo, habló de ganancias de tierras, de seda y especias. Don Pedro traía la lección bien aprendida, como pasaba siempre que se reunía con la reina, e hizo alarde de sus dotes para la retórica. Habló sobre la fama y el señorío de doña Isabel, que aventajarían a los de su propio abuelo, el rey Enrique, cuyos em-

bajadores habían sido recibidos por el poderoso emir de Samarcante. Habló largo y tendido sobre beneficios comerciales y espirituales, aunque no tenía la mente puesta en lo que decía; mientras hablaba, sin querer, la mente se le iba sola por otros derroteros, que poco o nada tenían que ver con los proyectos colombinos. Observaba las piezas, las pocas que le quedaban, y no sabía a ciencia cierta si atacar, dicho por boca de su sobrino<sup>2</sup>, a cureña rasa, o tocar a toda prisa a rebato.

Al estudiar el tablero con detenimiento, la distribución de las piezas y las figuras que conservaba, el cardenal se descubrió atado de pies y manos. Tenía algunos peones libres, no muchos, que podía manejar con cierto desahogo. La torre que le quedaba, en cambio, estaba acorralada. Había perdido ambos caballos, el último hacía poco, y el alfil no sabía cómo emplearlo. Don Pedro se vio a sí mismo en el pellejo de Boabdil, el último sultán granadino, gobernando el ajedrez de la guerra desde lo alto de la Alhambra; y un escalofrío le recorrió la espalda. Ballestas, bombardas, arcabuces, espingardas. Las huestes cristianas asoman por el horizonte, mesnada tras mesnada. No tarda en sentirse el runrún de la caballería, el tumulto, los relinchos, las trompetas. Luego, y cada vez más cerca, el fragor de las espadas. Los cuarteles de Castilla y los pendones de San Jorge se extienden como una mancha de aceite por todo el valle del Darro. ¡Santiago y cierra, España!, se oye gritar entre la puerta de Elvira y la de la Albahaca. Un soldado envuelto en flechas, igual que un alfiletero. Otro, al lado, abierto en canal de un tajo. La batalla no es una batalla, es una carnicería; aun así, es incapaz de apartar la mirada. Observa a los hidalgos castellanos, cómo danzan y corvetean sobre sus peones marroquíes, cómo los trituran sin esfuerzo aparente, como si no fueran más que pajas y estiércol. Y aquellos enormes bolaños de piedra, de hierro, bañados en brea ardiente, que atruenan por todas

---

<sup>2</sup> Don Íñigo López de Mendoza (1442?-1515), conde de Tendilla y marqués de la villa de Mondéjar. Reputado militar y diplomático al servicio del rey Fernando. En la Roma del papa Inocencio demostró ingenio y mano izquierda en el ejercicio de su cargo —consiguió el reconocimiento de los hijos naturales de su tío, el cardenal Mendoza, así como un segundo jubileo para el convento de Santa Ana de Tendilla. Tras volver de Italia, participó activamente en la guerra de Granada, donde se distinguiría por su habilidad en el arte de las emboscadas y los repliegues rápidos

partes —es el fin del mundo, masculla amedrentado—, que revientan las murallas, el suelo se estre-  
mece, parece que estuviera a punto de rasgarse por las costuras; y a su alrededor, los baluartes más  
sólidos caen reducidos a escombros.

—Escuchad, mi señor don Pedro, y prestad atención a mis palabras, recordadlas bien —la voz de la  
reina lo sacó abruptamente de sus cavilaciones—. No está en mi mano conocer los designios del rey,  
y tampoco voy a prometeros nada que después no puede cumplirse; pero hacedme caso, y enviad a  
micer Cristóbal a las cortes de Santa Fe pasado el mes entrante. Habrá allí nobles y ricoshombres.  
Despacharemos ampliamente con don Luis de Santángel, que sabe bien de cuentas y de caudales, y  
él nos dirá lo que puede hacerse... Si es que hay algo que se pueda hacer.

El cardenal guardaba silencio. Hizo mención de responder, pero no acertaba a enhebrar el hilo de  
sus pensamientos. Se sentía estúpido, desarbolado y estúpido, y le dio por pensar en la liebre de la  
conseja, aquella liebre holgazana a la que una simple tortuga da sopas con honda. Don Pedro miraba  
a la reina, esbozaba una mueca de circunstancias y volvía a mirar el tablero. Contaba las piezas, las  
suyas, las blancas, las que había perdido; volvía a contarlas, como si no terminara de comprender la  
naturaleza del juego ni los férreos engranajes que lo articulaban. Y se hacía cruces, incrédulo toda-  
vía, aunque pronto ya a la carcajada —apuró la copa de un trago—, porque estaban a punto de darle  
jaque, y sólo ahora se percataba.

Anocheecía. El campanario de Santa María de la Fuente desgranaba con unción y mansedumbre la  
llamada al recogimiento. «Es tarde», musitó la reina. Era la hora del ángelus. Se levantó con un fru-  
frú de telas casi imperceptible, y a continuación lo hicieron sus dueñas, como flores que se abren  
con los últimos rayos del día. Una luz gris y pálida se colaba en la cámara a través de los ventanu-  
cos. Sobre la mesa, la sombra de la dama blanca dominaba el tablero con suficiencia. La custodiaba  
un caballo aquí, un peón allá; en la esquina contraria, apartado y solo, yacía el rey derrotado. Doña  
Isabel se despidió con la cortesía que acostumbraba:

—Los alcauciles estaban muy tiernos, la sobremesa ha sido amenísima, y qué decir de este vino  
vuestro, que tiene un gusto tan suave. Y si hablamos de los trebejos, en mi vida conocí a varón al-  
guno que se dejara sobrepujar por una dama con tanto donaire como su Eminencia —y un mohín de  
ironía perfilaba sus labios cuando añadió, justo antes de marcharse—: excepto quizás mi marido.

© Domingo Alberto Martínez

---

**Domingo Alberto Martínez** nació en Zaragoza, España, en 1977. Filólogo de formación y apasio-  
nado de la palabra escrita, actualmente reside con su familia en la pequeña localidad de Tudela,  
capital de la Ribera navarra. Es autor de dos novelas, *Las ruinas blancas* (premio "Santa Isabel de  
Aragón", convocado por la Diputación de Zaragoza) y *Trovas de fierro* (premio "Alfonso Sancho  
Sáez", del Ayuntamiento de Jaén). Sus relatos, premiados en más de cincuenta certámenes litera-  
rios, han sido recogidos en las antologías *El pan nuestro de cada día*, *Libro de los engranajes*, *Los  
astrolabios* y *Palos de ciego*. Actualmente, trabaja en dos nuevas obras, *Lluvia de primavera*, una  
novela histórica, y la *nouvelle Campo Franco*.

## LA ESTUDIANTE DE EBER

por Ivanna Zambrano Ayala

Entró al aula, vio a los nuevos estudiantes y se sentó en su escritorio.

—Buenas tardes, jóvenes. Mi nombre es Eber Alba. Seré su profesora de escritura creativa. Quiero que se presenten. Díganme su nombre, apellido, edad y aspiración.

Cada uno hizo lo que pidió. Pronto le llegó el turno a una estudiante de cabello corto, quien se encontraba sentada justo frente a ella. Eber la miró.

—Soy Paula Echeverría y tengo veinte años. Mi aspiración es convertirme en escritora.

La mujer sonrió. Recordó que también se presentó de aquella forma hace mucho tiempo.

—Qué bueno. ¿Cuento o novela? —le preguntó.

—Cuento —respondió la chica con una tímida sonrisa.

—Me parece bien. Continuemos —y señaló a otro.

Cuando terminaron, la profesora les ordenó que sacaran una hoja. Realizarían un cuento de tema libre. Solo tenían media hora.

Los observó desde su asiento. Notó que la muchacha que deseaba ser escritora redactaba y borraba afanosamente. La vio con atención.

Concluyó el tiempo establecido.

—¿Quieres leer lo que has escrito, futura colega? —le inquirió Eber.

Ella asintió con la cabeza.

—Te escuchamos.

Entonces la joven empezó a leer...

Alba se impresionó. Tenía talento, había hecho un estupendo trabajo. Le sonrió cuando terminó.

—Buen relato, ¿cómo dices que te llamas?

—Paula.

—Pues te felicito.

La estudiante le sonrió con agradecimiento. Los otros narraron sus historias, pero ninguna fue tan contundente como la primera.

La clase culminó y los jóvenes se retiraron. Paula se quedó sentada por unos momentos en el pupitre. Se levantó.

—Hasta luego.

—Nos vemos, Paula. Sigue así.

---

*Los observó desde su asiento. Notó que la muchacha que deseaba ser escritora redactaba y borraba afanosamente. La vio con atención.*

---

Paula sorprendió a Eber varias veces en clases. Tenía mucha creatividad, le gustaba su estilo, algo le decía que llegaría lejos. Cuando acabó la sexta sesión, los estudiantes empezaron a andar hacia la puerta. La profesora decidió hablarle, así que le pidió que se quedara por un momento. Comenzó cuando se hallaron a solas.



— ¿Sabes, Paula? Me recuerdas mucho a mí —le dijo desde el escritorio.

La muchacha sonrió.

— ¿En serio?

—Sí, yo también deseaba ser escritora a tu edad. Me motivaron muchas cosas. No sé qué te hizo tomar este camino, pero creo que has acertado. Sigue escribiendo y llegarás alto.

Paula le dijo «gracias», movió sus labios como si quisiera expresarle algo más. Se contuvo. La profesora se percató de ello, mas no preguntó qué deseaba manifestarle.

—Nos vemos el viernes —le dijo la mujer.

Un día, Paula tomó valor y se le acercó mientras recogía sus cosas.

— ¿Puedo irme con usted? —le preguntó con su tierna voz.

—Claro que sí, querida —respondió Eber.

Empezaron a conversar mientras caminaban en presencia de la noche.

— ¿Qué te incitó a escribir, Paula?

—Supongo que mis problemas. La escritura siempre ha sido un escape para mí —contestó con tristeza.

—Sí, la literatura nos provoca eso... Es una forma de huir de las garras de la realidad... Digamos que la escritura me ha salvado en algunas ocasiones. Eso es lo maravilloso de las artes... Paula, si alguna vez deseas hablar de esos problemas, puedes hacerlo conmigo. Estoy dispuesta a escucharte.

Ella asintió con la cabeza.

---

*Digamos que la escritura me ha salvado en algunas ocasiones. Eso es lo maravilloso de las artes.*

---

Pronto acabarían las sesiones. La profesora les entregó los cuentos corregidos a todos. Miró a Paula y notó que la observaba con faz ensombrecida. Esa niña se parecía tanto a ella... Les ordenó que hicieran una historia tomando como musa una llave y una puerta. Un estudiante la miró con una sonrisa.

—Pero usted también. Queremos saber cómo escribe.

—Ajá. Entonces tenemos media hora.

Cuando terminó el tiempo, los chicos le dijeron que empezara ella.

—Está bien —dijo Eber mientras miraba su hoja—. Había una vez una llave y una puerta... ¡Fin! Ahora ustedes.

Rieron, incluyendo Paula. Leyeron sus cuentos. Eber seguía teniendo predilección por los de la niña de cabello corto. Había hecho un maravilloso trabajo, mas algo terrible escondía ese escrito. Lo advirtió. Paula había relatado la historia de una jovencita, quien buscaba una llave con desesperación para abrir una puerta y escapar de un hombre. Este la atrapó segundos después. Todo culminó en tragedia...

Paula la esperó mientras recogía sus cosas. La mujer notó que posteriormente comenzó a hurgar en su bolso. Entonces sacó de su cuaderno unas hojas engrapadas.

—Profesora...

—Dime, querida.

—Escribí un cuento. Quisiera saber su opinión. No le tomaré mucho tiempo leerlo.

La mujer sonrió y lo guardó.

—Te diré mi opinión cuando acabe el curso. Lo prometo.

Ambas se marcharon juntas. Paula tomó la palabra mientras andaban. Una fresca brisa nocturna alborotó sus cabellos.

— ¿Tiene hijos?

—No, niña, ni pareja. Desde pequeña decidí no tener novio. Los hombres son más complicados que leer el *Ulises* de Joyce. Lo juro, no los quiero en mi vida.

—Ah... Tiene razón. Me pregunto cómo hubiese sido mi vida sin...

La profesora Alba observó el suelo. Reflexionó. Miró el cielo adornado por la luna y las estrellas.

— ¿Quieres comer conmigo mañana?

— ¿En dónde?

—Hay una cafetería que está muy cerca de aquí...

Paula accedió.

Se encontraron al día siguiente. Caminaron juntas y entraron al establecimiento. Ocuparon una mesa en un solitario rincón.

—Paula, quiero que me lo cuentes todo.

La muchacha sintió un nudo en la garganta y sus ojos se tornaron vidriosos.

—Dime cuál es el secreto que escondes. Yo hace mucho necesité que alguien me oyera, aunque prefería quedarme en silencio porque pensaba que la gente utilizaría esos horribles asuntos en mi contra, como hizo una de mis tías. Encerré mis demonios en una caja que cada día se abre como la de Pandora, y tú, niña, me recuerdas tanto a mí... Todo lo que me digas será nuestro secreto.

Paula le confesó...

Antes de la culminación del taller, Eber leyó el cuento en su casa. Cuando terminó de hacerlo quedó pensativa.

En la última sesión entró al salón y vio a Paula como siempre, quien la miraba con esa melancolía con aroma a desesperación. Comentó los cuentos de todos. Los felicitó y les dijo que estaba orgullosa de la nueva generación de posibles escritores. Los muchachos le dieron la mano, le dijeron lo mucho que apreciaron sus clases y se marcharon. La chica esperó en su asiento, deseaba despedirse. Cuando se quedaron solas, se acercó.

—Querida...

—Me encantaron sus clases —le dijo la muchacha con voz queda.

—Me alegra, hija —y se puso de pie—. Por otra parte, deseaba decirte que leí tu cuento. Te diré mi opinión como te prometí.

Paula asintió con la cabeza. Eber notó que sus ojos brillaron con emoción entre tanta oscuridad.

—Me pareció excelente. Dijiste todo lo que tenías que decir. Manejas bien las metáforas, las representaciones, esas que hablan del padre como la figura siniestra que te atormenta. El final es fantástico, pero no me gustó del todo.

— ¿Cree que pudo tener otra vía de escape?

—Sí, Paula... —Entonces guardó silencio por un momento para contemplar la ensombrecida mirada de arcilla tan parecida a la suya—. Ve a tu casa, empaca tus cosas y ven a vivir conmigo. Eres mayor de edad, puedes irte de ese hueco infernal. Yo cuidaré de ti. Jamás tendrás que ver a ese terrible hombre.

---

*En la última sesión entró al salón y vio a Paula como siempre, quien la miraba con esa melancolía con aroma a desesperación.*

---

Paula se sorprendió, luego sus ojos se empararon de lágrimas.

La mujer notó que ella meneó la cabeza. Se miraron largamente, después se fueron juntas. Se abrazaron al llegar a la entrada de la estación del subterráneo. Paula le susurró «gracias». La mujer le dijo que si cambiaba de opinión la contactara. La soltó y colocó sus manos sobre las primaverales mejillas. La miró fijamente.

—Hazlo, coño. Te ruego que no tomes el camino de tu personaje. Puedes salvarte, sabes que sí. Mientras tanto, no dejes de escribir. Estaré esperando.

Transcurrieron los días. Eber pensaba en aquella muchachita cada noche estrellada. Leía cuando podía la historia que le había regalado. Algo le decía que la vería nuevamente, no sabía por qué. Ocasionalmente imaginaba lo peor. Eso la destrozaba.

Despertó una mañana por culpa de su teléfono, sonaba insistentemente. Lo tomó de su mesita de noche y escuchó su voz.

—Soy Paula...

La mujer sonrió con alivio.

© Ivanna Zambrano Ayala

---

**Ivanna Zambrano Ayala** (Caracas, Venezuela, 1997). Cursa estudios en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Colabora en portales como Letralia (Venezuela), Pluma y Tintero, Ariadna RC, Narrativas (España), Cafetera de Letras (Chile) y en el suplemento literario Verbigracia de El Universal.

## LA FORMA DE LA RESISTENCIA

por Francisco Astiazarán

Se detuvo frente a la ventana y observó a través del salitre que se empastaba sobre los vidrios. De inmediato reconoció al hombre que golpeaba las manos afuera. Supo, además, que esta vez era en serio. Lo de siempre, desde hacía tiempo, sin embargo Alfredo tuvo la certeza de que ya no volverían a verse.

La primera visita había sido en verano, dos años antes. Lo recordaba así; en medio del calor y el ajeteo de cañas hacia la escollera. Por esa época la demanda de carnada era incesante. Los veraneantes descendían del tren como fugitivos y en bandada invadían el bar y picoteaban camarones o miniaturas de pescado. Gaviotas famélicas, con la piel blanca, aceitosa, de la ciudad. Lo recordaba por ellos, o tal vez por los otros; por el Nene, o el doctor Franco o algún otro parroquiano del invierno que, entonces retraídos frente al trajín, sentían aquella invasión estival como una molestia en el aire; un puñado de impertinentes moscas que se espantarían pronto, no bien el fresco de abril comenzase a sacudir el lomo de las playas. Era por ellos que lo recordaba, porque cuando aquel hombre entró al bar, fue el Nene, el doctor Franco o algún otro que dijo un nombre, un apellido compuesto, y enseguida se bosquejó una historia, una fábula minúscula, apuntalada rápidamente con un par de monosílabos porque el hombre aquel se acercaba zonceando, fingiendo el curioso descuido de un turista más. Estuvo rato ojeando los altos relieves de las paredes. Galeones, narvales y tiburones. Se paró frente al cuadro de las «Tres Gracias» que Alfredo había pintado años antes, y asintió con la cabeza, varias veces.

—Arte naïf... —dijo mientras se acomodaba en un taburete. Después Alfredo le ofreció una copa de caña con butiá— ... lo último, lo más moderno; pintar como un niño. —Dos, cuatro rondas sobre el mostrador y el Nene, el doctor Franco y él, escucharon el nombre de la importante firma, de unos terrenos destinados a la construcción de una planta pesquera; un foco de progreso para toda la región. Luego el hombre se marchó y ellos repitieron sin demasiada convicción aquellas profecías de tierras lejanas, de dioses impotentes.

---

*La primera visita había sido en verano, dos años antes. Lo recordaba así; en medio del calor y el ajeteo de cañas hacia la escollera.*

---

Pero aquel mismo año el invierno llegó escoltado por camionetas preñadas de agrimensores, ingenieros y arquitectos que comenzaron a deambular torpemente, como terrícolas en un planeta remoto. Iban y venían, midiendo y colocando mojones que pronto el viento y la arena se encargarían de sepultar. Al verano siguiente desaparecieron, pero en invierno brotaron del frío, otra vez, como una peste mal curada. Un día simplemente ocurrió; Alfredo se vio solo, vagando entre los ranchos abandonados, porque finalmente los otros pescadores habían aceptado el realojo tierra adentro.

—El lunes comenzamos con las obras —advirtió la voz, al tiempo que Alfredo asomaba tras la puerta. Le echó una mirada rápida al hombre aquel. Así, vestido de sobretodo y con ese talante ciudadano, se parecía bastante al doctor Franco diez años antes, cuando el doctor Franco recién había llegado de la capital y la arena voladora se le acumulaba en el pelo engominado. Igualmente ajeno, vulnerable, le parecía.

Alfredo recostó su cuerpo sobre una de las sirenas de hormigón que hacían de columnas y sostenían el alero. Más arriba, por encima de las chapas de cinc podía leerse: «*El copetín con mariscos*». Separó los labios, apenas.

—... el lunes —repitió en voz baja, como si imitara el sonido de una lengua ajena. Luego sus ojos

esquivaron la figura y su mirada se posó en el paisaje de fondo. Era jueves y hacía varios días que el viento soplabla fijo del Este. Con ese viento espeso, pegajoso, que viene del Este, no demoraría en arrimarse el mal tiempo. En el murallón, unos doscientos metros a espaldas del hombre que ahora desplegaba un ensayado monólogo, el océano repetía inútiles manotazos sobre los bloques de piedra y cemento, y enseguida el agua, desparramándose en el aire como copos de nieve.

Alguna vez, antes de ser puerto, mucho antes incluso de ser una península, aquel lugar había sido una isla, pero entonces llegaron los hombres y la unieron al continente para hacer allí el puerto.

—Usted queda avisado entonces... —concluía el hombre— ... en estos días llega el capataz y las máquinas ... el lunes sin falta se comienza la obra. Yo le aconsejo... —Y culminó la sentencia en un gesto; se encogió de hombros y enseñó las palmas cremosas de sus manos.

Durante viernes y sábado el cortejo del viento anduvo silbando sobre las aristas del caserío. Colando arena por las rendijas. Era como si el cielo mismo arrimara su hocico a la tierra para olfatear, indeciso, los ranchos vacíos.

A la nohcecita del sábado escuchó el silbato del tren que se acercaba, el traqueteo moroso dentro del pinar. Lo oyó chirriar durante largo rato. Calculó que avanzaba más pesado que de costumbre, casi a tranco humano, y enseguida recordó la llegada de las máquinas que nivelarían el terreno. Pensó en trepar a la bicicleta y tomar el camino hasta la estación para ver el espectáculo. Pero se recostó en el catre de lona y el fragor parejo del océano terminó de hundirlo en el sueño.

El domingo se levantó temprano. Aprontó el mate y desde el alero se instaló a escrutar el horizonte; por encima del océano asomaba una espesa franja gris. A más tardar esa noche, el último remanente del invierno se abalanzaría sobre el balneario, dilatándose quizás en un temporal de varios días. Luego sí, en unas pocas semanas, aquella calma desértica sería interrumpida por el febril bullicio de la temporada estival. Entonces la costa imprimiría sobre su piel incontables lunares de colores y los niños remarcarían en el pasto los senderos de veranos anteriores.

---

*Cuando se detuvo, el poblado ya era un borrón de la bruma. Así, amontonado sobre el final de la playa, el rancherío evocaba un puñado de cachorros abandonados a la intemperie.*

---

Al medio día recogió los útiles de pesca y se alejó por la ensenada, acompañado por dos perros lugareños que zigzagueaban varios metros delante de él y husmeaban en algún lobo muerto, en los pescados que tira la resaca. Caminó varios kilómetros, girándose de tanto en tanto para escudriñar el paredón grisáceo que comenzaba a ganar altura en el cielo. Dios levanta un muro —pensaba Alfredo— una barrera de viento y agua. Dios tiene sus maneras para decir no.

Cuando se detuvo, el poblado ya era un borrón de la bruma. Así, amontonado sobre el final de la playa, el rancherío evocaba un puñado de cachorros abandonados a la intemperie.

Encarnó con almeja. Lo hizo en una ligera y silenciosa ceremonia. Luego arqueó el cuerpo hacia atrás y en un impulso la plumada dibujó un arco en el aire y se hundió poco antes del segundo banco. Colocó la caña en el posa caña y se tendió en la arena húmeda, a observar la irregular oscilación del puntero. Mucho viento —pensó— demasiado clara el agua como para la corvina. Enseguida los perros se le arrimaron, entreverados en un jugueteo adolescente.

—Quédense quieto... caramba. —Estuvo largo rato con la mirada extraviada en el oleaje desparejo.

Había llegado al balneario en la década del cuarenta. Vivió bajo el muelle los primeros tiempos y luego se hizo un lugar entre los otros ranchos para levantar el bar. La primera talla —el rostro de una mujer— la confeccionó en un tronco de curupay que sacó la gran sudestada del cuarenta y siete. Detrás de aquellas facciones toscas comenzó a llegar todo lo otro. Cada pieza guardaba los rasgos de un mismo linaje, como si se tratara de inmigrantes provenientes de una patria común. También llegaron los amigos; el Nene y el doctor Franco, quienes vivían todo el año en el balneario. El gordo Jorge —que le compraba los óleos— y Haroldo eran parte de la camarilla porteña. Un día llegó un diplomático brasileiro. Era verano y estaban todos en «*El copetín con mariscos*». Alfredo nunca había visto un diplomático alcoholizado. El hombre de lentes gruesos tocó la guitarra, se abrazó al

Nene y cantó durante toda la madrugada. Alfredo recordaba esa noche; la risa que nacía en la panza del gordo Jorge, que le llenaba el pecho a él, a todos. Recordaba ese amanecer luminoso que entraba por la ventana y rendijas y recordaba, también, a Haroldo preso de una epifanía, pidiéndole con urgencia lápiz y papel para anotar vaya a saber qué cosa. Qué sería, ahora, de la vida de Haroldo.

De pronto la caña asintió, en un brusco movimiento. Los perros ladraron indicando el puntero y Alfredo se incorporó de inmediato. La sujetó fuerte y sintió la presencia al otro extremo de la línea. En seguida la caña volvió a arquearse, ahora con mayor violencia. Un chucho —se dijo, y luego repitió para sí la explicación que hubiese emitido en una tarde de enero, al verse rodeado de bañistas curiosos— se pega con las aletas al fondo, hace un efecto ventoso, por eso hay que cansarlo mucho para poder sacarlo. En el siguiente cimbronazo tuvo que afirmarse con más fuerza aún para que el sacudón no le arrancara la caña de las manos. Uno de los perros súbitamente lo desconoció y comenzó a recular sin dejar de ladrarle. Entonces Alfredo sintió el escozor que subía por el brazo y se trasladaba como un rayo lento a través de los músculos y tendones, hasta hundirse en el pecho. Recordó al doctor Franco apoyado sobre el mostrador, guardando en un sobre de manila los resultados de los exámenes. Escuchó de nuevo al doctor Franco, el tono paternal. Que se terminaban las salidas en barcaza, las patriadas mar adentro, que mejor el bar; el resguardo de la cocina, los experimentos culinarios y las milongas sobre los lienzos. Se pega con las aletas al fondo, volvió a decirse. Ahora era Alfredo el que arremetía. Caminó varios metros en paralelo a la orilla, ida y vuelta, acompañando la lucha del animal. Alfredo sabía que era tan inútil como imprescindible. Sabía que ni siquiera el mar podría detener a los seres humanos y que había un anzuelo allí, enganchado en las entrañas desde siempre. Cualquier pescador sabe que la belleza se engendra y habita en las formas de la resistencia.

Cuando por fin lo tuvo en la orilla, se agachó con el cuchillo dispuesto a trozar la lanceta. Midió su golpe y el movimiento del brazo le arrancó un quejido diminuto que el viento se llevó en un serpenteo sobre la playa. Enseguida los perros se arrimaron con recelo a olfatear la arena pegoteada de sangre.

Había oscurecido ya y el cielo terminaba de acomodar su oscuro manto sobre toda la tierra. Llovería de un momento a otro. La atmósfera dentro del rancho era como el vientre de una mujer dormida. El constante roer en la restinga del fondo se oía lejano y amortiguado. Alfredo se paró frente a las valijas prontas y frotó su pecho, buscando un hueco en la carne. El primer estruendo vino de mar adentro y lo hizo caer de rodillas. Entornó los ojos y alcanzó a escuchar las primeras gotas que tamborileaban sobre las chapas del techo. Al otro día, cuando el capataz y las máquinas llegasen, aquello iba a ser un lodazal intransitable. Para entonces ya habría encontrado la manera de explicarles que nunca se iría de ese lugar.

© Francisco Astiazarán

---

**Francisco Astiazarán.** Nació en 1980. Vivió en Rocha hasta los veintitres años. Actualmente reside en Montevideo, donde trabaja como educador en un hogar de adolescentes. Los montes que rodean su pueblo y la costa atlántica uruguaya son el escenario central para sus historias. Las referencias autobiográficas y los relatos locales, el motor inexorable de su escritura. Trabajos suyos han aparecido en la publicación cultural rochense *Popularte*. "La forma de la resistencia" está incluido en un libro que reúne la mayoría de sus trabajos, y el cual aún permanece inédito.

## EL SOLAR DE LOS CABALLITOS DEL DIABLO

por Frak Torres Vergel

Cumplido el castigo por haber estado ausente del hogar sin permiso alguno durante más de once horas, Ñeñe había recuperado gran parte de su habitual alegría. No obstante, con la prohibición de su padre de nunca volver a jugar en el Solar de los Caballitos del Diablo se había producido en el muchacho cierta nostalgia que, por momentos, con el encierro en la casa, degeneraba en una ansiedad depresiva somatizada en un involuntario y vertiginoso movimiento de sus pies. Sentado en la mecedora momposina de su abuela, extrañaba el estanque ovalado que estaba justo en medio del solar.

Durante esos días de libertad, siguiendo la recomendación de su madre, había dejado de visitar aquel lugar, ya que, según decía la gente del pueblo, en el fondo de aquel depósito de aguas verdosas, yacía de alguna forma el cadáver sin hallar de una niña de nueve años de edad, desaparecida durante la pasada fiesta de Carnaval.

Al parecer, la pequeña acostumbraba a jugar alrededor del estanque porque le atraía sobremanera el brillo metalizado de los rojos y los azules vivos que componían el cuerpo y las alas de los caballitos del diablo que poblaban el solar.

Si bien a muchos les agradaba la permanencia de estos insectos en el lugar, algunos habitantes miraban con ojos desconfiados tal asentamiento. No obstante, una tarde el biólogo Rafael Marín, en una reunión de la Acción Comunal, había explicado a los asistentes que la razón por la cual había tantos de estos animalitos en un mismo sitio se debía a que las hembras ponían sus huevos en el estanque, donde maduraban con libertad absoluta durante su fase de formación orgánica, puramente acuática. También señaló que eran afortunados al tener tantos en el solar pues era una especie en vía de extinción, lo cual tornaba tal fenómeno en algo extraño.

---

*Al llegar los caballitos del diablo al solar, toda el área empezó a ofrecer una imagen extraordinariamente desolada y deprimente.*

---

La tierra del solar estaba cubierta en su mayor parte por una hierba leonada de poca altura. Era un terreno áspero que aparentaba una superficie aplanada de gran extensión. Sin embargo, la fortuita lluvia abundante dejaba ver con frecuencia algunos baches que servían de cueva para sapos de gran tamaño y ojos ambarinos.

En ocasiones algún transeúnte contemplativo podía ver a la distancia una sombra errante que atravesaba a pleno mediodía de extremo a extremo horizontal la lívida y enferma amarillez de los rayos del sol que caían en el lugar. Si alguien se encontraba dentro del solar en ese breve instante, una acre humareda le producía un picor acucioso en los ojos y experimentaba la sensación de respirar un aire fresco cuyo olor era semejante al del húmedo moho de una sepultura.

Al llegar los caballitos del diablo al solar, toda el área empezó a ofrecer una imagen extraordinariamente desolada y deprimente. Acacias consumidas por 'la pajarita' se alzaban inmóviles a causa del parásito que las mató lentamente. Ni una mariamulata, ni siquiera un golero descendía el vuelo hacia aquella extensión hundida en ruina en medio del silencio y del olvido.

Sin embargo, había algo en aquel pedazo rechazado de la naturaleza que resultaba intrigante para Ñeñe.

Antes de que su madre le explicara el evento de la desaparición de la niña, ya él había tenido la sensación de que el solar sugería cierto enigma y de que, si lo contemplaba mucho tiempo, el secreto se le revelaría en su mente por sí solo.

Tal vez lo que ocultaba el solar era el misterio de la pequeña desaparecida, o quizás este suceso no tenía relación alguna con lo que él sentía hacia el solar y la niña había sido robada, como había suce-

didó tantas veces en el pueblo, hallándose tiempo después a la ladrona, pues siempre eran las mujeres quienes hurtaban infantes al no tener la posibilidad, por una u otra razón, de atesorar los suyos. Esto había sucedido en varias ocasiones y no sería insólito que el caso de la pequeña desaparecida fuera una versión repetida del mismo delito.

Una mañana, mientras sus padres cumplían las labores propias de cada uno, Ñeñe entró decidido al Solar de los Caballitos del Diablo con el fin de descubrir el secreto que velaba aquel lugar.

Después de un continuado tiempo de vigilancia, sentado sobre un montículo rodeado de matas de algodón de seda, sintió el turbador efecto de ver cómo aumentaban de modo sutil las medidas del terreno, como si estas hubiesen sido trazadas mediante líneas inconclusas.

Del mismo modo, aquel paraje parecía asfixiarlo por instantes y sintió que sus ojos le empezaban a arder. Así que caminó hacia el estanque, pero al estar a tres pasos del agua se detuvo. Todo era diferente a esa hora del mediodía. No sentía miedo. Lo que estaba haciendo le parecía en el fondo más un sombrío juego íntimo que una misión confidencial.

Al estar ahí y ver el agolpamiento de los caballitos del diablo experimentó un prolongado intervalo de calma absoluta acompañada de un absorbente deseo de tocar el agua y rozar sus relucientes alas delgadas. No obstante, alzó la mirada y desde allí se percató de que el solar alcanzaba muchos kilómetros y se desdoblaba de modo interminable. Por un momento creyó que podría tratarse de un sugestivo fenómeno óptico o de perspectiva, sin embargo, al dar unos pasos hacia el horizonte se convenció de que la hierba que estaba pisando en realidad invadía vastas hectáreas de suelo seco donde el aire caliente se hacía por momentos irrespirable.

Fue entonces cuando empezó a temer de verdad.

Pero contuvo los nervios. Acometió de nuevo y a medida que regresaba sobre sus pasos pudo evidenciar que el viento soplaba más fuerte al avanzar hacia el estanque de los caballitos del diablo.

Acosado por las terribles sacudidas, intentó levantar el rostro para continuar en dirección al sitio maldito, pero al lograrlo lo único que pudo percibir a unos pocos metros fue la rama seca de un árbol de uvita pegajosa que, desalineada sobre sí misma, formaba una ristra torcida en cuyo extremo se erguía un imponente caballito del diablo de figura y alas negras.

Un súbito y violento deseo de salir corriendo lo colmó, pero nunca le había gustado la sensación de sentirse perseguido, y ahora era consciente de que si no resolvía el enigma de aquel lugar, jamás sería la persona que pretendía llegar a ser en la vida y, por tanto, le sobrevendría una fatalidad inexorable. Así lo sentía.

Cuando logró llegar, el estanque ofrecía la particularidad de permanecer en un tiempo y espacio inviolables. La brisa había amainado y abundantes caballitos del diablo multicolores volaban y se posaban alrededor del cuerpillo de agua, dando vueltas y más vueltas sobre las márgenes de un escalofriante remolino.

Ñeñe sabía que con sólo tocar el agua se hundiría, pues la fuerza y el magnetismo de aquel fenómeno era de tal magnitud que podía adherir a la víctima y lanzarla a las profundidades del pozo. Había logrado descifrar el misterio, al menos a medias. Aquel solar, por una u otra razón, tenía la propiedad de encantar a quienes resolvieran contemplarlo, aunque tal consideración conllevaba como precio el ahogamiento del osado. Así que, en contra de sí mismo, tomó la decisión de volver a su casa.

No fue fácil regresar. Nunca es fácil dejar algo que nos extasía y nos hace feliz plenamente. Pero lo hizo. Corrió tan rápido como nunca lo habría imaginado, se alejó de aquel lugar con lágrimas en los ojos, y al llegar a su hogar y abrazar a sus padres mientras temblaba de amor, supo que jamás volvería a entrar ahí.

© Frak Torres Vergel

---

**Frak Torres Vergel.** Docente, investigador y escritor colombiano. Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe. Ha publicado: *Los refugios de la catarsis*, *Farolas en perspectiva*, *Armonías al borde del ocaso*, *Vestido de familia* y *El silencio también se escucha*, entre otros.



## EL PINTOR QUE QUERÍA PINTAR A LA MARIPOSA SIN EL GATO

por Rodolfo Ruiz Vázquez

### I

Llevaba cinco años sin pintar. No me sentía inspirado. Antes incluso de que abandonara el pincel, mi esposa había dejado de figurar en mis desnudos. En algo que me chocaba como una ostentación consciente de banalidad, Tamara abría ambas manos bajo la quijada, como los sépalos de una rosa, y, pestañeando rápidamente, los ojos dirigidos hacia arriba, parodiaba el tono coqueto de una colegiala:

—¡Píntame a mí!

Yo me ocultaba detrás del periódico y farfullaba un *ya veremos* que debía de sonar muy poco convincente.

A lo largo de ese lustro había perfeccionado el arte de la espera. Todas las tardes, después de la comida, me sentaba frente a la ventana de mi estudio, en un reposet, y llevaba la vista de un objeto a otro en busca de la revelación estética.

Una pared de corcho, a la cual está arrimado un canapé color borgoña, hace esquina con otra sobre la que está pintado un paisaje en colores vivos. Las dos paredes restantes son blancas. El piso es un enlaminado color maple. Clavados en la pared de corcho hay cuadros de distintas temáticas, realizados por un servidor en cartulina y papel: una ciudad de noche vista con el efecto barrido de un auto que avanza, un prado con árboles, una fábrica, un motociclista. Había arrumbado los desnudos de Tamara en el desván.

Libros cromáticamente diversos llenan las repisas de tres libreros: uno blanco, uno gris mate o plateado dependiendo de la luz, y el otro, marrón. Acompañan a los libros muñecos, juguetes y baratijas. Entre el canapé y el librero marrón hay un armario cerrado con llave. En él había metido el caballete y los instrumentos del oficio.

La única ventana mira a una barranca con árboles, a un supermercado blanco y a una pedacería de cielo. En su orilla inferior, la ventana colinda con un mueble gris que hace un corte perpendicular y en saliente con relación a ésta. Sobre el mueble reposan libros, discos, un estéreo negro con bocinas rojas, un televisor plateado y sendos reproductores de *devedé* y VHS, plateado y negro respectivamente.

Desde la cómoda posición que me ofrecía el reposet de cuero, dedicaba algunos minutos en fila viendo a Matilda lamerse sobre una colchoneta. A continuación dirigía la vista a la ventana. El ficus ondeaba su penacho de ojos de gato. El cielo parecía un mar, y los eucaliptos se meneaban como corales al vaivén de las corrientes subacuáticas. Uno de ellos, seco y quebrado como la accidentada figura de una serpiente cubista, relampagueaba ramificaciones hacia el azul del combo. Su compañero desplumado era un río negro que corría sobre un pastizal azul. En cambio, los más frondosos eran torcidas chimeneas de fábrica que expedían esponjosos gases verdes. Sentados en una rama, silbando en la penumbra fresca, los pájaros observaban sin ser vistos detrás de la celosía del follaje.

### II

Árboles, cielo y un muro blanco me proporcionaban abundoso material especulativo, mas no la revelación de la inmanencia divina de la que hablan los místicos de Oriente, revelación que en el arte constituye la génesis de las grandes obras. Tamara sabía que estos momentos eran sagrados para mí. Eso no

le impedía entrar en bata, sentarse sobre un taburete ubicado junto a la ventana, desnudarse y pedirme, con la parodia seductora que he descrito, que la pintara a ella.

—No es tan fácil —dije en una ocasión, mirando con exasperación a otra parte con tal de no afrontar su torso desnudo.

—¡Si serás bruto, Yayo! —me increpó—. ¿Para qué tienes ojos si no sabes ver?

—Ten-go o-jos —martillé las sílabas— para discernir entre un momento baladí y un momento sagrado.

Atardecía. Detrás de ella, el parque refulgía como una fragua y recortaba su silueta. El rostro, el vientre y las piernas dobladas eran albercas de sombra azul. Los senos que había pintado tantas veces, en cuya voluptuosidad esférica se había regodeado el pincel, habían dejado rosas cicatrices tras la operación. La estampa, digna de un claroscuro del barroco, adquirió una severidad admonitoria que lanzó un escalofrío por mi cuerpo. Las rugosidades malvas que cubrían el vacío de sus pechos me parecían fauces sanguinolentas. La voz, en cambio, llegó como una dulce imploración:

—¿Y este momento no es sagrado?

Resoplé, me levanté del sillón y salí a caminar. Cuando regresé, el taburete estaba vacío, y la luna se había incrustado justo a la mitad de un cuasiarco formado por el techo del supermercado, un tronco a la izquierda, una concentración de follaje a la derecha y una rama-puente que atravesaba el cielo de manera oblicua. Este arco se reveló como un arco triunfal cuya avenida desembocaba directamente en un capitolio de mármol. Más tarde, alrededor del veinte para las siete, en paulatino ascenso, la luna ya no era un capitolio, sino un blanco huevo anidado entre las hojas de los eucaliptos.

Me senté en el reposet de cuero. Di play al *Kind of Blue* de Miles Davis. El cuarto era un pozo de penumbra. Los discos, el estéreo, el televisor y los demás aparatos eléctricos situados sobre el mueble gris recortaban oscuras siluetas contra la relativa claridad del exterior, como negras montañas dibujadas sobre un cielo de estaño. En este globo de tinta, solamente los tomos blancos en el librero marrón, una taza de porcelana, mis pantalones y parte de mi camisa recibían una luz que no era ni azul ni cromada, o que era ambas cosas a la vez. Tuve un extraño indicio de que el *Kind of Blue* había sido grabado para escucharse en momentos como éste, en la soledad y en la penumbra, con una sutil insinuación de plata sobre el cuerpo. Una deliciosa y evanescente sensación de pertenencia, de que estaba en el lugar y en el instante precisos, irrigó todo mi ser.

Pero, al fondo de este raptó estético, faltaba algo. Los puentes que mis ojos tendían hacia la luna y los árboles se rompían a centímetros de ellos. Una sensación de lo incompleto reptaba debajo del hechizo lunar. Una ausencia fantasmal como la de los senos de Tamara flotaba en el estudio.

### III

No salía mucho, pero el pretexto perfecto para tomar un poco de aire fresco me lo daba la perra. En la mañana, la bajaba al jardín para que hiciera del baño. A través de la trama vegetal del parque y de la cuadrícula metálica de la reja, el sol entraba al jardín en rombos y trapecios dorados. Al caminar de un lado a otro, ocurrían luminosos reacomodos en las geometrías, como cuando, al fulgor de una vela, alguien gira una copa de cristal cortado y el objeto efervesce en minúsculos destellos.

Más tarde, a eso de las doce, volvía a sacarla. Esta vez la llevaba al jardín común del condominio. Me gustaba ver las sombras, calcos en tinta negra. Sentado en el césped, podía perderme en la contemplación del árbol de la casa vecina. Al desprenderse, las hojas hacían danzas y piruetas: eran ancianos acróbatas, ágiles todavía en su marchitez. En términos sonoros, el árbol era el cascabel del viento, y las notas ya tocadas se acumulaban en el pasto, silenciosos cadáveres. Bajo cierta luz, las hojas secas parecían lajas de cobre.

Cuando el viento soplabla, la fronda bullía como burbujas. Si se situaba detrás del árbol, el sol, entrecortado por las ramas, parecía un tigre de fuego. O podía ocurrir otro tipo de transfiguración: que el árbol fuera una escobilla limpiando un foco en un techo azul.

En medio de estas reflexiones infructuosas, en una ocasión Tamara apareció de la nada, se sentó junto a mí y recargó la cabeza sobre mi hombro.

—¿Qué tanto buscas?

—No lo entenderías —suspiré.

Tomó mi mano y la posó sobre su blusa, donde flotaban los fantasmas de sus senos.

—El mundo es dual, Yayo —me dijo cordialmente, sin traza de magisterio en la voz—. Tienes que aprender a ver ambas caras de la moneda.

Una hoja amarilla se desprendió del árbol y bailoteó indecisa, como un papalote ebrio, haciendo, en fin, lo que hacen todas las hojas secas, seniles saltimbanquis hartos del sopor de la rama-mecedora. Pero antes de tocar la hierba, esta hoja se disparó como un cohete incendiado hacia un balcón y aleteó alegremente alrededor de un alcatraz que crecía en un tiesto. Era una mariposa. La gracia, la naturalidad de esta pianista del helecho y bailarina de los aires, me llenó de júbilo. Por un instante sentí la inmanencia divina. Pero un segundo después, surgiendo por la abertura de la cristalera como una fiera miniatura, un gato color guayaba se arqueó y de un zarpazo derribó a la grácil aviadora. Ya en la baldosa, la remató de un pisotón.

—¿Ves?

«Pinche gato cabrón», me dije. ¿Por qué tenía que arruinar el momento? Enfadado con la fiera asesina, con las horribles cicatrices de mi esposa y con la crueldad del mundo, me puse de pie y, viéndola desde arriba, como un sabio entronado en una torre, le imputé su ignorancia:

—Perdón, Tamara, pero de pintura sabes lo que yo de...

—¡Pero esto es más que un simple tema de pintura, Yayo...!

Quizá añadiera otra cosa, pero yo ya estaba a cincuenta metros de sordera. Cerca de la entrada del condominio hay un terreno donde cuatro o cinco alcornos en hilera destacan en un tono de pantano nocturno. Esa tarde, el sol centelleaba blanco entre las hojas lanceoladas. Detrás de ellos se extiende un lecho de césped sembrado aquí y allá de flores. Abierto al sol, este mínimo jardín irradiaba un halo de oro. Era como una isla de felicidad, brillante en el áureo fulgor de milagrosos cálices y urnas y cuyos viejos y sabios custodios, encorvados en capotes negros, eran los oscuros alcornos al frente de la estampa vespertina.

«Si tan sólo —pensé—, si tan sólo pudiera entrar a la isla...».

#### IV

La inmanencia divina se negaba a manifestarse. Forzarla hubiera sido un sacrilegio. Sólo me quedaba esperar, esperar, esperar. Pues bien, lo esperado suele llegar finalmente. Y una noche, a punto de cumplir los seis años de sequía, Dios se mostró a mis ojos.

Comimos juntos y, para mi fortuna, Tamara no hizo preguntas sobre mi bloqueo mental. Sin expresarlo verbalmente, le agradecí esta condescendencia con el corazón. Mientras yo lavaba los platos, me preguntó, desde la mesa, si iba a pasar la tarde en el estudio. Le respondí que *igual que siempre* y agregué, con el mayor civismo de que fui capaz, que por favor no me molestara. Antes que su respuesta, escuché sus pasos subiendo a nuestra habitación.

Entré al estudio, me preparé una infusión y me senté en el reposet, de frente a la ventana. La brisa refrescaba los últimos momentos de la tarde y, cosquilleándolo, hacía reír al carrillón. Bajo el viento, contra un fondo de cielo azul, el follaje hervía como un panal de avispas de jade. La bolsa de té era un barco lleno de especias: habiendo naufragado, había impregnado el océano de la taza con matices de cardamomo. Sobre la colchoneta, la perra giraba al tiempo que sus cuatro patas, como los puños de un panadero, amasaban el mullido. Echada ya, se lamió las almohadillas; sus ojos me miraron desapasionados.

En un último destello de vitalidad, antes de ocultarse, el sol inflamó los árboles con una luz naranja que parecía irradiar la savia misma. Minutos después, las copas eran manchones de tinta contra un cielo grisáceo, casi transparente, que descansaba sobre un horizonte apenas rosa, como una gota de sangre diluida al fondo de un vaso de agua. El viento seguía soplando. Sobre el canto del carrillón, escuché crujidos en la duela. Seguí los pasos con la visión auditiva y los oí perderse al otro extremo del pasillo. La continuación lógica era la escalera, pero en ese momento la perra comenzó a lamerse, y me perdí en la contemplación del animal.

Cuando salí del embrujo, me confrontaron las profundidades del océano; las constelaciones, creaturas del mar, hacían titilar sus escamas fluorescentes. Los botones luminosos del estéreo parpadeaban, rojos como punzantes rubíes. Los árboles bordaban sus copas con hilo negro mate sobre el satín color caviar del cielo. A lo lejos brillaba una farola: faro entrevisto desde una barca en altamar, luciérnaga que se prendía y apagaba ante la repetida interposición de una rama al balancearse bajo la brisa.

Al lado de la farola, bajo la marquesina de una parada de camión, estaba una mujer de pie, la cabeza encorvada sobre el celular. Una maleta descansaba junto a su rodilla. El foco extraía a la mujer de la penumbra circundante. A la distancia era imposible saberlo con certeza, pero parecía hermosa. Al menos, a juzgar por la combinación indumentaria, podía asegurar que era elegante.

Algo pasó. Mis ojos se abrieron. Dios era esa mujer; esa mujer era Dios. Un amor generalizado se desbordó de mi pecho hacia toda la creación divina. Realicé el ejercicio que había aprendido en la academia, consistente en hacer una fotografía mental de la escena y memorizarla en todos sus detalles. El camión se detuvo y se la llevó, pero antes de eso la estampa ya se había grabado indeleblemente en mi cerebro.

Brinqué fuera del reposet, prendí la luz, alisté un lienzo sobre el caballete, desempolvé los tubos de óleo y me entregué a la proyección pictórica de la inmanencia. Trabajé con la pasión de un joven que hace el amor frenéticamente, sintiendo que se me acababa la vida y que debía terminar el cuadro pasara lo que pasase. Para las once y media había terminado la obra.

Bajé a la cocina. Prendí la luz y puse mi lugar. Como de costumbre, prendí el radio y sintonicé la estación de música de concierto, pero bajé el volumen para no despertar a Tamara. En la mañana le mostraría el cuadro, y ella se regocijaría de mi reencuentro con el arte. Iríamos a desayunar, nos pasearíamos por la Alameda...

Iba a partir una manzana sobre el mostrador de formica cuando un *post-it* amarillo ocupó el centro de mi campo de visión. Apenas hube leído la nota, sentí un vacío amargo en la boca del estómago. Tamara había logrado que la pintara. Ahora estaba solo.

© Rodolfo Ruiz Vázquez

---

**Rodolfo Ruiz Vázquez** (12 de abril de 1987, Ciudad de México). Estudió algunos semestres de Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Escribe relatos y novelas. En 2011 ganó el segundo lugar en la categoría de crónica en el Concurso 42 organizado por la revista *Punto de partida*, con el texto "Las posibilidades de una línea". *Punto en línea* publicó su cuento "Glorioso pasado".

## LA HABITACIÓN OSCURA

por Ramón Araiza Quiroz

—Hemos llegado —anunció la señora López a sus hijos—. Acomoden todo en sus recámaras —lo dijo sólo una vez.

Las vacaciones habían terminado. Cada uno de ellos tenía una habitación. Eran seis chicos, de diversas edades. Esta mansión había sido construida por el tatarabuelo. Nunca se supo la razón por la cual tenía características tan particulares: habitaciones grandes, más grandes de lo común para la época, ventanas muy chicas y corredores angostos. Con el paso de los años la habitaron muchas familias grandes. También fue escuela y asilo de ancianos. Las paredes de ciertos lugares de más tránsito lucían bien, pero el deterioro era evidente en otros sitios a los que nadie se acercaba.

Un día los chicos decidieron dar un paseo por los rincones de la mansión. Sus pasos que iban de los juveniles a los infantiles se detuvieron en una habitación inusualmente oscura. La puerta estaba entreabierta y entraron. Una vez adentro, trataron de encender luces con sus dedos y manos, a tientas, pero no lograron encontrar ningún apagador. El más chico comenzó a asustarse y quiso salir de ahí. El más grande lo detuvo diciéndole que él lo protegería y que no había nada que temer. Varios sacaron sus teléfonos celulares y usaron la función de linterna. Se empezaron a apoderar de la habitación. La exploraron un poco y pronto se percataron de que ya era hora de la merienda. Salieron de ahí todos con el compromiso de no hablar de este sitio y regresar al día siguiente. Dejaron la puerta nuevamente entreabierta y se dirigieron al comedor. Muy a tiempo lo hicieron: su mamá había entrado por otra puerta y los vio sentados a la mesa.

La merienda fluyó sin sospechas. Guardaron el secreto como cómplices que eran desde que solamente eran dos. Poco a poco se fueron integrando a la familia más hijos que hicieron más grande la pandilla, hasta llegar a los seis miembros de chicos con pecas en las mejillas y miradas de ojos negros: penetrantes como las de los cazadores furtivos, en su caso ellos eran cazadores de historias y hazañas que transformaban en aventuras. La noche se intensificó y el anuncio de que todos fueran a sus habitaciones no se hizo esperar. Se despidieron de la mamá con un beso en la mejilla. El padre de los chicos había fallecido en uno de esos viajes que hacía por parte de su trabajo. Un par de sirvientes y dos nanas ayudaban en los quehaceres de aquel inmenso predio.

---

*Un día los chicos decidieron dar un paseo por los rincones de la mansión. Sus pasos que iban de los juveniles a los infantiles se detuvieron en una habitación inusualmente oscura.*

---

Ya en sus habitaciones, separados a propósito, a sabiendas de su energía y un historial de travesuras amplio, la mamá en su propia habitación podía dedicar tiempo a lo suyo: se ponía frente al teclado y escribía, miraba fotografías que guardaba en un maletín de viaje que su madre le había regalado en uno de sus cumpleaños, las fotos le traían muchos recuerdos. Después se ponía frente al televisor para enterarse de las noticias del país y el mundo. Eran tiempos muy modernos que contrastaban con la arquitectura antigua de la propiedad.

—Señora, ¿se le ofrece algo? —decía cada uno de los sirvientes antes de irse a dormir.

—Tráeme una jarra de agua simple por favor —le decía siempre a su nana preferida. Ella era su compañía; incluso en los viajes que hacía con los chicos. Le ayudaba a lidiar con las inquietudes de todos, a organizar la ropa y las actividades que realizaban en cada ciudad o pueblo que visitaban.

Esa noche el más grande fue a despertar a los demás. Habían acordado regresar al día siguiente, pero el mayor era uno de los más inquietos y no quería que pasara un minuto más sin explorar a fondo la habitación oscura. Rompió el pacto y fue a tocar a la puerta de cada uno de sus hermanos. Muy pronto los tenía listos para caminar sin hacer ruido hasta el lugar. El más joven caminaba y cerraba

los ojos, avanzaba y volvía a cerrar los ojos, casi se daba un golpe en la testa. Le movieron la cabeza dos o tres veces y más o menos despertó.

Llegaron y entraron. Ayudados con las linternas de sus teléfonos móviles se filtraron hasta las entrañas de la habitación. Había cosas viejas, oxidadas y llenas de telarañas. Un par de zapatos de mujer por aquí, un traje gris de hombre, que algún día quizá fue de otro color, por allá. Polvo sobre polvo y los sonidos de ratones escondiéndose de los intrusos. Un relámpago iluminó por un breve instante la habitación, el tiempo suficiente para ver una máquina de coser. Se acercaron en silencio y después comentaron que quizá había sido de su abuela. El más grande recordaba entre sueños haberla visto frente a la máquina de coser por horas. El trac-trac y el zum-zum de la máquina se le vinieron a la mente como un recuerdo de la historia familiar grabado en su memoria y que no hubiese evocado de no haber sido por el encuentro con este aparato. Ahora era más fresca la imagen de su abuela en su mente. Casi podía verla sentada ahí frente a la máquina. Un teclado se empezó a escuchar muy a lo lejos. Uno de los chicos lo percibió y les pidió a los demás que guardaran silencio. Después todos lo escucharon. No era su imaginación. El teclado sonaba cada vez con más fuerza. Alguien estaba ahí. Caminaron hacia el sitio. Esta enorme habitación tenía otra puerta y otra más. Las abrieron con sumo cuidado. Cucarachas les dieron la bienvenida. Migajas en el suelo por todas partes y la silueta de un señor al fondo frente a un teclado fue lo que vieron. El señor tenía unos audífonos puestos. Todos se acercaron más y antes de llegar a él voltearon a verse unos a otros como tratando de buscar señales de aprobación a lo que estaban haciendo. Todos movieron la cabeza indicando que estaba bien. Hasta el más joven movió la cabeza de arriba abajo varias veces. El mayor fue el que se acercó un poco más, podía ver su reflejo en el monitor, pero esto no perturbó al señor. Comenzó a leer lo que el señor ya tenía escrito:

*Querida:*

*No sabes el gusto que me da saber que los chicos han pasado unas felices vacaciones. Diles que también los extraño y que espero sigan siendo buenos hijos. Recuerdo que cenábamos juntos y sus nanas los llevaban a la cama. Ahora son muy grandes y apuestos. Gracias por las fotos que me has enviado. El mayor debe ayudarte a cuidar de sus hermanos. Cada noche veo nuestras fotografías. Esas que tú también ves. Las tengo guardadas en el maletín que me dio tu mamá en uno de mis cumpleaños. ¿Recuerdas que fueron dos? Yo también te amo. Te agradezco que cada noche me escribas. Cuida mucho de ti y de nuestros hijos...*

La carta continuaba un poco más. El joven, con su mano en la boca, dio pasos atrás y después se dirigió hacia la puerta de entrada; los hermanos lo siguieron en silencio. La habitación oscura fue cerrada dejando en su interior una nube de polvo, objetos viejos y dañados y un hombre tecleando frente a la computadora. En la pieza de uno de sus hermanos, reunidos todos, les platicó lo que había leído y no sólo eso:

—..., pero no es humano —insistía—, eso se los aseguro. Pude olerlo cuando estaba cerca. Despedía un olor como a metal. Pudimos haberlo tocado y quizá no lo hubiéramos movido de su posición. No es humano, pero sí es papá. Distinguí un poco su perfil, estaba demasiado oscuro el lugar, pero sé que es él —concluyó.

Durante la merienda se presentaron a la mesa los chicos y después del saludo habitual a su mamá, le preguntaron:

—¿Quién es el hombre que está en esa habitación oscura?

La señora López se quedó inmóvil ante la pregunta. Su manera de defenderse fue reprimiéndoles:

—No tienen nada que hacer en esa habitación. Ustedes son unos chicos muy traviosos. Me van a estropear las cosas que tengo ahí...

—Mamá, las cosas que están ahí no pueden estar más estropeadas. Yo soy el mayor y vi algo que me perturbó demasiado. ¿Quién es? Es nuestro padre, ¿verdad?

Los demás chicos también exigieron explicaciones. La señora López ante la insistencia y lo acorralada que se sentía no pudo más que empezar a platicarles la verdad. Tomó aire y comenzó a decirles:

—Cuando su padre falleció no pude resistir estar sin él. Supe de un lugar donde me podían hacer un androide y no dudé en contactarlos. El trabajo final fue muy costoso, pero impecable y perfecto. Cuando lo trajeron por primera vez y lo vi era idéntico a su padre, creí que era él y no resistí seguir viéndolo. Pedí que lo trajeran aquí y que lo dejaran en esa habitación. También pedí que lo programaran para darme respuestas por escrito a mis mensajes. Al menos no lo extrañaría tanto así. Lo dejé en el abandono, pero aún mantenemos contacto por escrito. Anoche le platiqué sobre nuestras vacaciones. Tengo muchos años que no voy a esa habitación.

—Es tiempo de irnos de aquí, mamá. Lo más pronto posible.

La conversación se prolongó hasta la media noche. En pocos días hicieron el cambio a una nueva casa. Cerraron el portón de la mansión que su tatarabuelo había construido y jamás pusieron un letrero de venta o renta.

La señora no volvió a abrir su correo, ni ninguna computadora. Años después murió. En silencio. Muerte natural.

El hijo mayor, ahora ya con sus años encima, visitó un día la casa, él solo. Desde luego no pudo contener la tentación de ir a la habitación oscura. Se encontró con la sorpresa de que ahora era un lugar iluminado y muy limpio. La puerta estaba abierta y se escuchaba el ruido normal de un lugar habitado. A partir de aquí lo dejaré casi todo a la imaginación del lector. Así de crueles son los relatos cortos. Lo único que haré es decirle que su padre lo saludó y lo invitó a sentarse para platicar, sí, para platicar entre otras cosas de su versión de los hechos. Su olor no era metálico y su aspecto era el de una persona humana con una edad congruente a la de sus arrugas y al paso de los años. Al fondo de la habitación estaba el androide sentado frente al monitor redactando algo. El resto es lo que usted lector desee pensar, concluir.

Los relatos cortos siempre dan para más. Lo sé.

© Ramón Araiza Quiroz

---

**Ramón Araiza Quiroz.** Escritor mexicano que ha encontrado, en el relato corto, una manera de escribir muchas historias, de novela, que quizá jamás podría concluir por cuestiones de tiempo. Muchas veces, para él, avanzar unas líneas o terminar una página es un verdadero logro.

## AZULES PARA ELLA

### La carta que nunca recibirá

por Ramón Zarragoitia

Madre querida:

No voy a mentirte: en pocos minutos estaré muerto. Además, lo lógico sería que esta nota nunca llegara a tus manos. Son motivos de peso que me animan a contarte algo que jamás te dije y que nos afecta a los dos. A lo mejor ahora te escandalizas; aunque estoy seguro de que con el paso del tiempo y mi ausencia llegarás a comprenderlo e incluso aceptarlo. Verás, madre, quería decirte que estoy enamorado. Él... sí, ÉL, está casado. Se llama Pablo y en estos momentos de pánico se empeña en enfrentar mi rostro contra el suyo para besarme. Me resisto. Pero no por falta de ganas, sino por el ansia de confesártelo todo. Llevamos seis años inventando viajes de negocios para dejar de fingir, para atestiguar un amor que difícilmente podríamos confesarles a los nuestros. Hoy pondremos punto final a la farsa.

Perdona si estas líneas te hieren. Perdona la improvisación, el desorden de ideas y la mala letra. Perdona el silencio de estos años, mamá. Aunque, cómo decirte que al mirar en mi interior siempre vi una mujer. O que jamás me he sentido tan pleno como cuando duermo a su lado. Seamos sinceros, madre, tú tienes una edad, otra mentalidad... y yo he sufrido y callado demasiado.

Como te he dicho, también Pablo debe esconderse. También él lleva una doble vida: una esposa, una hija, un trabajo donde lo llaman «Jefe» y lo tratan de usted. Aunque de aquí a poco nada de todo esto que te cuento importará, puesto que los dos motores del avión se han detenido. Primero el derecho; tras una violenta explosión y algunas llamaradas. Al de pocos minutos, mansamente, como si se durmiese, se nos ha parado el izquierdo. Entre medias el anuncio de alguno de los pilotos: «Señores pasajeros, hemos sufrido la avería de uno de los propulsores». Te lo juro, madre, ha dicho «propulsores».

Por nuestra ventanilla contemplamos la belleza más absoluta. El sol reluce sobre el océano y por todas partes nos rodea el color azul: el firmamento cobalto, el horizonte índigo, el mar añil; majestuosa sinfonía de tonos. Por desgracia, el maldito avión se empeña en descender. El morro se inclina cada vez más. Lo que pocos minutos antes fue un dulce tobogán se va convirtiendo en montaña rusa. Nadie grita. Algunos teclean con sus pulgares. Otros tomamos unos rápidos apuntes en libretas, agendas, incluso en las servilletas del almuerzo (que, por cierto, las azafatas ni siquiera se han molestado en recoger; qué peor presagio puede haber, ¿no te parece, madre querida?). Tras el pasillo, un matrimonio de cierta edad parece rezar por medio de susurros. Casi todos nos entrelazamos una mano. Lo siento sobre todo por esos dos niños tan chicos que viajan justo delante de nosotros y que mantienen desplegadas las bandejas de los asientos: no terminarán de colorear sus dibujos. Bueno y qué más da: tres azafatas se han sentado en la parte delantera. Apenas si podemos verlas tras una cortina, abrazadas torpemente hasta donde se lo permite la holgura de sus cinturones de seguridad. Qué futuro podría aguardarnos cuando la mismísima tripulación ha perdido toda esperanza. Por eso te escribo, madre, porque ya nada importa.

---

*Perdona si estas líneas te hieren. Perdona la improvisación, el desorden de ideas y la mala letra. Perdona el silencio de estos años, mamá. Aunque, cómo decirte que al mirar en mi interior siempre vi una mujer.*

---

Caemos. Ahora casi a plomo. El silbido del viento sobre el borde de las alas es aterrador. Pablo acaricia mi mano y mi cabello. Su mirada chocolate dice te amo. Y mientras tanto, yo le robo un instante a la muerte para despedirme de la otra persona que más quiero en esta vida. Gracias, madre. Has



sido el espejo donde mirarme. Has sido mi faro. Recuérdame siempre feliz, enamorado por partida doble. Estoy convencido de que volveremos a reunirnos.

Tu hijo que tanto y tanto te adora,

Mateo.

© Ramón Zarragoitia

---

**Ramón Zarragoitia** (Gorliz, Vizcaya, 1970). Urbanista de formación, reparte su tiempo entre la Literatura y la Filología. Ha publicado la novela breve *Me miro al espejo... y me gusta lo que veo* (Groenlandia, 2013) y el libro de cuentos *Epistolario de un soñador* (Letras Cascabeleras, 2014). Su obra ha recibido algunos reconocimientos, como el Fundación Imprimátur o El Encierro de San Sebastián de los Reyes de relato. Entre otras, ha colaborado con las revistas literarias: *Fábula*, *Periplo*, *Excodra*, *Entropía*, *Yzur*, *Agitadoras.com* o *La Bolsa de Pipas*. Mantiene el Blog **SCRIPTUM**, *Despacho de letras*.

## LA FRIALDAD

por Adán Echeverría

Todo apuntaba a una historia como cuento de hadas que todo lo cubría con su magia. Ella debió preverlo y entregar solo sexo sin compromiso como el que se alquila o se oferta en internet; pero tuvo que seguir los instintos y desobedecer flagrante las ideas del cerebro. Echarse un polvo y no volver a verse, era la consigna para la que se había preparado, cuando terminó de bañarse aquella tarde. Se miró hermosa en el espejo y se supo plena. Al medio día había intercambiado teléfonos después del tercer café, acompañados de un ¿Cuándo nos vemos?, y un Pasaré a tu casa esta noche; que preludia una relación de pertenencias y desesperaciones por verse más seguido. La cacería termina cuando las mujeres deciden ser presas para cazadores experimentados, y aquel hombre lo era.

Había un inconveniente para aquella lujuria que se dibujó en sus ojos, pero decidió ocultarlo y devolver el ¡Hola! que leyó en los labios del hombre de barba desordenada, que le miraba sin discreción desde la fila, en ese café donde fue a relajarse mientras robaba minutos de su almuerzo, antes de volver a la oficina. Qué podía significar aquel secretito de cuatro años de edad que cuando salía se quedaba en casa mirando televisión, jugando con su sobrina, antes de dormir bajo el cuidado de su niñera: «Mami vendrá más tarde». Qué escollo podría ser su hijo para aquella noche de decisiones tomadas bajo la regadera (Hoy quiero disfrutar un hombre que no sea todo látex), para dejarse abordar por ese tipo entallado en mezclilla. Su hijo no sería inconveniente para la travesura.

Haber tenido un hijo no se le notaba en ese cuerpo, todo pasión, rebotándole la ropa; deseaba presentarse desnuda en los espejos de algún techo, para la rapiña mirada de un hombre que supiera aquilatar su entrega. Quería ser ensalivada, tener unas manos rudas y ásperas que le apretaran la carne. Para qué tanta lindura en los centímetros de piel, si no era tocada y disfrutada en la hombría de algún malnacido de pene colgante. ¡Hola!, había dicho él mientras esperaban el café, dispuestos cada quien a leer su propio libro en alguna mesa (el montaje del libro siempre daba resultado), en cualquier rincón que les brindara silencio y un poco de paz, al menos para ella que debía volver a la oficina, antes de pasar a la guardería por su pequeño. Pero en vez de leer comenzaron la escritura de una historia en las hojas blancas que se habían ofrecido con sus ganas, dispuestas a ser pintarrajeadas.

---

*Él acudió a la mesa  
donde ambos pudieron  
descubrir y extender  
sus cartas de vida con  
alguna historia inicial,  
que tal vez no fuera  
verdad.*

---

Ella no pudo prever un futuro de nubarrones oscuros ni paredes herméticas de frío metal que la derrotarían, y aventó su propio ¡Hola!, cargado de coquetería, por encima del café humeante que le acababan de servir, y caminó hacia su mesa, esos pocos pasos que cayeron como copos de nieve en la calentura, derritiéndose, y dejando en cada gota una invitación para ser alcanzada. Aceptó la invitación (y el reto), consiguió a su sobrina como niñera, y se dio un jabonoso baño anticipando sus deseos (si se presenta la oportunidad, la tomaré). Él acudió a la mesa donde ambos pudieron descubrir y extender sus cartas de vida con alguna historia inicial, que tal vez no fuera verdad. No hablar de pasadas relaciones era el argumento tótem, y aunque se pudieron contar sucesos personales ninguno de los dos tenía por qué ser ni la mitad de honesto. Para qué decir que tenía un hijo, que solo quería coger, se trataba de una noche y de un hombre que no fuera todo látex, para reemplazar aquel dildo que le mantenía tranquila la furia semanal del sexo, porque todo era dedicarse a su pequeño. ¿Acaso este hombre no quiere lo mismo?

Todo lo que se deja avanzar comienza a desbordarse. Se gustaron desde el inicio y quisieron repetirse en los ojos del otro, cuantas veces fuera necesario: Qué harás este fin de semana. Nada. Puedo verte. Está bien. Y al día siguiente. Claro. Y si desayunamos y te llevo luego al trabajo. Perfecto. Y la trampa se había cerrado sobre su pie, con aquella sonrisa que no podía quitarse ahora del rostro. Se sabía feliz pero habría que contarle que tenía un hijo: «Pero ¿cuál es el problema?», dijo él abra-

zándola. Cuando un hombre se decide a vivir con una mujer que tiene hijos, las mujeres suspiran y los hombres dicen: ¡Qué ganas, cabrón, qué ganas!, Si se trata de echarse la cuerda al cuello, cualquiera te la acerca. Y el hombre de esta historia estaba ahí, dispuesto y caballero, apuesto y gentil. La mujer dobló las pestañas, reventó toda en suspiros y haciendo a un lado su enorme fortaleza de madre capaz de salir adelante sola, se precipitó en un: ¡Va, viviremos contigo!

A la tercera semana de intenciones se derramó la mala nota dentro de aquel apartamento de dos recámaras, en el piso más alto de un edificio moderno, que el hombre había dispuesto para que ella se mudara con su hijo. Pasó de ser una historia de cuentos de hadas, a ser una nunca imaginada pesadilla. De vivir en aquel cuarto que le prestaba la familia, para habitar con su hombre un piso entero en un edificio en la mejor parte de la ciudad. Creerse dueña de un espacio propio, como él se lo hacía sentir, y subir por los elevadores sin ser vistos, en esa privacidad que les brindaba estar en el último piso, ¿quién sube sin ser invitado? Pero el niño rompió con el esquema del romance entre la madre y el novio amante dueño.

Cuando el pequeño comenzaba a lloriquear de hambre, de miedo, de tristeza o por el capricho de no quedarse solo en su cuarto la madre solía correr a calmarlo: «Déjalo llorar, si corres a verlo lo seguirá haciendo. Ya se acostumbrará». Pero ella se vestía con aquella bata transparente y se bajaba de la cama «Que tal si le pasa algo»; y aquellos berridos que el niño lanzaba pidiendo por su Mamá, apagaban las voces de ratoncitos melosos que se iban devorando poco a poco entre las sábanas, en la recámara nupcial de seda color vino y puerta cerrada; aquel llanto iba creciendo desde los pulmoncitos y clausuraba los aullidos del orgasmo que terminaban por ahogarse en la garganta, en la punta de la lengua, en el bien lubricado y ya violeta glande que se quedaba 'a casi', porque ella detenía el movimiento de caderas y abría los ojos alerta, como un venado que ha sido alumbrado por los faros de un carro a media carretera, para escuchar atenta e intentar descubrir la razón que asustaba a su crío: «Tengo que ir a verlo, es mi hijo».

---

*Y cuántas erecciones perdidas tras una mujer que se desprende de su erotismo, se viste de mamá con su batita blanca, transparente, y corre a arropar al niño que se despertaba toda la noche.*

---

Y cuántas erecciones perdidas tras una mujer que se desprende de su erotismo, se viste de mamá con su batita blanca, transparente, y corre a arropar al niño que se despertaba toda la noche. Recogerlo del suelo en el pasillo donde se estaba acostadito, como un cachorro que dejan fuera de la casa. Levantarlo y en el abrazo decirle Acá estoy, no pasa nada, tienes que dormir en tu cuarto como niño grande, Qué haces tirado en el pasillo si tienes tu camita abrigadora, Sé valiente, no te va a pasar nada, estoy en mi cuarto, y tú en el tuyo, Tan sólo duérmete y déjanos dormir a nosotros también. Era necesario poner un alto, y el hombre fue a meterse bajo la regadera, para luego tomar su parte de la cama y dormirse masticando algún

pequeño drama.

Las noches pasan con esa lentitud que tienen los pensamientos que se enciman unos sobre otros y aletean por la casa buscando una salida: es el insomnio que provoca el silencio en la pareja. Qué puede decir ella ahora, qué disculpa puede ofrecer a un hombre que se cierra y le da la espalda. Con cada minuto que los relojes caminan, la mujer se mira asustada por no poder compaginar aquello de dar las buenas noches tanto al niño como al hombre del que se siente vulgarmente enamorada. Con el paso de las noches y la repetición de la actitud del niño ella fue expulsada de la recámara: «Quédate con tu hijo, no vengas a meterte a mi cuarto, si no puedes educarlo para que esté solo, a cada rato te levantarás y jamás podremos disfrutar el uno del otro; y ninguno de los tres lograremos dormir. Vete con él y déjame en paz».

—Sabías de mi hijo. Lo dormiré y volveré contigo.

—Has arruinado el momento, duérmelo y mañana buscaremos alguna solución.

—¿Arruiné el momento?

—No pensarás culpar al bebo, ¿verdad? —Y el hombre cerró la puerta.

La mujer se metió a la cama con su bebo, lo apretó a su pecho, y mientras disfrutaba su respiración calmada, podía sentir bajo la tela de la bata sus rozados pezones aun ensalivados por su hombre, ese

hombre escondido en su guarida, odiándola. Se acariciaba los pies, el uno con ayuda del otro, tratando de darse consuelo para entender el cambio en su pareja, cómo era posible que no entendiera que el niño tiene miedo de estar solo. El insomnio daba vueltas a la casa, y no fue sino en la luz creciente del amanecer colándose por las ventanas que ella saltó hacia la recámara para reparar el daño con el sexo matutino que sabía que su hombre disfrutaba. Pero él se había vestido, castigándola, y gritaba que algo hiciera para el desayuno. Ella tendría que ser paciente para ser de nuevo acariciada al caer la noche, para ser de nuevo penetrada por aquel toro que le hacía doblarse de rodillas.

—Comeré en el trabajo. —Y salió dando un portazo, dejando el desayuno y la angustia servidos en la mesa.

El día pasó amargo apenas, porque los juegos constantes del niño la entretenían y le hacían olvidar de a poco el mal humor de su pareja. Podía entretenerse en cuánta cosa pudiera realizar para la casa: arreglar las cortinas, barrer, acomodar los libros de su novio, recuperar un pequeño espacio para los juguetes de su hijo, lavar la ropa, cocinar siempre los platos que sabe que él disfruta, y estar lista y bañadita para cuando él pudiera regresar. El hombre volvió del trabajo con una caja de metal de apenas un metro y treinta centímetros por cada lado, con una sola abertura, cerrada con una puerta. Del lado contrario de la puerta había un mecanismo para abrir pequeños orificios que dejaran pasar el aire. A ella le pareció una caja fuerte extraña, hasta que él le contó para qué la había mandado construir. Hasta que tuvo que mirarla como la jaula que era. No quiso preguntar, ni intentar algún reclamo, veía al hombre entusiasmado contándole y le parecía irreal. Ella pudo decir que era una estúpida idea, que cómo se atrevía a sugerirlo, que se podía meter la caja en el culo o por donde mejor le cupiera pero que ella cogía a su hijo, y sus pocas cosas, y ahora mismo se largaba, aunque no tuviera a donde ir, aunque tuviera que doblar la cola y pedir apoyo a la familia, regresar al cuartito, volver a conseguir empleo y pedirle otra vez a su sobrina que cuidara del pequeño mientras le conseguía guardería. Escuchaba las palabras de su hombre mientras la ira de animal rabioso nacía desde el vientre llegando hasta su boca como un veneno que le impulsaba a pensar: Tú fuiste quien me buscó en aquel café, yo ni siquiera había notado tu presencia y ¿ahora me traes una caja de metal para meter a mi hijo cuando te moleste? Estás enfermo. Pero en vez de hacerlo, la mujer bajó la cabeza como un ganso envejecido, agarrándose del amor que le hacía cosquillas en la nuca.

---

*Después de cenar juntos, y de ver un poco de televisión, el hombre puso el cuerpo dormido del niño dentro de la caja, para poder gozar de su mujer sin interrupciones.*

---

Después de cenar juntos, y de ver un poco de televisión, el hombre puso el cuerpo dormido del niño dentro de la caja, para poder gozar de su mujer sin interrupciones. Hacer el amor o devorarlo la ética, el orgullo, el alma toda. La primera noche apenas era un sordo llanto el que se escuchaba desde la caja, y cuando la mujer quería atreverse a ver si el niño estaba bien, su hombre le llegaba al fondo y ella cerraba los ojos, los oídos, cerraba el corazón y sólo eran golpes mudos atorados en las frías paredes metálicas del cubo. Sonidos que crecían dentro de la cabeza de la mujer, que ya no alcanzaba los ojos blancos del orgasmo, pero sí a herirse la lengua desesperada por ignorar a su hijo; porque a pesar de todo, la mujer gozaba, y mantenía la tenue esperanza de darle gusto a su hombre, pensando que luego del coito podía sacar a su hijo de aquella prisión, pegárselo al pecho y llevarlo a la cama para devorarlo a besos: Todo va a estar bien, pequeño, todo va a estar bien. Su hombre sonreía, y ella se daba cuenta que había llegado la mañana.

Las noches se fueron repitiendo, el hombre llegaba y después de cenar metía al dormido niño a la caja. Así ocurrió las dos primeras semanas. Luego exigió a la mujer No esperes que llegue para meterlo a la caja, no soporto verlo.

—Tiene miedo, ¿podemos dejarlo fuera esta noche?, se portará mejor, te lo aseguro.

Pero no había razones que pudieran admitirse. El niño pasaría las noches adentro de la caja. Los días se volvieron un desequilibrio que giraba frente a sus ojos, en el espejo de su cama, en las noches de su angustia porque aquel hombre se mostraba tan dueño de sí, enamorado, tierno. Ahora eran solo ellos dos, como debieron serlo siempre. Y ella se mostraba radiante o eso sospechaban los vecinos, las pocas veces que los llegaron a mirar salir al cine, o caminar de vuelta de alguna cena romántica,

sin sospechar que la tenía prisionera mientras la presumía por las calles satisfecho. Cuando él se iba a trabajar, ella gritaba su desesperación para escapar; corría hacia la caja para abrirla de inmediato. Hasta que una mañana él decidió no dejar la llave, el niño tenía que permanecer encerrado todo el día, todos los días por el resto de su vida. Ella quiso pedir ayuda, pero el departamento estaba cerrado, su teléfono móvil sin crédito, y al abrir la lap top pudo constatar que habían cambiado la clave del wifi. El sueño se había clausurado.

Ante la sociedad este era un hombre terriblemente loco por el amor de su mujer, todos los que los conocían podrían confirmarlo, terriblemente loco y apasionado. Eran envidiados como pareja. Pero ella sabía que se había ido a vivir con un demente del que tendría que escapar, pero ya no hubo tiempo. No podía encontrar alivio en el llanto, mientras no encontrara la manera de abrir la maldita caja y sacar a su pequeño. Aquello de vivir en el piso más alto del edificio tenía sus desventajas, Nadie tiene porque subir sin haber sido invitado, y la puerta de casa se mantenía cerrada para sus gritos. Era inútil, los ruegos de ¡Es mi hijo, sácalo! terminaban en sangre y moretones, seguidos de violentos besos, penetraciones a la fuerza, y aquella alegría del que posee un cuerpo con violencia.

Los días irían pasando y ella perdería la cordura dentro de esta relación en la que era rehén y en la cual había condenado a su pequeño. Las uñas se le quebraban arañando la caja. Mamá, mamá, escuchaba todo el día, y se escondía de aquel hombre cuando regresaba; pensaba en matarlo, pero aquel regresaba a gozar su cuerpo, aunque ella no estuviera dispuesta. Cállate mujer, demasiado hago dándoles de tragar a los dos. Te pedí que lo educaras y no quisiste, es mi turno de enseñarte lo que es domesticar. La mujer no tenía palabras de consuelo para su hijo prisionero; aquello de Solo será cosa de unos días, velo como un juego, se irá acostumbrando a ti, eran un rutilante infierno. El niño iba decreciendo en el abandono, y la desgracia. Saquémosle un rato, te lo suplico, y él accedió de mala gana, Sólo mientras veo el fútbol, y le lanzó las llaves. Las cogió hecha en un mar de mocos y corrió a sacar a su hijo sucio de orines y caca, con el rostro descompuesto, las carnes pálidas, la mirada perdida de ojos amarillos que se cerraban y apretaban, y el continuo sollozar de dolor en las articulaciones por estar doblado siempre en ese pútrido agujero: «Lavarás la maldita caja, y en la noche espero que ese chamaco esté limpio y de nuevo a donde pertenece».

*Los días irían pasando y ella perdería la cordura dentro de esta relación en la que era rehén y en la cual había condenado a su pequeño.*

—No lo quiero volver a meter.

—Lo que tú quieras no es algo que tenga que discutir, te he dicho lo que harás. No esperes que termine el partido y me levante para hacer lo que te he ordenado.

Habría que escapar, pero cómo, el a dónde no era importante. Aquellos ojos y aquel cuerpo cada día menos acostumbrados a la luz, en el desarreglo de la mente, con el alma empobrecida marcaban los poco más de quince días de un infante que sobrevivía dentro de una caja de

metal, de un niño que había sido destruido dentro de la oscuridad. Al caer la noche y terminar el espectáculo del soccer, él había golpeado a la mujer para luego encerrarla en el baño, tomar al niño y lanzarlo dentro de la caja. Desnúdate mujer que ahora vuelvo, había dicho, mientras le arrebatava al niño débil que apenas podía mantenerse despierto. Cerró la puerta de la caja gritando: Maldito escuincle ya te hiciste caca otra vez.

La madre no pudo más y se armó de valor. Le dice a su hijo que a partir de ahora todo irá mejor. El hombre regresa con un ramo de flores para su mujer y la encuentra en el baño, desnuda y desangrándose en la pileta. La mira desde el quicio de la puerta: Hija de puta, dice entre dientes, cierra la regadera dejando que la sangre se acumule al borde de la alcantarilla. Toma el cuerpo de la mujer en brazos y encuentra con la vista el arma: un cepillo de dientes roto por el mango. Piensa que ya no necesita alimentar al niño de la caja.

Sólo pasaron tres noches de ignorar la caja y limpiar bien para evitar olores. Los nueve pisos por debajo del departamento, eran suficiente barrera para los curiosos. Tres días. A la cuarta noche una nueva hembra a quien poderse dedicar. Otra mujer en su cama que se miraba rindiéndose a esa droga que algunos llaman amor. La noche fue todo terremoto. Y al amanecer, la nueva mujer caminó de la habitación a la cocina por un vaso de leche. El hombre aún desparrama su desnudez entre las sábanas. La mujer lo mira de cuerpo entero y en su soberbia sabe que pudo hacerlo feliz, que puede

hacerlo feliz si las cosas se repiten, porque ella es responsable de aquella flacidez y aquella calma que muestra el cuerpo del aniquilado mancebo. Un pequeño ruido apagado llama su atención en la otra recámara.

La caja metálica es el único objeto al centro de la misma. Se acerca y pega el oído a su frialdad, trata de escuchar. Quizá se trate de la caja fuerte, «Así que es rico»; sabiéndose una extraña que decidió irse al apartamento de un hombre que recién conocía, supo que algún secreto debería contener.

—Adentro se esconde el amor

Ella sonrió al verse descubierta husmeando, y dio unos pequeños saltitos juguetona para apartarse de la caja:

—No quise ser chismosa; sentí curiosidad.

—No te preocupes. Voy por las llaves para que mires dentro.

—No tienes por qué.

—¿No quieres conocer el rostro del amor? —había dicho mientras metía la llave en la cerradura. Ella caminó unos pasos para situarse a espaldas de él.

—Ahora lo conocerás. El amor, o al menos, el cadáver del amor. Acá lo mantengo, para jamás olvidarme de que he amado. ¿Quieres ver?

Dejó que se acercara, abrió la caja y cuando ella se agachó para mirar adentro, la empujó hacia el fondo. Ella cayó sobre el cadáver de la anterior mujer, la madre que había sido tan feliz en aquella fila del café. Y mientras el hombre cierra la puerta, la nueva mujer pega de gritos y patalea al verse encerrada, hasta que siente los dedos de una manita que le toca las piernas.

© Adán Echeverría

---

**Adán Echeverría** Mérida, Yucatán, (1975). Doctor en Ciencias Marinas. Columnista en el Periódico impreso *El Vigía*, y en el portal cultural La Piraña (<https://piranhamx.club/>). Premio Estatal de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol (2011), Nacional de Literatura y Artes Plásticas El Búho 2008 en poesía, Nacional de Poesía Tintanueva (2008), Nacional de Poesía *Rosario Castellanos*, (2007). Becario del FONCA, Jóvenes Creadores, en Novela (2005-2006). Ha publicado en poesía *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004), *Xenankó* (2005), *La sonrisa del insecto* (2008), *Tremévolo* (2009), *La confusión creciente de la alcantarilla* (2011), *En espera de la noche* (2015), *Trapacería y fiesta* (2017); los libros de cuentos *Fuga de memorias* (2006) y *Compañeros todos* (2015) y las novelas *Arena* (2009) y *Seremos tumba* (2011). En literatura infantil ha publicado *Las sombras de Fabián* (2014).

## RASTROS DE AMOR

por Jonathan Alexander España Eraso  
y Augusto Enrique Lozada Lince

Es mediodía. Recuerdas, mientras caminas por Eight Avenue, un fragmento de Soneto de Fidelidad de Vinícius de Moraes: «Puedo decirme del amor (que tuve): que no sea inmortal puesto que es llama, pero que sea infinito mientras dure». Esas palabras son como los rascacielos: te ahogan. Siempre que recuerdas a Stevie, un calor insoportable te posee: necesitas buscarlo una vez más. (Lo miras con un ramo de rosas blancas; le hablas, pero nunca te responde). Llegas a Green Ville, sobre la esquina de Baskin's, y bajas por Ninth Street hacia los suburbios. Te detiene un semáforo. Miras más arriba y ahí: un cuerpo, enorme como una franja, atraviesa la calle por el cielo, trazando en el suelo su sombra de cemento. Intentas entender, mas, el día ha sido lo suficientemente arduo como para pensar en esas cosas.

El semáforo cambia. Un río de gente se desata. Cruzas el puente empedrado como puedes y entonces, te encuentras con tu barrio. Triste, viejo. Antes de entrar en el edificio, haces sonar las llaves, demasiado grandes para tus deditos de mesera. En el ascensor, presionas el botón que te lleva al noveno piso; luego, abres tu puerta, la 9009. Dentro suena *Desert Rose* de Sting y Stevie, que desde hace meses no tiene trabajo, te cocina los últimos raviolis. Vas a su encuentro. Te saluda con un beso cariñoso. Hace lo que puede. El amor siempre hace lo que puede.

—Cariño, ¿has notado que en verano Leeland se llena de gente? —le dices, con la cara brillante y la mirada perdida.

—Por qué dices eso —te responde Stevie, como buscándote con su voz.

(¡Al fin te habla, qué indescriptible alegría!)

—Pensé que lo sabías... —afirmas, y te diriges al cuarto, aún con las llaves en la mano.

Para ti, el amor es como este encantamiento: una frágil pompa de jabón.

—¿Qué te sucede, cariño? —continúa Stevie—. Debes comer, para que llegues con tiempo al café.

—No me siento bien, Stevie —respondes, volviéndote hacia él—. Tener que caminar todos los días... tanta gente que lidiar... Y tú no estás...

—Lo sé, cariño...

—No lo sabes —interrumpes—. Te fuiste y no volviste... Yo te busco, cada minuto...

Cierras los ojos. Sientes que un viento frío se filtra por los resquicios de las ventanas, por debajo de la puerta; reptas sobre el piso de mármol, sube por las paredes, congela la gota de agua que cuelga de la llave del lavaplatos y alarga la tarde en tu pequeño apartamento.

Abres los ojos. Stevie no está. Corres tras el rastro de pétalos blancos hasta que te ves caer por el puente. Para el gentío eres un jirón de cabello, un pedazo de algo que aletea entre resplandores.

© Jonathan Alexander España Eraso  
y Augusto Enrique Lozada Lince

---

**Jonathan Alexander España Eraso** (Pasto, Nariño; 1984). Licenciado en Filosofía y Letras y especialista en Estudios Latinoamericanos. Varios de sus textos han sido publicados en revistas nacionales e internacionales. Es co-fundador y co-editor de la Revista Cultural Avatares, editada en

Pasto, Nariño. Dirige el suplemento cultural, bajo el sello editorial de Avatares, "La Conjura de los Necios".

**Augusto Enrique Lozada Lince** (Bogotá; 1985). Escritor emergente. Ha publicado cuentos, textos poéticos y reseñas musicales en publicaciones impresas y virtuales, tanto nacionales como internacionales. Es co-fundador y co-editor de la Revista Cultural Avatares, editada en Pasto, Nariño.



## METÁFORA DE MUERTE

por Nechi Dorado

Me levanté temprano, lo que nunca. ¡Qué hermosa vi la casa! De pronto surgió de ningún lado una manifestación de arabescos dorados haciendo contorsiones, como si el sol los dibujara en la pared colándose a través de las cortinas de color naranja intenso. Me encandilaron. O para ser sincera, mejor confieso que no me levanté, algo me arrojó del calor de la cama para sumergirme en el submundo de la desesperación; trágico día, imaginé, más no había cerca a quién transmitirle esa locura.

Se me quebraba la espalda, fue como si allí bailara un ballet macabro el peso de mi vida igual que si me estuviera pasando el lastre de una, dos, tres, cien mil facturas y eso que para ser sincera no es tanto lo que debo.

¡Estoy segura!

Los arabescos, dije, me lastimaban los ojos volviéndose destellos saltarines, seguí su baile con estos ojos secos. De pronto apareció un hilo extendiéndose desde la ventana de la sala hacia la puerta de mi cuarto, busqué sujetarlo pero se me escapó, persiguiéndolo con la mirada apelé a demandar que me sostenga pero mi voz fue tan débil que no llegó a alcanzar fuerza imperativa, creo que más bien traté de convencerlo para que no se escape, sentí frío. Deseché el pensamiento, convencida una vez más de que en este mundo no es fácil convencer.

Quería volver a dormirme más no lo quise del todo, tuve miedo, no aspiré a regalar ni un segundo, no fuera cosa que se escapen, en mi sueño despierta, los arabescos danzantes que ya recorrían todas las paredes. Temí se convirtieran en puñales, como los que sentía clavados en mi espalda, los mismos que me despertaron para introducirme en el caos inesperado.

Tres aves me saludaron sorprendidas, mudaban de nido apenas por tres días y para ser sincera yo quise retenerlos, pegarlos a mi pecho, ¡No te vayas repetí varias veces dirigiéndome a uno! Pero lo dije hacia adentro, como para que no me escuchara.

---

*Tres aves me saludaron sorprendidas, mudaban de nido apenas por tres días y para ser sincera yo quise retenerlos, pegarlos a mi pecho.*

---

Histórica manía mía esta de hablar hacia adentro, callar hacia adentro, llorar hacia adentro, pedir hacia adentro. Tan hacia adentro como para que nadie me escuche y de lugar a que se despierten los fantasmas lejanos que lucen cada día más pálidos, más lúgubres, más escuálidos, pero con la fuerza capaz como para que sepa que están ahí, agazapados, acechantes, casi como si fueran tótems de cemento.

Extraña, absurda oquedad la que me invadió, me sentí tan lejos de mí, como un soy pero no soy, aunque quiera ser, quiera estar, poder decir lo que siento pero no existe el interlocutor dispuesto a escuchar lo que no quiere. Y yo anhelo seguir sobreviviendo a frases que reptan cargadas de cuestiones subjetivas, letra instalada para quebrar la médula que me mantuvo a veces imperturbable.

En un esfuerzo ciclópeo, en medio de una génesis de delirio místico me encontré invocando al poder del Santo Beato del Respiro canonizado por mí en ese instante de siglos; pero algo conspiró para que mi intención no llegue o acaso fuera que mi invocación no era producto de fe como debiera.

Quise agitar a la bendita Señora del Alvéolo, pero estaba tan cerrada en esa mañana de absurdo desespero, que hasta la sentí debatirse enredada en una bufanda de piel de conejo. Presagí el cosquilleo del movimiento tenue de un gusano de seda que equivocó su ruta tomando por caminos de coltán y rubíes salpicados de sangre negra.

Siguieron brillando los arabescos entre pared y pared, parecía ir alivianando el peso sobre la espalda, pero no dejó de resonar esta metáfora de muerte que quise incinerar, pero no pude.

Siguió su despliegue esa mañana fría, destemplada, avanzó como traté de hacer yo, toda mi vida, pero ese día con una mueca de sol pálido, sin fuerza, más lejano que siempre, más adusto, perdió sus cascabeles y aunque quisiera, los puñales me impidieron que los junte.

© Nechi Dorado

---

**Nechi Dorado.** Nació en Buenos Aires, es docente, periodista en prensa alternativa, escritora, "poetastra". En la actualidad escribe cuentos, relatos y poemas todos con fuerte contenido social que son difundidos por muchas revistas literarias virtuales y escritas. Participó en varias antologías. Miembro de PCsur, REMES —red mundial de escritores en español—, adherente y colaboradora del World Festival of Poetry y otros espacios culturales. <http://textosnechidorado.blogspot.com/>. Correo electrónico: [nechi.dorado@gmail.com](mailto:nechi.dorado@gmail.com). <https://www.facebook.com/nechi.dorado>.

## «DESPRECIAR LO CERCANO POR PREFERIR LO DISTANTE» O «EL SÍNDROME DE DESLOCER POR PRELODIS»

(La Cascaraña. Séptima parte)

por Edgardo Hernández Mejía

Aún en pleno siglo veintiuno cuentan frecuentemente en San Juan de la Maguana que cuando los señores Morillo y Montero llegaron a LA CASCARAÑA, la noche del ocho de enero de mil novecientos ochenta y cuatro, advirtieron que en las largas mesas sin mantel que entonces estaban totalmente ocupadas en aquella taberna, sólo se hablaba sobre el gran encuentro que los abogados de esa provincia y sus invitados habían celebrado allí la noche anterior, en ocasión de El Día del Poder Judicial.

Narran constantemente en la comunidad que Morillo y Montero repetían una y otra vez, que todos los comentarios que se produjeron aquel ocho de enero fueron de reconocimiento y admiración a los participantes en el festejo organizado por los juristas un día antes, en razón de la gran atención que prestaron quienes estuvieron dialogando en aquella tertulia, a las palabras de sus interlocutores.

Tanto Morillo como Montero, según asegura la gente, siempre citaban los nombres de las diversas personalidades de aquellos tiempos que participaron de manera ejemplar en la referida festividad, donde en todo momento se practicó un activo y fluido diálogo.

En el presente, muchos atribuyen lo ocurrido en la mencionada celebración de los abogados, al alto nivel de educación y a la gran calidad humana de los ciudadanos sanjuaneros asistentes al encuentro de referencia, tales como los juristas Arturo Ramírez Fernández, Teto Puello, Pelayo González, Tomás Suzaña y los hermanos Lolito y Máximo Piña Puello, así como, Enrique Mateo Bautista, Simón Omar Valenzuela, Clodomiro Suero Villegas y Joaquín Ortíz Castillo; también César Garrido Cuello, Sonia Félix de Ramírez, Mirtha Oneyda Figuereo, Gustavo Rodríguez, Héctor Matos Domínguez y Rufino Paniagua.

Además, profesionales de otras disciplinas invitados al mencionado acto social, como los médicos Nelle Arbaje, Livio Peña López, Johnny León Piña, Danilo Ramírez y Hachín Méndez Puello; junto a los profesores Loweski De Oleo, Ramón Valenzuela, Rosalina Canó, Monina Cámpora y Gloria Suero; quienes animadamente conversaron con atención, entre otros temas, sobre la Asociación de Ahorros de Antonio Paulino, la fábrica de queso de Doña Vera Suazo y su hijo Sinencio Ramírez, la agencia de viajes de Iván Ramírez de los Santos, los buenos precios de la tienda La Sigem y del Mercadito Ama de Casa, la gestión de Leo Heyaime en el Club Rotario, la bien surtida farmacia de Olmedo Suárez, la contaminación del río Tenguerengue y la programación que en radio Anacaona dirigía Papá Rojita.

Sin embargo, otros munícipes siempre han sostenido que el alto grado de concentración mental de las personas y la atención prestada por éstas a la conversación desarrollada aquel lejano Día del Poder Judicial, tiene su explicación en que los ciudadanos del siglo veinte no tuvieron tantas oportunidades de descuidar el diálogo, ni tan numerosas tentaciones de comunicarse electrónicamente con alguna persona ausente, o de ver imágenes o leer textos, a veces más interesantes que las palabras pronunciadas por quien se tiene enfrente, en un momento determinado.

---

*Tanto Morillo como Montero, según asegura la gente, siempre citaban los nombres de las diversas personalidades de aquellos tiempos que participaron de manera ejemplar en la referida festividad, donde en todo momento se practicó un activo y fluido diálogo.*

---

Al transcurrir muchos años del muy mencionado encuentro del mil novecientos ochenta y cuatro, de los citados abogados sureños y sus amigos, ocurrió que volvieron a asistir a la Taberna LA CASCARAÑA, la noche del veintiuno de julio del dos mil diecisiete, los señores Morillo y Montero, con el propósito de conocer las diversas opiniones que pudieran existir sobre el tema de «*despreciar lo cercano por preferir lo distante*»; fenómeno que —según sostienen muchos— está minando o socavando los intercambios personales en el siglo veintiuno.

Montero, luego de pedir a Deiro, el atento mesero del lugar, que sirviera a cargo de su cuenta personal, un brindis de vino tinto, cerveza rubia o ron añejo a todos los presentes, invitó a los mismos a expresarse sobre lo que él definió como el síndrome de «*Deslocer por Prelodis*» (despreciar lo cercano por preferir lo distante).

El primero en hacer uso de la palabra en aquella ocasión fue Rufino, oriundo de Las Matas de Farfán, quien aseguró que ya no tiene sentido mostrar con orgullo a los amigos las fotografías de los hijos o los nietos, copiadas en soporte de papel, que normalmente guardamos en la cartera; en razón de que en el presente, tan pronto se toman las fotos se pueden enviar a los puntos más lejanos, vía whatsapp; asimismo, se pueden publicar, cuando lo estimemos oportuno, en redes sociales como Instagram o Facebook.

---

*Al concluir, Vinicio se lamentó de que muchísimos individuos en el mundo de hoy distorsionen las cosas al convertir las herramientas útiles y positivas en instrumentos nocivos y tóxicos.*

---

También expresó Rufino que, por ejemplo, la receta del rico chenchén, elaborado con maíz, leche, mantequilla y anís, ya no es necesario anotarla con lápiz y papel, sino que podemos enviarla electrónicamente a los interesados, y hasta se puede ilustrar la elaboración de este plato con un video relacionado con el proceso de su preparación. Todo lo cual, sostuvo Rufino, es muy positivo y ventajoso. No obstante, agregó, lo que resulta muy negativo y desventajoso es que muchos humanos están padeciendo en el presente de «*Deslocer por Prelodis*», que es una terrible enfermedad del siglo veintiuno, cuyos principales síntomas son la desconcentración, la apatía y el desinterés por las personas presentes y por los temas

que éstas tratan, a causa de una irresistible fuerza que lleva a quienes padecen esta enfermedad, propia de la modernidad, a preferir las palabras, las imágenes y las informaciones de las personas que se encuentran en lugares distantes. Concluyendo Rufino su exposición externando su criterio de que la mejor medicina para esta modernísima enfermedad es el aprendizaje de normas de urbanidad, cortesía y buenas costumbres; al estilo de los modales que solían observar las mencionadas personas que asistieron a LA CASCARAÑA al inolvidable encuentro de los abogados de San Juan de la Maguana en el año mil novecientos ochenta y cuatro.

Minutos después habló al público Vinicio, quien coincidió con lo expuesto precedentemente por Rufino en el sentido de lo extremadamente útil que resulta el uso de buscadores como Google, Yahoo, Alta Vista, etcétera; al extremo de que ya no es necesario utilizar diccionarios ni consultar enciclopedias impresas en papel. También respaldó Vinicio lo expresado por su compañero de mesa que le antecedió en el uso de la palabra, en cuanto a lo positivo y provechoso que es poder fotografiar y filmar todas las imágenes y figuras que nos parezcan de interés y utilidad en un momento determinado, a fin de conservarlas como recuerdo o como elementos probatorios de lo captado por nuestro celular o móvil, o para oportunamente enviarlas a las personas relacionadas con nosotros o publicarlas después en las diversas redes sociales.

Al concluir, Vinicio se lamentó de que muchísimos individuos en el mundo de hoy distorsionen las cosas al convertir las herramientas útiles y positivas en instrumentos nocivos y tóxicos. Como también sería una distorsión emplear las útiles tijeras para herir a alguien y no para cortar tela con la finalidad de fabricar un pantalón, o como sería utilizar el provechoso combustible para incendiar un asilo de ancianos, en vez de destinarlo para producir electricidad y así iluminar ese centro de internamiento de envejecientes.

Al despedirse, Vinicio pronunció una expresión exhortativa a los presentes, a fin de no distanciar con nuestro silencio y desinterés a quien tenemos enfrente, mediante un absurdo intento por acercar

en el momento menos adecuado, a alguien que seguirá estando en el mismo punto, físicamente lejano, que la realidad lo ha colocado.

Luego de estas dos participaciones tan convincentes, fue necesario que Morillo motivara a las demás personas presentes en aquel lugar, a fin de que alguno de ellos se decidiera a participar en aquella tertulia de LA CASCARAÑA del veintiuno de julio del dos mil diecisiete.

Transcurrieron alrededor de veinte minutos de bullicio, voces simultáneas y diálogos anárquicos, antes de que se pusiera de pie Carlos y tomara la palabra para opinar en torno al muy novedoso vicio o desviación, propio del siglo veintiuno, consistente en despreciar lo cercano por preferir lo distante. Este contertulio inició su exposición preguntando si merecen ser perdonados quienes incurren en «*deslocer por prelodis*», con el pretexto de no darse cuenta del desaire que cometen. Autocontestando inmediatamente su propia pregunta con un rotundo «**no**»; fundamentando entonces su respuesta en el criterio de que nada justifica el abandono de la cortesía. Luego Carlos amplió su punto de vista diciendo a los presentes que jamás se debe disculpar a un individuo desatento y descortés que comete el atrevimiento, en las propias narices de su acompañante, de dedicar todo el tiempo a enviar o a ver imágenes, así como a leer o a escribir mensajes desde su móvil o celular, ignorando y despreciando a la persona que tiene enfrente. Concluyendo Carlos su participación en la tertulia del veintiuno de julio, afirmando que excusar a alguien que habitualmente incurre en este tipo de comportamiento, equivaldría a calificar de correcta o aceptable la conducta de una novia que en el acto de celebración de su matrimonio, vestida de blanco, permaneciera inerte frente al novio, mirando fijamente la pantalla de un televisor que en la sacristía de la iglesia tuviera sintonizado un juego de baloncesto, y luego de no poner atención a las palabras propias de la ceremonia nupcial, olvidara firmar el acta.

Finalmente tomó la palabra Doña Olga, quien coincidió con sus comensales, en cuanto a la gran utilidad que tienen los instrumentos electrónicos modernos, como los teléfonos celulares, las tabletas, los Ipods, etc., pero resaltó que con estos aparatos sucede lo mismo que con los medicamentos, que necesariamente tienen que ser dosificados de manera adecuada para que produzcan un efecto positivo. De lo contrario, aseguró, la sobredosis generaría malestar por intoxicación.

---

*Más adelante, en la continuación de su participación en la tertulia, Manolo se expresó con un excepcional grado de dominio del tema.*

---

Las siguientes palabras de la señora Olga impactaron de tal manera a los presentes aquella noche en la famosa taberna LA CASCARAÑA, que originaron un prolongado aplauso de respaldo y solidaridad: «*Así como nadie duda que tomar una o dos aspirinas alivia con eficacia el dolor de cabeza, de la misma manera nadie debe dudar que ingerir diez aspirinas a la vez, con seguridad intoxicaría a quien lo haga*».

Cuando se apaciguaron los ánimos en la taberna, y cesaron los aplausos y comentarios que fueron provocados por el razonamiento de doña Olga, se puso de pie Manolo, quien para concluir aquel encuentro externó un mensaje de respeto y admiración hacia las distinguidas personalidades que estuvieron presentes en LA CASCARAÑA la inolvidable larga noche de enero de mil novecientos ochenta y cuatro. Asimismo, éste reconoció la fina educación y los buenos modales de aquellos ciudadanos. Sin embargo, dijo que es necesario tener presente que en los aludidos años ochenta no existían los llamados teléfonos inteligentes, y por tanto no tenemos manera de saber hoy con exactitud cómo se hubieran comportado los señores que vivieron aquellos tiempos, en caso de haber tenido enfrente uno de estos modernos aparatos. No obstante lo expresado, Manolo infirió que seguramente ellos habrían hecho un uso racional, cortés y considerado de los mencionados instrumentos electrónicos de comunicación. Más adelante, en la continuación de su participación en la tertulia, Manolo se expresó con un excepcional grado de dominio del tema. Invitó a los presentes a buscar en Google o en Yahoo el significado del concepto «Phubbing». Explicó entonces que este término surgió en Australia en el año dos mil siete, y su etimología es una combinación de las palabras del idioma inglés «phone» (teléfono) y «snubbing» (despreciar o desairar); siendo la traducción del precitado concepto: despreciar o desairar a alguna persona a causa del uso del teléfono.

Después de una prolongada pausa, Manolo manifestó con dolor que en el mundo moderno ya se considera un problema o trastorno de conducta la frecuente práctica del «phubbing»; la cual puede llegar a deteriorar de manera grave y definitiva las relaciones interpersonales.

Dijo, además, que no se trata de desconocer la enorme utilidad del teléfono inteligente, de las tablets, de la computadora portátil o de cualquier otro aparato electrónico moderno, sino de utilizarlos con racionalidad y sin que su uso constituya un irrespeto o un desaire a la persona que tenemos enfrente como acompañante o interlocutor.

Para finalizar su intervención en el encuentro de aquella noche memorable del veintiuno de julio del dos mil diecisiete, Manolo se puso de pie para expresar con energía que en la denominada «Era Digital», cantidades incontables de seres humanos, durante gran parte del día, se interconectan y comparten múltiples experiencias e informaciones a través de diversos dispositivos electrónicos; lo cual —según sostuvo— pasa a ser verdaderamente nocivo, negativo y tóxico cuando esa práctica llega a deshumanizar y a convertir al individuo en parte de una fría máquina que no dialoga ni interactúa con quien tiene al lado, tampoco advierte lo que acontece en su entorno ni entiende lo ocurrido en el medio al cual pertenece. Concluyendo Manolo con la afirmación de que este exceso convierte a los usuarios obsesivos de los teléfonos inteligentes en una especie de robots que son incapaces, por ejemplo, de redactar una nota o mensaje de su puño y letra, no pudiendo tampoco ellos, sin el auxilio de una calculadora, realizar una suma de varias cifras o cualquier otra simple operación aritmética.

Dicho esto, Manolo tomó asiento y pronunció con voz quebrada estas palabras finales: «*En el siglo veintiuno, lamentablemente, están desapareciendo del planeta tierra los conceptos: calor humano, abrazos y fragancia primaveral*».

© Edgardo Hernández Mejía

---

**Edgardo Hernández Mejía** nació en Santo Domingo, República Dominicana. Es Abogado, escritor e investigador de temas históricos. Actualmente es miembro de la Corte Suprema de Justicia de la República Dominicana, Profesor de la Pontificia Universidad Madre y Maestra y miembro colaborador de la Academia Dominicana de la Historia y del Instituto Duarte. Dentro de sus obras más importantes se encuentran: "A Partir de Nuestros Designios"; "El Contenido de la Patria"; "El Arte Durante la Guerra de Abril"; "La Vida en Marcha"; "Choque de Luces"; "Liborio entre Flores y Fuego", "El Día que Quitaron la Frontera", etc. Dentro del campo jurídico ha publicado seis libros sobre temas de Criminología, Derecho Inmobiliario y Jurisprudencia. Correo electrónico: [medgarhernandezm@hotmail.com](mailto:medgarhernandezm@hotmail.com).

## EL PRINCIPITO CUMPLE 75 AÑOS

por Pedro M. Domene

*Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944) alternó su pasión por la aventura con la meditación sobre el significado de la existencia humana: El Principito (1943), su libro más leído y emblemático, cumple 75 años.*

Un piloto sufre un accidente en el desierto y en un paraje tan inhóspito como solitario se encuentra a un niño que resulta ser un Príncipe que viene de un pequeño asteroide, donde tiene como única tarea cuidar una rosa. El Principito cuenta al piloto sus aventuras por diversos planetas y por la tierra donde ahora se encuentra, le hace ver cómo ha hecho amistad con un zorro, pero sobre todo le cuenta cómo ve las cosas desde su perspectiva de niño. Temas como la vanidad, el poder, la soberbia o la amistad son tratados por Antoine de Saint Exupéry<sup>1</sup> de una manera lírica y alegórica para contarnos la visión de unos adultos que un día dejaron de ser niños. La dedicatoria a Leon Werth<sup>2</sup>, su amigo periodista y judío, que permaneció en la Francia ocupada, representa el símbolo de todos los oprimidos por la inmunidad de la guerra. Y una hermosa frase como «Todas las personas mayores han sido niños antes (Pero pocas lo recuerdan)», evoca esa infancia perdida en muchas ocasiones.

Saint-Exupéry es el amante de las estrellas, una persona consciente de que lo más importante para un hombre es su infancia; y sin embargo, fue un ser tímido y solitario, para quien las palabras podrían ser la fuente de malos entendidos. Hombre de la esperanza, del asombro, de los sueños, de la interioridad y de la intimidad del ser humano, buscó la amistad de los que viven para siempre. *El Principito*<sup>3</sup> es un libro de vida por la vida misma, concebida desde tres perspectivas: el Principito, el aviador y los seis planetas más uno. Es, también, una flor del dolor, y para Saint-Exupéry el dolor tiene sentido, porque, entre otras muchas cosas, es una obra dedicada a ese amigo judío que. Es un cuento, una parábola meditativa, una fábula o una alegoría, mezcla de folklore, de mito, de historia y de realidad; la historia íntima de un aviador o la realidad dolorosa de la búsqueda de cada hombre, con esa incapacidad de atinar con la maravilla del lenguaje y la necesidad, imperiosa, de recurrir a lo insólito. El niño de Saint-Exupéry es fácilmente reconocible, y cuando leemos este libro se dan todas las condiciones para que ese niño aparezca: mira atentamente el paisaje del amor para poder reconocerlo; viaja, al menos, una vez en la vida por el desierto y, una vez allí, no se apresura, vive con detenimiento, supera la impostura del reloj, de la prisa y de la superficialidad, pues lo rápido impide la auténtica interiorización, para entrar en ese tiempo del que desconoce la inquietud de los días puesto que son, de alguna manera, eternos.

---

<sup>1</sup> Una visión de la biografía del autor, Luc Stang, *Saint-Exupéry visto por sí mismo*; Madrid, Editorial Magisterio Español, 1971.

<sup>2</sup> Léon Werth nació en un pueblecito francés en febrero de 1878 y murió en París el 13 de diciembre de 1955. Novelista, ensayista, crítico de arte y periodista francés, aunque otros calificativos pueden servir mejor para comprender su vida y obra: libertario, antimilitarista, poeta y observador, amigo del pintor Maurice de Vlaminck, de Octave Mirbeau y Antoine de Saint-Exupéry, quien conoció a Werth en 1931 y pronto se convirtió en su mejor amigo. Werth no tenía mucho en común con Exupéry, pues era anarquista, y su padre era judío. Tenía veintidós años más que Saint-Exupéry, y un estilo de escritura surrealista. Saint-Exupéry le dedicó dos libros, *Carta a un rehén* y *El Principito* y se refirió a Werth en tres más. La dedicatoria en el prefacio de *El Principito* es considerada una de las mejores dedicatorias jamás escritas.

<sup>3</sup> Una edición recomendable, Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*; trad., de Bonifacio del Carril; Barcelona, Salamandra, 2015; 96 pp.

## LA HISTORIA DE UN LIBRO

*Le Monde* realizaba, hace unos años, una encuesta para elaborar la lista de los 100 libros más influyentes del siglo XX en Francia, y aunque *El extranjero* de Camus lideraba la lista, *El Principito*, de Saint-Exupéry, ocupaba un honroso cuarto puesto por delante de los clásicos, *La condición humana*, de Malraux, *Viaje al fin de la noche*, de Céline, o *Las uvas de la ira*, de Steinbeck. Después de la invasión alemana de Francia, el escritor/ piloto viajó a Nueva York para pedir a las autoridades estadounidenses que apoyaran la causa francesa. La ciudad lo acogería durante dos años aunque pronto manifestaría un profundo sentimiento de exiliado y de culpa por no estar combatiendo en Europa. Elisabeth Reynal, esposa del editor Reynal & Hitchcock le propuso que escribiera un cuento infantil para ocupar su tiempo. Durante la última mitad de 1942 el escritor se consagró de manera casi obsesiva al proyecto que terminó en octubre de ese mismo año. El resultado fue un libro para niños, ilustrado con acuarelas por él mismo, y donde evoca una historia con una profunda alegoría sobre el sentido de la existencia. Apareció en Estados Unidos el 6 de abril de 1943, traducido del francés, por Catherine Woods. El 6 de abril de 1946 la prestigiosa editorial Gallimard publicaba la primera edición de *Le Petite Prince*. No lo había publicado durante los años de la gran guerra por la escasez de papel, así que el lamentable accidente que causó la muerte al piloto francés frente a la Costa Azul, cuando el 31 de julio de 1944 desapareció a bordo de su avión en un vuelo de reconocimiento, provocó que nunca viera impreso, en su propia lengua, el más famoso de sus libros. Las ventas desde su edición francesa ascienden a unos 80 millones de ejemplares de los que se han realizado entre 400 y 500 ediciones, además de estar traducido a unas 160 lenguas. En 2005 se tradujo al toba, la lengua de los aborígenes del norte de Argentina donde Saint-Exupéry dirigió durante algún tiempo Aero-Postale. El director del Village Petite France en Corea del Sur señaló que existían trescientas cincuenta ediciones diferentes de *El Principito* en coreano, incluyendo una edición de manga. Un año después se realizó una edición que contiene más de 500 acuarelas, dibujos y diseños del propio Saint Exupéry, otra en formato CD, leída por el actor francés Bernard Giraudeau. Nuevos acontecimientos se sucederían a lo largo de los años en torno a este singular libro, una versión escénica de la obra, una adaptación lírica llevada a cabo por la Ópera de Karlsruhe, a cargo de Nikolaus Shapfl, titulada *Der Kleine Prinz*, además de exposiciones temáticas sobre el autor y el resto de sus obras.

## EL AUTOR

Antoine de Saint-Exupéry nació en el seno de una noble familia francesa el 29 de junio de 1900 en Lyon (Francia). Su padre, ejecutivo de una compañía de seguros, muere muy pronto cuando el autor apenas tenía cuatro años. La familia se traslada a Le Mans en 1909 donde vivirá en el castillo de una tía. Será una de sus etapas más felices. Fracasarán en la universidad y se matricula en arquitectura, pero en la Escuela de Bellas Artes. Durante el servicio militar decide hacerse piloto de aviación, y en 1926 comienza a volar regularmente de Toulouse a Rabat, y de Dakar a Casablanca. La experiencia africana le llevará ese mismo año a publicar su primer título *El aviador* (1926). Después de múltiples aventuras en el norte de África aparece su primera novela *Correo del Sur* (1929)<sup>4</sup>, y tras su matrimonio con Consuelo Carrillo entregará *Vuelo nocturno* (1931)<sup>5</sup>, su mayor éxito literario del momento, con un prefacio de André Gide. Vivió en varios países sudamericanos y cubrió la Guerra Civil española para el *Intransegeant*. Un accidente en Guatemala le lleva a escribir *Tierra de hombres* (1939)<sup>6</sup>. Durante la ocupación alemana en Francia se exilió a Estados Unidos, publicó entonces *Piloto de guerra* (1942)<sup>7</sup> y *Carta a un rehén* (1943)<sup>8</sup>, además de su mayor éxito *El Principito* (1943). Poco después se uniría a la Resistencia Francesa para desaparecer en julio de 1944 durante una misión de reconocimiento destinada a preparar el desembarco en Provenza, en el sur de Francia. Saint-Exupéry, a bordo de un Lightning P38, había partido pocas horas antes de la isla de Córcega, cuando los radares dejaron de ver el avión que pilotaba y nunca más se supo de él, cubriendo para

<sup>4</sup> Barcelona, Salamandra, 2000.

<sup>5</sup> Barcelona, Salamandra, 2000.

<sup>6</sup> Barcelona, Salamandra, 2000.

<sup>7</sup> Barcelona, Altaza, 1996.

<sup>8</sup> Barcelona, Editorial NorteSur, 2011.



siempre al escritor y piloto de un halo de misterio y romanticismo. Quizá fuera abatido frente a la costa gala cuando tan solo tenía 44 años. *La ciudadela*<sup>9</sup> (cuadernos y notas), aparecería en 1948 y en 1955 *Cartas a su madre* (1955). Nunca se tuvo indicios del aviador ni de su nave hasta 1998, cuando un pescador encontró una pulsera a orillas del mar. La joya que el agua había acercado a la costa Marsella tenía grabado el nombre del escritor, pero su autenticidad quedó en entredicho. Este descubrimiento ayudó a las autoridades francesas a iniciar una búsqueda en el sector. Cinco años después, casi 60 años de su desaparición, fueron descubiertos en aguas de Marsella restos del avión, cerca de donde había sido descubierta la pulsera. Las piezas recuperadas fueron decapadas, limpiadas. Sobre un panel de la caja del turbo-compresor, localizada en la viga izquierda del avión, los investigadores descubrieron, «una serie de cuatro cifras aisladas y grabadas manualmente»: 2734, seguidas por la letra «L», que significa «left». Se trata, según el informe, «el número de fabricación que el constructor de aviones Lockheed inscribía en sus aviones al lanzar su fabricación en una cadena de montaje». Este número civil correspondía, en la tabla de concordancia de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, a la matrícula militar 42-68223, o sea el avión de Saint-Exupéry. Pese al hallazgo, las razones por las que el avión de Saint-Exupéry se estrelló son un misterio, y aun hoy no ha sido posible asegurar si lo derribaron, él perdió el control del avión, o si sufrió un percance mecánico.

## EL PRINCIPITO

Las personas mayores fueron niños, como el protagonista de este cuento. *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry es uno de esos libros a los que siempre se vuelve, cada cierto tiempo, con nuevas perspectivas, para renovar esas promesas hechas al joven comprometido y vibrante que un día fuimos, cuando la absorbente maquinaria que mueve nuestro mundo, la dinámica del trabajo y del dinero, la de las influencias, de las posesiones, de las prisas, nos ha vuelto tan inhumanos que no alcanzamos a saber si volveremos a estar vivos en otro momento. Se trata de un texto sencillo, profundamente humano porque pretende devolvernos esa infancia transcurrida, de la que hemos olvidado tantas cosas. Saint-Exupéry trató de mostrar la estupidez y vacuidad del mundo adulto como leemos cuando el *Principito* visita los distintos planetas: del Rey, del Geógrafo, del Hombre de Negocios, del Borracho o del Vanidoso, hombres llenos de una tremenda experiencia y conocimiento pero que la sociedad les lleva a un modelo de vida y se convierten, en esas pobres personas infelices que buscan su vacío existencial, ocupándose de cosas que no les importan.

El libro pretende mostrar el valor de la amistad y sobre todo de la generosidad, de esa capacidad de mirar a nuestro alrededor para apreciar cuanto tenemos. Pero la soledad del hombre está en su incapacidad para *ver con los ojos del corazón* como señala el zorro. El propio Principito, aislado y solo, se encontrará muy pronto rodeado de amigos con los que compartir sus experiencias. El periodista Francisco Arias Solís ha escrito que «Al releer este libro, una y otra vez, uno encuentra una sencilla simbología de gran calidad poética, marca las pautas de la liberación del hombre en sus propios males y errores e invita, sobre todo, a la sencillez, a la pureza, a la verdad, encarnadas por ese ingenuo candor del niño protagonista». Un notable pensador como Heidegger escribió en una ocasión que «se trataba de unos de los libros más existencialistas del siglo». Y como, también, ha señalado María Cristina Rosas, en realidad, «*El Principito* es, en cierta forma, una obra biográfica. La descripción de paisajes que Saint-Exupéry desarrolla en la obra evocan los volcanes que el piloto vio en Dakar. La célebre rosa con la que riñe el *Principito* es la propia Consuelo. Por cierto que la famosa riña es el punto de partida para que el *Principito* inicie su recorrido por siete planetas donde conocerá a extraños personajes hasta que llega a la Tierra y es recibido por una serpiente. Pero quizá de los pasajes más memorables sean el diálogo que el *Principito* sostiene con el zorro: sólo con el corazón se puede ver bien... lo esencial es invisible para los ojos. A juzgar por esta reflexión, ciertamente Antoine de Saint-Exupéry escribió con el corazón».

El cine adaptaría en 1974 *El Principito*, una película dirigida por Stanley Donen, un musical sin apenas trascendencia, y de nuevo, en 1990 Jean-Louis Guillerrou dirigirá una nueva versión del clásico francés; en 2010 la RTF adaptó la novela en dibujos animados, en un total de 52 capítulos.

---

<sup>9</sup> Barcelona, Alba, 2017.

En julio de 2014 se inauguró en la localidad de Ungersheim en la región de Alsacia el parque temático dedicado a *El Principito*. Y, de nuevo, en 2015 *El Principito* se estrenó como una película de fantasía animada por computadora en 3D. La película está dirigida por Mark Osborne con guión escrito por Irena Brignull y producida por Leonardo DiCaprio. Las voces a cargo de James Franco, Rachel McAdams y Jeff Bridges.

© **Pedro M. Domene**

---

**Pedro M. Domene.** Nació en Huércal Overa (Almería) en 1954. Profesor de Lengua y Literatura. Colabora asiduamente en publicaciones literarias especializadas de España, México y Estados Unidos. Crítico literario en el suplemento Cuadernos del Sur del diario Córdoba y en las revistas Mercurio, Turia y Literal, Latin American Voices (Houston). Autor de varias antologías y publicaciones sobre narrativa contemporánea, *Narradores españoles de hoy* (1997), *Lo que cuentan los cuentos* (2001), *Microrrelato en Andalucía* (2008) y *Disidencias (en la literatura española del siglo XX)* (2010). Ha reunido sus ensayos en el volumen *Imposturas* (2000) y publicado obras de ficción para jóvenes como *Después de Praga nada fue igual*, II Premio de Narrativas Juvenil *Los Pedroches*, *Conexión Helsinki* (2009) y *Las ratas del Titanic* (2014). Su última novela es *El secreto de las Bequinas* (Editorial Trifaldi, 2016).

## LAS CALIENTES LUNAS DE MEMPO GIARDINELLI

por Adán Echeverría

Uno puede volverse violador, pederasta y asesino, en una sola noche. Los actos de nuestra vida resultan de las decisiones que tomamos. Como un juego de vídeo, si tomamos tal decisión ocurrirá algo, y si tomamos una diferente, los caminos serán disímiles. Nada está escrito, como quieren hacernos creer las religiones. La diferencia con el video juego es que jamás sabremos qué otra cosa pudo haber pasado. Ser asesino es una decisión que se toma. Como se decide ser borracho, drogadicto, pederasta, violador de mujeres, niños, hombres, homosexuales. Las decisiones de todos los días marcan nuestro destino, y aunque intentemos escapar a nuestras responsabilidades, justificar nuestras acciones, o alejar nuestros pensamientos, el reconocimiento de nuestros actos quedará.

Jamás seremos el mismo personaje de años anteriores, el que fuimos al cometer un error ya no existe. En el presente, el personaje que somos viene cargado con los actos que nos dan forma. Soy un escritor que intenta discernir sobre las acciones que marcan nuestra vida, he comenzado a hacerlo; antes no era ese individuo. Existe un antes y un después, y nos permite la reflexión, tomar la decisión de ya no ser aquel personaje, encarar nuestras culpas, errores, enfrentar las consecuencias. Eso es un poco lo que Mempo Giardinelli construye en su muy famosa *Luna caliente*<sup>1</sup>, novela en la que el autor camina bordeando el arquetipo nabokoveano de la mítica «Lolita».

Desde el inicio de la novela, el autor no permite escapatoria a su personaje-narrador: «Sabía que iba a pasar; lo supo en cuanto la vio.», palabras con que abre, para continuar retratando el repugnante acto de un joven adulto que intenta justificar su instinto de depredador sexual de menores: «Ramiro la miró y supo que habría problemas: Araceli no podía tener más de trece años.»

Se trata de una obra manchada con el canon occidental. En ella el autor nos regala sus influencias: Elias Canneti, Fiodor Dostoievsky (*Hermanos Karamazov*, *Crimen y Castigo*), Thomas De Quincey (*Del asesinato como una de las bellas artes*, *Confesiones de un opiómano*), T.S. Eliot, junto a los personajes de la leyenda del Doctor Fausto, o Borges y sus monstruos mitológicos, que nos permiten caminar las páginas con las ideas del asesinato de la historia revoloteando en nuestra mente.

Ramiro Bernárdez obtiene su doctorado en París y vuelve a la Argentina a trabajar como docente en una universidad; pero luego de una cena, es incapaz de controlar sus instintos sexuales ante la presencia de una pequeña de 13 años, Araceli. Hasta acá, la historia puede ser completamente conocida por todos. Casos de pederastas como el del personaje de *Lolita*, la novela de Nabokov, son muy conocidas por todos. Y quizá vuelva a nuestra mente aquella admonición del prologuista de la obra del ruso-norteamericano: «Sin duda, es un hombre abominable, abyecto, un ejemplo flagrante de lepra moral, una mezcla de ferocidad y jocosidad que acaso revele una suprema desdicha, pero que no puede ejercer atracción». Precisamente para no ser tan solo un texto derivado, Giardinelli nos ofrece en su novela una genial vuelta de tuerca. Haciendo del «depredador», la presa de sus propios remordimientos, como fantasmas que lo persiguen y que toman cuerpo, carne, huesos, sudor y seducción, para arrebatarse la tranquilidad y hacerlo escapar, huir desesperadamente, como un títere de las decisiones de su carcelero.

Giardinelli es hábil al ir lanzando poco a poco la furia intelectual de las mujeres que rodean a su personaje: «Sólo una madre puede entrar así a la habitación de un asesino, sin que éste reaccione». Y entonces Ramiro Bernárdez se nos torna patético, caricaturesco, cobarde, y por lo mismo, de suma peligrosidad. Giardinelli extrae la venganza: Mujeres que lo cercan, y le hacen pagar sus actos. Aquel «gozamos con el crimen», toma un nuevo derrotero. El masoquista dice «basta por favor, ya no puedo más».

«Una muerte es todas las muertes». Solo basta cruzar la línea imaginaria del No hacer, para haberlo hecho, y entre hacerlo una vez y repetirlo, no hay diferencia. Es el primer muerto el que causa miedo,

---

<sup>1</sup> Mempo Giardinelli. (1983). *Luna Caliente*. Editorial Planeta Argentina S.A.I.C. / Seix Barral. Buenos Aires, Argentina. 71 pp.

los siguientes te harán acostumbrarte. Es la primera vez que hacemos el amor la que causa temor en el joven, en la muchacha, las siguientes veces serán para volverse expertos. Es la primera violación sexual la que causa terror, quizá angustia, luego el depredador sexual será mucho más precavido para no ser atrapado. El remordimiento ocurre justo cuando los delitos han sido descubiertos. Y Ramiro Bernárdez traza la educación y cultura que cree haber mamado en Europa, cargado en la soberbia de mirar sobre el hombro a los demás: familia, conocidos, la policía misma, para intentar salirse con la suya. Se cree experto, se siente poderoso, piensa que es inteligente y que sus actos quedarán impunes. Mempo Giardinelli ha sabido dibujarlo con maestría:

«Odiaba a las mujeres, sólo entonces se daba cuenta. «Soy un misógino», se rio. Aunque no, no era tan así. En París, varias amigas lo habían acusado de machista; en veladas inolvidables, juguetonas, divertidas, discutiendo sobre las conductas de los hombres frente a las mujeres. Machista, le decían; feministas primarias, alocadas, contraatacaba él. Y se reían. No sabían nada de la vida.»

Las veladas justificaciones del actuar de muchos hombres son reproducidas, y entonces la novela muestra el retrato social sobre el que se ha caminado en las últimas 3 décadas, desde 1980: «Las mujeres representan el sentido común que nos falta a los hombres, se confesó. Y eso es lo que los hombres tememos. Por desearlas y necesitarlas, les tenemos miedo. Nos causan pavor.» Ramiro se convirtió en un vulgar violador, y acusa a la pequeña Araceli de haberlo provocado, de haberlo querido.

Los escritores somos sensibles a los actos de la sociedad, y esto es lo que nos permite observar el comportamiento de los demás, el cómo nos afectan, y cómo afectamos a los demás. Giardinelli se da tiempo de filosofar sobre el machismo, al que denomina: «El instante de terror que nos produce reconocer su sensatez, su aparente fragilidad (lo que nosotros queremos ver como fragilidad), su intrínseca posibilidad de anclaje en una estabilidad que los hombres no tenemos. Porque, quizá, lo que nos diferencia no es sólo la tenencia de un miembro unos y de vaginas otras; lo que nos diferencia es la imposibilidad de aceptar y reconocer la diferencia. He ahí lo que rechazamos en el otro sexo.» Y el autor de la novela continúa: «siempre son los ignorantes los que opinan.»

Es Mempo el que nos habla, o es la propia conciencia de Ramiro, el personaje al que vemos evolucionar para ser cada vez peor persona: pederasta-asesino-ladrón: «Pero también vio que algo siniestro había en su propia conducta: él había corrompido a la muchacha.» «Y esa chica, esa adolescente, era la que lo arrastraba ahora con una determinación diabólica. Y podía ser su hija. Peor aún, podía haberla embarazado. Toda moral se derrumbaba; esto era peor que ser un asesino.» La corrupción de los menores, en franca oposición al estatuto que indica que todo adulto tiene la obligación de «ver por el bien superior de la infancia».

Lo rico de la obra de Giardinelli, es cómo logra mostrarnos el estado de terror que prevalecía en la Argentina del no muy lejano año de 1977; y cómo al día de hoy 2018, ese mismo sentimiento de persecución policiaca se comienza a filtrar por las narices en este México, en dónde las armas caminan clandestinamente en los barrios, en las zonas rurales; y donde hombres y mujeres temen por su vida y su deambular libremente por las calles y caminos de pueblos y ciudades. Luchas ideológicas de género, asesinato de tantísimas mujeres, derechos civiles violentados, asesinatos de periodistas, todo lo que para estas fechas ocurre en México, aparece filtrado en la violencia que caminan las páginas de *Luna caliente*. La capacidad del escritor en la construcción de la cobardía de su personaje, que es incluso capaz de buscar pretextos para culpar a la pequeña de trece años, y exclamar: «esa chica era el demonio reencarnado».

© Adán Echeverría

---

**Adán Echeverría.** Mérida, Yucatán, (1975). Doctor en Ciencias Marinas. Columnista en el Periódico impreso *El Vigía*, y en el portal cultural La Piraña (<https://piranhamx.club/>). Premio Estatal de Literatura Infantil Elvia Rodríguez Cirerol (2011), Nacional de Literatura y Artes Plásticas El Búho 2008 en poesía, Nacional de Poesía Tintanueva (2008), Nacional de Poesía *Rosario Castellanos*, (2007). Becario del FONCA, Jóvenes Creadores, en Novela (2005-2006). Ha publicado en poesía *El ropero del suicida* (2002), *Delirios de hombre ave* (2004), *Xenankó* (2005), *La sonrisa del insecto* (2008), *Tremévoló* (2009), *La confusión creciente de la alcantarilla* (2011), *En espera de la noche* (2015), *Trapacería y fiesta* (2017); los libros de cuentos *Fuga de memorias* (2006) y *Compañeros todos* (2015) y las novelas *Arena* (2009) y *Seremos tumba* (2011). En literatura infantil ha publicado *Las sombras de Fabián* (2014).

## JOSÉ RIZAL, UNA UTOPIA PREMATURA

por Jesús Greus

*Nadie ama la verdad desnuda.*

José Rizal

Su nombre es hoy escasamente conocido en España. Muy lejos queda de nuestra memoria colectiva aquella colonia llamada Filipinas, ganada por Magallanes para el Rey de España a finales del siglo XVI, y cuya posesión se perdió el año 1898. Dicho sea de paso, Alonso Saavedra puso el nombre al archipiélago en honor al infante don Felipe, futuro Felipe II. En el siglo XIX, tan turbulento para la política española, un joven filipino se destacó como el más preclaro ideólogo y luchador por el reconocimiento de los derechos de su país, y fue la literatura, tanto la poesía como la novela, el medio elegido a fin de exponer su ideario político. Se llamaba José Rizal, y es hoy considerado como el héroe nacional filipino y padre de su independencia. Otra razón de su olvido quizá sea que, por desgracia, España, al menos hasta muy recientemente, no fue nunca muy ducha en el cultivo de las relaciones con sus excolonias. España tiende a olvidar.

Su nombre completo era José Protasio Rizal Mercado y Alonso Realonda, aunque se le conocía como José Rizal. Nació en Calambá, provincia de Laguna, el 19 de junio de 1861. Mestizo e hijo de campesinos, tenía diez hermanos. Estudió en colegio de jesuitas. Fue buen estudiante, inteligente y aplicado, si bien pronto se destacó entre sus compañeros por sus críticas a la autoridad colonial española, a sus desmanes y desaciertos. Andando el tiempo, José inició la carrera de Filosofía y Letras. Ya por entonces comenzó a escribir poesía y redactó tres obras de teatro. Cambió a continuación radicalmente de rumbo, y optó por estudiar oftalmología. Rizal era un joven agraciado, de rasgos malayos, ojos rasgados, pelo ondulado, siempre impecablemente vestido con levita, cuello duro y corbatón. Era, pues, un joven malayo distinguido y cultivado.

Picado por el deseo natural de conocer la Capital y, a la vez, por hallar mejor oportunidad de avanzar en sus estudios, José viajó a Madrid, donde se graduó *cum laude* en Medicina en 1884. Por si esto fuera poco, al año siguiente se graduó en Filosofía. Hombre de ideas liberales, se hizo masón y perteneció a una logia llamada Acacia nº 9, de la que en seguida llegó a ser nombrado maestro. Joven aventurero, y anhelante por aprender ideas nuevas en países más desarrollados que nuestra pacata Corte de la época, se trasladó en 1885 a París, donde trabajó como asistente en una clínica oftalmológica. Aún empeñado en prosperar en su profesión, emigró de nuevo dos años después, instalándose esta vez en Alemania, donde abrió consulta propia como oftalmólogo.

Además de médico, José Rizal tenía vocación y dotes de escritor. Y tenía ideas que comunicar. Bastantes, por cierto. De hecho, durante sus años de residencia en Europa escribió su primera novela, titulada *Noli me tangere*. En ella expone el autor, sin tapujos, el abuso del poder ejercido en Filipinas por los frailes españoles: dominicos, franciscanos y jesuitas. Como era preceptivo en una colonia, la administración de ésta era competencia de la casta militar, aunque siempre, situación clásica tratándose de España, bajo la omnipresente influencia del clero. Ya lo advierte Rizal en esta su primera novela con asaz crudeza: «El Gobierno es un brazo [...]; la cabeza es el convento.» Y éste, a decir de Rizal, constituía el primer obstáculo para la modernización del Archipiélago, porque la iglesia no admitía ninguna suerte de progreso social. Tal y como cabía esperar, dado el mensaje explícito de la obra, ésta fue de inmediato prohibida en su país. La autoridad eclesiástica la tachó de *filibustera*, sinónimo allí de subversiva. No obstante, esto no logró impedir que algunas copias fueran introducidas subrepticamente en el Archipiélago y distribuidas bajo mano. Por desgracia, la mayoría de la población tagala no podía leerla por desconocer la lengua española.

*Noli me tângere* está escrita con soltura y con sentido del humor. Abunda en ella el diálogo, sin duda con intención de aligerar la lectura. También se permite el autor ciertos toques poéticos en descripciones de la naturaleza: «Allá está el río, monstruosa serpiente de cristal, dormida en la verde alfombra.»

El protagonista de la novela, Crisóstomo Ibarra, joven con posibles, recién regresado al país desde España y Europa, pretende conseguir permiso de las autoridades locales, en su pueblo, para construir una escuela donde se enseñe adecuadamente a los filipinos. «Yo quiero su bien -declara-, por eso levanto una escuela; lo busco por medio de la instrucción, por el progresivo adelanto; sin luz no hay camino.» En paralelismo con el propio autor, Ibarra se siente patriota español y filipino. Pretende «ser buen español sin dejar de ser filipino y amar a su país.» Por desgracia, sus esfuerzos serán vanos, tal y como serían los del propio Rizal.

El noviazgo entre Crisóstomo y María Clara, hija de un rico hacendado llamado capitán Tiago, añade a la obra un oportuno tinte melodramático de amoríos truncados por un destino aciago. Pero el contenido de la obra es esencialmente político, y, en este sentido, los personajes de Rizal se expresan sin reserva. Así, alguien afirma: «En el estado actual de las cosas, casi es hacerles un bien el no dejar a los filipinos salir de su país, ni enseñarles a leer.» Menudean las críticas a los frailes y a su convivencia con la clase dominante: «La Iglesia no te salva gratuitamente las almas queridas: no reparte bulas gratis.» La puñalada es evidente. Un poco más adelante, otro personaje aconseja: «¡Ayuna, que el Cielo es caro! Decididamente, parece que los pobres no entran en el Cielo.»

Al respecto de las tropelías cometidas por la Guardia Civil contra el pueblo malayo, la novela nos revela una sorprendente situación de desprecio y abuso del poder: «Los guardias civiles no son hombres; sólo son guardias civiles; no oyen súplicas y están acostumbrados a ver lágrimas.» Más adelante, un rebelde llamado Elías señala acerca del Benemérito Cuerpo: «Preguntad a cada honrado vecino si mira esta institución como un bien, una protección del Gobierno y no como una imposición, un despotismo cuyas demasías hieren más que las violencias de los criminales.» Rizal dispara con bala al declarar: «El terrorismo de la Guardia Civil les cierra las puertas del arrepentimiento.» Otro personaje hace la siguiente pregunta áspera al parlamentar con un guardia: «Tienes talento... ¿Cómo eres guardia civil?»

Rizal denuncia con valentía la actitud opresiva de los colonos españoles. Conviene explicar que el nombre de filipino estaba reservado a los hijos de colonos españoles nacidos en el archipiélago. En cuanto a los malayos conversos, el apelativo que se les daba era el de «indio». En la novela, un colono español pregunta con desprecio, al referirse a los autóctonos de las islas: «¿Se los puede tratar como a personas?» Y aún se lamentan con desdén las autoridades coloniales por la desafección de los nativos: «¡Miren ustedes lo ingratos que son estos indios!» Cierta personaje afirma que «los frailes extienden la creencia de que a los indios únicamente se los puede tratar a palos.» Clásica actitud ésta, en fin, racista y colonialista no privativa, por cierto, de España. ¡Sobran vergonzantes ejemplos en las crónicas de las colonias inglesas, francesas u holandesas! Esto por no mencionar otras. Cuánto se echa en cara a España todos sus desaciertos del pasado, que los hubo, pero cuán poca autocrítica practican los demás. En cualquier caso, la denuncia de Rizal en su obra, acerca de los desmanes de las autoridades coloniales españolas en Filipinas, resulta poco halagüeña por España.

El autor pone en labios del rebelde Elías un pensamiento preclaro y en extremo osado para su tiempo, una idea digna, más bien, de finales del siglo XX: «No preguntemos qué ha hecho España del pueblo judío, que ha dado a toda Europa un libro, una religión y un Dios; qué ha hecho del pueblo árabe, que le ha dado cultura, ha sido tolerante con su religión y ha despertado su amor propio nacional, aletargado, destruido casi durante la dominación romana y goda.» ¡Caray! ¿De dónde extraía Rizal ideas tan osadas para su tiempo?

Esta primera novela del joven oftalmólogo es, como mínimo, provocadora. El rebelde Elías abunda, por ejemplo, en sus críticas respecto de la situación vivida en Filipinas: «¡Un país que obedece porque se le engaña, un Gobierno que manda porque se vale del engaño, un Gobierno que no sabe hacerse amar ni respetar por sí mismo!» El mismo Elías aconseja a Ibarra, puesto que es un joven rico, educado y con un halagüeño porvenir, que huya a tiempo del país, y alega: «El extranjero para noso-

tros es una patria mejor que la propia.» Coincidiendo con las ideas del propio autor, afirma el susodicho inconformista que el país «no piensa separarse de la madre patria; no pide más que un poco de libertad, de justicia y de amor.» Y ahí está el quid de la cuestión. Rizal, mediante su novela, pretende denunciar una situación inicua y suicida, y por ello solicita justicia, no independencia. No es un José Martí a la cubana. A pesar de sus acerbos críticas e invectivas, Rizal se mantiene leal a la madre patria.

No obstante lo cual, la obra abunda en acusaciones demasiado graves a ojos de la autoridad colonial. Una suerte de filósofo que vive en una cabaña, el anciano Tasio, declara ante el joven Ibarra: «El Gobierno no ve, no oye, no juzga más que por lo que le hace ver, oír y juzgar el cura o el provincial.» Y de nuevo nos expone con crudeza el doble juego maquiavélico de los frailes: «Al Gobierno se le amedrenta con levantar al pueblo, y al pueblo con las fuerzas del Gobierno.» Precavidos pues, los religiosos juegan una doble baza, de la que siempre obtienen beneficio. Y advierte profético el tal Tasio: «Cuando la luz del día alumbre el aborto de las sombras, vendrá la reacción espantosa. Tanta fuerza durante siglos comprimida, tanto veneno destilado gota a gota, tantos suspiros ahogados saldrán a la luz y estallarán.» Tras esta advertencia profética se esconde la identidad del propio autor. Es Rizal quien amenaza.

Tasio, esclarecido filósofo de la novela, glosa con cinismo acerca de cómo se verá desde el futuro esta anquilosada administración colonial: «Para resolver cuestiones de gobierno interior tenían todavía que acudir al otro extremo del mundo, que es como si dijéramos un cuerpo que para moverse necesitase consultar su cabeza existente en otra parte del globo.» Por desgracia para España y sus colonias, no le faltaba razón.

Así, prosiguiendo con su visión futura de un presente funesto, el filósofo Tasio critica sin ambages la religión: «Tales misteriosos seres hacían descender a Dios sobre la tierra con sólo pronunciar algunas palabras, que Dios no podía hablar sino por boca de ellos, y a quien se comían, bebían la sangre y no pocas veces lo daban también a comer a los hombres comunes.» En otro lugar, una tal Petra exclama: «El cura, con dar tres o cuatro vueltas y decir *décimos pabiscum*, come a Dios y recibe dinero.»

El filósofo Tasio, enfermo y anciano, lanza una nueva profecía en las postrimerías de su vida desperdiciada: «¿El hombre, ese enano enfermo, ahogar al progreso, al poderoso hijo del tiempo y de la actividad? [...] El dogma, el cadalso y la hoguera, tratando de suspenderle, le empujan. *E pur si muove*.» El mensaje del personaje, y de la obra, es claro: por mucho que se obstinen ustedes en la inmovilidad y el esclavismo de la población malaya, el futuro llegará e impondrá el inevitable progreso. Y se lamenta Tasio, impotente y con desespero, en su lecho de muerte: «¡Filipinas está en las tinieblas!»

La indignación de Ibarra, al ver malograrse sus esperanzas de fundar su escuela, llega al extremo de empujarle a agredir a un fraile, lo que le vale ser excomulgado. Con la anuencia del Capitán General de Filipinas, se le levanta la excomunión, pero no terminan ahí sus cuitas. La novela concluye con que, urdida una falsa trama contra el joven Ibarra, cuyas ideas son consideradas sediciosas por su legítima ambición de lograr el progreso de su pueblo mediante la educación y el respeto, es acusado de traición y de estar detrás de un levantamiento contra el cuartel local de la Guardia Civil. Es, pues, arrestado y conducido a Manila. María Clara, creyéndolo muerto, entra a profesar en un convento. Logra escapar el joven Ibarra de prisión, pero, movido por un patriotismo tenaz, en lugar de huir del país, opta por quedarse y luchar. Ahí queda en suspenso la historia.

\* \* \*

Al igual que su personaje de ficción, José Rizal decidió regresar a Filipinas en 1887. Como cabía esperar, fue en seguida sometido a estrecha vigilancia policial. Las autoridades militares y el clero lo tenían ya por sujeto perturbador y proclive a diseminar ideas nocivas entre la hasta entonces relativamente dócil población malaya. La situación de Rizal en el país empezó a resultar comprometida, hasta el punto de que amigos y familiares le aconsejaron poner, una vez más, tierra de por medio. Esto motivó un nuevo traslado a Europa tan sólo un año después de su retorno. En Madrid, José Rizal se quitó ya toda máscara: se hizo colaborador del periódico tendencioso *La Solidaridad*. Ade-

más, en 1891, casi diez años después de su llegada a Europa, escribió y publicó en Gante, con dinero prestado, su segunda novela, continuación de la primera, titulada *El filibusterismo*. Ni que decir tiene que, abundando en las atrevidas denuncias expuestas en su obra anterior, la novela fue de inmediato prohibida y perseguida en Filipinas. A estas alturas, las autoridades coloniales lo consideraban abiertamente como un autor sedicioso. Esto a pesar de que Rizal nunca abogó, en sus obras y artículos, por la independencia de su país. El propósito de sus demandas consistía en solicitar derechos cívicos para sus conciudadanos, en mejorar sus condiciones de vida, así como en poner límite al poder omnímodo de los frailes en el Archipiélago. Entre otras cosas, éstos eran responsables de un sistema educativo obsoleto, concebido para mantener al pueblo en la ignorancia. Como cabía suponer, los frailes no le iban a perdonar semejante insolencia. Sus acusaciones contra ellos, bien que fueran expuestas en forma anovelada, eran tan descarnadas, que no iban a dejar de traer desagradables consecuencias para tan audaz autor.

Su segunda obra, *El filibusterismo*, continuación de la primera, denuncia, entre otras cosas, la arbitrariedad y cortedad de miras de los frailes en Filipinas al respecto de la educación de la población malaya. La obra, que pretende anticipar el futuro de la colonia, expone con virulencia la discriminación ejercida contra los naturales del país. Acusa sin ambages al gobierno de corrupción y de discriminación racial. La historia transcurre en un momento en que un grupo de estudiantes universitarios descontentos, sumados a un cierto sector social, solicitan a la autoridad educativa que se enseñe la lengua española a los indios filipinos. ¡Y es que, por no ilustrarlos, no se les enseñaba aquella! Elevada la instancia hasta el Gobernador militar, el espinoso asunto es ampliamente discutido. La autoridad colonial recela, como no podía ser menos, de que semejante reforma educativa termine por comprometer las prebendas de los colonos españoles.

El argumento de los frailes es el siguiente, y, para mayor escarnio, lo proclama con desfachatez un cierto *pater* aficionado a las jovencitas, quien casi viola a una adolescente malaya que, traumatada, terminará por suicidarse: «Pero los indios no deben saber castellano, ¿sabe usted? -gritó el padre Camorra-, no deben saber porque luego se meten a discutir con nosotros, y los indios no deben discutir sino obedecer y pagar..., no deben meterse a interpretar lo que dicen las leyes ni los libros, ¡son tan sutiles y picapleitos! Tan pronto como saben el castellano se hacen enemigos de Dios y de España.»

En consecuencia, el rico joyero Simoun, quien no es otro que nuestro antiguo amigo Crisóstomo Ibarra disfrazado, aconseja ahora, abandonando ya toda prudencia: «Lo que debéis hacer es aprovecharos de sus preocupaciones para aplicarlas a vuestra utilidad. ¿No quieren asimilarse al pueblo español? Pues ¡enhorabuena! Distinguíos entonces delineando vuestro propio carácter, tratad de fundar los cimientos de la patria filipina.» Y prosigue más adelante: «Si no quieren enseñaros su idioma, cultivad el vuestro, extendedlo, conservad al pueblo su propio pensamiento, y en vez de tener aspiraciones de provincia, tenedla de nación, en vez de pensamientos subordinados, pensamientos independientes, a fin de que ni por los derechos, ni por las costumbres, ni por el lenguaje, el español se considere aquí como en su casa, ni sea considerado por el pueblo como nacional, sino siempre como invasor, como extranjero, y tarde o temprano tendréis vuestra libertad.» Este discurso, como se ve, sí es verdaderamente incendiario. Y, por desgracia para todos nosotros, muy actual en España por razones que no guardan paralelismo alguno con la situación de Filipinas como colonia.

En otro lugar expresa también Simoun: «El patriotismo sólo puede ser crimen en los pueblos opresores porque entonces será la rapiña bautizada con un hermoso nombre [...] El patriotismo será siempre virtud en los pueblos oprimidos porque significará en todo tiempo amor a la justicia, a la libertad, a la dignidad misma.»

El idealista estudiante Isagani, íntimo de otro alumno llamado Basilio, que se convierte en amigo también del disfrazado Ibarra, argumenta durante una discusión: «No veo mal ninguno en ilustrar a estos mismos agricultores y braceros, en darles por lo menos una educación que les permita después perfeccionarse.» Las argumentaciones que siguen son, a menudo, agrias, a veces hasta el extremo de advertir el narrador que «las palabras volaban por el aire como los cuchillos.»

La voluntad de la autoridad colonial permanece inalterable. Don Custodio, famoso periodista de ideas liberales, pero que terminará por traicionar las reclamaciones estudiantiles, afirma con doblez:



«Mire usted, el juego consiste en pequeñeces. Cuando usted quiera sujetar al pueblo, convéznale de que está sujeto; el primer día se va a reír, el segundo va a protestar, el tercero dudará y el cuarto estará convencido. Para tener al filipino dócil hay que repetirle día por día que lo es y convencerle de que es incapaz. [...] Créame usted, es un acto de caridad mantener cada ser en la posición en que está; allí está el orden, la armonía. En eso consiste la ciencia de gobernar.»

El joyero Simoun, convertido en radical, fabrica una lámpara bomba que pretende ocultar en cierto salón de Manila donde se celebrará una fiesta que congregará a la crema y nata de la ciudad. El atentado fracasa porque su amigo Isagani recupera el artefacto y lo arroja a tiempo al río. Simoun, viendo fracasados todos sus intentos, se suicida mediante un veneno.

Todo hay que decirlo, y es que, a pesar de estas declaraciones expresadas a través de los personajes de *El filibusterismo*, Rizal se mantuvo leal a España. Como se ha indicado, lejos de soñar con la independencia de su país, defendía, más bien, la legítima aspiración de que Filipinas fuera reconocida como provincia de pleno derecho. Pero esta reivindicación no era aceptada con facilidad en Madrid, pues suponía derogar el estatuto colonial y poner fin a la tutela de los clérigos. Tras cuatrocientos años de bicocas y canonjías, el gobierno de la colonia era una maquinaria anquilosada. Por otra parte, los políticos de Madrid eran demasiado ajenos a las realidades sociales de la remota colonia. Nadie, además, era proclive a poner en riesgo los privilegios de los colonos españoles residentes en el Archipiélago. En sus obras, Rizal culpa, pues, al gobierno y al clero por su empeño en mantener a los malayos en el atraso y la ignorancia. Era obvio que no les convenía gobernar a un pueblo medianamente culto e intelectualmente capaz. Desde su punto de vista, cuanto más iletrado, mejor. Por dicha razón, el clero no se inclinaba en absoluto por mejorar el sistema educativo que él dirigía, primera reivindicación de los estudiantes filipinos y del propio Rizal.

Con el fin de intentar dar un vuelco a aquella situación estancada y abatir la mentalidad inmovilista del gobierno, así como de intentar remover la conciencia nacional, Rizal, de regreso en Madrid, entró en contacto con estudiantes filipinos progresistas. Acto seguido, se puso al frente de un movimiento que llamaron *Propaganda*. Rizal se entregó con avidez a redactar enfebrecidos artículos en los que reivindicaba una serie de reformas administrativas imprescindibles al objeto de mejorar la situación de sus compatriotas. En resumen, las pretensiones de este grupo disidente consistían, primero y como ya se dijo, en que Filipinas dejase de ser considerada como colonia para pasar a constituirse en provincia de pleno derecho. Como consecuencia, tendría representación en las Cortes. En tercer lugar, se solicitaba la cesión de las parroquias al clero filipino, tema espinoso, pues ni dominicos, ni franciscanos, ni jesuitas estaban dispuestos a renunciar a un momio que disfrutaban desde hacía cuatro siglos. Además, se exigía la concesión a la población autóctona del derecho de reunión y de expresión. Por fin, se pedía la igualdad legal entre la población española y la malaya. Como se ve, en ningún momento se proponía una ruptura con España. El ideario de Rizal no mencionaba, en sus reclamaciones, exigir la independencia del Archipiélago, sino tan sólo, salvo que esto era ya mucho pedir, se solicitaba para los filipinos el estatuto de ciudadanos españoles de pleno derecho, reivindicación esta asaz sensata y justificada tras tantos siglos de fidelidad a España. Pero los tiempos no acompañaban a semejantes pretensiones demasiado ambiciosas. La cerrazón del gobierno español y de la iglesia no favorecían una sensibilidad favorable al progreso de las ideas ni a admitir la necesidad de cambios en el lejano Archipiélago. Al igual que sucedió en el caso de Cuba, la ineptitud y la estrechez de miras de los sucesivos gobiernos de la nación conducirían, tarde o temprano, a la pérdida de la colonia.

Con idea, entre otras razones, de estar cerca de su patria, Rizal abandonó España en 1891 y se instaló como médico en Hong Kong. Desde allí dirigió un movimiento de propaganda destinado al Archipiélago. Se sabe que en esa ciudad emprendió la redacción de su tercera novela, que pretendía fuera continuación de *El filibusterismo*. Así andaban las cosas, con un José Rizal convertido en autor polémico y en rebelde declarado, cuando éste cometió un error de cálculo: hastiado de contemplar el escenario desde lejos, añorante de su tierra y afanoso por participar *in situ* en el movimiento liberador de su país, decidió regresar a éste el año 1892. Tras comprometerse a no involucrarse en actividades políticas, se le concedió permiso para regresar a la patria. Un retorno temerario, por no decir suicida. De vuelta en casa, Rizal fundó un movimiento cívico llamado Liga Filipina. Acusado sin tardanza de conspirador, fue condenado al destierro en **Dapitán**, en la isla de **Mindanao**. Duran-

te ese tiempo volvió a dedicarse a escribir poesía. También ejerció la medicina, abrió una escuela infantil y emprendió algún negocio. Tres años después, harto por la inacción y el aburrimiento, José solicitó permiso para viajar a Cuba como médico militar. Le fue concedido, sin duda con la alevosa intención de alejarlo durante un tiempo. Era un personaje incómodo tanto para los gobernadores militares como para los mojigatos con faldas.

Pero la fatalidad se cernió sobre Rizal: durante su travesía hacia España, estalló en Filipinas el alzamiento del movimiento nacionalista llamado *Katipunan*, fundado por un tal Andrés Bonifacio. Este individuo había formado parte de la Liga Filipina fundada por Rizal, pero siempre disintió respecto de los métodos pacifistas de lucha defendidos por el escritor. Rizal desaprobó en seguida los procedimientos violentos de los revolucionarios *Katipunan*, dedicados a efectuar sabotajes, escaramuzas y enfrentamientos armados con los militares. Rizal ni siquiera mantuvo relación alguna con dicho movimiento revolucionario. No obstante, la rebelión de éste sirvió de pretexto a las autoridades para quitarse de encima, de una vez por todas, a un personaje considerado desde hacía años como agitador. En consecuencia, José Rizal fue arrestado a su llegada a Barcelona y reexpedido a Filipinas, donde, sin mayor prueba, fue acusado de connivencia con el movimiento revolucionario. Sometido a una parodia de juicio sumarísimo, Rizal fue condenado a la pena capital. El fiscal, como prueba irrefutable, leyó al tribunal estos versos del reo susceptibles de instigar a la rebelión:

*Nuestros brazos manejan a un tiempo  
El cuchillo, la pluma, la azada,  
La piqueta, el fusil y la espada,  
Compañeros del fuerte varón.*

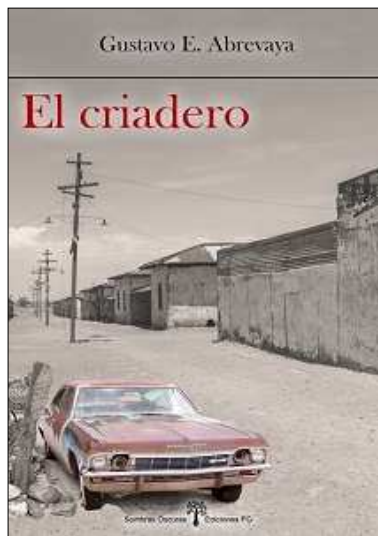
La ejecución de José Rizal, de la que se conserva una escalofriante fotografía del reo de espaldas ante el pelotón de fusilamiento, correctamente vestido con traje y sombrero bombín, se llevó a cabo en Manila al amanecer del día 30 de diciembre de 1896. Puede apreciarse en la instantánea a un perrito blanco que observa entre militares atentos al ajusticiamiento. José Rizal tan sólo tenía treinta y cinco años. Murió en silencio, con absoluta dignidad. Como suele suceder, su ejecución produjo el efecto contrario al deseado. En lugar de servir para acallar las protestas sordas del pueblo, provocó un mayor rechazo a la autoridad colonial española. Así, en poco tiempo, José Rizal se convirtió en héroe nacional y en el símbolo de la lucha por derribar un statu quo cada día más insostenible. ¡Qué lástima que los gerifaltes de la época fueran tan ciegos y, en lugar de corregir a tiempo sus errores, terminaran por dar la razón a la lucha de Rizal y de los estudiantes! Por eso, al final, ganó él. Vencieron sus ideas. Y Filipinas terminó por perderse, lo que nunca fue la pretensión de José Rizal.

Esta es la lamentable historia de un hombre lúcido y válido, prosista y poeta, soñador y visionario, que, aun siendo un incondicional de España, fue maltratado por la incompetencia de la autoridad colonial y de un lejano gobierno de la metrópoli demasiado absorbido por sus propios altercados entre liberales y absolutistas. Con la muerte de Rizal se nos privó de un escritor prometedor que, sin duda, más adelante nos hubiera regalado con nuevos y sabrosos ejemplos de buena prosa.

© Jesús Greus

---

**Jesús Greus.** Nació en Madrid. Licenciado por el Institute of Linguists de Londres. Fue colaborador de los periódicos ABC, Diario 16 de Baleares, El Día del Mundo, Libération du Maroc y, actualmente, de diversas revistas literarias digitales. Trabajó, además, como traductor para editoriales de Madrid. Es conferenciante, músico, gestor cultural y guionista. Como escritor, ha publicado: *Ziryab*, 1988. *Junto al mar amargo*, 1992. *Así vivían en al-Andalus*, 1988. *Claro de luna*, poesía. *De soledades y desiertos*, 2001, teatro. *Laberinto de aljarafes*, 2008, relatos. *La palabra perdida*, ensayo. *The Tower of Babel*, 2012, ensayo. *Las 1001 Noches, ese fantasma literario*, 2013, ensayo y *Aquella noche en el mar de las Indias*, 2015, novela.



**EL CRIADERO, de Gustavo E. Abrevaya**

Ediciones PG  
 Colección: Sombras Oscuras  
 Fecha de publicación: 2018  
 194 páginas  
 ISBN 978-84-947625-7-4

\* \* \*

Hay formas de atrapar al lector. El argentino Gustavo E. Abrevaya, psiquiatra en ejercicio, maestro de tramas, personajes y atmósferas, se las sabe todas. Pero *El criadero*, nombre siniestro por lo que el lector irá descubriendo a medida que devore las páginas de esta novela adictiva publicada en Argentina por Revólver, tras ser premiada con el José Boris Spivacow, y publicada en España por Ediciones P. G. (mis felicitaciones por tan buen ojo), no tiene trampa ni

cartón, nos mete de un zarpazo, desde el segundo cero, en la pesadilla de Los Huemules, el escenario. *En este pueblo están todos locos, a la noche matan a la gente y al día siguiente salen a trabajar.*

Imaginemos un pueblo perdido en el desierto, la nada, que se llama Los Huemules, en referencia a unos míticos ciervos. *Se incorporó, abrió la puerta, caminó hasta que la luz amarilla lo tomó y, entonces, justo enfrente suyo, vio un huemul. El animal pastaba junto a un árbol, gritaba un poco, se detenía, alzaba su cabeza y Álvaro notaba por las astas que era joven y no creía lo que veía, el huemul giraba hacia él, su hocico se abría, venteaba a Álvaro y volvía a pastar.* Cérvidos que fueron exterminados por los cazadores (que siguen cazando otras criaturas) de ese pueblo que no aparece en ningún mapa, cuyos habitantes viven de acuerdo a sus propias leyes primitivas, bajo la égida de un sacerdote fanático, el Padre Dupree, el cacique. A ese pueblo, las casas (porque no parece ni urbanizado, como muestra la excelente portada de la novela), va a parar, por una avería fortuita de su cupé Chevy (también en la portada), Álvaro, un obseso del cine que todo lo filma con su cámara. *Elizabeth, I give you Eternal life-recitó Alvaro mostrando sus incisivos. Y era Gary Oldman, qué duda podía haber.* (Gustavo E. Abrevaya ha visto mucho cine y se nota porque su narrativa remite automáticamente a imágenes), y su novia Alicia. *Álvaro se detuvo mirándola caminar. Desde atrás veía el ángulo de ella que más amaba, montado sobre dos piernas que generaba y en las bases los pies sufriendo como los apóstoles el rigor del desierto. Alicia de espaldas era su perdición.* La pareja se aloja en un motel tan siniestro como el de Norman Bates. *Entrando a la habitación nada resultaba demasiado novedoso, salvo la idea misma de un albergue transitorio en el desierto, detrás de un basural habitado por gaviotas, a la entrada de un pueblo que por ser las siete parecía demasiado vacío.* Y Alicia, una noche, mientras Álvaro duerme, después de una sesión de sexo satisfactorio, que incluso gravan con la cámara, desaparece sin dejar rastro porque quizá vio lo que no debía ver.

Si hubiera que buscar un adjetivo, uno solo, para *El criadero*, yo elegiría siniestro. Los Huemules y su criadero, el cotolengo que regenta Sor Aurora, no es un buen lugar para perderse. *Este pueblo parece estar maldito, nace gente malformada. No sé si eso tenga una explicación, parece una revancha del destino, cuantos más mataron más nacieron.* Página a página, el autor va lanzando sutiles sondas al lector que lo preparan para un ritual que tiene lugar cuando se pone el sol en Los Huemules. *La maldición eran los débiles mentales, los mestizos, gente que nacía de uniones prohibidas. Padres conviviendo con sus hijas, eso es lo que más se ve, también hay muchos casos de hermanos entre sí, hubo casos en que una madre quedaba embarazada de su propio hijo, a veces no se podía saber de qué hijo se trataba.*

Adereza la trama el autor argentino con zarpazos siniestros de humor negro y salvaje en, por ejemplo, la conversación entre Álvaro y el viscerador, que le muestra los cadáveres anónimos, y en no muy buen estado, del depósito, para que los identifique, uno de los tramos más duros del libro porque al lector se le comen las larvas y siente en la piel el horror de la muerte. *Mire, yo conozco a todo el mundo, así que me encargo de identificar los cuerpos, aunque no es mi trabajo, ya le dije, acá hago de todo. Y si no puedo yo, siempre viene alguien. Habrán sido los perros cimarrones, seguro, bichos peligrosos, dan trabajo a la morgue. Pero con éstas comieron como jabalíes, han roído hasta el hue-*

so, vea, a una le falta el maxilar inferior, se lo sacaron de cuajo. Y a la otra le comieron toda la frente y un parietal está impracticable. Qué va a hacer, son gajos del oficio, dijo la mandarina.

Con maestría descriptiva y un uso eficaz de los diálogos, el argentino dibuja personajes con fuerza y cuatro rasgos. *Álvaro es el perfecto complemento, el ying del yang, duro y distante, mal afeitado, perfil castigador, el pucho cuelga de su boca, los Ray Ban espejados reflejan el horizonte mortífero mientras se mantiene con una sonrisa suave, apenas insinuada.* Toda buena película no es tal sin sus secundarios, y por extensión, toda buena novela. En *El criadero* están ahí, mientras transitamos con Álvaro por Los Huemules. Aurora, la monja que solo mueve la cabeza; el obeso padre Dupree, el dios que maneja los hilos; el corrupto policía Ayala, que nada hace, un Quinlan sacado de *Sed de mal*; Saviona, el encargado de la morgue, el eviscerador; Castelo, el abogado morfinómano. ¿Hay alguien normal? No, porque estamos en el terreno de la monstruosidad. Una pintura negra de Goya, la mejor etapa del pintor, sin duda.

Gustavo E. Abrevaya no obvia detalles escabrosos, por necesarios. Las buenas novelas emocionan, o conmocionan, o te vuelven del revés el estómago. *Álvaro miró las manos pero estaban destruidas, se veían las mordeduras, faltaban algunos dedos. Pidió verla desnuda. Saviola resopló, la sacó de la bolsa y la recostó en el suelo.* Tampoco la violencia: uno siente los mordiscos y los disparos que se prodigan. Un escritor es lo que lee, también lo que ve en este mundo de imágenes. Así es que *El criadero* remite a *La carretera* de Cormac McCarthy, *La isla del Dr. Moreau* de H.G. Wells, *El ángel exterminador* de Luis Buñuel, las pinturas negras de Goya, *Las babas del diablo* de Julio Cortázar y *Carretera perdida* de David Lynch. Un buen combinado.

Lean esta novela de una tacada. El argentino maneja los tiempos y el ritmo es imparable. Fraseado breve, diálogos eficaces y atmósfera que hasta se huele. Hibridación perfecta, aunque monstruosa, claro, al cruzarse novela negra con fantasía y terror. Gustavo E. Abrevaya no decepciona ni en su final, a la altura de todo el artefacto literario inicial, y allí borda con hilo de oro esta obra maestra que eriza los vellos y nos hace pensar en el horror conradiano, y en el horror de las juntas militares argentinas. El mejor libro de género negro que he leído últimamente, sin duda. Sería un delito perderse semejante monstruosidad.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com.es>



**UMMO. TRAS SUS HUELLAS**, de Xavier Penelas Guerrero y Quintín García Muñoz

Ediciones Im-Pulsa  
Fecha de publicación: 2018  
352 páginas  
ISBN 978-84-948461-3-7

\* \* \*

A mediados del siglo XX comenzó a difundirse la existencia de unos seres parecidos a los humanos, procedentes de algún planeta desconocido. Los medios de comunicación desataron el interés por el fenómeno OVNI y surgió la polémica sobre la veracidad del asunto. Se difundieron noticias y testimonios que mantuvieron a la gente en vilo. Una de las historias de mayor calado fue la de los ummitas.

Ummita sería el nombre de un exoplaneta del que hipotéticamente procedería la civilización ummita que había contactado con personas de la Tierra. La información llegó en forma de documentos y cartas enviados a grupos de personas creyentes en el fenómeno ovni, y gozó de cierta popularidad en España y Francia en las décadas de 1960 y 1970.

El tema no está ya tan en boga como en décadas anteriores, aunque se sigue pensando en otras posibilidades que lo explican, como una operación de los servicios secretos de los países más avanzados para mantener en vilo a la gente o como maniobra de distracción en medio de un mundo complicado, por una parte progresivamente caótico, con evidentes problemas políticos, económicos, sociales, medioambientales, etc., y por la otra lentamente consciente de las nuevas realidades que va

alcanzando la ciencia cada vez con mayor eficacia.

En medio de este panorama aparece el libro *Ummo. Tras sus huellas*, del barcelonés Xavier Penelas Guerrero y del zaragozano Quintín García Muñoz, interesados en retomar el tema desde una doble perspectiva: la literaria y la documental. A la primera pertenecen los capítulos iniciales del libro, en los que se desarrolla la historia de unos personajes llegados a nuestro planeta desde Ummo, víctimas de una especie de exilio, y su relación con ciertos terrícolas, con quienes entablan vínculos afectivos y hasta familiares.

Con un estilo ágil, dinámico y de fácil lectura se van describiendo las personalidades de los protagonistas, sus motivaciones, sus expectativas, sus encuentros y desencuentros, hasta desembocar en un final amable, en el que se entremezclan la esperanza y la nostalgia. Son 56 breves capítulos que giran fundamentalmente en torno a las relaciones de dos parejas jóvenes, Eveline y François, por una parte, Lucía y Santiago por otra; las mujeres son terrícolas y los varones ummitas.

La narración se alterna con extractos del Diario de U. M., uno de los investigadores contactados por los ummitas e implicados en el asunto, perteneciente al llamado 'grupo de Barcelona', que ofrece ciertas pistas sobre lo que vendrá después, de carácter más conceptual.

Lo que viene después es un largo Apéndice constituido por tres cartas anotadas, cuyos originales pueden encontrarse en <http://www.ummo-ciencias.org/cartas.html>. Tratan de temas del máximo interés, al margen de la verosimilitud de su origen. Por una parte, ofrecen las líneas básicas de la filosofía ummita, de su cultura y de sus avances científicos, y por la otra se tocan cuestiones candentes que afectan a la organización político-social del planeta Tierra y a nuestra civilización cristiana.

Se denuncia, por ejemplo, la manipulación de que han sido objeto personajes como Jesucristo y su entorno, así como asuntos relativos a la famosa *Sindone* de Turín, y se alude a casos conflictivos de la reciente trayectoria de la Iglesia Católica, como la sospechosa muerte súbita del Papa Juan Pablo I.

Los tres documentos aportados son una mínima porción de los que pueden hallarse en la web indicada. Los interesados en el asunto pueden encontrar allí multitud de referencias que van desde 1966 hasta 2015. Ellas completan muchos de los temas que se exponen en el libro.

A estas alturas de la historia, hay que señalar que para los últimos mensajes se utilizan las redes sociales, sobre todo Twitter, por lo que cabe establecer cierto paralelismo con el sistema al que se han aficionado cada vez más nuestros políticos, nuestros periodistas y el común de los mortales. ¿Iban a ser menos los civilizados ummitas?

© Francisco Javier Aguirre



## **TRAVESÍAS**, de Jonathan Alexander España Eraso

Ediciones Rubeo  
55 páginas  
Fecha de publicación: 2014  
ISBN 978-84-942128-2-6

\* \* \*

Las tres lecturas<sup>1</sup> de *Travesías* de Jonathan Alexander España Eraso compiladas en esta primera edición (2013) acusan su condición de texto raro, singular. No disientiré. *Travesías* es realmente extraño. Pero extraño con respecto a qué o a los ojos de quién. Landa y Mondragón, hombres de letras, parecen aceptar que a los ojos de ellos mismos. Y si *Travesías* sorprende a gente habituada a la literatura, ni qué decir del lector corriente, criatura ésta cuyos hábitos pueden delinearse con alguna precisión si repasamos mes a mes el listado de los libros más

leídos que publica la Librería Nacional o El Malpensante, ni qué decir del lector corriente que ni siquiera lee.

<sup>1</sup> De Darío Rodríguez, José Landa y Walter Mondragón.

Borges decía de no sé qué escritor inglés que había terminado escribiendo como sus lectores querían. Actualmente, no son pocos los que juegan a repetir fórmulas propias ya probadamente exitosas o, sobre todo, a calcar ajenas, para evitar ser expulsados del mercado del libro. Los noveles también hacen la fácil: un sondeo previo —estudio de mercado llaman a esto los economistas— de los gustos del lector promedio, de lo que está de moda, y sobre eso escriben su opera prima. Una vez el producto está listo, hacen gran alboroto para su comercialización. La tarea termina con la compra. Que el libro sea leído ya no importa. Mucha literatura mainstream, dominada por los principios de la rentabilidad, es un sinsentido: está escrita fundamentalmente para ser vendida *no* para ser leída, además de ser un festín de la impostura: los escritores no escriben sobre lo que los inquieta o conmueve sino sobre los temas que venden.

El mercado del libro obviamente no está hecho en su totalidad a gusto de los lectores. Hay otras fuerzas que lo atraviesan y definen. Pero, los editores y escritores jamás abusan. Por lo general ofrecen lo que ellos creen que el lector espera. Se dirá que no todo lo mainstream es de este cuño. Y es cierto. Están Sebald, McCarthy, Bolaño, Jhon Banville, Jorge Volpi, Cesar Aira, sosteniendo nuestra esperanza. También se dirá, y esto es verdad que nadie discute aunque encierra una lógica macabra, que si la industria editorial no hiciera tanto dinero vendiendo bagatelas, no podríamos darnos el lujo de que joyas literarias como las de los mencionados lleguen hasta nosotros. Lo ideal sería que se hiciera todo ese dinero vendiendo libros de calidad y que la buena literatura se alimentase a sí misma, y no ver el dialéctico esperpento actual de la incuria y la mediocridad literarias abriendo unos mínimos espacios comerciales a la literatura de veras. Pero la vida no es color de rosa.

La buena literatura es la gran incomodadora en una época como la nuestra marcada por una búsqueda patológica de comodidad y de insulso sosiego. El hombre de hoy escribe y lee al día más que el de las generaciones anteriores. Se la pasa escribiendo y leyendo en Facebook, en el correo electrónico, en Skype; pero se trata de actividades que, por las circunstancias que las rodean, están desprovistas de esa dificultad y de esa cuota de auto-cuestionamiento que antes, hace una o dos generaciones, sí tenían. Son actividades que ya no valen porque se hacen cómodamente. Decía Wittgenstein que si algo es incómodo es porque realmente es importante. Lo que no entraña dificultad sencillamente no sirve. Todo esto me recuerda un aparte de 2666, ese que dice: *Qué triste paradoja, pensó Amalfitano. Ya ni los farmacéuticos ilustrados se atreven con las grandes obras, imperfectas, torrenciales, las que abren camino en lo desconocido ... ese aquello que nos atemoriza a todos, ese aquello que acoquina y encacha, y hay sangre y heridas mortales y fetidez.* Un buen libro siempre conduce al centro más íntimo del lector, a sus regiones menos gloriosas y fétidas, y nada espanta más que esto. Al hombre contemporáneo, que incansable busca compañía en otros, nada inquieta y atemoriza más que conversar a solas.

Olvidaba decir algo que acaso es más preocupante que lo ya dicho y es que mucha literatura *underground*, cuyos procedimientos uno esperaría sean diferentes, contrarios a los del gran mercado y los contrarresten, si no es de pésima calidad, replica las fórmulas mainstream o ambas. *Travesías* constituye una curiosidad por negar estas tendencias perniciosas. Es una obra *underground* impecable y que además significa un desafío para quien se acerque a ella.

Lo primero que sorprende es que *Travesías* no posee una línea anecdótica clara. Ella es deliberadamente difusa. El tiempo rectilíneo y homogéneo se quiebra. En otras palabras, nunca sabemos a cabalidad qué está sucediendo dentro del texto ni exactamente dónde ni cuándo. Los personajes, las situaciones, los espacios y los tiempos se imbrican, se condensan en un tiempo y un espacio únicos, en ese *presente eterno* del que hablara Octavio Paz, tiempo del Mito y de la Poesía, que no empieza ni termina nunca, sino que, para nuestra perplejidad, simplemente es.

Con ello hace crisis igualmente la lógica formal. *Travesías* quiebra el realismo psicológico y su lógica es la de una imaginación exuberante que obedece a sus propias reglas internas. No hay una realidad extra-textual con la cual podamos establecer la legitimidad o la veracidad de lo narrado. Se trata de un texto autónomo y su legitimidad será mayor o menor en la medida en que el autor no traicione su propio juego textual, sea capaz de conducirse según las reglas intrínsecas de su artificio.

Que sea un texto autónomo no implica que carezca de inter-textualidades. Los expertos ya dirán. Mondragón ha señalado vínculos con las leyendas persas contenidas en el libro medieval *Mantiq al Tayr* o *El lenguaje de los pájaros*; Landa con los estudios alquímicos, también medievales, del árabe Abu Djibir ibn Hayyan al-Sufi, y, en menor medida, con los sueños surreales de Dalí. Darío Rodríguez con *El corazón de las tinieblas*, y creo que se refiere al primer capítulo de *Travesías* que, como el primero de la obra de Conrad, describe un barco que se apresta para un viaje que el lector sospecha lleno de peligros y de misterios. Aceptar este vínculo con Conrad, aunque acertado, podría ser

peligroso pues nos llevaría a hacer asociaciones, cómodas pero imprecisas o que acaso no estuvieran en las intenciones de España, con toda obra que relate, de una u otra manera, un descenso o viaje a los infiernos, léase Homero, Dante, *La isla del tesoro*, Joyce o Bernhard cuyas delirantes novelas no son menos que viajes cuando menos terroríficos a nuestras zonas más oscuras. Darío Rodríguez aventura también un vínculo —algo apresurado a mi manera de ver— con el mundo poético de Álvaro Mutis. Digo apresurado porque el mundo de Mutis es un trasunto literario de un espacio real que es la geografía colombiana de vertiente. El mundo de España, el que delinea en *Travesías*, pese a hacer alusiones tímidas a un Sur y a un pueblo de los Atures<sup>2</sup> jamás se plantea como un correlato de un espacio geográfico real y al contrario, se erige como mundo autónomo y autosuficiente. Por esto mismo tampoco es tan apropiado asociar el Sur del que habla España con el Sur de Aurelio Arturo. Existe una tendencia a vincular demasiado apresuradamente a todo escritor nariñense con la obra de Arturo, sin hacer mayores reparos. El Sur de Arturo es creación de la memoria, del recuerdo; los escenarios que España pinta en *Travesías* fruto del ensueño y la imaginación. El Sur de Arturo es, al final de cuentas, un mundo lógicamente coherente, el de España destroza cualquier clase de lógica. Evidentemente estamos hablando de espacios literarios distintos y con escaso o nulo vínculo entre ellos. Pero volvamos a Mutis. El escritor bogotano plantea un locus naturalmente exuberante que, sin embargo, política y éticamente se está desintegrando. España, un locus, aunque misterioso, vital que *luego se vuelve* seco, agreste y mortuorio; y en este sentido podría existir un vínculo entre los dos escritores. Sin embargo, olvidamos algo que es esencial. Si en Mutis, su mundo está siendo degradado, en España se habla en términos de causa y efecto por una simple convención, pues en realidad la acción de su novela se instala en un presente eterno que desconoce estos dos términos. El mundo de España es más radicalmente poético, en un sentido onírico y surrealista, que el de Mutis. En el bogotano hay una causa y un efecto, el hombre actuando sobre la naturaleza y degradándola. En España, vitalidad y descomposición, vida y muerte son a la vez, y se confunden y superponen e imbrican, como en los sueños. *Travesías* me recuerda con insistencia el primer verso de *Residencia en la tierra*, el libro más marcadamente surrealista y acaso el mejor de Neruda, y que dice que la Poesía es [al tiempo] *como cenizas, como mares poblándose, como ese presente eterno* donde todo cabe, pues en él ya no hay contrarios y todo está permitido.

*Y no hay dolor, solo imágenes*, dice una línea, casi final, de *Travesías*, y ella es cifra de toda la obra, construida como una sucesión de imágenes fantásticas que siguen el solo ritmo del lenguaje y lo que una poderosa imaginación les dicta. *Y no hay dolor*, no se hace explícita en la obra ninguna preocupación ética puntual y se rechaza cualquier concesión al sentimentalismo. Sólo hay un narrador omnisciente entregado a la labor de describir en imágenes preñadas de misterio y de mito lo que ve. No hay descripción de sentimientos sino de unos hechos deshilvanados que a veces nos desconciertan. Mondragón, sin embargo, afirma que una obra tan refractaria a ser vehículo expresivo de sentimientos y de inquietudes éticas, una novela como *Travesías*, *en su aparente espontaneidad, en el caudal de río de sus imágenes, en el verterse de sus caminos impredecibles, en su lengua fantástica* [paradójicamente] *dice más que cualquier tratado acerca de la marginalidad, el miedo, la violencia y el olvido presentes, a la par que postula la imperecedera mirada del Simurg* [como] *una metáfora de la libertad*. Quizá tenga razón.

Hemos llegado a una cuestión clave: todas las «libertades» que España reclama para su obra y que ya se han descrito, se legitiman por el especial uso que él hace del lenguaje. Ni Landa ni Mondragón ni, menos, Rodríguez, responden a la pregunta fundamental: ¿Qué tiene de especial el lenguaje de España que hace que nosotros, ya ingresados en las primeras páginas, nos sintamos instalados en un mundo propio y autónomo y estemos dispuestos a creer todo lo que él nos ofrezca? Voluntad poética, dicen los tres, y ello no es postular gran cosa. No intentaré yo aquí responderla, porque excede mis capacidades. Lo cierto es que más que una lectura ética o incluso mítica, en la que se establezcan con claridad algunos de los sentidos posibles de la variopinta fauna fantástica que recorre el libro, porque estas al fin de cuentas son lecturas que refieren a elementos externos al texto, lo que necesita *Travesías* es una juiciosa lectura estilística. Yo como lector, mientras pasaba las páginas, lo sentí así. Cada vez esperaba menos la nueva peripecia que un nuevo giro lingüístico que me deslumbre. Además de que de sopesar la calidad de la obra por la coherencia de una anécdota deliberadamente transgresora, por parecerme en determinado momento absurdo, pasé a hacerlo por la capacidad del autor por mantener la voluntad altamente expresiva de su fraseo, ese tono etéreo, sutil y fantasmalmente misterioso, más allá de lo que estuviera nombrando. Como pocos textos recientes que recuer-

---

<sup>2</sup> Al parecer Atriz, nombre del valle en que descansa la ciudad de Pasto, es transformación de un vocablo más antiguo, de procedencia indígena, Atures, precisamente.

de, la felicidad de *Travesías* está en el lenguaje y en éste también sus claves estructurales más profundas.

Decía Saramago que a nadie se le debe obligar a leer. Raymond Quenau, que la desgracia de los clásicos es que se convierten, por lo menos durante el bachillerato, en deberes académicos. Roberto Bolaño confesó en una entrevista que compraba libros de Jane Austen, Dickens, Flaubert, Hugo, entre otros, y que sin demostrar ninguna intención específica los ponía en cualquier lugar de la casa de modo que sus hijos los vieran y, si les apetecía, los empezaran a leer. *Travesías* es un tan buen libro que no hablaré con relación a él de obligaciones. Estas palabras que aquí arriesgo no son una exigencia sino una invitación. Tómese como el acto de haber puesto este libro casi imperceptiblemente sobre el escritorio de un cuarto cualquiera para que quien se siente a él, voluntariamente lo abra y se deslumbre.

© Wilson Josué Segura



### **A PLOMO, de Manuel Sánchez García**

Editorial Estudio  
364 páginas  
Fecha de publicación: 2018  
ISBN 978-84-16455-19-5

\* \* \*

De los primeros tiempos de la Alemania nazi a la España que acoge las olimpiadas del 92. De un prometedor estudiante de medicina que por amor termina sirviendo a una ideología que le es indiferente a un inspector de policía obsesionado durante años con el asesinato de un hombre sin identidad. Entre medias, los momentos clave en las vidas de una serie de protagonistas cuyas existencias quedan interconectadas, muchas veces sin llegar a tocarse, en ese juego de casuales influencias al que todos estamos sujetos de manera inevitable.

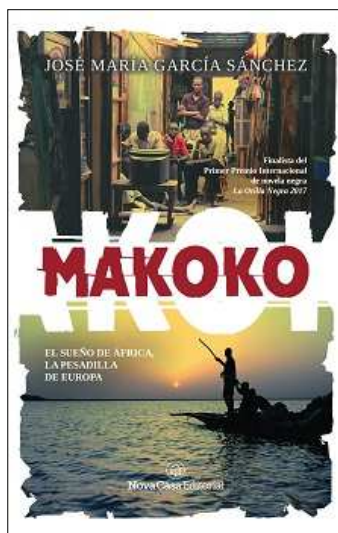
*A plomo* (ganadora de la XXI edición del Premio de Novela Corta José María de Pereda) es una novela coral y compleja. Ambiciosa por la cantidad de aspectos que abarca y por lo arriesgado de la técnica que utiliza, haciendo al lector avanzar y retroceder alternativamente en el tiempo para ir completando un cuadro en el que la trama va íntimamente unida a un crisol de dramas humanos que incluye conflictos paterno-filiales, acoso escolar o amores traicionados. Manuel Sánchez García confecciona este heterogéneo y variado tapiz de manera inteligente y precisa, con un estilo muy cuidado. Si bien el libro pone menos énfasis en la intriga que en la descripción de la vida íntima de los personajes, no por ello deja de funcionar como eficaz obra de género. Los elementos propios de la novela negra, el crimen sin resolver y la venganza largo tiempo aplazada, sirven para dar consistencia a un relato voluntariamente caleidoscópico y fragmentado. Y como sucede en las grandes novelas de espías, sobrevuela muchas veces en torno al drama la tensión entre el factor humano y la lucha por las grandes causas.

Paralelamente al panorama de personajes que se describe, también su panorama urbano adquiere una gran relevancia. A través de las páginas de *A plomo*, los paisajes rurales e industriales de la España de la primera mitad del siglo XX van dejando paso a los uniformes espacios del desarrollismo fruto de la recuperación económica. Así pues, la novela se presenta como un fresco de caracteres y lugares, representativos de diversos periodos de nuestra historia reciente, que puede compararse a los que escribiera John Dos Passos sobre Estados Unidos. Al modelo establecido por el gran escritor norteamericano de origen portugués, Sánchez García incorpora la técnica más moderna de la alteración del orden cronológico de los acontecimientos, subrayando la idea de que, entre pasado y presente, pensar en términos evolutivos no siempre es la manera más esclarecedora de ver las cosas.

© Jerónimo García Tomás

<http://suburbiosdepoisonville.blogspot.com/>





## **MAKOKO**, de José María García Sánchez

Nova Casa Editorial  
248 páginas  
Fecha de publicación: 2018  
ISBN 978-84-17142-58-2

\* \* \*

### **DOBLE MIRADA**

Apasionante *road-novel* con ambición de documento social, *Makoko* narra la trayectoria vital de Elf, africano nacido y abandonado en el suburbio de Lagos que da título al libro, quien tras una errática y agitada adolescencia emprenderá el mismo viaje que muchos de sus compatriotas en pos de una prometedor existencia en Europa.

Tras los primeros episodios situados en un Makoko surcado por canales infectos y llenos de basura (una «singular Venecia sin palacios ni góndolas», como describe la voz narrativa) y condenado por la corrupción institucional, las bandas de vigilantes y las violentas rencillas personales, el libro se lanza a seguir el viaje de Elf con una naturalidad de estilo que resulta más que acertada para abordar un material tan trágico. La triple condición de marginal del protagonista (pobre, negro y homosexual) podría haber servido en manos de otro autor menos honesto para elaborar una sensiblera narración de telefilme de domingo por la tarde, buscando la lágrima fácil del lector. Sin embargo, José María García Sánchez mantiene un tono distanciado que, si bien no oculta nunca su intención de denuncia, sí evita prudentemente la retórica sentimentalista como arma de persuasión. Así, evita caer en excesos melodramáticos, zanjando a veces los sucesos más terribles de manera seca y abrupta.

La odisea de Elf en su huida de la miseria, sus ecos de tragedia épica, trae a la memoria la de los Joad en *Las uvas de la ira*. Al igual que sucedía con la familia de la celebre obra de John Steinbeck, también la figura de Elf va en *Makoko* más allá de su condición de personaje para constituirse en símbolo y paradigma de todo un fenómeno que afecta a cientos de miles de seres humanos. La concatenación de sucesos que vertebran el libro y le dan su carácter episódico se revela un muestrario de los diversos dramas y horrores que los inmigrantes africanos afrontan constantemente. A lo largo del camino, Elf encuentra acompañantes esporádicos que como él pretenden llegar a Europa. Todos aportarán algo a su experiencia y algunos, como la prostituta Brigitte, harán de mentores de un joven que en cierto modo nunca dejará de personificar la inocencia y la ingenuidad inmersa en un mundo de sordidez física y moral extremas. En una existencia condicionada principalmente por la necesidad de sobrevivir, conceptos como los de moral o dignidad ocupan un segundo plano muchas veces inexistente. El propio cuerpo se usa como moneda de cambio con la misma naturalidad con la que se pide un favor, y la aparición reiterada de la muerte, ineludible compañera de viaje, se acepta como parte de la cotidianidad circunstancial.

Aparte de todo esto, *Makoko* (finalista del Primer Premio Internacional de novela negra *La Orilla Negra 2017*) funciona como un libro sumamente entretenido, de ritmo ágil y pasajes cargados de tensión, que transita a mitad camino entre el género de aventuras y la novela negra. Una obra tan reveladora en su contenido como estimulante en su forma.

© Jerónimo García Tomás

<http://suburbiosdepoisonville.blogspot.com>

\*

Podría decirse que la tradición narrativa europea, al menos desde la aparición de la legendaria *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, se ha ido escorando progresivamente hacia temas que ponen el acento en la dimensión moral de los personajes. Las disquisiciones éticas y las contradicciones vitales de los protagonistas se erigen a menudo en el elemento central de las historias, llevando incluso al abandono de la vieja ficción de argumento, con su ya tradicional estructura de planteamiento, nudo y desenlace. La clásica novela de aventuras, la novela de aprendizaje, de experiencia física, casi telúrica, de otras épocas ha dado paso a un tipo de narración más íntima, más psicológica, más transcendental si se quiere, más abstracta sin duda alguna.

Esa transición ha podido tener lugar en la medida que en las preocupaciones básicas de los escritores europeos ha ido perdiendo relevancia todo lo relativo a la supervivencia del día a día, para cen-

trarse en el cuestionamiento de nuestro propio valor como individuos, en el modo de afrontar el terrible destino que ineluctablemente se cierne sobre nosotros, o, por decirlo de otra manera, en la respuesta a la pregunta del para qué de todo esto. No conozco en profundidad la narrativa de otros continentes menos prósperos que el nuestro, pero imagino que si sus habitantes se entregaran mayoritariamente a la escritura, la temática de sus obras no encajaría demasiado bien dentro del referido esquema proustiano.

José María García Sánchez, aunque europeo, se ha acercado a una realidad que dista mucho de semejarse a la que se vive a diario en cualquier ciudad de este continente, y lo ha hecho desde una perspectiva que, como no podía ser de otra manera, aborda la experiencia de la vida como una aventura continua, inesperada, peligrosa y a menudo mortal. La novela nos habla del viaje plagado de incidencias que Elf, habitante del barrio de Makoko, ubicado en la Nigeria más pobre y depauperada, inicia para llegar al paraíso soñado, esa quimérica Europa que, por si alguien lo dudaba, lejos de recibirlo con los brazos abiertos, lo acogerá con toda la violencia de su aparato estatal. Valga este pequeño párrafo como introducción a la realidad cotidiana que millones de personas viven diariamente en lugares tan degradados y olvidados como Makoko y que es la razón que impulsa su viaje.

«Como ellos, gentes llegadas de todos los rincones de África iban ocupando el espacio que dejan libre los emigrantes, o los que morían víctimas de infecciones dentales, diarreas y fiebres que en Europa se curan con medicamentos sin receta, pero que en Makoko son una condena a muerte. Y como llegaban en más número que partían, el barrio siguió creciendo, con nuevas barracas, tan frágiles como la vida de sus ocupantes.»

En el camino, Elf irá alternando diversos acompañantes, todos ellos tan desesperados y damnificados como él, cuyo único interés reside en encontrar alimento para no morir de inanición y un lugar resguardado donde dormir, es decir, en aguantar vivos un día más, tan solo un día más. Y no todos lo conseguirán.

Escrita con pulso firme y un perfecto dominio de los tiempos, José María García Sánchez no busca con esta novela ni el compadreo sensiblero ni la complacencia moral del lector: ante todo, es extremadamente riguroso con los personajes y sus vidas, y no ahorra detalles a la hora de poner de manifiesto la terrible existencia que soporta buena parte de los habitantes del planeta, en especial los que inician el éxodo de huida a la arrogante Europa. *Makoko* es, desde este punto de vista, una novela absolutamente honesta y comprometida con lo que cuenta, rigurosa en sus planteamientos y ajustada en su confección.

La novela quedó finalista de la 1.<sup>a</sup> edición del Premio Internacional de Novela Negra La Orilla Negra (distinción que su autor ha obtenido finalmente en su 2.<sup>a</sup> edición con la obra *Tráfico*), y sirve de carta de presentación de un escritor que, sin la menor duda, promete seguir aportando nuevas propuestas tan honestas y estimulantes como la referida *Makoko* al panorama narrativo nacional. Autor a seguir.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>



## LA URUGUAYA, de Pedro Mairal

Libros del Asteroide  
144 páginas  
Fecha de publicación: 2017  
ISBN 978-84-16213-99-3

\* \* \*

Una novela tan corta como intensa o parafraseando a Gracián, «lo breve si bueno, dos veces bueno». O muchas más. Aunque nada hubiera importado de no haber sido breve. Dicen que van a rodar una película sobre ella y lanzo una apuesta: el dicho de «una imagen vale más que mil palabras» resultará falso. Al tiempo.

Cuento en pocas palabras la trama porque, a mi entender, es lo menos importante. Relata la historia de un escritor recién entrado en la cuarentena, que viaja desde Buenos Aires a Montevideo para recoger un dinero que le han enviado desde Colombia y España como adelanto por una novela y otros

trabajos. A la vez, en esa edad difícil de los 40 en la que uno se sabe a comienzos de la bajada, busca un romance redentor que le dispare de nuevo. Una historia de reveses donde madurez, insatisfacción y literatura se dan cita.

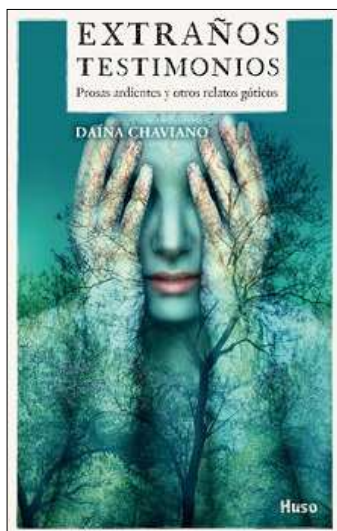
¿Vale? Pues cuando abran *La uruguaya* olvídense, por favor, de lo que puede pasar o dejar de pasar, si se enrolla, si el dinero, todo eso que sirve de excusa para llenar unas páginas con la mejor literatura. Importa lo que dice y cómo lo dice, los temas que toca, la insatisfacción, la idealización de lugares, el engaño. Maneja los diálogos con soltura y se agradecen sus observaciones agudas. No sean niños en busca de una historia de misterio, no jueguen al qué pasará. Lean, empápense de belleza en cada línea. O mejor, comiencen a leerla por el final, capítulo 9 en la página 111 y luego cuando conozcan el desenlace, vuelvan al principio, a saborear, a paladear literatura argentina de primera división. El único problema es tener que echar mano del diccionario más veces de las previstas, por los modismos de aquella tierra.

Escrita en primera persona, como casi todo hoy en día. ¿Podría estarlo en tercera, desde esa posición del narrador omnisciente? Creo que no resultaría. Tiene un toque confesional y con él prefiere jugar a contar lo que está en la periferia de los hechos, no en la fidelidad de esos hechos, en lo que pueda ser realidad o ficción. En esa periferia es donde mejor se mueve Mairal, como si ese fuera su estado natural. Con no pocos toques de lírica y poesía sin que se noten demasiado. Al fin y al cabo, también es poeta.

Novela que deja poso, que invita a una reflexión y no permite permanecer impasible cuando cierras el libro. Y lo hace desde la ironía, de forma amena y, como ya he dicho, brillante. Literatura que estremece. Resulta difícil no encontrar alguna similitud cuando uno ha brincado de los cuarenta con esa famosa crisis en la espalda. Dice Mairal que tardó años en encontrar la voz narrativa de esta novela. No me extraña. Es muy personal y acertada. Una voz que cautiva y, a pesar de lo recomendado al principio de estos comentarios en lo relativo a olvidarse de lo que pasara o no, nos trae algunos giros inesperados en la trama que se agradecen y la hacen, si cabe, aún más interesante. Una novela que, por lo que oigo, seduce a cuantos la leen. Yo doy fe, soy otro más.

© Antonio Tejedor García

<http://lagartosquebrada.blogspot.com.es>



### **EXTRAÑOS TESTIMONIOS**, de Daina Chaviano

Huso Editorial  
180 páginas  
Fecha de publicación: 2017  
ISBN 978-84-946245-4-4

\* \* \*

Daina Chaviano vuelve a sorprender con una colección de relatos que abarcan con plenitud un amplio espectro de tropos característicos —y algunas veces novedosos— de la literatura fantástica contemporánea. Como una de las principales abanderadas del género, la carrera literaria de la autora ya anticipa sus obsesiones e inquietudes en obras de sumo interés y repercusión, como *El abrevadero de los dinosaurios* (1990), recientemente reeditada por la editorial Huso; *Historias de Hadas para adultos* (1986), junto al anterior considerados libros imprescindibles en Cuba; *El hombre, la hembra y el hambre*, ganadora del premio Azorín en 1998; o su exitosa y conocida novela *La isla de los amores infinitos* (2006). En sus páginas, como en la obra que nos ocupa, habitan el amor trascendente y sensorial, la fantasía clásica de índole folclórico, a veces el terror aunque casi nunca desligado de una cierta corriente mística que lo liga a una base cultural y reconocible, o una filosofía nada pretenciosa que propone una realidad desprejuiciada en la que gobierna lo mágico y se subvierte la razón.

*Extraños Testimonios* está formado por 14 relatos cuyo punto en común es la fantasía y la imaginación como principales herramientas narrativas. El primero de ellos ya introduce la sorpresa, el misterio y el humor combinado de una forma que nos recuerda al excelente *Ajuar Funerario*, de Ignacio Iwa-

saki. Los personajes que van a seguir en el resto de las historias van añadiendo diferentes peldaños a una misma escalera hacia el fondo del ser humano, o mejor, de lo que el ser humano desconoce sobre sí mismo; son diferentes fragmentos de un misterio mayor que se relaciona con la percepción de las cosas, y con los enigmas que se cuelan de vez en cuando entre los resquicios de nuestra realidad prefijada. De ese modo, el concepto de «fantasía», tal y como lo entiende nuestra autora, se podría comparar a la idea de Julio Cortázar sobre un mundo en el que es imposible hacer una división tajante entre lo real y lo fantástico.

Lo inexplicable va apareciendo en la lectura como un elemento natural, y se contempla desde varios puntos de vista, lo que permite la exploración de muchos de sus elementos desde ángulos complementarios. En estos cuentos, la autora nos habla de aspectos propios del género fantástico tradicional, como la figura del doble en nuestras vidas, la naturaleza de los duendes y criaturas folclóricas, o los fantasmas; sin embargo, lo hace desde puntos de vistas muy novedosos. Ese duende se presenta en un diálogo fragmentado que nos revela diferentes aspectos de su realidad que, agrupados, podrían considerarse una especie de manual de comportamiento de estos seres; y ese fantasma va a hablar en primera persona para hacernos entender la falta de temporalidad del espacio en el que vive.

Completan el libro otros relatos de idéntica calidad literaria, en los que tenemos el duelo y la locura por la pérdida de un amante, vampiros viviendo en una fantástica ciudad de La Habana, el juego de poder en el erotismo y en el amor a través de la animalización, rituales ancestrales y tenebrosos, o un personaje cuya filia por los cuellos femeninos es el punto de arranque para una de las historias más sorprendentes, en la que se mezcla una sensualidad sutil y material junto a una dimensión metafísica de los objetos. Asimismo, la autora experimenta con la forma en alguno de los cuentos, como es el caso de «Las amantes», escrito en forma de drama teatral; o incluso habla de la construcción literaria de los personajes dentro de la ficción en «Había una vez».

Con *Extraños testimonios*, la autora nos presenta una obra escrita con una prosa concisa y elegante, que fluye y sabe abrirse camino entre la complejidad de los temas que expone. Un libro necesario para cualquier amante del género, o para todos los curiosos de imaginación abierta que buscan una mirada diferente para observar las cosas. «Dondequiera que vas nos llevas siempre contigo» (pag. 45), asegura el duende del relato de Chaviano. Del mismo modo, la apuesta de toda la carrera literaria de la escritora, en favor de una conciencia más libre y positiva de la realidad, merece quedarse con nosotros, los lectores, por si alguna vez llegamos a depender de ella.

© Oscar Bazán Rodríguez



## **EL CUADERNO DORADO, de Doris Lessing**

Editorial Debolsillo  
Colección: Contemporánea  
Fecha de publicación: 2017  
864 páginas  
ISBN 978-8483468227  
Traducción: **Helena Valentí**

\* \* \*

Las críticas que durante nueve años recibió *El cuaderno dorado*, obligaron a Doris Lessing a escribir un prefacio en el que reconoce su frustración por las opiniones que ha generado la novela. Su obra había quedado reducida a una mera perorata feminista, cuando en realidad aglutina diversos temas capitales y supone un grito de dolor ante la convulsión personal y colectiva que provocan los acontecimientos mundiales, en un tiempo de grave agitación social.

Si bien no es de extrañar que el movimiento feminista británico se sintiera identificado con *El cuaderno dorado*, porque Anna Wulf y Molly, las protagonistas, son dos prototipos de mujeres que simbolizan la independencia, el espíritu de lucha, el compromiso social y político, la capacidad creativa, el esfuerzo personal de superación...

El planteamiento de *El cuaderno dorado* es sencillo y original. Anna Wulf es escritora, una mujer

libre que ha triunfado con su primera novela y sufre un bloqueo creativo. Siente que su vida se desmorona, el caos la engulle y la desestabiliza, por lo que necesita recuperar el equilibrio. Para organizar de nuevo su existencia escribe en varios cuadernos: negro, rojo, amarillo y azul.

En el cuaderno negro, Anna Wulf reflexiona sobre el discurso literario: *Hoy he vuelto a leer lo anterior por primera vez desde que lo acabé. Está lleno de nostalgia en cada palabra y cada frase, aunque cuando las escribí creí que eran objetivas. Pero ¿nostalgia de qué? No lo sé.* La nostalgia impregna cada palabra y la cuestión es qué fiabilidad tiene ese discurso literario. Este cuaderno negro nace con el pretexto de realizar una sinopsis de la novela publicada por Anna y en él se narra cómo un grupo de comunistas blancos conviven y conspiran en una pequeña ciudad sudafricana. La crítica al *apartheid* se mezcla con la actividad del grupo, su distanciamiento de la realidad africana y de la situación que viven los nativos, sus enemistades y amores. Se ve en esta parte de la obra una referencia autobiográfica de la estancia de Doris Lessing en Rhodesia, actual Zimbawe.

El cuaderno rojo está dedicado a la política, en concreto al comunismo: *Cuando me inscribí en el Partido, debía de existir en mí un secreto deseo de totalidad, de terminar con esa forma de vida dividida, fragmentaria e insatisfactoria en que todos estamos sumidos. Sin embargo, al ingresar, la división se había agrandado, y no por aquello de pertenecer a una organización cuyo dogma, sobre el papel, contradice constantemente las ideas de la sociedad en que vivimos, sino por algo más profundo. O, por lo menos, más difícil de comprender.* Formar parte de un colectivo reduce la individualidad y por esta razón el discurso político también es rechazado. Este cuaderno ofrece una mirada reflexiva de Lessing sobre su experiencia como militante en el Partido Comunista británico. El fracaso de los ideales de justicia que movieron a una generación de jóvenes provoca el progresivo desencanto. Las esperanzas de cambio que suscitó el comunismo siguen siendo válidas, aunque el centralismo y la burocracia, la fidelidad acrítica exigida a las consignas que provienen de Moscú, los acontecimientos de Hungría y de Praga y la decepción por el inmovilismo tras la muerte de Stalin, crean un tremendo desencanto.

En el cuaderno amarillo se recogen experiencias de mujer, de la sexualidad recreada en un triángulo amoroso *The shadow of the third*. La tercera mujer es su amante, Ella, un alter ego de Anna: *La mujer imaginada es su propia sombra, todo lo que no es ella misma. Porque ahora comprende, y eso le horroriza, su absoluta dependencia de Paul.* Esta historia está escrita analizando las leyes destructoras de la relación entre Paul y Ella. Anna cuenta su experiencia amorosa. Historias de amor y desamor que simbolizan el deterioro al que están condenadas las relaciones sentimentales entre los sexos.

El cuaderno azul nace con la clara intención de lograr la objetividad. Los recortes de prensa lo convierten en un diario de sucesos, con anotaciones de meros datos: la guerra de Corea, la creación de la bomba de hidrógeno, el conflicto del canal de Suez, las purgas que acontecen en los países comunistas, la represión en Checoslovaquia, las actuaciones del comité de Mcarthy, los conflictos raciales en Kenia: la situación de explotación, crueldad e injusticia. Anna inicia este cuaderno por recomendación de su psicólogo, que le propone dejar la subjetividad para los sueños. Pero todos somos subjetivos, gracias a la subjetividad nos construimos como personas. El psicoanálisis no sirve para ordenar el caos. Anna Wulf relata su amistad con Molly, los problemas del hijo de esta, los avatares de su vida amorosa, las visitas a la consulta del psicoanalista y el análisis de sus sueños, las relaciones con su hija Janet. Reflexiona sobre sus relaciones con el partido comunista, las dificultades creadoras y su actual esterilidad creativa.

La última opción para lograr el orden es el cuaderno dorado, un conjunto de experiencias: *Entonces fue terrible, porque me enfrenté con la carga de crear el orden dentro del caos en que se había convertido mi vida. El tiempo había desaparecido y mis recuerdos no existían. Yo era incapaz de distinguir entre lo que me había inventado y lo que había experimentado, si bien sabía que todo lo que me había inventado era falso.* Este apartado recoge el fin de la fragmentación vital de Anna, es la expresión de una madurez difícilmente lograda. Es el resultado de la traumática experiencia con su amante americano. Ambos están a punto de destruirse mutuamente, pero de este proceso de autodestrucción surge una mutua comprensión, una fusión de ambas personalidades. Se separan en armonía, cada uno busca un nuevo camino y son capaces de escribir juntos el final del cuaderno dorado.

Anna descubre que no puede ordenar su existencia basándose en esos cuadernos, el lenguaje es falible y no le ofrece las respuestas que ella busca. Solo cabe aceptar la realidad tal cual es, caótica y fragmentada, con distintas interpretaciones y significados. Quizás esa multiplicidad es lo mejor que tiene.

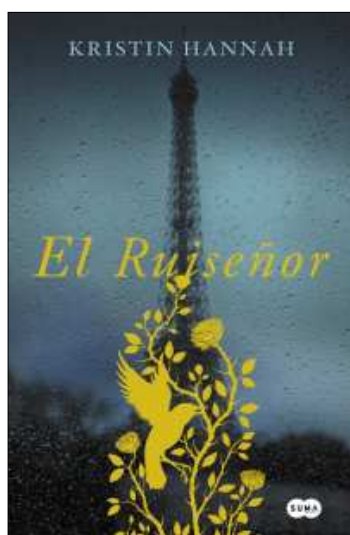
Doris Lessing publicó *El cuaderno dorado* en 1962 y es una novela de ideas que habla de medio siglo XX. La obra tiene la estructura de un prisma poliédrico, presenta distintas caras de un conjunto de significado unitario. Consta de una novela titulada *Mujeres libres* y cuatro diarios: el cuaderno negro, el cuaderno rojo, el cuaderno amarillo y el cuaderno azul. Por último se suma el cuaderno dorado.

*Mujeres libres*, título un tanto irónico, narra la relación de dos amigas, Anna, escritora, y Molly, actriz. Las dos están divorciadas y son madres de un hijo y una hija respectivamente. Ambas intentan preservar su independencia emocional y llevan una vida autónoma, se enfrentan a los desengaños amorosos, a las crisis de ideales políticos, a la incompreensión de sus hijos... El final de la obra plasma el desencanto y una sensación de fracaso por las expectativas vitales incumplidas. Sus hijos acaban integrados en el sistema: la chica ingresa en un internado, como hacen sus amigas, y el joven se convierte en un hombre de negocios vinculado al partido laborista. Molly se casa y se va a vivir al campo. Anna rompe con su amante, abandona el partido comunista, deja de escribir y encuentra trabajo como asistente social.

*El cuaderno dorado* le valió a Doris Lessing el Premio Nobel de Literatura por «su capacidad para transmitir la épica de la experiencia femenina y narrar la división de la civilización con escepticismo, pasión y fuerza visionaria». Y es que Anna Wulf y Molly son el símbolo de las mujeres comprometidas, libres, empáticas con la debilidad humana. Pueden sentirse fracasadas, pero jamás se declaran vencidas y continúan luchando, siempre hacia adelante.

© María Dubón

<https://mariadubon.wordpress.com>



## **EL RUISEÑOR**, de Kristin Hannah

Editorial Suma de Letras  
Colección: Fuera de colección  
Fecha de publicación: 2016  
576 páginas  
ISBN 9788483658956  
Traducción: **Laura Vidal Sanz**

\* \* \*

La guerra llega al pueblo francés de Carriveau. Es 1939, y las hermanas Vianne e Isabelle Rossignol afrontan esta nueva realidad cada una a su manera. Su infancia, con un padre destrozado por la Gran Guerra que no les manifiesta su cariño y una madre muerta, las convierte en dos mujeres muy distintas. La decepción ante el Gobierno colaboracionista de Vichy aviva la Resistencia e impulsa a la joven Isabelle a luchar por la liberación de Francia. Vianne, con su marido combatiendo en el frente y madre, tiene un carácter más sosegado y reflexivo que el de su hermana, ella se irá amoldando a las circunstancias.

A las dos protagonistas se suma un elenco de personajes que aportan facetas imprescindibles para entender cómo influyen las situaciones extremas en los humanos y les hacen crecer. Sophie, la hija de Vianne, es una niña de ocho años al empezar la guerra. La ausencia de su padre combatiente la obliga a madurar pronto y asume el soporte anímico de su madre en los momentos más descorazonadores. Rachel, vecina y amiga de Vianne, es judía, circunstancia poco propicia en tiempos del nazismo. Gaëton, Micheline, Anouk y los otros miembros de la Resistencia, son gente idealista a la que no arredran los peligros cuando luchan por la libertad de su patria. Antoine Mauriac, el marido de Vianne, soldado a la fuerza, víctima del sinsentido de cualquier guerra y convertido en una sombra deshinchada de sí mismo tras la contienda. El capitán Beck y el comandante Von Richter, cara y cruz del ejército alemán. El primero es un hombre arrastrado por el conflicto bélico, que aún conserva intactas sus cualidades humanas. El segundo se ha convertido en bestia y disfruta causando daño. También está Julien, el hijo de Vianne, que lo ignora todo sobre su pasado y descubre el secreto de su identidad cuando menos lo espera. Todos estos personajes son imprescindibles para tener una visión de conjunto sobre la guerra y sus estragos.

La historia que narra *El Ruiseñor* está marcada por el sufrimiento, la dignidad y la degradación hu-

mana. También por episodios de admirable heroísmo, pues la guerra saca lo peor y lo mejor de cada persona. La trama transcurre entre 1939 y 1945, años duros y sangrientos. También encontramos incisos que nos sitúan en 1995 y en los que una anciana enferma recuerda el pasado y se revela en un presente que trae anhelados reencuentros. La verdad oculta termina por aflorar, sin dolor y sin rencor; porque, como dice el personaje de Vianne, «el amor tiene que ser más fuerte que el odio, de lo contrario no habrá futuro para nosotros».

Quiero hacer hincapié en la perspectiva femenina de quien narra, pues solo una mujer podría extraer esta conclusión: «A los hombres les gusta contar historias. Las mujeres nos limitamos a seguir con nuestras vidas. Para nosotras fue una guerra en la sombra. Cuando se terminó, no tuvimos desfiles ni medallas ni menciones en los libros de historia. Durante la guerra hicimos lo que debíamos y cuando terminó recogimos los pedazos y empezamos de nuevo».

Kristin Hannah logra sumergir al lector en distintos contextos: la Francia ocupada, los campos de concentración, la vida cotidiana, el miedo constante, el hambre y las vivencias al límite. Con una narración ágil y realista logra el efecto buscado: conmover. *El Ruiseñor* no es otra novela más sobre la Segunda Guerra Mundial, es un homenaje a las personas que lucharon y murieron en ella, a las que sobrevivieron afrontando desafíos impensados y se hicieron más fuertes, a todos los héroes anónimos que nadie recuerda y que, sin embargo, consiguieron cambiar el devenir de la Historia.

© **María Dubón**

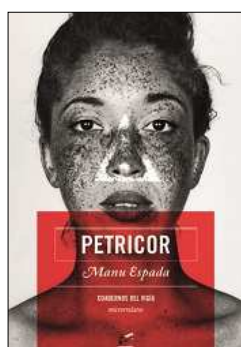
<https://mariadubon.wordpress.com>

### **Pound**

Javier Ibarrola

Menoscuarto Ediciones, 2018

Un célebre escritor berlinés —Joseph Pound, que emigró a Estados Unidos tras levantarse el Muro en 1961— convalece de una enfermedad en una residencia junto al lago Como, en Italia. Allí recibe a Pedro Zúñiga, joven fotógrafo español que desea retratarlo. En varias entrevistas que prepara la atractiva sobrina del novelista, Pound va relatando a Zúñiga lo que jamás contó en su obra literaria, historias personales y, sobre todo, un terrible secreto. Javier Ibarrola sorprende en su excelente debut literario, donde enfrenta la visión del mundo del fotógrafo —una mirada estética, algo frívola, propia del nuevo siglo— con el pragmatismo y la trágica gravedad del escritor, fruto del dramático siglo XX en la Vieja Europa. El lector hallará en Pound el sutil contrapunto de unos protagonistas memorables y de sus diversas perspectivas vitales, narrado por una voz llamada a perdurar.



### **Petricor**

Manu Espada

Editorial Cuadernos del Vigía, 2018

En *Petricor* la lluvia y el agua se utilizan como metáfora de la comunicación humana. Comienza con una «Garúa», un sirimiri fino, intenso y persistente que moja sin que se note, como una especie de comunicación no verbal que dice sin decir, como un gesto ahogado. El silencio como protagonista de una tormenta sigilosa, de una tempestad sorda, sin truenos, como si los textos fuesen partituras mudas. La llovizna se transforma en una «Galerna», una mezcla de lluvia y viento, textos en los que la comunicación se hace más intensa, con una simbología que moja y una palabra que cala hasta los huesos. La obra acaba con un «Diluvio», historias que muestran un

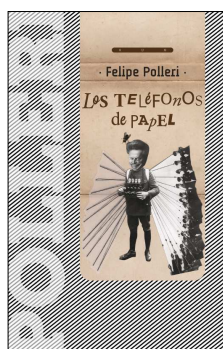
mundo fantástico donde la comunicación inunda las páginas a través de la imaginación y el mundo de las ideas.

### **Los niños**

Carolina Sanín

Editorial Blatt & Ríos, 2018

Un niño solo aparece en la puerta de la casa de una mujer en Bogotá. Ella no quiere ser su madre y él no quiere ser su hijo, pero entablan una relación en la que priman el cuidado y el asombro. La historia está nimbada por el misterio desatado de la infancia, que no se presenta contenida en un relato familiar, y que corroe con su presencia extraña la vida de los otros. *Los niños* es el primer libro de Carolina Sanín editado en la Argentina, y su prosa precisa, sofisticada e inusualmente bella, es todo un descubrimiento. Potente, conmovedora y aguda, esta novela pone en discusión los roles femeninos, la niñez y el amor, porque en ella nada está dado y las afinidades electivas deben inventar, entre la burocracia y los afectos, nuevas formas para los vínculos.



### **Los teléfonos de papel**

Felipe Polleri

Casa Editorial Hum, 2018

Otra novela de Polleri. Esto es: la vida de un artista (en este caso un novelista y dramaturgo, fundador del Teatro de la Locura), descreído y violento, que odia su cuna de oro y todo lo que vino después. La poesía de su prosa, la Belleza, es solo otra coartada. «En su narrativa el verdadero protagonista es un estilo rabiosamente original, divertido e inclasificable, del que no hay manera de salir ileso. Un autor de culto instantáneo». (Martín Solares). «Guiado por un Otro —rabioso, infantil, caníbal, herido, delirante, resentido, monstruoso— que le dicta al oído lo que debe escribir, Polleri obedece porque, de lo contrario, se convertiría en un asesino en serie.» (Rubén A. Arri-

bas).

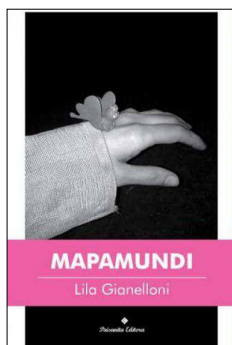


## Roza tumba quema

Claudia Hernández

Editorial Sexto Piso, 2018

En la guerra y en la paz, una mujer sin armas lucha por sus hijas. Como en la vieja agricultura itinerante roza, tumba y quema para que esas niñas tengan un lugar al cual poder regresar. Ahora, esa mujer debe conseguir dinero para emprender un largo viaje que le brindará la oportunidad de reunirse con la primera de sus cinco hijas, una niña a la que perdió durante el tiempo de la guerra. En su intento por llevarla de regreso consigo, se presentará ante ella como la pequeña independiente y tenaz que fue, la adolescente reclutada contra su voluntad por la guerrilla, la mujer joven que conoció el amor y la traición, la sobreviviente que vio el final del combate y la madre dispuesta a batallar por conseguir, en la paz y en la pobreza, una oportunidad en la vida para sus hijas, sin pedir nada a nadie. Escrita con la intensidad de un relato corto, *Roza tumba quema* aborda las dificultades a las que debe enfrentarse una mujer en una sociedad en reconstrucción. El resultado es el retrato universalmente reconocible de un grupo de mujeres que luchan por conquistar su lugar a fuerza de coraje, sentido de la justicia y dignidad.



## Mapamundi

Lila Gianelloni

Editorial Paisanita Editora, 2018

Los nueve cuentos que componen *Mapamundi*, de Lila Gianelloni, están narrados por una nena que vive con sus abuelos, sin conocer el paradero de sus padres, ni el motivo por el que no están. Son relatos claros, alegres, en la superficie, y dejan translucir historias de nacimientos y muertes, la ausencia de las personas amadas y la exposición ante lo desconocido, que se dan en el pueblo donde vive. El primer libro de Lila Gianelloni nos convoca al placer de la lectura y a una relectura llena de descubrimientos, fascinando a lectores de cualquier edad con una visión del mundo que se arma de astucia y asombro ante las tragedias cotidianas. Lila Gianelloni nació

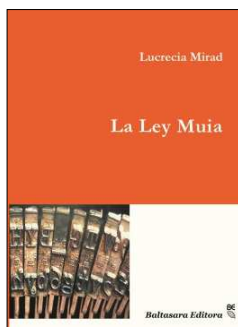
en Rosario, en 1959. En el año 2010 recibió la primera mención del Fondo Nacional de las Artes en el género «Cuentos» por su libro *La madre oscuridad*, y en el 2016 por *Mapamundi*.

## Para morir iguales

Rafael Reig

Editorial Tusquets, 2018

La infancia no ha sido fácil para Pedrito Ochoa. Ha crecido en un hospicio, gobernado con mano dura por las monjas, sin contacto con el mundo exterior y ajeno a la gran transformación que vive el país, aunque con amigos que conservará toda su vida. El destino de Pedro cambia cuando se va a vivir a casa de sus abuelos y empieza el bachillerato en la escuela a la que asisten los hijos de las familias importantes del final del franquismo. Pedrito decide estudiar derecho y hacerse rico, y la suerte le sonreirá, en consonancia con el gran momento económico del país. El pasado será el que le empuje a una investigación policiaca que pondrá en riesgo su posición.



## La Ley Muia

Lucrecia Mirad

Baltasara Editora, 2018

La Ley Muia dice: La vida resuelve sola, siempre. Evidencio Triputti, investigador privado, pasa un fin de semana en la laguna El Hinojo, cerca de Venado Tuerto. Una imagen absurda detrás de una ventana de Hotel enciende sus alertas. Las ausencias de Don Ataliva Bustamente y Alejo Gaitán dan que hablar. Nada es lo que parece. Triputti permanece en la ciudad decidido a seguir su corazónada. A la vez que investiga, se debate en desentrañar cuándo es útil soltar el rigor y cuándo es necesario recurrir a la Ley Muia. Hasta cuándo comprometerse y cuándo dejar la terquedad para que la Ley Muia hiciera lo suyo, para que la vida resolviera lo que tenía que

resolver. Sin presiones, dejándola hacer. Cuando la construcción de un sueño se convierte en obstinación y cuándo es fe en uno mismo. Un dilema privado entre la validez o no de levantarse más temprano; porque a veces madrugar está bien y otras veces, no se amanecer más temprano.

## Oso de trapo

Horacio Cavallo

Estuario Editora, 2018

«Entre la última literatura uruguaya considerada “joven”, el nombre del poeta y narrador Horacio Cavallo resulta ineludible. Su escritura consigue, sobre todo en su capacidad para componer imágenes perdurables o atrapar climas indecisos, una precisión que invita a lo cinematográfico.» (Sofí Richero). «Frase a frase Oso de trapo es impecable. En ese contexto local, la dedicación a lo estructural de Cavallo, su recuperación de asuntos formales que preocupaban a los escritores hace medio siglo deberían interpretarse como una muestra de autonomía saludable.» (Gabriel Lagos). «Los que no lo habían leído es probable que si ahora lo hacen se lleven una buena sorpresa. Los que ya conocían su escritura verán más que colmadas sus expectativas. Cavallo promete y cumple. Remata acertadamente su imaginación y su trama.» (Melisa Machado). «Ese trato con el material, esa mano firme para sujetar la invención, así como la conciencia de escritura, son las razones para que ese Premio Municipal obtenido en 2007, por una vez, no sea un reconocimiento relativo sino la constatación de un valor literario real.» (Roberto Appratto).



## Traspiés voluntarios. Construcción o derribo de una conducta

Julio Jurado

Editorial Adeshoras, 2018

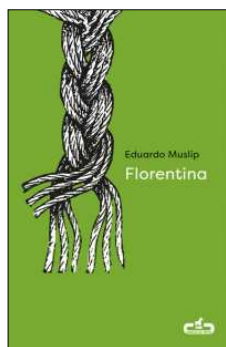
*Traspiés voluntarios* es un compendio de aforismos, pensamientos, reflexiones y cuentos cargados de sarcasmo, ironía, humor y realidad. Un texto heterogéneo en el que su autor, Julio Jurado, ofrece su visión del mundo y su búsqueda personal y colectiva de sentido. No siempre es correcto, de eso se trata precisamente, de traspasar los límites, de meter la pata si hace falta y de enturbiar el lenguaje derrochando imaginación, de esa realidad en la que nadie quiere reconocerse. Los collages de Emi Yagüe y las fotografías de Julio Jurado que completan este libro tan heterogéneo —atravesado en todo momento por lo emocional y un inequívoco desvarío en su textura definitiva—, sirven de apoyo narrativo al penetrar subversivamente allí donde el lenguaje no tiene una visible cabida.

## Minä

Juana Márquez

Ediciones Oblicuas, 2018

Minä acaba de recibir la noticia de la muerte de su madre. A partir de este momento, Minä se ve obligada a convivir con su hermano Bruder y con Ruka, la hermana de Outo, el amante de su madre. Desorientada, pasa su tiempo con Renmen, con su culebrilla entre las piernas, y Andet, que chupa los cigarros que comparten. Observada además por un hombre en la ventana de enfrente y querida por Kelias, su profesor de matemáticas, Minä se habla a sí misma con la voz de todos ellos y duda ante una enigmática disyuntiva: lograr el Ingreso o ganar el Concurso. Juana Márquez ha construido, con esta novela de ecos beckettianos, uno de los ejercicios estilísticos más interesantes que ha dado la narrativa española de los últimos años.



## Florentina

Eduardo Muslip

Editorial Caballo de Troya, 2018

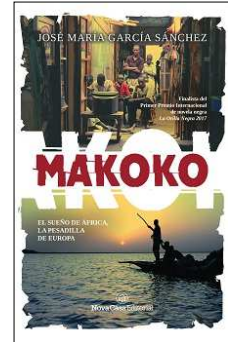
El nieto de una gallega que emigró a Argentina a principios del siglo XX evoca la personalidad de su abuela y, con ello, su propia infancia. El autor nos ofrece un retrato mordaz de su abuela Florentina, una mujer que pasó su vida adulta en un lugar que sentía ajeno: Buenos Aires. Eduardo Muslip describe en esta novela dos mundos: la Argentina que en el pasado siglo recibía inmigrantes de todo el planeta y una España de atraso y penurias cuyos habitantes buscaban una vida mejor en Latinoamérica. Mediante la reconstrucción del carácter de esa abuela de armas tomar, de los recuerdos de la niñez de Florentina en Galicia y de su particular modo de hablar —a caballo entre el gallego y el castellano—, el autor realiza al mismo tiempo un exquisito ejercicio de reconstrucción de su propia memoria y de los espacios y tiempos perdidos de su pasado.

## Makoko

José María García Sánchez

Nova Casa Editorial, 2018

*Makoko* es la breve historia de Elf, un muchacho criado en un suburbio de Lagos (Nigeria) que huye de la miseria y la violencia de su entorno en busca de una vida mejor. La existencia de Elf es una odisea desde el mismo día de su nacimiento, abandonado por su madre adolescente y acogido por una viuda en Makoko. Los primeros años de su vida transcurren en un barrio edificado sobre una ciénaga, gobernado por la mafia local y maltratado por unas instituciones corruptas. Las circunstancias obligarán al muchacho a emprender un viaje sin retorno. El relato está construido como una odisea épica, salpicada de elementos propios de la novela negra, donde los mafiosos, la policía, los traficantes de seres humanos y la violencia institucional proporcionan a la historia un carácter distinto que la separa de lo que *a priori* podría parecer una novela de aventuras. Durante la narración se hacen pequeños saltos en el espacio, en los que además del propio viaje a través de África, se vuelve a Makoko y se relatan acontecimientos acaecidos en el suburbio, especialmente la lucha entre el Ayuntamiento de Lagos y las cuadrillas de vigilantes que gobiernan el barrio a través de un régimen de terror.



## El galán imperfecto

Rafael Gumucio

Litteratura Random House, 2018

Envalentonado por los consejos de una impetuosa amiga, Antonio, un chileno de ocupación desconocida, se realiza una delicada intervención quirúrgica de la cintura para abajo. Lo hace a escondidas mientras su novia, siguiendo una creciente moda, anda de viaje en el sudeste asiático. Durante la convalecencia, Antonio reflexiona, recuerda, monologa, delira. En un momento, su madre se entera de todo y su plan de mantener la indecorosa operación en secreto se cae a pedazos. A partir de esta situación tan seria como desternillante, Rafael Gumucio ha escrito una novela donde las voces de los personajes «el inolvidable doctor Wagner, la madre intensa y paradójica

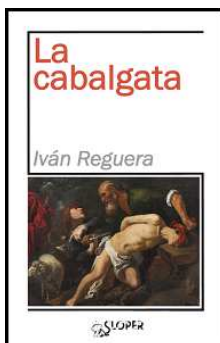
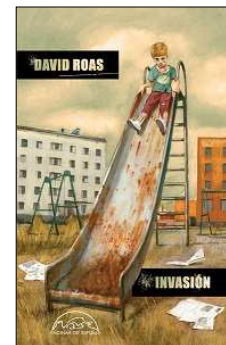
y la novia ambigua, entre otros» circulan por la cabeza del protagonista para trazar el relato de un modo de vivir y conjugar el amor, la amistad y la individualidad que resulta singular no por su galantería sino, más bien, por su grandioso sentido de la resignación.

## Invasión

David Roas

Editorial Páginas de Espuma, 2018

Un niño hambriento observa con mirada muerta desde lo alto de un tobogán; otro construye pequeños ataúdes. Muñecas de ojos vacíos espían a dos amantes, y criaturas nocturnas acechan a los supervivientes. Una casa aparentemente abandonada atrapa a quien se aproxima y otra sobrevive asediada por insectos. David Roas, referente de la literatura fantástica, invade al lector con distintos fragmentos de un mismo espejo que refleja lo inquietante y lo terrorífico de los objetos y los cuerpos que nos rodean. Estos cuentos, en la mejor tradición actualizada de Lovecraft, Poe o Shelley, confirman que ni nuestra madre ni nuestros hijos son quienes creemos, ni que en nuestro hogar, ni siquiera en nuestra propia habitación, podemos estar seguros. La invasión comienza allí donde menos lo intuimos.



## La cabalgata

Iván Reguera

Editorial Slopér, 2017

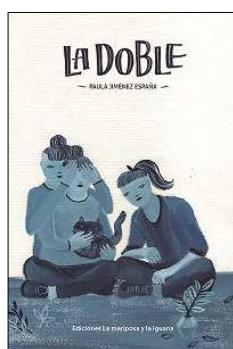
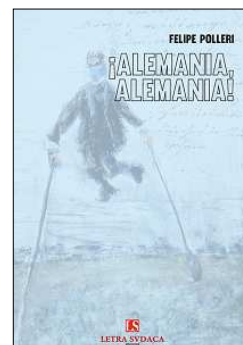
En un tiempo en el que se debate el adoctrinamiento nacionalista en las escuelas, *La cabalgata* resulta muy actual. Ambientada en la Euskadi de finales de los ochenta, con los brutales asesinatos de ETA y la devastación causada por el SIDA de fondo, Reguera nos muestra una sociedad dividida entre nacionalistas y no nacionalistas, una aldea rota, racial, atávica. En *La cabalgata* Juan, de clase obrera, conoce a Gonzalo, niño bien de Neguri. También a su nueva pandilla, que le descubrirá un universo más primario: motos, sexo, alcohol y un sentido de clan. Dotado para el dibujo, Juan será requerido por su colegio para diseñar la cabalgata de las fiestas de fin de curso, dedicada a los mitos vascos y en la que deberá demostrar que no es un perdedor.

## ¡Alemania, Alemania!

Felipe Polleri

Editorial Letra Sudaca, 2018

*¡Alemania, Alemania!* es una novela con tres personajes sucesivos, que no paran de hablar. Christopher es inglés. «Estoy muerto», dice. Y repite una «ley de Pasteur»: «todos somos malos, pero sobre todo los buenos». Aparecen y desaparecen la guerra, el nazismo, Auschwitz, Churchill, la relación entre Shakespeare y Marlowe. O la familia, que educa con la violencia y la presión. Parsifal es alemán, mucho más violento. Tiene piernas enclenques (va en sillita de ruedas) pero brazos y dientes poderosos: destruye árboles a puñetazos y dentelladas. Habla de hombrecitos, zapatitos, muñequitas. «Nací escritor», confiesa. Se expresa con palabras, con dibujos o collages. Al lado del dolor psíquico, el dolor físico le parece «un mal chiste alemán». Antoine es francés. Se considera tímido, asustadizo, mentiroso, sobre todo nervioso. Como Deleuze y Guattari habla de sucesivas Máquinas (del Tartamudeo, de la Espera, del Llanto, del Insomnio, de Ideas Negras). Dice que las facturas por pagar son el Mal. Le gusta usar el latiguillo «etcétera, etcétera».



## La doble

Paula Jiménez España

Ediciones La mariposa y la iguana, 2018

Paula Jiménez España ha escrito un libro lleno de encanto y gracia, un libro desacadado e hilarante, pero también un libro sabio. Tradiciones como la del Zen vienen diciéndolo desde hace años: el humor, el absurdo, el sinsentido, el juego, están mucho más cerca de la sabiduría que la solemnidad y el drama. Jiménez España lo entiende, y en este texto desacraliza a la propia tribu —al feminismo, a las sexualidades disidentes, al lenguaje mismo— y desacralizándola alcanza un grado de cercanía que vuelve humano todo lo que toca, es decir, lo vuelve imperfecto, fallado: entrañable. Crítica y mordaz es su mirada hacia el lesbianismo, hacia la militancia, hacia los micromundos en que las mujeres que hemos desobedecido ciertos mandatos solemos encontrarnos. No estamos muertas, no. Nos estamos riendo.

## La sagrada familia

Ercole Lissardi

Añoz Luz Editora, 2018

Duramente golpeado por un fracaso amoroso, un escritor lo abandona todo: su profesión, sus amistades, su ciudad, y corta todos los lazos que lo unen a su vida cotidiana. Desde su reclusión voluntaria en un pueblito remoto entablará una singular relación con una familia local. Entre la novela erótica y una suerte de gótico rioplantense, Ercole Lissardi bucea en la lujuria, la brutalidad y la blasfemia para exorcizar los fantasmas de la vida del escritor y del lugar. «Hay algo tautológico en el caso Lissardi, porque es un escritor de género o de nicho en un país donde todos los escritores son raros o están en los márgenes del canon. Sin embargo, y justamente por operar por fuera de los radares, la literatura uruguaya es una de las trincheras más feroces de la literatura en castellano y sus escritores son un virus terrible para el continente. Onetti fue determinante para toda una generación. Mario Levrero, después, tuvo un efecto sísmico del que todavía nos estamos recuperando. Lissardi sabe desde dónde trabaja, y el suyo es un lugar de deliberado repliegue: escribe desde la literatura uruguaya, escribe desde el seudónimo, escribe desde el subgénero». (Mauro Libertella).



## La vida invisible

Sylvia Iparraguirre

Ediciones Ampersand, 2018

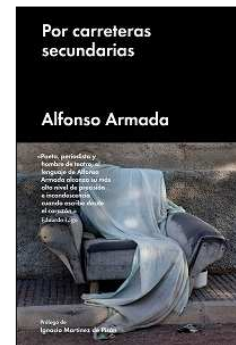
Una lectora descubre, en la infancia, que puede vivir otra vida en los libros. Más intensa, pasional, que los demás ignoran. Lee de manera hipnótica a Cortázar, a Tolstói, a Bajtín, a Borges. Antes y después, dos grandes bibliotecas la apuntalan: la de su abuela en Los Toldos y la que compartió con Abelardo Castillo, cuyo retrato se convierte en amoroso recuerdo. A partir de un diario de lecturas, un álbum de poesía y su memoria personal, el pensamiento crítico de Sylvia Iparraguirre se revela en *La vida invisible* bajo una narrativa ávida y genuina.

## Por carreteras secundarias

Alfonso Armada

Malpaso Ediciones, 2017

Hay una España ignorada y sin autopistas, una tierra que solo emerge del olvido con motivo de una catástrofe o un crimen. Ese país merece una mirada que revele sus muchas historias, que plasme la añoranza de lo que no pudo ser y ya nunca será. Como dice Ignacio Martínez de Pisón: «Se trata de situarse un poco en los márgenes, viajar a sitios a los que "hay que querer ir" porque no están de paso para ninguna parte, adentrarse en comarcas donde el GPS se despista por falta de costumbre. Se trata también de demorarse en los meandros [...] y en definitiva de dar valor al tiempo de la única manera que lo permite la naturaleza: perdiéndolo, porque perder el tiempo es el mejor modo de ganarlo».



## Por qué volvías cada verano

Belén López Peiró

Editorial Madreselva, 2018

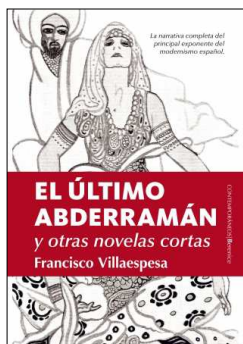
«Hay libros que son hechos. Este es uno: se puede leer como una novela, como una denuncia, como la propia construcción. Porque es todo eso: una novela polifónica, el relato de un abuso padecido en la adolescencia en manos de un hombre armado, un tío poderoso, el macho de la familia y del pueblo. Y un hecho: acá está la mujer que fue la nena que ese tipo quiso romper para su uso personal. Y está toda entera, fuerte, hablando de lo que da tanta vergüenza hablar. Escribiendo contra todos los que intentaron callarla. Contra sí misma, incluso, a veces. Este libro es una batalla: la que ganó Belén López Peiró iniciando un juicio, buscando asesoramiento legal en un sistema que no se la prodiga a las víctimas, contándole a todos sus parientes y vecinos, obligándolos a ver lo que no querían ver. Y escribiendo, haciendo de su propia experiencia una obra exquisita, una intervención política poderosa. Y muy necesaria. Gracias, Belén, por todo el coraje y toda la fuerza y toda la belleza de este Por qué volvías cada verano». (Gabriela Cabezón Cámara).

## No tienes perdón de dios

Antonio Sarabia

Los libros del Lince, 2018

*No tienes perdón de dios* es lo que se repite constantemente el periodista deportivo Hilario Godínez, que una vez tuvo vocación literaria, pero que acabó con una columna deportiva en el *Sol de Hoy*, que hace las delicias de los más granado de la delincuencia local. La lúgubre existencia del protagonista, marcada por la violencia, la sensación de fracaso y por la misteriosa correspondencia amorosa que mantiene con una desconocida, da un vuelco cuando aparece el cuerpo incompleto del futbolista Torito Medina y se mete de lleno en una peligrosa pesquisa a pesar de las advertencias que recibe.



## El último Abderramán y otras novelas cortas

Francisco Villaespesa

Editorial Berenice, 2018

Francisco Villaespesa (1877-1936) es una de las figuras más notables del modernismo español. A los veinte años de edad se trasladó a Madrid para dedicarse al periodismo, y más tarde recorrió varias veces la América española como empresario teatral y recitador de sus poemas. Ferviente admirador de Rubén Darío, fue su mejor discípulo y el más fiel continuador de su estilo. Villaespesa gozó en vida de una popularidad inmensa, y su fecundidad como poeta fue asombrosa; de esa vasta producción sobresalen un centenar de poemas de auténtica maestría y belleza. En su narrativa Villaespesa revisita lo que para él constituyen los hitos de la cultura desde

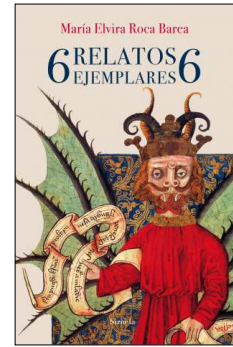
la antigüedad hasta sus días, ocupando, como en el resto de su obra, un lugar muy destacado el Oriente musulmán y todo lo relativo a su cultura. En este volumen se recogen todas las novelas cortas de este admirable autor, cuya figura merece a todas luces una urgente reivindicación. Lo encabeza *El último Abderramán*, ambientada en la ciudad nazarita de Granada, con la Alhambra como su epicentro de ficción; un bello canto a su pasado narrativo más querido y la importancia que desprende el monumento, tanto en el ámbito sociológico como en el cultural y artístico.

## 6 relatos ejemplares 6

María Elvira Roca Barea

Editorial Siruela, 2018

Con la venida del cisma luterano el orbe mediterráneo-católico asume de manera inconsciente el discurso de supremacía moral que impone el norte protestante. De este modo palabras como «libertad», «tolerancia», «ciencia» y «Reforma» quedan de un lado y en el otro, como una imagen especular en negativo «opresión», «intolerancia», «fanatismo» y, vaya por Dios, «Contrarreforma». Desde un principio se perdió la batalla más importante, la del lenguaje, y entre sus armas se contó con la propaganda, nuevo artefacto crucial para entender la civilización occidental en el último medio milenio.



### Pistas falsas

Carlos Velázquez

Editorial Sexto Piso, 2018

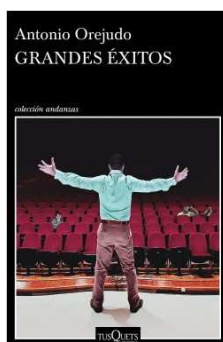
«Goya vio a Hitler antes de que Hitler viera a Goya». Con esta frase contundente comienza la novela *Pistas falsas*. Una visión antropológica que ambientada en un futuro no tan distante, 2029, narra la historia de un antropólogo chino que «cansado de trabajar en excavaciones en su país para extraer libros de contabilidad e informes sobre catástrofes ecológicas escondidos por empresas fraudulentas, decidió retomar sus estudios de español en el Instituto Cervantes y viajar a América Latina». El protagonista desea conocer la tierra de sus héroes literarios, mexicanos y argentinos, que le han enseñado el idioma español y lo han impregnado de una mitología que, tan distante de su realidad, lo remite a un mundo alternativo. Lo corroe, además, la curiosidad de conocer los territorios hacia los que han huido oficiales de gobierno acusados de corrupción en su país, o centenares de trabajadores que se han exiliado tras las quiebras masivas de las corporaciones en las que trabajaban. En el mundo que nos muestra García Canclini, las grandes guerras se libran en el ciberespacio, catástrofes naturales han dado al traste con archivos milenarios borrando buena parte de la memoria histórica y cultural del mundo, las interacciones sociales discurren casi exclusivamente en las redes socio-técnicas (bajo permanente vigilancia) y las ciudades se han transformado en un tenue campo de batalla entre inmigrantes, exiliados, apátridas, y los dueños del capital.

### Suárez en Kosovo

Eric Barenboim

Editorial Entropía, 2018

Esta novela abre con una duda lingüística fallida: ¿cómo se dirá «bizcocho» en kosovarí? Interrogante que nadie podrá responder en estas páginas, esencialmente porque no existe tal idioma. Pero no sólo por eso: también porque Eric Barenboim ha logrado escribir un libro agudo, cándido y disparatado donde las preguntas sobre la esencia de las cosas —su identidad— y sobre el modo de nombrarlas —su nomenclatura— sólo pueden ser abordadas desde el absurdo. Es por eso que Miguel Suárez, el kinesiólogo uruguayo devenido preparador físico que protagoniza este relato balcánico, deberá dejarse llevar sin certezas por la tracción del sinsentido, de la mano de un narrador que resignifica de manera cabal su condición de omnisciente.



### Grandes éxitos

Antonio Orejudo

Tusquets Ediciones, 2018

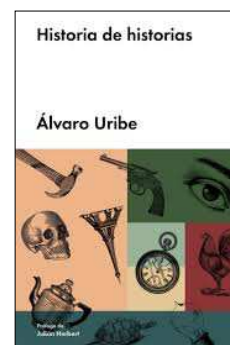
Concebido inicialmente como el making of de las mejores piezas breves de Antonio Orejudo, el presente volumen ha ido cobrando la forma de una obra nueva, en la que el autor revisita y en muchos casos reelabora sus propios textos construyendo al hacerlo una narración en la que el recuerdo, la vida, y una teoría de la creación literaria, de las reglas de la ficción, se dan la mano y a veces llegan a las manos. Comedia, erudición y transgresión caracterizan a este extraordinario narrador, y son las claves para disfrutar de este concierto en el que no faltan Cervantes, Philip K. Dick o Marcial Lafuente Estefanía; un despliegue de maestría y clarividencia al servicio de un afán recopilatorio que va más allá de un simple espectáculo en directo, convirtiendo materiales previos desconocidos en uno de los textos más originales y peculiares de su trayectoria.

## Historia de historias

Álvaro Uribe

Malpaso Ediciones, 2018

Este libro reúne todos los cuentos de Álvaro Uribe. Es decir: contiene cuarenta y un relatos impecables, a un mismo tiempo transparentes y enigmáticos, escritos por uno de los mayores prosistas de la lengua. Una y otra vez se escucha celebrar la redonda escritura de este narrador mexicano, la precisión y potencia de sus frases, la casi matemática composición de sus páginas. No menos sorprendente es su imaginación literaria. Pasen y vean: por aquí circula una extravagante tropa de personajes —feitos, niños, frailes, criminales, filósofos— y todo va y viene de la sátira a la fantasía, de la fábula histórica a la minificción metafísica, del cuento de fantasmas al relato policíaco. Un formidable banquete literario.



## Denuncias de luz

Alinaluz Santiago Torres

Editorial Isla Negra, 2018

Esta colección de cuentos está marcada por la presencia de personajes femeninos que sufren y enfrentan al poder en sus más diversas formas. Sus historias dan paso al desarrollo de temas universales que resultan en finales inesperados. Alinaluz Santiago Torres nació en Santurce, Puerto Rico, en 1956. Posee una Maestría en Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras y un Doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad de Massachussets en Amherst. Es Catedrática en la Universidad de Puerto Rico en Humacao. Ha publicado, además, *Papeles de discrepancia* (cuentos, 2007), *La poética del bolero en Cuba y Puerto Rico* (ensayo, 2009), *Mar a tiempo* (poemas, 2012), *El lenguaje poético en El mar y tú de Julia de Burgos: de la estadística a la estilística* (ensayo, 2014), *Sordo amor* (poemas, 2015) y *Llegaron en guagua* (cuentos, 2016).

## La llama azul

Marciano Martín Manuel

Editorial Renacimiento, 2018

La llama azul es un retrato mordaz sobre la pérdida de la identidad judía y los frutos del judío imaginario, desarrollado en la Extremadura rural de la delincuencia y del hambre de 1941. Es la historia de Susana, víctima de una abyecta explotación sexual, y de su amante Fernando Castilla, jefe de policía, que presume de tener un olfato prodigioso para detectar comunistas. La detención de una banda de borrachines por el jefe de policía, que confunde con una terrorífica célula comunista, provocará una denuncia anónima a la Secretaría de Orden Público que cambiará el rumbo de sus vidas. Es también la historia del proxeneta Leoncio y de su mujer Catalina, tutores de Susana, que sobreviven merced a sus negocios ilícitos con los contrabandistas portugueses, cuyo alijo esconden en la casa del Miedo. En su interior se oyen chirridos infernales que los socios del Círculo, hechizados por el mito del judío imaginario, lo atribuyen a las torturas de los inquisidores de Llerena, y el alcalde del lugar, a los conspiradores judeo-comunistas.



## Los revolucionarios lo intentan de nuevo

Mauro Javier Cárdenas

Literatura Random House, 2018

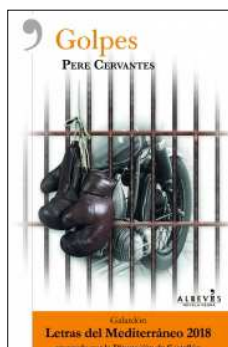
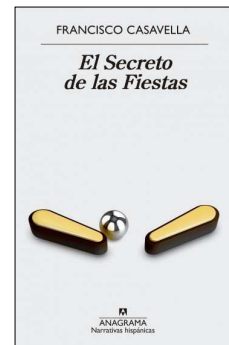
Después de casi diez años como expatriado en San Francisco, donde andaba hecho el artista, Antonio cree que puede regresar a su Guayaquil natal y salvar al Ecuador de la pobreza y la injusticia. Leopoldo le ha llamado para que se lancen juntos a la presidencia en las próximas elecciones. Ambos amigos de infancia, que compartieron fervores mesiánicos en el colegio San Javier, tienen la oportunidad de recuperar su idealismo frustrado y convertirse en el futuro de su pueblo, a pesar de ser ellos mismos hijos de funcionarios públicos que en su día contribuyeron al saqueo del país. Mientras tanto, al otro lado de Guayaquil, Rolando y Eva intentan cambiar al Ecuador a través de obras de teatro y programas de radio, aunque los tórtolos saben que sus intentos son fútiles y ridículos, como lo es casi todo en el mundo.

## El secreto de las fiestas

Francisco Casavella

Anagrama, 2018

Esta es una novela de formación —eso que los alemanes llaman *Bildungsroman*—, solo que con futbolines, una máquina del millón, congas y rumbas, gente de barrio, primeros amores y un mítico surfista de nombre Mickey Dora al que le ofrecieron la fama y optó por desaparecer... Y, como en toda novela de formación, hay una búsqueda, solo que en este caso no es la del Santo Grial, o acaso sí, porque lo que busca Daniel es nada menos que el Secreto de las Fiestas. Es su abuelo, cosmopolita a su pesar con sus viajes por el mundo tocando la conga, el que le cuenta ese secreto, resumido en siete pautas, la última de las cuales dice: «Reconoce que el secreto nunca termina.» Y ese abuelo es solo el primero de los bichos raros con los que Daniel irá topándose: también están su padre, que tocaba para los marineros de la VI Flota cuando desembarcaban en Barcelona, y Chenta, que no es raro sino rara, y Laura... Es su abuelo, cosmopolita a su pesar con sus viajes por el mundo tocando la conga, el que le cuenta ese secreto, resumido en siete pautas, la última de las cuales dice: «Reconoce que el secreto nunca termina.»



## Golpes

Pere Cervantes

Editorial Alrevés, 2018

Alfa, un policía bajo sospecha, recupera su libertad provisional tras dormir 444 noches en una prisión catalana. Una vez libre, dispone de una nómina estrangulada que apenas alcanza los ochocientos euros y una media de espera judicial de seis años hasta que reciba la sentencia final; pero Alfa no ha sido instruido para malvivir. Por eso, cuando alguien le propone empezar una nueva vida apoderándose de cincuenta kilos de cocaína ajena, Alfa no se lo piensa dos veces. Solo necesita cuarenta y ocho horas, regresar a Castellón, despedirse de gente querida y ejecutar de manera inversa lo que hasta ahora venía haciendo. Estamos ante una novela basada en hechos

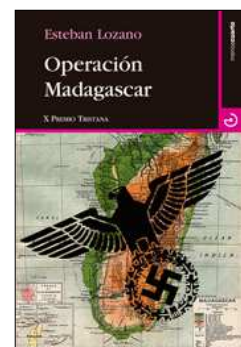
reales y en muchos encuentros y pactos entre caballeros para lograr que Alfa desvelara los entresijos de una vida supeditada a bucear en las aguas del narcotráfico. Porque Alfa es un púgil inacabado, un estratega del combate, y siempre el centro del universo de las mujeres que ama. Pero, por encima de todo, un hombre necesitado de una moto con la que rodar en busca de esa libertad que precisa para seguir respirando.

## Operación Madagascar

Esteban Lozano

Editorial Menoscuarto, 2018

Leni Riefenstahl recibe el encargo de filmar el mayor éxodo en la historia humana: el plan nazi para deportar a once millones de judíos europeos a Madagascar. La bella y perspicaz cineasta formará triángulo amoroso con el siniestro doctor Josef Mengele, impulsor de aberrantes experimentos con seres humanos, y con Adolf Eichmann, joven oficial nazi nombrado gobernador del Protectorado de Madagascar, a quien nada detendrá con tal de lograr sus objetivos. El argentino Esteban Lozano ha ganado el X Premio Tristana con Operación Madagascar, una novela «culto, inteligente e inquietante», según el jurado que galardonó esta ucronía sobre el nazismo porque «va mucho más allá de la caricatura y no incurre en la tentación de frivolarlo».



## El señor del fular y otros relatos

F. Javier Blázquez

Bohodón Ediciones, 2018

Cuando Santiago regresa a casa después de haber permanecido preso en el Penal del Dueso, no consigue adaptarse. El ambiente reinante en el pueblo le resulta insostenible. Huye a Francia, pero es detenido nada más pasar la frontera. Se ve obligado a alistarse en la Legión extranjera y a luchar en la guerra de Indochina. Tras caer herido en el frente, Santiago se instala en París y se enamora ciegamente de una prostituta antillana, pero al poco tiempo la meretriz desaparece. Entonces Santiago decide dar un giro a su vida. Han pasado muchos años desde que abandonó su país para conocer mundo, remar sin descanso y, llegado el caso, vaciar el mar.



## Cadáver exquisito

Agustina Bazterrica

Alfaguara, 2018

La súbita aparición de un virus letal que ataca a los animales modifica de manera irreversible el mundo: desde las fieras hasta las mascotas deben ser sistemáticamente sacrificadas, y su carne ya no puede ser consumida. Los gobiernos enfrentan la situación con una decisión drástica: legalizando la cría, reproducción, matanza y procesamiento de carne humana. El canibalismo es ley y la sociedad ha quedado dividida en dos grupos: los que comen y los que son comidos. Marcos Tejo, encargado general del frigorífico Krieg, separado de su esposa y a cargo de su padre, es un oscuro burócrata. El día en que recibe como regalo una mujer criada para el consumo, las tentaciones lo transforman en una conciencia peligrosa de pliegues truculentos que lo llevará a transgredir las nuevas normas hasta límites que la sociedad desconoce. ¿Qué resto de humanidad cabe cuando los muertos son cremados para evitar su consumo? ¿Quién es el otro si, de verdad, somos lo que comemos?



## La edad del agua

Marcelo Carnero

Mardulce Editora, 2018

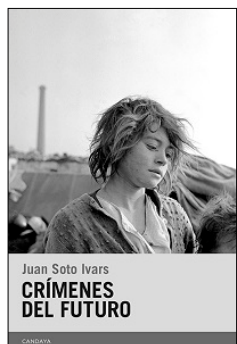
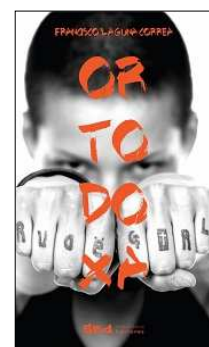
La literatura de Marcelo Carnero trabaja con la pérdida de los puntos de referencia. O, mejor dicho: logra crear otros puntos de referencia, otra realidad (una realidad sobre otra realidad) que deja al lector en un estado de alteración, siempre en vilo, sin aliento. La edad del agua se inaugura con un viaje y una desaparición y termina con una escena reflexiva sobre el pasado y los secretos. Entremedio se desarrolla una de las narraciones más potentes que haya dado la literatura argentina reciente, en la que aparecen construcciones misteriosas, grupos terroristas, atentados, animales sangrientos y siempre, como un telón de fondo, el agua y el paso del tiempo.

## Ortodoxa

Francisco Laguna Correa

Sububano Ediciones, 2018

La chaparrita Ortodoxa es una extraordinaria lectora de rostros, viajera incansable, discípula de Salvador Novo y capaz de hacer que hasta el gigante Goliat abra los ojos más grandes que dos sandías a punto de reventar. El libro que usted tiene en sus manos es una novela oral, un manual y también una protesta en contra de la violencia hacia las mujeres indocumentadas acasilladas en el Primer Mundo. Si en *Wild North* Francisco Laguna Correa formula la libertad del migrante indocumentado en Estados Unidos sólo por medio del retorno al país de origen, en *Ortodoxa* parece sugerir que, en lugar de retornar, hay que quedarse a demoler el ground (zero) level del imperalismo global.



## Crímenes del futuro

Juan Soto Ivars

Editorial Candaya, 2018

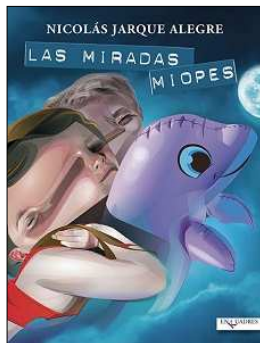
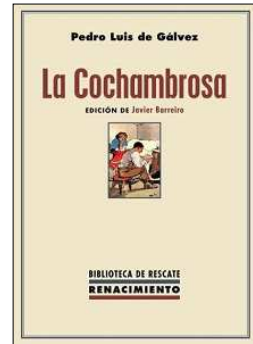
Los estados han desaparecido y las multinacionales del Ente gestionan implacables la vida pública. La única ley vigente es la financiera, los precios de los alimentos se disparan sin control y las ciudades se convierten en arrabales separados por alambradas donde empieza a gestarse una desesperada revolución, opacada por las pasiones más turbias. Julia y César, a los que unen las heridas no cicatrizadas de una infancia difícil, inician entonces un romance imposible, que es también una historia sobre la pérdida de la inocencia en un mundo que se hunde. Margarita, una bellísima modelo, y Héctor, un fotógrafo de moda, viajan a una isla paradisíaca y desierta para realizar un glamuroso reportaje fotográfico. Cuando el estallido de la guerra los condena al olvido y al aislamiento, su idílica relación derivará en una descarnada lucha por la supervivencia, en la que se saldarán oscuras cuentas y se desatarán las más abyectas pulsiones. Ya en la prosperidad desesperanzada de la Nueva Patria, Pálida inventa una realidad paralela donde reviven los ausentes, y la soledad y la humillación de la derrota no duelen tanto.

## La Cochambrosa

Pedro Luis de Gálvez

Editorial Renacimiento, 2018

*La Cochambrosa* (1905) es la primera y desconocida obra de Pedro Luis de Gálvez. No se sabía de edición alguna de esta novela hasta que Javier Barreiro la localizó publicada como folletín en el Heraldo de Cádiz a finales de 1905, fechas en las que el malagueño se encontraba preso en la cárcel gaditana, a la espera del juicio por las palabras proferidas contra la monarquía en un mitin republicano celebrado en 1904 en Jerez de la Frontera, que le supondría varios años de penal hasta ser indultado. La novela tiene un carácter claramente autobiográfico, con abundantes excursos sobre Arte y Estética, ya que la pintura fue la primera gran vocación del escritor, que se relacionó con Pablo Ruiz Picasso, contemporáneo y vecino suyo en Málaga. Es también una muestra del malestar de la época de entresiglos y tiene concomitancias con otras narraciones de su tiempo en las que el protagonista se debate entre la persecución del ideal y la falta de voluntad para la lucha. Finalmente, es un documento desde el interior de la vida bohemia en el Madrid de los últimos años del siglo XIX, con la aparición de personajes tan representativos como Enrique Cornuty y Pedro Barrantes



## Las miradas miopes

Nicolás Jarque Alegre

Editorial Enkuadres, 2018

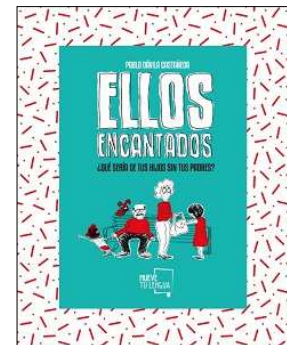
«¿Alguna vez se ha enamorado? Si es así, puede protagonizar, sin saberlo, alguno de estos microrrelatos. Porque cuando nos enamoramos adoptamos miradas miopes. Y, aunque creemos tenerlo todo muy claro, en realidad vemos borroso. Es cuestión de perspectiva. Si quiere comprobarlo, abra este libro. Colóquelo a una distancia razonable de sus ojos. Ni muy lejos, ni muy cerca. Y déjese llevar. Quizás le sorprenda una borrasca en el interior de su habitación. O quiera reencarnarse en un lunar de la mejilla de su amante. Quizás le entren unas ganas locas de volar. A usted. O a la persona a la que ama. Y ya sabe lo que se suele decir: si la quiere, déjela volar. Sin duda Nicolás Jarque lo ha hecho en este magnífico libro. Ha dejado volar su imaginación.» (Francesc Barberá Pascual).

## Ellos encantados

Pablo Dávila Castañeda

Editorial Mueve tu lengua, 2018

*Ellos encantados* es una sátira fresca y actual de la sociedad española a través de un vehículo original e inédito: desventuras de un joven matrimonio que se ve obligado a ocuparse de sus hijos a tiempo completo, porque los abuelos se han hartado de hacer de niñeras. Viviremos la experiencia a través de los ojos de tres generaciones —abuelos, padres y nietos—, cada parte con su particular visión y sus intenciones divergentes. Todo contado con un estilo ácido, rápido, gráfico y muy directo. Más que una radiografía, una endoscopia de las relaciones familiares aquí y ahora. Y de paso, de la vida laboral, del salto generacional, del consumismo, del sistema educativo, de las rencillas fraternales, de la fidelidad, la comunicación interpersonal... De la vida misma.



## No soy el primero ni el último que salta desde un séptimo piso

Manuel del Barrio

El Desvelo Ediciones, 2018

Manuel teme a la muerte, pero a la vida también. Obsesivo, hipocondríaco y con tendencia a la depresión, escribe todos sus recuerdos por recomendación de su psiquiatra. Habla de sus padres, de sus novias, de sus dermatitis, de aquellos puntitos rojos que le salieron en el surco balanoprepucial. Si quiere recuperar la cordura y no acabar tirándose al vacío, deberá adentrarse en su mente para sanarla. Primera novela de Manuel del Barrio, es la tragicómica relación de un hipocondríaco con su entorno. Original y descarada, retrata la neurastenia de nuestro tiempo.

## Diario de un Tuátara

Dolores Labarcena

Editorial Baile del Sol, 2018

*Diario de un Tuátara* es un viaje a través de la ilusión, no del conocimiento. Un viaje sin despegue que no hace justicia a la conocida frase de Montaigne pegada por el narrador junto a otras muchas en su nevera. La protagonista, calada por una visión si se quiere publicitaria, escribe una novela al modo de Thomas Mann, analiza películas y hasta adapta una obra teatro para el asilo de ancianos donde trabaja como asistente social. Pero tras este convulso ajeteo propio de un homo turisticus cuyo optimismo linda con la candidez, no hay sino la compañía de una gata y el absorbente proyecto de viaje en que se enfrasca motivada en apariencia por el plagio de un comic que tendrá como consecuencia un suicidio en Nueva Zelanda. Zapping dialéctico y visual en el que se reciclan poemas, series televisivas y «máximas filosóficas», estos empeños tienen como corolario otro montaje: el geriátrico Sant Tomàs d'Aquino en tanto basurero de la memoria, donde, si bien discurren relatos más realistas, se les reduce igualmente a una visión comercial, o meramente cómica, del fin de la vida.



## 99 historias de verdad y una de mentira

Raúl Rubio Escudero

Editorial Lastura, 2018

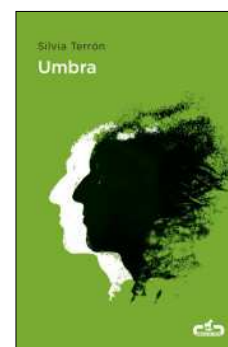
Una carrera de cien metros lisos puede resultar tan espectacular o más que una maratón. En literatura ocurre igual. Un relato breve o hiperbreve puede provocar más risa, irritación, reflexión o desasosiego que una novela de mil páginas. Para ello se necesita precisión, entrenamiento y técnica, como en una carrera de atletismo. Estas cien historias que aquí se presentan, nos van a provocar sentimientos encontrados, porque se transita por el humor, la locura, la esperanza o el absurdo a una velocidad de vértigo. Lo único que esta colección de relatos no provoca es indiferencia. Raúl Rubio Escudero Es autor del libro de relatos ambientado en el Canal de Castilla *Cuentos del Ramal del Norte*, en el que analiza el lado más humano de la gran obra de la Ilustración en España. *99 historias de verdad y una de mentira* es su segundo libro.

## Umbral

Silvia Terrón

Editorial Caballo de Troya, 2018

*Umbral* transcurre en un futuro en que los humanos ya no pueden emitir sonidos y el planeta ha quedado dividido en una región de luz y otra -llamada Umbral- de sombra. Los ecos de las voces de nuestro presente se fosilizaron en un mineral llamado «ecoral», que es la principal fuente de energía. Las clases altas rompen fragmentos de mineral para liberar el eco prisionero que suena una última vez antes de desaparecer. Pero el mineral escasea, por eso gran parte de la población de Umbral vive privada de voz y entre tinieblas, comunicándose de manera táctil. ¿Cómo sobreponerse a ello? ¿Cómo reconstruir nuestra voz en un mundo de silencio y oscuridad?



## Caída libre

Neus Arqués

Roca Editorial, 2018

¿Dónde te agarras cuando todo se mueve? *Caída libre* es la historia sobre tres mujeres en crisis. Ángela es una editora menopáusica en la cuerda floja cuyo autor estrella desaparece. Para encontrarlo, deberá adentrarse en el mundo de las mafias inmobiliarias de la mano del comisario Jotapé Castillejos. Carolina se juega la promoción profesional cuando un amante despechado la amenaza con divulgar pruebas de su exuberancia sexual. Luisa lo dejó todo por una historia de amor que ahora le pasa factura en forma de mobbing. Las tres mujeres viven en el barrio barcelonés de Gracia, cuya gentrificación se acelera. No saben a dónde van, pero sí saben que no llegarán donde iban, porque el camino trazado ha desaparecido. Sus crisis privadas se cruzan entre sí y con la crisis socio-económica general. ¿Dónde te agarras cuando todo se mueve? *Caída libre* es la historia sobre tres mujeres en crisis.

## Rascayú

Raúl Herrero

Editorial Limbo Errante, 2018

La resolución de unos enigmáticos asesinatos convoca a una serie de personajes y teorías: probos detectives, lecheras pelirrojas, licántropos, autómatas, feriantes, secas de diverso pelaje, monjas voladoras, maribárbolas, decrépitos aristócratas, von Clausewitz, telequinesia, hipnosis, eugenesia, anatomía desquiciada... Un lienzo exuberante y grotesco donde a través de la parodia se diseccionan los deseos más recónditos del ser humano. Surrealismo absurdo, noir, pulp, humorismo, crítica social, filosofía parda... Todo encuentra su justo acomodo bajo la batuta maestra de un muñidor de mil lenguajes y estilos a cuál más rico y deslumbrante.



## Memoria inesperada

Víctor Juan

Sibirana Ediciones, 2018

En todas las familias hay secretos. Algunos se los llevan a la tumba quienes los custodian. Otros son imposibles de guardar. Tarde o temprano salen a flote en el mar del olvido y quedan varados en cualquier playa como el pecio de un naufragio. En *Memoria inesperada* una mujer descubre parte de la historia de su familia, que hasta ese momento había permanecido silenciada. El lector acompañará a Carmen Pardo en la reconstrucción de un pasado tan doloroso como esperanzador. A través de la lectura de algunas cartas, de un diario, de postales y de fotografías, Carmen reconstruirá la historia de su abuelo, un maestro depurado tras la Guerra Civil y expulsado del Magisterio.

*Memoria inesperada* es la voluntad de entender el pasado para comprender el presente. Carmen no está sola en esta aventura. La acompaña el profesor Fernando Ríos. *Memoria inesperada* es también la crónica del encuentro de Carmen y Fernando, dos personas que deciden mostrarse el uno al otro, superando el vértigo que provoca la desnudez.

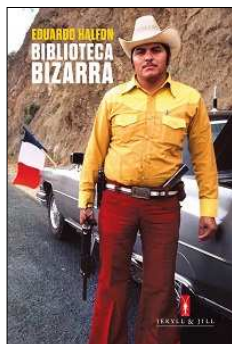
## El samurái

Rafael Reyes-Ruiz

La Pereza Ediciones, 2018

En una calle de San Francisco, Ricardo y Elena ven a un hombre asiático vestido con una gabardina con el cuello alzado. A Ricardo le recuerda al actor francés Alain Delon, en el clásico noir *El samurái*, y a Elena a un hombre japonés que podría ser su padre, quien la abandonó a ella y a su madre cuando apenas era una niña. Este episodio lleva a Ricardo y a Elena a Tokio en busca de ese hombre, que vive oculto.

Tercera novela de la trilogía *El cruce de Roppongi*, la cual retrata las vidas de expatriados en Japón viviendo experiencias de desarraigo, en continua búsqueda de sí mismos, *El samurái* atrapa al lector desde el principio hasta el final. También aborda las complejidades de la globalización, la memoria histórica y el paisaje humano de los emigrantes transnacionales. Cada libro de la trilogía se puede leer de manera separada. Todos los personajes de este libro terminarán en Tokio y se reencontrarán en el cruce de Roppongi, el lugar de la ciudad que conecta a las novelas *El samurái* con *Las ruinas* y *La forma de las cosas*.



## Biblioteca bizarra

Eduardo Halfon

Editorial Jekyll & Jill, 2018

*Biblioteca bizarra* reúne seis crónicas literarias y personales sobre la relación de Eduardo Halfon con su entorno, con su país de nacimiento, con el lenguaje, con los libros. Una dialéctica entre el oficio de ser escritor y el oficio de vivir. «Yo pasaba aquellos días dando clases, y leyendo libros al igual que un viciado, y aprendiendo a escribir como si mi vida dependiese de ello (quizás mi vida sí dependía de ello), y antes de darme cuenta ya había publicado mi primer libro. Así nomás. Casi por accidente. Me había tropezado con los libros, y luego había caído en la escritura. Pero algo finalmente me empezaba a hacer sentido, sobre mí mismo, sobre mi país. Y entonces llegó un salvadoreño endiablado y me dijo que huyera de Guatemala lo más pronto posible.»